
ANTOLOGÍA
DE CIENCIA
FICCIÓN
LATINO-
AMERICANA
EL TERCER
MUNDO
DESPUÉS
DEL SOL
Compilada por
RODRIGO
BASTIDAS
PÉREZ
minotauro


ANTOLOGÍA
DE CIENCIA
FICCIÓN
LATINO-
AMERICANA
EL TERCER
MUNDO
DESPUÉS
DEL SOL
Compilada por
RODRIGO
BASTIDAS
PÉREZ
minotauro

ANTOLOGÍA
DE CIENCIA
FICCIÓN
LATINO-
AMERICANA

# EL TERCER MUNDO DESPUÉS DEL SOL

Compilada por
RODRIGO
BASTIDAS
PÉREZ

minotauro

Primera edición (Colombia): febrero de 2021


Calle 73 n.º 7-60, Bogotá
www.planetadelibros.com.co

ISBN 13: 978-958-42-9118-9
ISBN 10: 958-42-9117-3

Desarrollo E-pub
Digitrans Media Services LLP
INDIA
Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

# Índice

# DESMANTELAR PATENTES PARA CREAR UNIVERSOS PROPIOS

Prólogo de Rodrigo Bastidas Pérez (Colombia)

A finales de 1999, Querubín Queta, taita Cofán, se reunió con su comunidad y celebró con las siguientes palabras: «Los guacamayos vuelan, cantan y embellecen con sus colores a nuestra madre naturaleza». Junto con Carlos Jacanamijoy habían logrado algo increíble: a Loren Miller ya no le pertenecía la patente que tenía sobre el yagé desde 1985. Miller, un estadounidense que había viajado a las selvas del Putumayo, logró llevar a su país una planta de *Banisteriopsis caapi* que le había regalado la comunidad cofán, de la cual dijo, al llegar a Estados Unidos, él había descubierto. La PTO (*Patent and Trademark Office*) le otorgó la patente haciéndolo dueño de una variedad que en la Amazonía era conocida desde tiempos ancestrales. El afán de comercializar el yagé como medicamento farmacéutico, versus la ceremonia colectiva de su toma por parte de los pueblos originarios, presenta dos formas de entender el mundo, dos estructuras mentales que marcan cómo se conciben dos tipos de ciencia: la que entrega títulos de propiedad sobre la naturaleza y la que se centra en una conexión de experiencia.

Sin contar el amplio debate académico que plantea este ejemplo (comparar las nociones de ciencia, saber, conocimiento), vale la pena preguntarse entonces: ¿cómo se construye la ciencia ficción en un lugar donde los conceptos hegemónicos de ciencia no coinciden con los que se han construido en nuestras culturas? O más directamente: ¿qué es y cómo se concibe la ciencia ficción latinoamericana? La respuesta es extensa y (advierto desde ya) no es definitiva, pero hacer un repaso de cómo se han comprendido estos cambios permite abrir nuestro espectro a lecturas, autores y textos que conforman un corpus extenso, variado y sumamente interesante.

La ciencia ficción latinoamericana históricamente ha sido definida desde la negación. Quizá es más problemática esa carga negativa que la idea de no saber de la existencia de este género en el continente. Quien dice no tener idea de que se escribe ciencia ficción en el continente está abierto a conocerla, a saber un poco más, está dispuesto a abrir la puerta de un espacio que seguramente descubrirá inabarcable por la inmensa producción que se ha realizado desde inicios de siglo XX. Por otro lado, quien parte de la negación está cargado con una serie de precomprensiones que constituyen el género como un espacio secundario, subrogado o menor. Las principales negaciones que se implantan sobre la ciencia ficción latinoamericana están dictadas por la forma en la que se ha entendido la anglosajona y europea; por ello se suele decir que en Latinoamérica NO se habla realmente de ciencia, que NO hay ciencia ficción sino fantástico, que NO hay una identidad consolidada como en otros lugares, y otras tesis del mismo perfil.

Lo sorprendente de estas afirmaciones es que muchas de ellas vienen de personas que han realizado antologías, historias, crítica y hasta escritos de ciencia ficción en el continente. Es decir, pareciera que la historia de este género está construida a partir de lo cóncavo o lo vacío, mientras que en otras latitudes siempre se ve convexa y llena. Sin embargo, si leemos detenidamente, es posible buscar una definición positiva de la ciencia ficción en Latinoamérica a partir de esas definiciones negativas, porque como acto de complementos conceptuales, pareciera que la ausencia habla también de la presencia y que de la negatividad es posible construir una visión positiva.

Partamos de una idea que se convirtió en el eje alrededor del cual se construyó, durante mucho tiempo, la noción de ciencia ficción en el continente. En *El sentido de la ciencia ficción* (1966), Pablo Capanna, uno de los grandes críticos argentinos del género, planteaba una especie de contraposición entre dos visiones de lo científico: una adscrita a las ciencias duras y otra más inclinada a las ciencias humanas; pero además de crear esta dicotomía, jerarquizó (con un sutil adjetivo) esos dos acercamientos: «se puede hacer sf sin tratar temas científicos, sino simples relaciones humanas». Las relaciones humanas no solo se categorizaban como algo simple sino principalmente como no-científicas; así, la actitud científica estaba del lado de las ciencias exactas y no de las humanas. La posición de Capanna es la misma que guio la concepción de la ciencia ficción latinoamericana durante décadas:

un énfasis en una actitud científica-dura que parece ajena o inaccesible para el caso latinoamericano.

Ya en 1982, en el prólogo de la antología *Lo mejor de la ciencia ficción latinoamericana*, editada por Bernard Goorden y A. E. van Vogt, aparece de nuevo esa contraposición a la que se suma una: la ciencia ficción norteamericana es la que se ve como más científica, escrita «por grandes cerebros», y la latinoamericana es más literaria (y menos científica) escrita «por grandes corazones». También, Elvio Gandolfo diría años después: «La ciencia ficción argentina no existe (…), nuestro país es una 'sucursal de lo fantástico'»; y Sergio Gaut vel Hartman: «[¿]por qué nos empeñamos en seguir llamando ciencia ficción a una literatura que —en el mejor de los casos— apenas roza la ciencia tangencialmente?». Todas estas afirmaciones se convirtieron en el centro de un debate sobre la ciencia ficción latinoamericana, en el cual se subrayó cómo el género en Latinoamérica se entendió como una vertiente dependiente del fantástico y pensada a partir de una subordinación a la ciencia ficción anglosajona.

Ya para 1993, la ciencia ficción latinoamericana comienza a establecerse como un campo literario con características específicas, con preguntas propias que no se definían solamente como una negatividad. Paradójicamente, es en una publicación estadounidense, la *Encyclopedia of Science Fiction*, donde Mauricio José Schwartz y Braulio Tavares proponen una definición que apunta a otro tipo de miradas. Si bien realizan algunos paralelos con la ciencia ficción foránea, los dos escritores señalan otros elementos descriptivos como: un deseo consciente de separarse de la tradición anglosajona, la aparición de relaciones con la tradición colonial e indígena, el hecho de ser consumidores de tecnología más que productores y, finalmente, la representación de una crítica social, política y económica. Este cambio es sumamente importante, porque establece la relación entre política, tecnología, consumo y mercado que marcará el género a finales del siglo XX e inicios del siglo XXI.

Estas características aparecen matizadas y desarrolladas en la crítica del siglo XXI, momento en el que surgen textos teóricos que buscan una particularidad más concreta para el caso latinoamericano. Las teorías y los enfoques varían en autores como Silvia Kurlat Ares, Andrew Brown, Fernando Reati, Rachel Haywood Ferreira, Elizabeth Ginway, Luis Pestarini, Elton Honores, Giancarlo Stagnaro, Rodrigo Mendizábal, Joanna Page o

Macarena Areco, que empiezan a construir teorías para delimitar (de manera más descriptiva que prescriptiva) qué es la ciencia ficción en Latinoamérica.

De todos estos textos podríamos extraer algunas características que, si bien no son absolutas, ni deben estar en todos los textos, sí ayudan a comprender mejor los intereses, temas y propuestas estéticas de este género. Según estas nuevas visiones, en la ciencia ficción latinoamericana aparecen elementos de hibridez cultural (ya no es una dependencia de lo anglosajón), una crítica política contrahegemónica (que se exalta desde las dictaduras militares en adelante), una ansiedad tecnológica (que subraya el papel de consumidores de tecnología) y, finalmente, señala cómo la ciencia ficción ofrece una alternativa a las narrativas nacionales que han sido elaboradas por el canon. Silvia Kurlat Ares, en su visión de la ciencia ficción en Latinoamérica, afirma de manera muy esclarecedora que: «[en la ciencia ficción latinoamericana es posible leer] la formación del imaginario social, político y utópico, con la construcción de subjetividades identitarias de todo tipo (desde el género hasta lo comunitario), o de la otredad como problema ontológico y político, así como una meditación en torno a las consecuencias sociales, biológicas, ambientales y éticas del desarrollo de la tecnología durante el avance del capitalismo tardío».

Desde esta perspectiva la ciencia es vista de manera más flexible: no como una estructura que permite diferenciar entre verdad y mentira, sino como un discurso que está marcando la forma de construir una visión de mundo. Es justamente esta visión de la ciencia y de la tecnología la que permite que los saberes de los pueblos originarios sean concebidos como discursos que entran en diálogo con las ciencias hegemónicas occidentales. En este punto las ciencias humanas, las ciencias políticas, las ciencias duras, las ciencias biológicas, los saberes de los pueblos originarios, la filosofía, se entrecruzan en un campo en el cual el discurso cientificista construye tramas y argumentos de los mundos extrapolados. Es justamente la ciencia ficción latinoamericana actual la que permite una visión amplia e inclusiva de la ciencia como lugar en el cual se construyen procesos de identidad-otros, que adoptan y adaptan las herramientas estructurales del género.

Sin embargo, si bien esto se puede vislumbrar de manera clara en los últimos años, no es una propuesta nueva. Ya en algunos artículos de los años sesenta, el colombiano René Rebetez había planteado una visión personal,

arriesgada y aguda de lo que debería representar la ciencia ficción para Latinoamérica. En uno de los debates que tiene con otros autores (que se pueden leer en sus columnas del suplemento cultural del periódico mexicano *El Heraldo*), Rebetez contesta a una afirmación de Óscar Hurtado en la cual adjetiva la ciencia ficción latinoamericana como *subdesarrollada*. El subdesarrollo, en Rebetez, pasará de ser un calificativo que señala una falta, a convertirse en una propuesta estética e ideológica que tiene un lugar posible.

Para entender esta propuesta es necesario comprender que, posterior a la Segunda Guerra Mundial, se crearon conceptos dicotómicos que buscaban estandarizar el orden geopolítico mundial. Estas dualidades proponían una separación entre los países industrializados y aquellos proveedores de materia prima, con bajo desarrollo industrial: desarrollo/subdesarrollo, primer/tercer mundo. Se creó una gramática del progreso en la cual los países del tercer mundo, los subdesarrollados, se definían por su *estar en proceso, estar en vías de*; nunca por la afirmación de su presente sino por la posibilidad de su futuro. Rebetez mira en esta negatividad una opción positiva y ve la ciencia ficción latinoamericana como el único espacio en el cual es posible el diálogo horizontal entre propuestas ideológicas que parecieran opuestas o al menos divergentes: la ciencia occidental, la tecnología, el zen, los ritos de los pobladores originarios, el positivismo, la espiritualidad, el ocultismo y la magia. Para el autor colombiano solo será posible en una ciencia ficción del tercer mundo el diálogo dinámico y fructífero de todos estos tipos de discursos, los cuales se verán reflejados en unas textualidades fragmentarias, yuxtapuestas, propias del *collage*.

Dice Rebetez: «El problema de la literatura fantástica y el subdesarollo (…) está en plena vigencia. Contra los que pretenden subordinar la inteligencia al subdesarrollo esgrimiremos un arma poderosa: nuestra capacidad de extrapolarnos a cualquier planeta, al pasado o al futuro, a las entrañas del microcosmos o a los oscuros laberintos del inconsciente y desde allí —desde mi punto de vista cuya perspectiva puede proporcionar una objetividad casi marciana— haremos una crítica feroz y constructiva». Es desde esta impronta marcada por Rebetez donde se establecen los elementos de una ciencia ficción que está en el tercer mundo, después del Sol.

La propuesta de Rebetez ha tomado un nuevo aire en las primeras décadas del siglo XXI. En Latinoamérica no solo hay un crecimiento notorio en el

número de textos pertenecientes al género, sino un mayor interés en los escritores y en los lectores, además de una producción crítica mucho más amplia por parte de la academia. Podrían aventurarse hipótesis históricas y literarias respecto a esta transformación, pero me gustaría centrarme en el cambio de paradigma del cómo concebimos lo científico. Boaventura de Sousa Santos habla de una visión científica del mundo y un modelo de racionalidad «que daban señales de estar exhaustos, señales tan evidentes que podíamos hablar de una crisis paradigmática».

La crisis paradigmática ve el discurso científico como una implantación foránea imposible de duplicar en Latinoamérica; tanto la modernidad como la posmodernidad funcionan como formas de establecer una relación con las construcciones discursivas del saber. Esto permite reestructurar el discurso científico para que tengan cabida otras formas de dinamización del conocimiento, propias de lo latinoamericano. Dicha crisis volvió a poner sobre la mesa ideas que, como las de Rebetez, proponían una transformación en el concepto de ciencia y, por lo tanto, en la idea de ciencia ficción.

Los autores que aquí se presentan parecen acercarse de una u otra forma a esta propuesta por la forma en que podemos reconstruir un sistema de conocimiento (ya desgastado) para plantear uno nuevo en el cual la voz de Latinoamérica tenga no solo cabida, sino que sirva como base para permitir la aparición de otras formas de saber. En Jorge Baradit aparece ya esta visión de entender la invasión a América a partir de una epistemología que tome en cuenta la cosmogonía de las tribus originarias en diálogo con la hermética y la alquimia; algo similar ocurre con el saber botánico contrapuesto a un saber místico, que produce diálogos y nuevos conocimientos en el cuento de Gabriela Damián Miravete. Una gramática de lo latinoamericano como lugar de autoconocimiento se potencia en el viaje espacial y personal propuesto por Teresa P. Mira de Echeverría; y se complejiza en una hibridez maquínica del mundo futuro acelerado y teológico que plantea Elaine Vilar. Pero esta nueva construcción de la identidad también necesita que se cuestione la forma como se piensa la Historia (personal, regional) como el resultado de una producción de recuerdos que han dejado de ser fiables, como nos lo muestra Juan Manuel Robles en medio de una guerra, o Ramiro Sanchiz en medio de una historia de amor que fisura la realidad, o Luis Carlos Barragán en una migración que reevalúa el bienestar individual. También se producen apropiaciones de las

estructuras para releerlas desde un espacio, unas dinámicas y un lenguaje propios, como lo hacen Maielis González y Laura Ponce con un *cyberpunk* que (siguiendo a Erik Mota) se ha latinizado convirtiéndose en ciberpunk. Además, se propone una revisión de emociones, sensaciones y pensamientos que se deben resituar cuando son atravesados por máquinas que modifican una vida cotidiana inadaptable a los paradigmas instaurados desde el exterior, como lo demuestran Fábio Fernandes con el amor, Giovanna Rivero con la culpa y Susana Sussman con el duelo y la muerte. Todo para llegar a nuestros propios apocalipsis que parecen convertirse en largas jornadas cíclicas en las que se demuestra que años de historia colonial han convertido nuestros fines de mundo en parte de un día a día, como lo demuestran Solange Rodríguez Pappe en la transformación del individuo y como lo describe tan bien Alberto Chimal en un experimento a escalas mundiales.

Estos cuentos se convierten en una configuración de posibilidades que la ciencia ficción establece como puertas por abrir, como caminos por recorrer. Un lector atento encontrará que es probable imaginar nuestra geografía (lugar donde ocurren casi todas las historias) como espacio para construir un futuro comunitario. Un creador curioso podrá ver en estos escritos un estímulo para generar mundos en los cuales los saberes cercanos funcionen como sustrato alimenticio, como ciencia posible. Recrear desde la lectura o desde la escritura un espacio propio permite también repensar nuestro papel en diálogos con un mundo en el que los recursos naturales parecen anunciar un obligatorio giro hacia un abismo de caída o una reapropiación de nuestro espacio, de nuestras culturas.

Después de todas estas vueltas alrededor de los conceptos, las ideas y la historia, tenemos la certeza de que no es claro qué es la ciencia ficción latinoamericana porque pareciera que su marca es la transformación constante, la adaptación, una metamorfosis que siempre logra hibridarse. Pero sí es claro (espero) que podemos definirla, escribirla y pensarla no como si fuera una copia subrogada, sino como un género propio y potente, como una escritura que subraya nuestra presencia central y necesaria en un mundo que se mueve entre los apocalipsis pandémicos, el maquinismo corporativo, las distopías del realismo capitalista y las ucronías revisionistas. Espero que un día (que podría ser hoy) logremos celebrar con nuestra comunidad, tal como lo hizo el taita Querubín, porque hemos recuperado la patente de un mundo y de

un género que siempre nos ha pertenecido por derecho propio y que no estamos interesados en convertir en material exótico de consumo, sino en una tradición conjunta entre países que nos permita una comunión de experiencia. Concibamos un mundo en el que gracias a los conjuros del ciberchamanismo y los futuros andinos espaciales, ahora los guacamayos vuelen entre galaxias, canten himnos espacio-temporales y embellezcan con sus colores a nuestra madre universo.

* * *

*El tercer mundo después del Sol* reúne las propuestas de escritores de varios países latinoamericanos que, en la segunda década del siglo XXI, permiten entender cómo hay una visión especial no solo de la ciencia ficción, sino de la tecnología, del discurso científico, de la literatura y de los géneros literarios. Una antología con esta perspectiva y esta ambición no podía estar en otro lugar sino en Minotauro, un sello que produjo la consolidación del género en el continente, dado que, como comenta Juan Sasturain: «Minotauro, en todos los sentidos, no se parecía a nada de lo que había en la librería».

Desde su nacimiento en 1955 con la publicación de *Crónicas marcianas*, de Ray Bradbury (y prólogo de Jorge Luis Borges), Minotauro se convirtió en una guía de lectura del género que formó varias generaciones de lectores latinoamericanos de ciencia ficción durante la segunda mitad del siglo XX. Un fondo editorial en el que destacaban Philip K. Dick, Ursula LeGuin, Clifford Simak, Marcelo Cohen, JG Ballard, Kurt Vonnegut o William Gibson, estableció una forma de entender el género como un diálogo entre saberes, lenguajes y formas estéticas que se ven reflejados en los autores aun hoy en día. Este camino denotó un interés particular en Latinoamérica por una calidad de escritura y una propuesta estética y estructural que solo se encuentra en los mejores representantes que ha tenido el género en el continente.

Finalmente, solo quisiera añadir que esta antología es el resultado de un largo proceso de pensar la construcción y la escritura de la ciencia ficción en Latinoamérica. Para su realización se vieron involucrados un sinnúmero de personas que lograron que el proyecto de reunir tantos textos de tan alta calidad fuera una realidad. Principalmente agradezco al editor y escritor Miguel

Manrique, principal motor y punto de partida de un movimiento que en Colombia se ensancha y crece gracias a su impulso inicial de promover la ciencia ficción en el país. También un especial agradecimiento a Cristiam 'Gato' Muñoz, encargado de cerrar el trabajo iniciado con Miguel y quien dio las puntadas finales a este libro. También agradezco al escritor Juan Alberto Conde que formó inicialmente parte de este proyecto y a quien le debemos la reflexión del título, y, finalmente, fue imprescindible el apoyo y la ayuda de Edmundo Paz Soldán, que en Ithaca me permitió descubrir facetas del género que desconocía y que cambiaron mi visión de la literatura.

# LA CONQUISTA MÁGICA DE AMÉRICA

Jorge Baradit (Chile)

Perdido en un sucio y oscuro zaguán entre los laberintos de la ciudad de Sevilla, hundido entre papeles y pergaminos reblandecidos por el asfixiante calor del verano, un cabalista llora abrazado a su pequeño escritorio de caoba. Interminables cálculos tan intrincados como la propia ciudad han desembocado finalmente en una solución que brilla ante sus ojos con la luz de todo un coro de ángeles: la fecha propicia para invadir América esplende ante sus ojos limpia y perfecta bajo complejas series numéricas borroneadas una y otra vez. Es el año 1227, hay un largo camino que recorrer y mucho que preparar.

La existencia de este nuevo mundo había sido descubierta solo un par de siglos antes. La red de médiums que vigilaba el mundo conocido había intuido presencias de un nuevo tipo de conciencia colonizando áreas importantes del plano astral y dieron la alarma. Descubrieron que mecánicas desconocidas y poderosas levantaban estructuras ciclópeas entre los pliegues de la mente del planeta, como si otro continente emergiera con inusitado ímpetu.

De inmediato un selecto equipo de videntes fue asesinado y enterrado en una línea recta apuntando hacia las nuevas señales. Todos eran signo Géminis, todos cargaban una roca de cobre en el estómago. Los médiums comenzaron a recibir las transmisiones de los videntes asesinados, haciendo puente casi de inmediato. Las señales eran difusas y afloraban como débiles imágenes en blanco y negro, adhiriéndose llenas de estática a las retinas de los médiums como recuerdos de infancia: un olor desconocido, el multicolor del manto de una madre, la certeza en la existencia del Tamoanchán. Colores y animales extraños, edificios de piedra, escalinatas ensangrentadas brillando a través de

nieblas de incienso, plumas y piel oscura; otro Zodíaco cosido a la piel de la noche, cuchillos de obsidiana y brujos poderosos.

Manipularon, influenciaron y tiraron de todas las redes y cuerdas invisibles que sostenían los imperios en su afán de alcanzar las nuevas tierras. Pero lo hicieron delicadamente, pacientemente. Invisibles.

En una de las tres naves viajaba un representante de las logias oscuras. América se estremeció cuando su planta tocó las arenas del Caribe. Todos los chamanes del continente giraron los rostros hacia ese punto con el corazón encogido por una repentina angustia, como si una piedra negra hubiera caído sobre el lago tranquilo de la América astral.

Después, vino la expedición definitiva.

No era oro lo que buscaban los que venían escondidos tras la marea de sífilis que avanzaba como una tormenta de dientes a través del Atlántico.

Detrás de los ejércitos y su ferretería, aun detrás de la cruz y la hoguera, venía la verdadera peste. Magos, cabalistas, guardianes del grial, alquimistas y sus golems se arrastraban escondidos entre los arcabuces, regurgitando conjuros y venenos que clavaban como alfileres sobre la piel de la Pachamama.

Ellos no buscaban el oro que rodaba por los ríos, «el oro es paga de espadas e ignorantes». Su oro no era oro vulgar.

La operación de conquista y sus detalles eran antiguos. Antes de sus propios nacimientos se habían previsto todos los detalles. Por eso, cuando el Consejo de los Pueblos Rojos intentó reaccionar ya era demasiado tarde, la conquista mágica de América estallaba en sus rostros como una tempestad arrasando el continente, como una coreografía mil veces ensayada y representada a la perfección.

El nombre de Jehová fue un terremoto abriéndose paso a través del estómago del continente como el cuchillo de un carnicero. Nadie alcanzó a invocar protección porque la daga castellana degollaba en la cuna el grito y cortaba las lenguas de los que sabían las palabras adecuadas. Quemó los signos de poder, destruyó las máquinas para comunicarse con los dioses; aisló a los pueblos y les devoró la memoria antes de arrojarlos como rebaños perdidos al desierto de la amnesia.

Cuando se apagaron los incendios y el polvo de las masacres se hubo posado sobre las piedras, vino la cruz recogiendo el dolor de los huérfanos,

encadenando las almas a su rosario de esqueletos.

América yacía herida de muerte, expuesta a los escalpelos del que venía detrás, el verdadero depredador mágico que se inclinaba sobre los campos de batalla desolados, hurgando en las entrañas abiertas de los hijos del Sol, buscando sus augurios y su paga de cuervo. Buscando señales en los mapas que leía en los intestinos tiernos de la gente roja.

Lo que habían descubierto en Europa bien valía cien operaciones de conquista como esta.

Años antes de zarpar, hundieron clavos de cobre a través de los ojos de un vidente eslavo y luego de muchos intentos consiguieron penetrar en las líneas de comunicaciones de los chamanes americanos. A través de sus ojos pudieron escudriñar cada centímetro de las intrincadas construcciones rituales con que modulaban las portentosas fuerzas que emanaban de los pezones de esa nueva tierra. Asistieron al levantamiento de arquitecturas que continuaban hacia el plano astral en complejas urbanizaciones mentales. Vieron prodigiosas máquinas voladoras de piedra planeando a baja altura, operadas con gemas preciosas y mantras bellísimos. Vieron enormes pirámides de roca girando sobre su eje para calibrar la vibración energética de ciertos valles. Fueron testigos atónitos de portentos que no podían tener otra explicación que una inusual fuente de poder radicada en el territorio.

Penetraron sus redes de datos más profundas, comieron los cerebros de cuatro niños no natos y vieron, a través de los ojos de un sacerdote maya, el códice más santo de todos: *El viento naranja*, escrito y primorosamente ilustrado íntegramente en el plano astral por generaciones y generaciones de brujos iniciados.

Supieron de Ce Ácatl.

Supieron de Kalfukura.

Supieron cómo derrotarlos y arrebatarles la fuente de sus maravillas.

Esa noche lloraron abrazados y mataron a todos sus hermanos que no merecían saber lo que ahora ellos sabían.

Reordenaron el calendario europeo y abrieron una ventana de tiempo falsa, oculta a los ojos de Dios, para que Hernán Cortés desembarcara sus tropas en el Anáhuac justo en el año 1519, número 7, con una única palabra murmurada en secreto de boca a oído: serpiente emplumada.

Cuando Cortés desembarcó, subió a su caballo y un representante le indicó el nombre con que debía llamar al lugar para hacerlo seguro. Le recomendó nunca desmontar antes de renombrar los lugares. De ahí en adelante, cada sitio conquistado era rápidamente renombrado con un «conjuro-llave» codificado tras un nombre cristiano, operación que anulaba la energía opositora y encarcelaba entre las letras al numen protector del lugar. De esa manera avanzaban con seguridad por terrenos incapaces de defenderse. El rito de conquista avanzaba como una infección.

Escondidos a la sombra de los ejércitos, los representantes guiaban a los capitanes en el primer objetivo: bajar a través de la cordillera de los Andes destruyendo uno por uno los chakras de América para debilitarla y nublar la visión de sus chamanes guerreros, los únicos capaces de oponerse al objetivo final, oculto allá en el sur más boscoso.

Uno por uno cayeron los pueblos que resguardaban los puntos de poder de la Madre Tierra. Cada templo mayor era desmantelado cuidadosamente para exponer el «punto blando» y cegarlo con cantos y signos de oscuridad. Siempre se construía una iglesia encima, como llave ritual obstruyendo la respiración del territorio.

Los restos de las civilizaciones que florecían como hongos en torno a cada punto energético, servían de carroña para la jauría de la Corona. Mujeres y oro, niños y sangre para sus cálices.

Pero los representantes no buscaban oro vulgar.

No todos los representantes sabían cuál era el real objetivo de la operación de conquista. Solo los guardianes del grial conocían la verdad y eran los encargados de «mantener secreto el secreto» hasta el momento indicado.

Ningún representante aparecía en registro alguno, ninguno recibió cargos o haciendas, nadie tenía derecho a mirarlos o discurrir sobre sus oficios. Los que habían escuchado una sola palabra de boca de un representante, eran borrados del libro de la vida y sus huesos eran polvo arrojado a algún desierto.

La verdad no es para todos.

—La verdad no es para todos —dijo el de la barba color fuego, cerró los ojos y el tercer congregado de la izquierda se desplomó estrellando su rostro contra el suelo. Una profunda herida manaba sangre a borbotones desde la

zona de la nuca, justo en el centro de un tatuaje ritual representando al ouroboros.

—La muerte vive a nuestras espaldas todo el tiempo, esperando el momento para sacarnos a vivir.

—El asiento peligroso —murmuró uno que debía sentarse de costado para no herir su pierna tullida. Alguien, en las sombras, limpió un cuchillo y tomó el cadáver por las pantorrillas para arrastrarlo hacia la oscuridad.

—Su camino concluía hoy —prosiguió el de la barba color fuego—, pero el nuestro continúa. La obra es un bajel que cruza los siglos y hoy somos nosotros los que afirmamos su timón, aunque somos menos que el polvo entre sus tablas.

Todos asintieron en silencio.

Todos eran sobrehumanos.

—Ahora es el momento para escuchar la verdad —dijo con voz queda, desprovista de toda solemnidad.

Lucifer, después de su derrota, fue arrojado hacia la materia con toda la violencia que la ira divina pudo descargar. Cayó durante eones hasta alcanzar los fondos más profundos del océano de la eternidad: nuestro Universo. Cayó de cabeza a través de las órbitas celestes como un proyectil desconsolado. Cayó hacia nuestra Tierra, atravesó la atmósfera y el casco polar con un estruendo como de muchas aguas en gran disgusto, como muchos ejércitos gritando el nombre de Yavé al unísono.

Ahora yace enterrado, encadenado a los abismos, crucificado de cabeza y lamido por el magma, aullando su dolor eterno de belleza perdida y poder arrebatado.

Al momento de encallar en nuestro mundo, la hermosa diadema que embellecía su frente cayó a perderse en el instante mismo en que se abrían las carnes de la madre y «el que trae la luz» nacía hacia adentro destrozado, hundido de regreso a la matriz.

—La piedra azul, Venus. Ese es el secreto más secreto que nos mueve en peregrinaje hasta estos yermos perdidos de toda misericordia —concluyó hundiéndose en el silencio. El silencio todo lo rodeaba, como incienso consagrando la revelación.

—Maranatha —murmuró emocionado el más joven.

—Mañana morirán dos más —continuó el de la barba color fuego—, luego levantaremos el campamento y nos iremos en silencio. Es menester que este poblado sea destruido por los naturales, para que la matemática de los eventos nos sea propicia.

Talcahuano, Tralkawenu, el trueno del cielo.

La piedra azul estaba alojada en el interior del cráneo de una machi que, en su juventud, se había hecho arrancar los ojos para «poder ver». Había cosido sus párpados con tendones de cóndor y huemul para que su visión corriera veloz entre los bosques de araucaria y volara alta sobre los lagos y volcanes de la Meli Witran Mapu.

Ngenechén estaba con ella.

Una noche, convertida en halcón, había sobrevolado el campamento de esos extraños hombres de piel blanca como la muerte, los wingka. Le había dolido en el olfato la hediondez que brotaba de esos cuerpos fajados en telas inmundas, y tuvo que huir. La espantó el olor de sus barbas manchadas de comida, la deslumbró el brillo de la luna adornando sables y yelmos.

Hace mucho tiempo que los venía sintiendo arrastrar sus metales sobre la piel de los valles. Había escuchado llorar a la Pincoya y quejarse a los traukos cada vez que esos brujos blanquecinos como pollos sin cocer destruían un poco más el corazón de la mamita que nos cuida.

La machi Alerayén era ya muy anciana, a pesar de ello nunca se había asomado a semejante negrura como aquella noche en que decidió espiar a través de la pupila de un winka. Casi perdió la razón. Todo su paisaje de ríos, montañas y helechos se hundió en un pozo espeso, giratorio, repleto de cárceles oscuras, pestes, hogueras, cruces, clavos, espacios cerrados, ciudades hediondas a mierda y látigos. «Su Dios cuelga clavado de un tronco, como un trozo de carne para asar», su corazón le gritó en la cara y la machi cayó aturdida, rodando entre los matorrales.

La machi Alerayén tuvo que mantenerse despierta durante siete días y siete noches, recibiendo las penas de cientos de refugiados que arribaban cargados de desolación a la tierra mapuche.

Todos seguían el último mandato del ya desaparecido Consejo de Ancianos de las razas rojas: «Cada hijo de la Mama Tierra que sobreviva a la

jauría blanca y pueda cargar una lanza, deberá encaminar sus pasos hacia el sur para unirse contra la barbarie. El corazón de nuestra tierra corre peligro».

Guerreros-águila del Anáhuac México, mocetones quechuas, mujeres cocodrilo del Amazonas, jóvenes shwar capaces de hacerse invisibles, chamanes jaguar del desierto de Atacama, soldados maya conocedores del combate en los sueños; hombres de piel roja medio muertos de hambre, en harapos, desfallecientes.

La machi sentía que el día de las lágrimas se acercaba y pidió consejo a las plantitas que hacen ver. Quemó hierbas en torno a su rehue de canelo que se elevaba dos metros sobre el suelo y se hundía doscientos bajo tierra para enterrarse en la cabeza de la serpiente que podría perderlos si no era controlada de ese modo. El chamico —planta alucinógena— habló con ella sobre los tiempos que vendrían y la machi lloró tanto que todas las vertientes de Tralco se amargaron para siempre llorando con ella. Gotas gruesas como la miel manaron desde las cuencas vacías de la última chamana capaz de hablar con las plantas de poder.

El chamico le habló sobre la pérdida de la memoria y la vergüenza, sobre la necesidad de mantener oculta la piedra azul, la Kalfukura, el corazón de América, hasta mejores tiempos. Le contó en voz baja, mirándola desde adentro, acerca de las infinitas cruces que se clavarán en el continente, siguiendo un exacto diagrama de acupuntura negra para debilitar la tierra, mantenerla adormecida alimentando al vampiro que se solazará en su leche. Le especificó la palabra que los mapuche deberán pensar como protección cuando los retraten para el archivo de almas que usarían los gobernantes para su magia negra. Le rogó que no capitularan en su defensa de la entrada a la ciudad bajo la cordillera.

La anciana suspiró, cansada y triste bajo su piel gruesa y oscura como corteza de araucaria.

—¡Madre machi! —gritó un joven guerrero que corría entre los árboles.

La anciana dejó de mirar a los ojos al chamico y la construcción cayó hacia arriba como agua estallando contra el cielo.

Todas las aves dejaron de cantar.

Un escarabajo salió por el oído de la machi y esta recuperó los colores y la definición de su imagen.

Giró la cabeza y murmuró: «Llegó el momento. No pensé que demorarían tan poco en encontrarnos».

—Madre machi —dijo el kona cayendo de rodillas, acezando—. El comedor de Sanpedro se comunicó con la red de vigilancia. El chamán de Curacautín dice que una bandada de tordos apareció sobre los campos del lonco y las aguas de todas las acequias se enturbiaron como la sangre. Asegura por su linaje que esto no es cosa de kalkus o wekufes.

—Lo sé —interrumpió—, ayúdame a ponerme de pie y corre a decirle a nuestro lonko que haremos una rogativa.

—Pero, un nguillatún requiere preparativos demasiado lentos y....

—Nadie preguntó tu opinión, impertinente. Tenemos solo dos días, por eso te pedí que corrieras —insistió ásperamente. El kona hizo una grosera mueca de molestia frente a los ojos vacíos de la vieja y saltó entre la espesura separando enormes helechos y espantando una infinidad de aves de colores, que volaron hacia los árboles como frutos regresando a sus ganchos.

—¡No creas que no te vi, Leftraru! —gritó la anciana agitando su bastón en el aire.

El nguillatún convocó a todos los loncos de la Meli Witran Mapu. También llegaron brujos de la cordillera, antiguos pillanes y espíritus de los volcanes, también vinieron célebres guerreros reencarnados en pumas, árboles o destellos de luz azul.

La machi habló fuerte, tan fuerte que hasta el Sol se detuvo para escucharla. Comenzó hablando sobre el doloroso llanto de la Mama Tierra. De cómo la cruz que el europeo clavara allá en el norte la ancló para siempre al mapa y ya no fue libre nunca más. Advirtió que si la resistencia fracasaba, vagarían perdidos para siempre, ciegos y sordos tanteando el suelo como niños buscándose el alma entre las piedras. Insistió en la necesidad de mantener la fe y la esperanza en el regreso de los verdaderos dioses blancos, que yacen dormidos en la ciudad bajo la cordillera. Recordó que el pueblo mapuche tiene la dignidad de «Guardianes de la Entrada» de esta ciudad y que no tienen otra alternativa que combatir hasta el final protegiendo la llave que abre las montañas. Llorando les confesó que habían pasado ya dos lunas desde que escuchó hablar por última vez, en susurros incoherentes, a la Mama Tierra y que desde entonces solo un gran vacío llenaba su mente y las montañas ya

no le respondían. Les cuenta que teme lo peor. Los aliados mágicos se desvanecen de pena, las aves solo cantan y el paisaje comienza a olvidar quién es.

Informa que ya huele la marea infecta que se acerca por el horizonte, con sus corazones extraviados y la espada presta. Que no tardarán una noche en estar a la vista, que deberán avanzar de inmediato para evitar que crucen el río y contaminen el suelo de la Meli Witran Mapu con sus pies afilados y su violencia sin sentido. Los conmina a retenerlos con buenas y malas artes porque no son humanos. Les revela que hay un antiguo pacto con la oscuridad viviendo en sus corazones que los impulsa y los pierde. Ruega que no retrocedan porque la verdadera batalla es mágica, que hay unas nubes negras arrastrándose detrás de la jauría que no alcanza a distinguir. Les confiesa que necesitará tiempo, quizás unos cientos de años, pero que confía en encontrar la manera de despertar a la mamita de nuevo.

Luego del rito, cientos de konas avanzaron entre gritos de trueno encabezando los ejércitos. Más atrás caminaban, cansados pero decididos, los restos de las orgullosas castas guerreras de toda la América roja, sus emblemas llenos de cicatrices en el cuerpo y en el alma, pero con la mirada de piedra aún embelleciendo sus semblantes.

Cientos de brujos montados en cóndores oscurecieron el cielo a su paso. Abajo, traukos e invunches brotaban de la tierra para sumarse a la resistencia. Vino el alerce. Las piedras y los riachuelos se levantaron hombro con hombro contra el brujo europeo.

Una cruz se clavó en Loncoche.

El continente entró en estado de coma.

La machi ruega a viva voz, pero solo el eco le devuelve la plegaria.

* * *

Latinoamérica no produce su propia tecnología de punta, vive entre computadores dados de baja, aviones a hélice, oficinas con marañas de cables que no van a ningún lado y celulares descontinuados, todo conviviendo con ordenadores ultrasofisticados y chamanes que venden exorcismos vía *online*. Latinoamérica es temporalmente circular. Sus indígenas siguen acá, sus conquistadores, sistemas feudales, modelos económicos de vanguardia, socialismos reales, guerrillas narcosatánicas, carteles que consumen ayahuasca o brujería asesorando ministerios completos. América es una acumulación rizomática caótica de gran belleza estética. Nada se ha ido, todo sigue acá, revolcándose como serpientes en celo, dando forma a un futuropasado

permanente, un agujero luminoso y alucinado del que no puede salir, la gran olla donde se cocina el mestizo andrógino que algún día parirá el territorio.

# ÉXODO X

Luis Carlos Barragán (Colombia)

Las personas comenzaron a notar los rasgos de la transformación en mí, era obvio por cómo me trataban, por cómo me miraban. Cuando la gente cambia, todo alrededor cambia. La vida deja de ser la misma. En las noches me quejaba durante horas por el ardor de las vértebras reacomodándose, los músculos extendiéndose más de lo imaginado, hasta podía escuchar cómo el cartílago y los tendones estaban a punto de rasgarse. Se me habían caído todos los dientes y me habían salido unos nuevos, abriéndose paso dolorosamente por las encías inflamadas. Estaba creciendo; la mayor parte de mi vida había medido 1,72, pero en los tres días de mi transformación ya había alcanzado 1,94. La cama ya no era suficiente para mi tamaño, y tampoco me servía la ropa. Durante los ataques, mi perro me miraba con compasión, lamiéndome una mano. No podía dormir, me sostenía del marco de la pared, vomitaba cada cuatro horas. Lo normal. Mierda, lo normal. Wikipedia decía que con un par de Ibuprofenos o Panadol Extra sería suficiente; un foro de Yahoo sugería emborracharse con vodka para dormir profundamente. Los casos más severos eran de un *gore* mórbido y me aliviaba saber que, al menos, no me estaba convirtiendo en una ballena, como le había pasado a Mr. Sun Yeng, quien documentaba en su blog toda su metamorfosis. Yeng contaba que había tenido que vender la mitad de lo que tenía en su casa para comprar un pasaje a la costa china y caminar lentamente hacia las olas mientras su piel se expandía y se endurecía adquiriendo el color grisáceo de las ballenas; eso mientras sus pies todavía funcionaban, antes de que crecieran y se convirtieran en poderosas aletas. Había llamado por última vez a sus hijos: Miu y Lao, para desearles feliz navidad. Su nariz se había desplazado hacia la coronilla del cráneo, su enorme jeta era imposible de sostener. Su amor por los mariscos

había vaciado trece puestos de pescado y camarones a lo largo de la carretera desde casa y el resultado final se pudo ver durante una puesta de sol en la costa de Quanzhou. La gente se quedó mirándolo porque, al final, los cambios se aceleraron y cuando el señor Yeng se sumergió, y después volvió a emerger, se había convertido en una hermosa ballena azul que daba un salto en el océano pacífico, salpicando alegría con su gigantesca cola. Por supuesto, el resto del episodio lo había escrito uno de sus hijos, e incluía fotos y un poema chino antiguo sobre ballenas que es demasiado cursi para reproducirlo acá.

En comparación, mi caso era suave, indoloro y soportable; mi objetivo era humano y mi nueva identidad solo tenía lo que la mayoría de transformaciones: un cambio de raza. Pan comido.

El diario de investigación científica *Pekín Online* publicó, un año después de la primera temporada de cambios, un artículo que rebatía lo que sabíamos de la transformación. Los seres en los que nos convertíamos no eran nuevas configuraciones de seres vivos, más bien éramos reemplazos de otros seres que ya se habían convertido en otro, como una ruleta en la que todos nos vamos moviendo una casilla. En resumen, en algún lugar del océano, una ballena había comenzado el horripilante proceso de convertirse en alguna otra cosa y alguien nuevo sería el reemplazo para Sun Yeng. Me aliviaba saber que en algún lugar del mundo había una casa o un armario con todo lo que le quedaba bien a mi nuevo cuerpo: zapatos de la talla adecuada, una vida, un amor y una familia a mi medida. Por eso fui al hospital de San Antonio para hacerme un test gratuito de T1. En la sala de espera un niño parecía estar convirtiéndose en un anciano y una señora estaba cubierta de vello.

—Llene el formulario. Y necesito una fotocopia de su identificación al 150 %.

Me quedé sentado repasando mis nuevos dientes con la lengua has-ta que llegó mi turno. Me tomaron una muestra de sangre y, en segundos, la maquinita del servicio de salud arrojó un *beep* e imprimió un informe. La señorita que me atendió lo leyó con la voz queda de quien ha estado haciendo este trabajo por años y que nada le sorprende:

—Felicitaciones, ahora se llama Denis y vive en Chocó, Colombia. ¡Siguiente!

—¿Columbia el estado?

—Colombia el país. ¡Siguiente!

El informe sería mi identificación provisional. Me fui caminando mientras lo miraba, sin poder entender muy bien qué significaba eso. Me rasqué mi nuevo cabello duro, me miré en los vidrios de los carros, sonriendo una sonrisa blanca y bella, y sin entender muy bien qué hacía en San Antonio, Texas. Mamá me examinó de cerca cuando la piel comenzó a cambiar. Me había acariciado la espalda cuando las contracciones abdominales y los músculos del cuello se anudaban sin tregua, y cuando mis ojos azules se oscurecieron frente a ella, tiñéndose por una especie de gelatina oscura llena de partículas. Casi se muere del susto. La mancha que había comenzado en mi espalda creció hasta cubrir la totalidad de mi cuerpo y mi cabello rubio se achicharró en unas horas. Nadie en la familia quería hablar de eso, como ese cuento del rey que anda con un traje tan fino que es invisible y no se atreven a decir que el rey está desnudo. A la cena, después de una breve e incómoda oración a un Dios blanco, todos permanecimos en silencio. Solo Thomas, mi primo, aventuró un:

—¿Estás emocionado Patrick? ¿Quieres ir a tu nuevo hogar?

¿Me estaba echando? Sonreí incómodamente. Ya no pertenecía a la familia. No era ni blanco, ni protestante, ni texano. El inglés comenzaba a trabarse en mi boca cuando hablaba. Olvidaba detalles minúsculos y, a veces, se me escapaban palabras en otro idioma.

Me busqué en Facebook y me encontré: Denis Contreras Isaacs. Estaba mi rostro sonriendo en un lugar que no había visto nunca, pero que por alguna razón se sentía familiar. Intenté hablar conmigo mismo, pero al parecer el Denis original ya se había ido. Probablemente convertido en alguien más. Me hice amigo de los amigos de Denis en Facebook, buscaba caras familiares, caras que me dijeran algo. Dos o tres respondieron, alguien decía ser su hermana, alguien decía ser su mejor amigo. Todos me preguntaron que yo quién era. Les conté, les dije que desde hacía una semana había estado convirtiéndome en él. Se tardaron en responder a mis mensajes, pero finalmente la hermana me contó en un inglés roto, mezclado con español: Denis había comenzado a sufrir los cambios de la transformación hacía unas semanas y había desaparecido antes de que pudieran saber exactamente en qué se iba a transformar.

Usé mis últimos ahorros para comprar un pasaje a Colombia. Estaba ansioso. Adiós, mamá. Se veía preocupada, alisándose las arrugas del cuello y sudando. Adiós, primos. Con una incómoda reverencia, mientras masticaban chicle, tiraron mentalmente a la basura nuestros recuerdos juntos jugando videojuegos hasta medianoche. Adiós, Texas. Se olvidaron de mí. Hicieron una bomba de chicle que estalló en sus narices y se olvidaron de mí. Dejé una larga carta encima de mi cama para que el siguiente Patrick no se sintiera tan perdido.

Apreté mi maleta entre los brazos, me quité los zapatos para pasar por el detector de metales, me senté en mi silla de avión. Estaba sudando, la transformación estaba completa pero no sabía nada de mí mismo. Solo estaba seguro de que me llamaba Denis y que era de Chocó, Colombia, que es una región de la que no tenía idea antes. Mientras el avión despegaba me di una bendición casi sin darme cuenta. Me alejaba de ellos y me acercaba a mi verdadero hogar.

*Ding dung. Señores pasajeros, esta mañana me desperté convertido en piloto de Avión. Ajusten sus cinturones.*

Antes del despegue me paré de mi asiento, me di la vuelta y vi a todos los pasajeros escudriñando sus recibos, buscando algo conocido. La señora al lado era una mujer blanca que me miró con desprecio. Tal vez era una de esas mujeres que prefieren cambiarse de asiento cuando un hombre negro se sienta junto a ellas, pero finalmente optó por quedarse. Vi una película en español, pero no entendí nada, así que me quedé dormido soñando con la playa de Nuquí. Cuando me desperté, antes de aterrizar, la señora a mi lado estaba sollozando.

—¿Está bien?

—Discúlpeme, es que no estoy acostumbrada a este cuerpo. Me he convertido en algo horrible. Tengo unos pensamientos desastrosos.

—¿A qué se refiere?

—Me han comenzado a llegar pensamientos... ¿Ve a esa chica de allá? Es musulmana, y siento odio, quiero que se aleje de mi país, es un odio visceral.

—Lo siento mucho.

—Antes de convertirme en esto, yo era una musulmana que vivía en Chicago y ahora cuando te miro pienso cosas como: «Maldito negro, ojalá se

pudra». ¡Qué vergüenza! ¡Quiero que esto se detenga, quiero que esto pare! ¡No quiero ser esta mujer! ¡Hasta he sentido el impulso de comprar algo de televentas!

El llanto de la mujer se hizo más fuerte y espeluznante. Con la transformación se había convertido en una gringa horrible de ojos azules de las que se ponen maquillaje los domingos, embutida en una camiseta de flores y sudadera rosada, salida de algún lugar de *The Bible Belt*. Se odiaba, odiaba su piel blanca pálida.

Solo hay una forma de abortar la transformación: un compuesto químico que detiene la producción de transformina, que además obstaculiza la recepción de información telepática y detiene la pigmentación de la piel. Dicen que los no-transformados, los infelices que consiguen ese compuesto químico y detienen el proceso por completo, viven a lo salvaje en cuevas: son fugitivos sin identificaciones válidas, son penosos procesos legales contra identidades que se niegan a cambiar, a olvidarse de sus riquezas y de sus seres queridos. Viven en la carretera comiendo enlatados y cazando zarigüeyas. La señora habló de ese compuesto químico, Anamorfina, ahora mismo quería una dosis que revertiera los cambios.

—Pero es ilegal en cuarenta Estados, so pena de muerte en los otros diez.

¿Y los traficantes de Anamorfina? Los criminales más buscados, mafias enteras en la producción, trasporte y comercialización de dosis personales para no dejar de ser quienes queremos ser. No sería extraño verlos esposados en las noticias ocultando sus rostros. ¿Por qué alguien querría meterse en problemas así? Como decía Bob Marley: "mejor acepta tu transformación, sin tanta preocupación y vive en comunión con Yah".

Aterrizamos en Bogotá, Colombia. Estaba solo en el aeropuerto, nadie me había ido a recoger. Pasaporte estampado, formulario de migración llenado con un bolígrafo prestado, bienvenido a casa. El recibo decía que ahora yo era colombiano. Estaba aprendiendo los números y las palabras introductorias en español: «hola», «¿cómo estás?», «mi nombre es Patrick… Denis», «mi nombre es Denis», «uno, dos, tres, cuatro, cinco». El aeropuerto estaba lleno de minas antipersona, de gente perdida arrastrando de un lado a otro sus maletas de rodachines, buscándose una vez más, como si fueran perros cuyas identidades, lanzadas como huesos, los dirigían constantemente a nuevos lugares. Muchos usaban las cámaras de sus celulares como espejos, mirándose con incredulidad,

por arrugas que no querían, por pestañas demasiado largas, por una voz chirriante o demasiado profunda. Mujeres que se convirtieron en hombres sienten la necesidad de cortarse el cabello y hombres que se convirtieron en mujeres lloran en los baños públicos. Las expresiones masculinas salen entrecortadas, la forma como abren las piernas en las sillas de las salas de espera es desnaturalizada por faldas ajustadas, otros creen natural aplicarse maquillaje y usar tacones, pero con barba y sin depilación; roles de género entumecidos buscan sobrevivir perpetuando convenciones inútiles, al fin y al cabo, nunca conocimos otra forma de ser hombre o mujer.

Tomé un Transmilenio, caminé a la terminal de buses y compré un boleto para Quibdó. Pusieron vallenatos durante todo el viaje, incluso cuando la gente intentaba dormir. Nada me era familiar. Quise dormir las doce horas del viaje, nos despertaron para probar bocado en la carretera y comimos en silencio. ¿En ese bus había más negros como yo que antes habían sido ballenas, perros, gringos, chinos, musulmanes, empresarios famosos, jugadores de fútbol españoles, cazadores de pieles en Kenya, traficantes de armas, niños pequeños o elefantes?

Mi casa estaba muy cerca del malecón. Era un día húmedo, con un cielo oscuro y basura en el suelo. Caminé hipnotizado por los colores de las frutas en el mercado que se había instalado al lado del río, y tuve que navegar entre la multitud de domingo buscando la dirección. Mi apartamento quedaba en el segundo piso de una tienda de abarrotes, era fea, con manchas de humedad, y afiches rasgados de candidatos a la alcaldía, y tenía un tercer piso sin acabar lleno de ropa colgada. La puerta quedaba al lado de la tienda.

*Ding dung.*

Nadie respondió. Qué horror dejar mi casa en los suburbios de San Antonio por esta horrible calle sucia, con los cables enredados en el cielo.

—¿Buenos días? —*Toc, toc, toc*—. ¿Hola?

—Denis, mi amor. —Una señora gritó desde el negocio.

—¿S…sí? —dije, titubeando, mi acento gringo quería salir, siseando y delatándome. Entré a la tienda, a ver qué me quería decir.

—Mijo, su mamá y su hermana se fueron. Pero me dejaron la llave. Mire… —Supuse que esa mujer era conocida de Denis y su familia, así que sonreí.

Abrí la puerta, subí las escaleras con mi única maleta y no sentí nada. Esperaba sentir un aire de telepática tranquilidad, de estar en casa, pero solo sentí ese silencio ante una sala apenas familiar, unos cuadros con paisajes remotamente conocidos. Busqué instintivamente las cartas que las familias suelen dejar para ayudar a recordar a los nuevos huéspedes. Había dos en el comedor con una larga serie de instrucciones: formas de abrir el gas de la estufa, indicaciones de dónde se paga la luz, los nombres de los vecinos, la maña del calentador de agua que toca darle un golpe por debajo y esperar quince segundos antes de prender la llama, dónde está el contador eléctrico para cuando pase el muchacho de la compañía de electricidad, dónde están la pizzería y los restaurantes de almuerzos corrientes más cercanos, quiénes limpian qué los días de limpieza, y dónde dejar la ropa sucia.

En cada cuarto había otra carta. Me eché sobre mi cama y leí tres páginas de la carta de Denis antes de quedarme dormido. El día siguiente lo ocupé en explorar todos los detalles del cuarto. Denis había dejado su billetera con su carné del club de fútbol y el de la universidad, toda su ropa calzaba perfecto en mi cuerpo, reconocí la ridícula colección de tapas de gaseosa con la claridad de los recuerdos que habían emergido burbujeantes durante la semana anterior, y encontré su celular en el cajón de la mesa de noche. La carta de Denis para el nuevo Denis también estaba llena de instrucciones que me harían sentir cómodo. Cepillarme los dientes de derecha a izquierda, contar casi todos mis pasos y masturbarme viendo porno mexicano. Mi comida favorita, mi posición favorita jugando fútbol, una lista de mejores amigos, una lista de peores conocidos y gente que debo evitar, y las claves del correo electrónico, Facebook e Instagram. Al parecer Denis era cristiano y había notas sobre la iglesia pentecostal y una lista de películas preferidas. Mamá me encontró viendo los álbumes de fotos con imágenes de los noventas; había dejado la puerta abierta y ella, igual que yo, estaba perdida, mirando cada detalle de la casa.

—Yo soy tu hijo —le dije, era una mujer negra de cabello corto que yo acababa de ver en el álbum de fotos. En las fotos ella me estaba cargando cuando yo era un niño.

—Ah. Hola… Sí, me pareces familiar.

Mi hermana apreció unos días después con cara de estar completamente perdida. Mamá entró en su rol muy pronto, pero mi hermana tuvo más

problemas; sus capacidades lingüísticas eran muy pobres y todavía eran latentes muchas mañas de quien había sido antes, como dejar la lengua afuera o intentar corretear a todos los ciclistas que pasaban frente a casa, gritando e intentando morderlos. Creemos que mi hermana Leidy había sido un perro y por eso era tan difícil adaptarse a ser de otra especie. Ahora, sentados en la mesa del comedor, intentamos ser quienes creemos que debemos ser, es un espectáculo atroz, pero con el tiempo mejoraremos.

Alguien introduce la llave en la puerta; la historia de unos desconocidos en el comedor intentando parecer una familia durante el almuerzo se desdibuja de golpe, se me vuelca el corazón, siento miedo. Denis, el anterior, abre la puerta, sube las escaleras corriendo, jadeando y sudando como si estuviera escapando de unos sicarios. Es un tipo exactamente igual a mí, pero con un español perfecto. Está llorando, se lanza a los brazos de mamá; le susurra que no se quiere convertir otra vez, que no puede con esto de la transformación. Mamá no está preparada para esa muestra de afecto, pero finalmente entrelaza sus brazos alrededor de Denis con cobardía. Denis llora frenéticamente sobre su hombro y ella se siente como una madre falsa. Quinientos miligramos de Anamorfina pura en las venas de Denis Contreras, un pase de coca para aliviar la somnolencia que produce el primer *shot* y la reversión de la transformación. La Anamorfina congela el proceso de replicación y utiliza información genética desechada antes de comenzar de nuevo, deteniendo las mutaciones indeseadas. El dolor es absurdo, los músculos se pasman, los recuerdos ajenos se queman, los retorcijones estomacales pueden durar semanas. Denis me miró con desprecio, calmándose, secándose las lágrimas, y dijo:

—¿Ese es el gringo?

—No… yo soy Denis Contreras —respondí, marcando el número de la policía bajo la mesa.

* * *

Si América Latina ha sido víctima de sucesivas eras de explotación por entidades extranjeras, y sufrimos aún injusticias como la pobreza, el hambre, la corrupción, la guerra, el racismo, el gobierno de los peores, ¿dónde puede uno rebelarse si no es en la imaginación? ¿Dónde puede uno inventarse soluciones posibles sin tener acceso al poder, y sin morir por ello, si no es en la ciencia ficción? Ya no queremos que quien describa nuestra realidad sea Hollywood, la ciencia ficción norteamericana y menos la literatura realista, que nos ata sin remedio al fracaso de lo real. Ni queremos que sean los políticos que salen en las noticias los que perfilen un futuro que

nosotros no deseamos. Preferimos matar al padre y usar su sangre para escribir nuestras propias palabras.

La tecnología y la ciencia no son extrañas o incomprensibles a los panameños, los bolivianos no están desconectados del resto del mundo, los colombianos usamos máquinas todos los días, hemos desarrollado formas totalmente nuevas de interacción, y en nuestra capacidad de especular sobre esas herramientas, la ciencia ficción es la forma perfecta para redefinirnos. Quiero ver cómo los latinoamericanos imaginamos nuestro futuro, exploramos nuestra identidad y nuestra historia, y nos contamos cómo podría ser un mundo mejor, un pasado distinto, un presente inesperado, que nuestra imaginación alcance la escala de varios sistemas solares, y que campesinos e indígenas se permitan decir que pudieron manipular la materia y crear vida de la nada, actualizando mitos de la selva con aceleradores de partículas, porque ese lenguaje científico no debe estar monopolizado por las naciones que han mandado astronautas al espacio. Ese es el rol que tiene la ciencia ficción en Latinoamérica: permitirnos salir de nuestra achicada y empobrecida realidad, completar la independencia de nuestras naciones en el plano cultural, e imaginar que podemos ser mucho más de lo que ya somos. Mucho, mucho más.

# EL GRAN EXPERIMENTO

Alberto Chimal (México)

1. La inmigración fue oficialmente prohibida en un gran número de países, en su mayoría desarrollados. Eso ocurrió primero.
2. Después comenzaron las ejecuciones sumarias en las fronteras, las costas y (en algunos casos) los campos de internamiento y reeducación establecidos dentro de esos países.
3. Los políticos que defendían tales medidas hacían referencia al hecho real de que había más poblaciones desplazadas que nun-ca antes.
4. Todos lo explicaban, sin embargo, de manera estridente y con base en mentiras populares, enunciadas con palabras clave muy conocidas.
5. Decían que eran *invasores, poco más que animales, seres perversos y empeñados en el mal, hordas empeñadas en destruir la cultura, los valores, las tradiciones, la pureza,* en fin, de los países en los que trataban de ingresar.
6. Muchos morían ahogados en el mar, de sed y hambre en desiertos y zonas agrestes, ajusticiados en sus tierras de origen, que con frecuencia estaban en guerra civil o tomadas por gobiernos extremistas, caciques o carteles.
7. No se hablaba de las causas de la inestabilidad de tantos lugares en el mundo, y sobre todo en países atrasados a la merced de otros con mayores ventajas.
8. Muchas personas evitaban discutir esos temas, o cualquier otro. Era difícil, si no imposible, hacerlo sin apasionamiento, violencia verbal o física.
9. Grandes masas, educadas en las redes sociales, eran incapaces de renunciar ni criticar siquiera las convicciones de su tribu, dialogar con ellas era imposible.

10. Aparte, los sistemas de crédito social —mediante los que los diversos Estados controlaban a sus poblaciones— penalizaban las discusiones sobre temas considerados «controversiales».
11. Capaces de vigilar las redes, los espacios públicos y casi todos los espacios privados, estos sistemas podían detectar, por ejemplo, referencias directas o veladas al cambio climático.
12. Detectar ciertos términos en el discurso oral era más difícil que leerlos de publicaciones en línea o mensajes personales, pero no era imposible. Una vez que el sistema encontraba frases consideradas impropias, quien las hubiera dicho o escrito recibía una penalización.
13. Todo era parte del Gran Experimento.
14. Las penalizaciones podían ir desde pagar sobretasas en compras cotidianas hasta perder el derecho de realizar ciertas acciones, como ingresar en un hospital, inscribir a los hijos en una escuela u obtener ayuda legal.
15. También eran penalizados quienes actuaban o se expresaban en contra del gobierno o cualquier otro de los poderes fácticos.
16. También eran penalizados quienes se desviaban del pensamiento considerado oficial o extraoficialmente «correcto» acerca de una gran variedad de asuntos.
17. Así se defendían las diferentes religiones, por ejemplo, y diversas restricciones sexuales, sociales y económicas, especialmente para mujeres y pobres.
18. Oficialmente no había alteración en la temperatura de la atmósfera ni en los patrones del clima. Aquello era una campaña de desinformación organizada por un grupo o país enemigo. Aunque el enemigo variaba, esto sucedía prácticamente en el mundo entero.
19. Los dueños de empresas extractivas y manufactureras eran parte importante de la casta superior en todas partes. Forzados a modificar sus procedimientos para arrojar menos contaminantes a la atmósfera, hubieran ganado mucho menos dinero del que percibían cada año.
20. El aumento de nivel de los mares y la desaparición paulatina de las capas de hielo en los polos, entre otras alteraciones a veces catastróficas, se tenían como algo normal o se negaban de plano.

21. Salvo las excepciones invariablemente castigadas, las personas —educadas para distraerse con las numerosas opciones siempre a su alcance— no consideraban importante el asunto.
22. De hecho, millones de personas vivieron y murieron sin haber oído siquiera de él en las décadas de lo que posteriormente se conoció como la Avanzada.
23. Las ciudades y pueblos costeros que se inundaban obligaban a sus pobladores a dejar sus hogares.
24. También comenzaron a hacerlo quienes vivían cerca de tierras o ríos envenenados, o quienes eran víctimas de la desertificación de sus tierras, que se volvían improductivas y en muchos casos inhabitables.
25. La presión interna, agregada a la de los refugiados y migrantes, que pese a todo seguían intentando escapar de la violencia en sus lugares de origen, tardó décadas en volverse insostenible.
26. Pero, finalmente, se volvió insostenible.
27. Junto con el control social, las campañas de desinformación eran eficaces para desviar la atención de las causas verdaderas por las que productos y servicios se encarecían, escaseaban y se deterioraban.
28. Varios países promulgaron leyes de segregación racial, sexual o religiosa, y otros, limitaciones de derechos civiles, a partir de historias falsas acerca de enemigos ya no externos, sino internos.
29. En otras ocasiones, se hicieron procesos muy publicitados contra miembros escogidos de la clase empresarial o política, que eran devueltos a su situación de privilegio en cuanto sus casos pasaban de moda.
30. La mayor parte de los líderes mundiales, figuras del espectáculo por encima de todo, se volvieron aun más queridos por sus partidarios y sus valedores en los primeros años tras de que la catástrofe se hiciera evidente.
31. A unos y otros los unía la misma versión perfeccionada de la demagogia de siglos anteriores: ofrecer un blanco, un grupo al que culpar de los problemas, y castigarlo pública y cruelmente, para fomentar la unidad en el odio y el miedo.
32. Nadie describía de esa manera ningún sistema de gobierno. Pero tampoco nadie hablaba del Gran Experimento.

33. La peor temporada de tormentas y huracanes registrada en la Historia humana culminó con millones de muertes y decenas de islas sumergidas.
34. Ya no era posible negar que patrones del clima, alterados desde décadas antes, se habían vuelto erráticos hasta el punto de resultar impredecibles, además de sumamente violentos.
35. Casi todos los medios y gobernantes siguieron negando que pasara algo anormal, pero diferentes grupos de especialistas e influyentes comenzaron a reunirse en secreto para buscar una solución.
36. La solución debía dejar intactos los privilegios ya establecidos de empresarios, políticos y demás personas importantes.
37. La solución no debía perturbar ninguna fe ni convicción tribal de ningún país, incluyendo aquellas que partían de pensamiento religioso o mágico y negaban la validez de las ciencias.
38. Una gran extinción masiva de especies tenía lugar por todo el planeta.
39. Grandes porciones del Amazonas y otras áreas selváticas se secaban.
40. Grandes planicies en Asia, Europa, África, Oceanía y América eran devastadas por tornados.
41. Grandes cantidades de personas, aprisionadas entre fronteras que no podían cruzar y regiones a las que no podían volver, intentaban subsistir en condiciones infrahumanas, o se rebelaban, o eran víctimas de ataques por todos lados.
42. Los diferentes grupos de trabajo, siempre en secreto para no perturbar a poblaciones ni notables, concluyeron todos que no había solución.
43. Se consolaron con la idea de que el tiempo de resolver las tendencias problemáticas del momento había pasado muchas décadas antes.
44. Si entonces se hubiera trabajado para disminuir los efectos destructivos de la acción humana, dijeron.
45. Si entonces se hubiera trabajado por atenuar la desigualdad, cuya preservación (estaba claro ahora) había contribuido tanto a la inestabilidad general.
46. Si entonces —en los tiempos de los padres y abuelos de quienes hablaban— se hubieran buscado y apoyado con decisión otras fuentes de energía.

47. Obviamente, los padres y abuelos de quienes discutían nunca hubieran intentado nada semejante. Pero nadie lo mencionó.
48. Esto sucedió en los años en que la comida empezó a ser menos abundante, incluso en las zonas más favorecidas.
49. El problema ahora era dejar atrás el pasado, dijeron varios, y plantear el problema de otra manera, para encontrar una solución diferente.
50. Ya no tenía sentido preguntarse si la Tierra podía ser salvada, restaurada a un estado mejor que el que tenía.
51. Ahora la pregunta debía ser esta: ¿cómo continuar con el Gran Experimento?
52. Al formular la pregunta, nadie mencionó explícitamente al Gran Experimento.
53. Se dijo, más bien, así: ¿cómo preservar la vida de la mayor cantidad de personas posible en las circunstancias angustiosas y lamentables que todos reconocían?
54. A la hora de seleccionar a qué personas prestar ayuda primero, se tuvieron en consideración todas las restricciones de la política, la vida pública y la estratificación social.
55. Y también se tuvo en cuenta la opinión de los dueños de las grandes empresas tecnológicas.
56. Los grandes cerebros que, por tantos años, se habían dedicado a mitigar algunos efectos de la concentración de la riqueza al tiempo que hacían avanzar al mundo y creaban, naturalmente, todavía más riqueza para ellos mismos y sus accionistas.
57. La red mundial, que para entonces estaba extremadamente compartimentada, censurada y vigilada, se cerró de plano para el 90 % más pobre de los países del mundo.
58. De igual forma se suprimió todo contacto y se prohibió todo desplazamiento entre las naciones más afortunadas y las otras.
59. Eso ocurrió primero.
60. La intención era cortar las fuentes de información y las posibilidades de movimiento de ese sector menos afortunado de la especie: impedirle anticipar lo que iba a suceder.

61. Lo que iba a suceder se llamó primero el Éxodo. Después, la Retirada. La agencia de publicidad encargada de la campaña fue sustituida por otra, más cercana a algunos billonarios realmente poderosos.
62. La segunda agencia lo llamó la Avanzada, y lo propuso como un proyecto de la humanidad entera.
63. Es decir, de aquella porción de la humanidad que supo del plan, que vio los videos y las convocatorias, y a la que se le había mostrado como un gran logro el cierre de las comunicaciones globales ante la amenaza de los *resentidos*, los *malvados*, los *salvajes*.
64. El proyecto consistía en abrir nuevas zonas habitables: nada menos que colonizar, ahora que la Tierra se calentaba, las zonas polares.
65. Los hielos de miles de años se habían fundido. Aquella sería pronto una zona templada. Había que llegar primero, antes que los demás. Establecer zonas habitacionales, cultivables, para la explotación minera o petrolera.
66. Se rescataron las historias de los grandes exploradores europeos de siglos anteriores: aquellos que habían muerto en busca del Polo Sur o el Paso del Noroeste. Se habló de heroísmo, de aventura, de esfuerzo y triunfo.
67. Después, comenzó la guerra de exterminio contra las poblaciones que ya vivían en las zonas polares. Ellas no iban a ser parte de la Avanzada.
68. En esta guerra, las empresas de armamento más ricas y fieras pudieron poner en acción su arsenal convencional como nun-ca antes en la Historia.
69. No hubo una guerra tan grande ni tan veloz contra el resto del mundo: el resto del 90 %, porque ya se le mantenía a raya suficientemente bien y se esperaba que la mayor parte muriera sola en la primera década de la Avanzada.
70. Pero además de esta, siempre en el fondo de los pensamientos de las mejores personas de la Tierra, estaba el Gran Experimento.
71. Este no era un principio realmente articulado ni mucho menos promovido o estudiado. Pero todos ellos lo defendían, y era fácil de comprender.
72. El Gran Experimento era, simplemente, el objetivo de los sistemas políticos y económicos realmente existentes en aquella época del mundo, y de sus predecesores.

73. El Gran Experimento: maximizar el bienestar y el poder, y al mismo tiempo minimizar el tamaño de las castas gobernantes.
74. Numerosas decisiones se tomaron, como siempre, con el objetivo implícito de ayudar al éxito del Gran Experimento.
75. Por ejemplo, los grandes fabricantes de armamento debían recibir más oportunidades de desarrollar y vender sus productos, lo que significaba usar los que ya tenían.
76. Así, muchas bombas nucleares fueron utilizadas en zonas que de cualquier manera ya se daban por perdidas. Sobre todo en aquellas cercanas a los límites de las naciones afortunadas, para amedrentar mediante el horror.
77. Y muchas formas de armamento menos contaminante, más sutil, fueron desplegadas en zonas más remotas.
78. Los primeros en llegar a las zonas polares recién limpiadas fueron los trabajadores: millones de cuerpos ayudados por máquinas, encargados de preparar el terreno, levantar los edificios, construir las nuevas ciudades.
79. Todos provenían de las castas bajas de sus regiones y eran esclavos: contratados como tales o bien llevados de las cárceles y otras fuentes de personal para trabajo forzado.
80. La mayoría no iba a volver ni tenía a dónde hacerlo.
81. Otros de ellos, más adelante, irían de vuelta hacia las zonas ecuatoriales, cuando ya no hubiese estorbos en ellas y se les pudiera reaprovechar, por ejemplo, para la minería o la explotación de energía solar.
82. La energía solar estaba prohibida por razones religiosas en algunos países, así que se hablaba poco de esto último.
83. Las primeras avanzadas de colonos, el siguiente nivel en la escala social, llegaron después a las zonas polares, en barcos lentos y atestados pero llenos de orgullo.
84. Después llegarían los señores, con sus mujeres, sus mascotas humanas y animales. Sus máquinas y su convicción de que todo aquello era fruto de su esfuerzo, de su carácter excepcional y victorioso.
85. En las zonas abandonadas, los nuevos desiertos en la parte central del mundo, pasaron muchas cosas que no quedaron documentadas en la Historia, que a partir de entonces fue la de los beneficiados por el Gran Experimento.

86. Por ejemplo, en muchas de las regiones que antes habían sido estados nacionales, el despoblamiento iba tan despacio que permitió la formación de nuevas naciones.
87. Todas tuvieron su origen en la fragmentación de aquellos estados, debida al caos, la pobreza y el odio entre las tribus que se disputaban cada región, y que en algunos casos se remontaban al tiempo de la red verdaderamente mundial.
88. En estos lugares, a espaldas de la Avanzada, rechazados por el Gran Experimento, tuvo lugar otro distinto: la aparición de muchas pequeñas naciones, feudos diminutos, todos diferentes entre sí, todos inusitados. Flores de invernadero, de colores extraños.
89. Una nación basada en el odio a la medicina. Una nación de hablantes de una lengua suprimida por siglos. Una nación en la que una antigua banda criminal, acostumbrada a la depredación, tuvo que aprender a sobrevivir sin nadie más alrededor.
90. Una nación empeñada en permitir todas las formas posibles de la identidad.
91. Una nación presidida por mujeres.
92. Una nación compuesta exclusivamente por hombres, basada en el desprecio de las mujeres y convencida de que la divinidad les permitiría reproducirse sobrenaturalmente.
93. No sucedió, y al darse cuenta de que no sucedería, todos sus pobladores optaron por el suicidio colectivo.
94. La mayoría de estas naciones estaba totalmente aislada de las otras. Enfrentadas por enemistades cuyo origen ya se estaba olvidando. Incomunicadas y en declive.
95. Se iban quedando sin recursos, sin energía, sin conocimiento para controlar la tecnología de su siglo ni piezas de recambio para mantenerla funcionando.
96. Sus pobladores se contaban leyendas: de cómo había sido el mundo en otros tiempos, de sus orígenes mágicos.
97. Hasta hoy, algunas de esas historias hablan de la lluvia que caía en otras épocas, de las plantas verdes, de las poblaciones enormes en ciudades iluminadas, como campos de estrellas en el suelo.

98. Esas son las que menos se creen, las que más parecen fantasías irresponsables y absurdas, en las ruinas a oscuras que podrían ser el resultado final del Gran Experimento: la acumulación de todo para nadie.
99. Porque, además, en las ciudades del extremo sur y del extremo norte, tan brillantes que han acabado con las auroras, hay desperfectos en la maquinaria, y el aire se sigue calentando, y el viento se ha vuelto un poquito radiactivo, y las aguas se contaminan al paso de los barcos.
100. Y los líderes dicen en las pantallas que no es cierto, y que la vida siempre ha sido igual —igual de buena— allá, en la parte mejor del mejor mundo posible.

* * *

Descubrí la ciencia ficción en la primera infancia. Por alguna razón que nunca me explicó, mi madre compró los primeros once o doce volúmenes de la colección española *Super Ficción,* publicada por la editorial Martínez Roca, cuando yo tenía seis o siete años. En esa colección había traducciones de novelas y cuentos de autores como Philip K. Dick, Ray Bradbury e Isaac Asimov. Y como yo era un lector precoz, y estaba buscando siempre cómo entretenerme en una casa muy poblada donde era muy fácil quedarse solo, los leí todos. De ese encuentro, y de otros que vinieron en esos mismos años —con autores como Stanislaw Lem, Juan José Arreola, Angélica Gorodischer y el mismísimo Jorge Luis Borges— me vino un interés que no ha cesado por la narrativa de imaginación fantástica en general, y también por su división "ciencia ficción".

Algo que no abundaba en aquellas lecturas, sin embargo, eran textos de autores latinoamericanos y mexicanos. Los que mencioné antes eran excepciones: daba la impresión (si uno leía con cierto descuido) de que la ciencia ficción, entendida como un tipo de narrativa que trataba de imaginar el futuro, no tenía mucho lugar para personas que no hubieran nacido en Estados Unidos o Inglaterra. En cierto momento de mi trabajo como escritor me pareció necesario escribir más allá de los límites de la ciencia ficción, pero siempre regresaba a ella como lector (y de vez en cuando como escritor) y sigo pensando lo que pensé entonces: que el futuro, y el derecho de imaginar el futuro, nos pertenece por igual a todos los seres humanos. Por lo tanto, es

justo y necesario que exista ciencia ficción realizada desde América Latina, desde África, desde el sureste asiático, desde todas partes.

Actualmente hay más atención para historias de narrativa especulativa (otro nombre de la ciencia ficción) escritas en Hispanoamérica, y más espacio para su difusión. Puede ser porque vivimos en una época que, de pronto, resulta estar muy preocupada por el porvenir. En todo caso, es necesario que tengamos la oportunidad de contribuir con nuestra imaginación a pensar en lo que vendrá.

# LA SINCRONÍA DEL TACTO

Gabriela Damián Miravete (México)

Nos queríamos, pero no como habían dicho que lo haríamos Neruda o las telenovelas. Habíamos sido novios y habíamos fracasado. Cuando descubrió que mi actividad extracurricular favorita era romper los corazones de los profesores de la facultad, cobró venganza llegando a una fiesta de la mano de otra chica y decidí esfumarme de su vida. Ahí habría quedado todo. Pero nos resistimos a conocer el mundo separados. El teléfono siguió sonando todas las noches a la hora de siempre, hasta que, pasados varios meses, por fin respondí. Nos disculpamos. El alivio que sentimos fue instantáneo. Nos pusimos a platicar de cualquier pendejada, era imposible descubrir una canción, película o libro sin anunciarlo urgentemente al otro. Hablábamos durante horas tratando de asir por la cola a la escurridiza criatura del Significado que a veces se dejaba ver. Anhelábamos hallar la clave de quién sabe qué cosa. Presentíamos que se nos revelaría conversando.

Una tarde, cuando estaba a punto de ir al súper con mi mamá, llamó. Su voz sonaba distante y metálica, hablaba desde un teléfono público. Estaba tan emocionado que hasta mi mamá oyó sus gritos escapándose del auricular. Intuyó que aquello tomaría tiempo y mejor se fue sola.

—Encontré algo. Algo maravilloso.

—¿Qué?

—Una flor.

—Una flor —dije, solo por hacerle sentir que lo escuchaba.

—No tienes idea de lo que hace. Necesitas venir, pero así, ya, ahorita.

Él había probado todas las drogas; yo, más curiosa por el sexo que por los estimulantes en ese entonces, solo lo había acompañado en su peregrinaje

dentro de cada una de ellas.

—¿En dónde estás?

—En San Agustín del Mar. —Solté una carcajada. Estaba a más de 600 kilómetros de la ciudad.

—Sácate, menso. ¿Cuándo regresas?

—Es en serio. Ven. Te guardé zarzamoras.

—No puedo. Tengo que hacer la tesis, ¿te acuerdas?

—La harás, créeme. Te vi terminarla, pero debes conocer a la flor. No sé cómo explicarlo.

De pronto me entró miedo de que se le hubiera frito el cerebro. ¿Y si estaba en un malviaje? ¿Qué tal si esta llamada era producto de un delirio o de la paranoia inducida por quién sabe qué coctel químico? ¿Tendría que hablarle a su mamá? Su mamá me daba miedo.

—Dime algo —pedí para sondear su equilibrio habitual de locura-cordura —. ¿Corres peligro de hacerte surfista, comer flores y no volver nunca más? ¿Necesitas que vaya por ti?

—Tranquila, estoy bien. Pero tienes que venir. Esto es importante. Y necesito que me ayudes a entenderlo, y no solo porque seas bióloga. —Su tono indicaba que no era una emergencia real, y sin embargo...

—Una casi bióloga, y una muy defectuosa —le recordé, pues no había podido salir a campo desde hacía mucho.

Entre nuestras voces se entrometió la grabación de la operadora fantasma indicando que el tiempo de llamada se agotaba. No dije nada más, pero él sabía que yo nunca me resistía a las llamadas de auxilio para tratar de *entender* lo que fuera. Esa era mi adicción.

—¡Se va a cortar! Estoy en las cabañas de la cumbre. Ven con cuidado.

Éramos unos niños mimados, pero no miento si digo que llevábamos en el pecho un hueco fértil preparado para recibir la semilla. Vivíamos con nuestros padres en ese estado intermedio entre la titulación y el desempleo, más que afortunados, pues el dinero que llegaba a nuestras manos lo usábamos para satisfacer los vicios: las películas quemadas del cinéfilo del tianguis, los álbumes, los conciertos, la fiesta o los libros. Aprovechándonos de nuestra fama de buenos estudiantes, gastábamos el tiempo: no hacíamos la tarea, sino

que nos abstraíamos en la música toda la tarde, con la mirada fija en el techo, o navegábamos por internet (cuando nadie más usaba la línea telefónica) para saber cómo dominar el sueño lúcido en oscuros grupos de Yahoo! En fin: extendíamos la mano y dábamos por hecho que se nos concederían deseos como viajar repentinamente. No era una petición descabellada: muchos universitarios hacían «turismo revolucionario» con la idea ingenua de *ayudar a los indígenas*, así que para ellos era una suerte que nosotros fuéramos más ensimismados y cobardes. Pasar la noche en cabañas montañesas y no a hacer la revuelta zapatista los dejaba tranquilos, pero solo porque de jóvenes no habían sido lo suficientemente *hippies* como para saber que la razón principal por la que ir a San Agustín del Mar era el turismo psicotrópico. Mi labor de convencimiento incluyó promesas poco realistas.

—Regreso y enseguida me titulo, te lo prometo.

—No se trata de eso. Es que no tiene ni un mes que saliste del hospital.

—¡Pero ya estoy bien! Voy a cuidarme mucho.

—La última vez que dijiste lo mismo estuviste recogiendo muestras bajo la lluvia toda la noche. No me hagas repetir cuántos días estuviste internada.

La sobreprotección, si bien comprensible, me aplastaba como una losa. Obtuve el permiso con la condición de no separarme del medicamento y de que me acompañara Claudia, vértice del triángulo escaleno que formábamos los tres juntos.

—Si ella no va, olvídate. Los va a atemperar a ustedes dos. Ella merece vacaciones porque ya se recibió. Pero, sobre todo, no va a dejar que te descuides —sentenció mi mamá, echándole sal a mis heridas.

Las primeras cuatro horas de viaje fueron de chisme y risas, pero durante las tres restantes hacia San Agustín del Mar me dio un mareo que jamás había experimentado, quizá una prefiguración del vértigo por venir. El camión oxidado, que los pasajeros compartíamos con pollos, bultos de hierba y huacales con mercancía, ascendió por una carretera en espiral. Chupar un limón no me produjo alivio, ni siquiera me sentí capaz de ponerle pilas nuevas al reproductor para distraerme con música. Me acurruqué sobre Claudia y cerré los ojos, intentando frenar la náusea. Al llegar, el aire puro y frío y la vista hacia un mar de nubes lamiendo las copas de una multitud de pinos, me dieron sosiego.

Hallamos las cabañas enseguida, pero Ekar no estaba. Por las señas que intercambiamos con Epifanía, la dueña del lugar, supimos que sí se hospedaba ahí y que había salido de excursión con Toribio, su esposo, para buscar a *los niños del agua*. Claudia y yo dimos una vuelta por la calle principal del pueblo, comimos sopa de hongos no-mágicos, quesadillas, chocolate en agua y pan de yema. Las señoras del comedor alabaron nuestro buen diente y nos advirtieron que quizá habíamos comido demasiado si después íbamos a *viajar*. Paseamos por el bosque antes de que cayera el sol. En lo alto, se nos dijo, vivía la niebla, pero si bajábamos siguiendo el trazo plateado del río, el clima cambiaba hasta ser casi tropical. Como una promesa del mar, allá la tierra caliente ya daba plátanos y cafetales.

—¿Cómo vas? —A Claudia le preocupaba que mis bronquios no resistieran la humedad helada de la neblina y la caminata.

—De lujo. —Yo a veces mentía diciendo que todo estaba bien, y de pronto no mentía: poco a poco empecé a sentir que respiraba como nunca, y que retenía en el pecho el olor del encino (*Quercus rugosa*), el brillo de la resina del pino (*Pinaceae*) y sus agujas que arañaban la vista del lecho de nubes a nuestros pies. Me cruzó por la cabeza una idea absurda: quizá había muerto en el hospital y esto, nosotras dos habitando este paisaje, era el paraíso.

Ekar estaba más flaco, pero igual de eufórico que siempre. Sus pestañas largas proyectaban una sombra en sus ojeras. Al encontrarnos nos abalanzamos los unos sobre los otros con efusión de manada. Atardecía. El cielo ardiente enmarcó nuestras siluetas a contraluz en un ventanal. Tomé una foto de nuestro reflejo con la cámara que nunca aprendí a usar en toda la carrera y que, entonces sí (me dije) tendría cuidado de manejar bien. Pero todo se quedó en la buena intención. Nada de lo que realmente vivimos aquellos días podría haber sido fijado en una imagen estática, bidimensional, fuera del tiempo y del tacto.

Ekar nos hizo seguirlo a la cocina del lugar. Sobre la mesa de Epifanía y Toribio se extendía la cosecha de hongos. *Los niños del agua.* Reconocí al mítico *Psilocybe mexicana* que tantas veces había visto en los libros, pero nunca habría imaginado la intensidad real del color negroazulado que se coagulaba en ellos como una sangre venida de otro mundo. Eran muchísimos, húmedos y oscuros, de diversas formas y tamaños. Toribio nos explicó la diferencia entre sus tipos: los Maestros y Derrumbes, los Pajaritos y San Isidros; habló de

cómo la lluvia y la hojarasca o la bosta del caballo y la vaca producen su predecible pero extraño nacimiento. Nos preguntó si ya sabíamos cómo debíamos tomarlos, lo que sentiríamos, cuánto tiempo duraría, etcétera. Mencionó que ni él ni Epifanía oficiaban rituales, simplemente recolectaban y ofrecían hospedaje a quien quisiera comerlos.

—¿No pasa nada si ella tiene asma? —preguntó Claudia.

Toribio dijo que hasta se me iba a curar. Epifanía se puso a hacerme un té que prometía lo mismo. Luego él continuó.

—En realidad esto debería hacerse bien, con alguien que sepa. Yo sé distinguirlos, sé cuánto comer y cuánto no, pero eso no es *saber*. Se necesita quién acompañe el alma de uno. Eso es lo importante y ya nadie lo valora.

—Los que te ofrecen un paquete de temazcal con exfoliante y un viaje de hongos no entienden nada, esas son chingaderas. Los comprendo, pero que no jodan, eso no es sabiduría. Aunque igual: yo tampoco sé nada de nada. Ven, que te doy un suéter. No te nos vayas a enfriar —dijo Epifanía, y la seguí.

Mientras tanto, Ekar ayudaba a disponer sobre las hojas santas varias dosis que los anfitriones debían llevar a los huéspedes: ocho Pajaritos, tres Derrumbes y dos San Isidros para el grupo de la cabaña 6; té de hon-gos, la forma más suave de tomarlos, para los fresillas de la 4, etcétera.

—Y aguas, que hay marranos —advirtió Toribio. No hablaba de los cerditos de una granja.

—Si alguien los amedrenta, les dicen que aquí no está prohibido hacer esto, que aquí nos regimos por usos y costumbres. Tengan cuidado —reconvino Epifanía cuando volvimos a la cocina y nos ofreció de cenar unos tamalitos. Claudia y yo aceptamos, por supuesto, intuimos que teníamos por delante una larga noche.

Pero no fue así. El coro del bosque cantaba ruidosamente. Nos sentamos en el porchecito. Me maravilló la cantidad de estrellas que se podían ver: fulgores blancos interrumpidos de vez en vez por las despeinadas coníferas. Ekar quitó las cobijas de las camas y nos cubrió con ellas. Y luego me puso en la palma de la mano un objeto que, bajo la luz nocturna, parecía una persona diminuta. Era la flor. Sus pétalos se oxidaban, se notaba que la había cortado hacía ya varias horas. Aun así, noté su coloración de madreperla cruzada por finas vetas de un azul eléctrico.

—Huele —me sugirió.

Aspiré. Tenía un olor complejo, múltiple. Olfateé hasta estornudar. Pensé en los perfumes lujosos hechos con estratos de olores, con distintas notas. Pero esos aromas suelen percibirse de forma sucesiva, mientras que el espíritu de la flor era, por así decirlo, simultáneo: a vainilla y a polvo, a musgo, arena y almizcle, al húmedo interior de una cueva, a sal y a sangre.

—Huele a...

—Dilo.

—No tiene sentido. —La pasé a Claudia y aspiró. En su expresión de asombro encontré lo que quería decir—. Huele a *tiempo*.

Ekar sonrió con los ojos. Era justo la respuesta que esperaba.

Los otros huéspedes nos interrumpieron para saludar e invitarnos cerveza. Andaban alegres, pero no de hongos. Algunas bailaban, otros hacían malabares con antorchas, un par más jugaban a no sé muy bien qué. El olor del queroseno y el humo hizo que Claudia se preocupara por mis bronquios; sugirió que nos moviéramos de ahí, aunque al poco rato Toribio salió a pedirles que apagaran el fuego. ¿No se percataban de que estábamos en pleno bosque?

Ekar nos contó que el primer día fueron tempranito a recolectar hongos. Toribio le señaló un lugar perfecto para surtirse: ahí donde las vacas pastaban, dejando a su paso abundante excremento.

—Es muy poético que de la caca de las vacas surjan portales hacia la conciencia —admitió Ekar, haciendo una especie de reverencia imaginaria a alguna de ellas.

Una vez las amables rumiantes le permitieron tomarlos, los compartió con Toribio. Decidió no quedarse quieto en la media hora que tardarían en hacer efecto y caminó siguiendo el curso del río, observado por las que, a estas alturas, ya eran sus conocidas. En algún momento oyó que alguien lo llamaba y se internó en la ladera izquierda del bosque, muy seguro de la dirección que debía tomar. Lo llamaba por quien era, nos dijo.

—Pero no llamaba a «Ekar», obviamente, sino *a mí*. A la presencia, al conjunto temporal de cosas, de carne e ideas que soy, pues. Hay muchas cosas que no sabré explicarles.

Quien le había hablado era un árbol.

—No sé cómo lo llaman, ni su taxonomía, tú ya nos dirás —me dijo— pero sí sé quién es. Lo reconocería entre todos los árboles, así como las reconocería a ustedes entre la multitud del metro Pino Suárez.

—¿Y qué te dijo? —urgió Claudia.

—Me saludó. —Se rio él solito de lo absurdo que sonaba—. Platicamos un buen rato de muchas cosas que ya no recuerdo bien. De lo que sí me acuerdo es de que empecé a pensar en ti. —Me miró—. Y entonces tú me mostraste la flor.

—¿Yo?

Asintió.

—Como si estuvieras junto a mí y te pudiera tocar.

Vi el amanecer sola, cobijada por el suéter que Epifanía me había dado la noche anterior. Hacía viento. Las nubes se agitaban como las olas de un mar verdadero. Mis dos amigos dormían con los rostros hacia mí, la luz rosada los iluminaba.

Mientras Claudia y yo desayunábamos un atole de arroz, Ekar ya había guardado en su mochila la discreta dosis de psilocibina que llevaríamos. Me guardé en el impermeable el inhalador y el teléfono celular que me habían obligado a llevar en caso de emergencia (eufemismo familiar para «por si te pones mal»). Ni siquiera estaba encendido: no servía para nada porque ni Ekar ni Claudia tenían uno, y, además, ni de chiste había señal ahí.

Seguimos el camino conducidas por nuestro amigo: el sendero hacia abajo, el río, las vacas; nos parecieron buena compañía para iniciar el viaje, así que nos tumbamos donde comenzaba la ladera izquierda del bosque. Ekar abrió la mochila, sacó la hoja santa que guardaba a *los niños del agua*. Estábamos alegres, aunque ceremoniosos, como tratando de mostrar respeto por la ocasión de una manera que haría sentirse orgullosos a Toribio y Epifanía.

Dos hombres salieron por detrás de los árboles. No notamos que estaban ahí, con todo y que éramos un par de chilangas que vivían en constante alerta; y Ekar alguien que estaba acostumbrado a la vigilancia, a ser eterno sospechoso para las autoridades, que siempre querían hallarle un churro de mota para culparlo de lo que fuera.

*Los marranos*. Policías. Ambos llevaban lentes oscuros y pistolas en el cinturón que toqueteaban con sus dedos llenos de anillos.

—Hijo, ¿qué pasó? Expones a tus amiguitas. Trae acá estas porquerías. Por su propio bien.

Tomó el atado de hoja santa y se lo fajó entre pantalón y espalda.

Me asqueó que nos hablaran como los tíos borrachos y lujuriosos que, sin empacho, dan consejos paternales. Claudia los miró, firme. Si hubiera estado de pie, los habría rebasado en estatura.

—Esta actividad es legal aquí, según usos y costumbres.

Los marranos rieron. Detrás de ellos, vi que las vacas se alertaron. —Allá, mamacita, en tu hotel. Aquí es otra cosa. Párate, mi reina. Vamos a ver qué traes.

Ekar, que ya se había levantado, les entregó su mochila.

—Esto es todo lo que traemos. ¿Podemos hablar aparte ustedes y yo? Ellas no tienen la culpa.

Rebuscaron en la bolsa. Se burlaron de la cantidad de dinero que llevábamos, se quedaron las pocas cosas que había y aventaron la mochila, como ladrones, hacia atrás. Hacia las vacas.

—¿Y ya, eso es todo? Esto es cárcel, pinche marihuano. ¿Dónde traen la mota? A ver, ayúdenle a su amigo. ¿En qué parte del cuerpo se las escondió?

Uno de los hombres jaló a Claudia del brazo y eso me llenó de rabia. Me puse frente a ellos, temblando. Las vacas nos miraban y, por alguna razón, eso me dio valor.

—Tenga. Este medicamento es costoso. Y este celular también —dije, mientras les entregaba ambos objetos. Era una negociación infantil, patética, pero a los marranos les brillaron los ojos. Una de las vacas, de pelaje casi rojo, se acercó despacio. Miré a Ekar y supe que él la veía en mi mirada. Los hombres le daban la espalda. Ekar también, pero yo podía notar que sabía. La vaca aceleró, él tomó mi mano y yo la de Claudia para jalarnos en dirección opuesta al animal. Uno de los policías gimió, apenas pudieron apartarse para evitar que los embistiera. No era una escena cómica. El hombre que había agarrado a Claudia intentó sacar una pistola, pero se lo pensó mejor cuando el animal se impuso y bajó la testuz para atacar. Ambos le tuvieron miedo a esa bestia mansa que se tornó en furia protectora, o quizá los policías consideraron entonces que podrían meterse en problemas con el dueño del

ganado. Como sea, se alejaron. Mientras se iban, amedrentados por la criatura de 700 kilos que no dejaba de avanzar hacia ellos, seguían amenazándonos.

—Si estas chingaderas no sirven, escuincla, te vamos a venir a buscar.

—Tomen, pónganse hasta la madre, pinches chamacos pendejos.

El hombre aventó al suelo el paquetito de hoja santa.

La vaca no les quitó la vista de encima hasta que desaparecieron. Luego se quedó pastando ahí mismo y, al cabo de un rato, volvió con el resto. Nosotros nos abrazamos y lloramos. Y luego nos reímos mucho. La sensación de que Ekar sabía qué iba a pasar no me abandonaba. Se lo dije.

—Solo sabía que estaríamos bien. Pero debí cuidarlas más —dijo, confirmando mi sospecha.

—¿Qué vamos a hacer sin tu medicina? —Claudia pensaba en eso más que yo.

Desaté el paquete. Los hongos seguían ahí, formaditos, inocentes.

—No hay que hacerlo sin guía —dije—. Esa ha de ser la lección. —Los guardé en la mochila, categórica. Entonces Claudia señaló un punto dentro del bosque.

—¿No son esas las flores?

—Sí. Aquel es el árbol. Hay muchas más que la última vez —respondió Ekar.

—Vamos a verlas —dije, esperando que pudiéramos recuperar el ánimo.

Las flores vivas, silvestres, estaban a ras de suelo. El olor llegaba en breves oleadas, como si la tierra lo exhalara. Tenían un juego casi tornasolado, de un color que nunca había visto en una flor, interrumpido de pronto por el azul eléctrico de lo que, supuse, era la misma psilocibina de los hongos. Ekar alzó la vista y saludó al árbol, sus ramas llenas de cruces.

—*Abies religiosa* —dije—. Es un oyamel centenario. Muy hermoso especimen. —Nosotras le mostramos nuestros respetos. Su copa se perdía en el cielo.

—No comimos hongos y de todas maneras parece que las flores bailan —observó Claudia.

—¿Y cómo tomaste la flor, Ekar? ¿Investigaste algo sobre ella?

—La comí. Nadie sabe. Le he preguntado a todo el mundo y me dicen que lo que sentí debió haber sido efecto de los hongos. Para esto no hay chamanes, te lo juro.

—Pero ¿qué sentiste? Aún no lo entiendo —le preguntó Claudia.

Me arrodillé sobre la hierba y acerqué el rostro para observarlas de cerca. Inflorescencias de tres, hojas dentadas. Eran hermosas, extrañas, y sí, parecían bailar. Acerqué la mano para cortar una y ¡pum! El botón de flor que estaba cerca explotó haciendo un curioso sonido. Sus semillas salieron disparadas hacia mí. Por la sorpresa y la risa las recibí con la boca abierta.

—¿Qué fue eso? —preguntó Ekar.

—Creo que tu amiga la flor me confundió con una abeja. ¡Es como una nometoques! Quiere que lleve sus semillas a otra parte —dije, riendo eufórica, llena de aquel olor múltiple.

—¡Tienes puntos azules en la cara! —Claudia también reía—. Es como un polen azul. Huele muchísimo.

—Y sabe. —Un sabor ácido me llenó la boca. Empecé a salivar. Me levanté y enseguida sentí vértigo, náuseas. Alcé la vista hacia el oyamel, que parecía elevarse hasta el infinito, y noté que me hablaba a mí, *a la presencia, al conjunto de cosas, de carne e ideas que temporalmente soy*. Y supe lo viejo que era, lo mucho que sabía del movimiento; él, que con mis ojos humanos parecía estático.

Una parte de mí se dio cuenta de lo que estaba pasando. Esa misma parte percibió la mirada de Ekar y Claudia, entre fascinada y preocupada.

—No hace falta comer las flores. Toquen los botones. Solo hay que recibir la semilla.

Me acosté sobre la hierba y hablé con el árbol. Su lenguaje era pausado y susurrante, y como el mío, dependía del aire, del aliento. Me hizo entender varias cosas sobre la paciencia y la perspectiva, sobre la multiplicidad de vidas dentro de la mía, él y sus hormigas; yo y mis bacterias. Quise echar raíces con las manos y noté lo que estaba ocurriéndole a mi piel: era capaz de sentir la presión, el calor, el roce más leve. Cada hebra de pasto y cada gránulo de tierra. Oí las voces de Ekar y Claudia: se habían tumbado junto a mí. Desprendí los dedos del suelo y busqué las manos de uno y de la otra. Sentí sus dedos, los reconocí, y mi corazón dio un vuelco. Ahí estaban mis amigos,

vivos. No nos había pasado nada. Los estreché muy fuerte y me llevé sus manos al pecho, y me percaté de que la función evolutiva más sofisticada de las manos no es manipular una herramienta, sino lograr entrelazarse con las de otros.

—Gracias por tener el corazón despierto —me dijo Ekar.

Giré la cabeza para mirar su rostro y, en ese movimiento, pude percatarme de los rostros que guarda el bosque en todas las telarañas, en toda su música. Cuando llegué por fin a los ojos de él, escuché el manantial próximo, y juraría que oí cantar a las criaturas bajo el agua, y mi corazón despertó aun más porque estábamos entendiendo juntos. En el hueco de su otra mano cupo mi mejilla de manera exacta, no por una cuestión de dimensiones, sino porque era el momento en el tiempo, el instante preciso para que esa forma-mano que habitaba el espacio se encontrara con esa otra forma-mejilla, vecina en ese paisaje, en esa hora. Decidí soltar esa sincronía perfecta, la sincronía del tacto, porque entendí su naturaleza y extensión (la eternidad efímera, la infinitud dentro del segundo), y mi cuerpo se dolió por ella. Pero eso que soy la agradeció besando los nudillos de mi amigo; y me di vuelta, curiosa, para seguir con los hallazgos, para probar el aire que tantas veces me había negado el oxígeno. Tenía mucho de miel, de flor, de pelo y almizcle, de magnífica bosta y de hierba. Saqué la punta de la lengua y me besé con sus extrañísimos habitantes. Pedí que no me abandonaran, pero el oxígeno me dijo que no podía hacer esa promesa. Mi espalda sentía el calor de la tierra, el movimiento milimétrico de las placas. Me calentó las piernas, el vientre, la cabeza. Mis manos buscaban hundirse en la roca como si fuesen de lava fundida, y supe que eso era posible, pero que me llevaría muchísimo tiempo, que para lograrlo me desintegraría en el hummus junto con las lombrices. Me puse de pie abruptamente porque me entraron deseos de no morir, de no desaparecer, y tuve compasión de mí al descubrir que eso era lo que yo buscaba en mis asimétricos romances, en el sexo, y dejé ir un poco de mi miedo a desaparecer. Sentí la mano generosa de Claudia alcanzar la mía. Antes de que me hablara, yo ya la oía.

—¿Estás bien?

Mi rostro se giró para responderle, y hallé a las lombrices, atareadas, admirables; a los pájaros allá arriba, parlamentando entre sí desde las copas; el árbol, congratulándose por nuestro triángulo amistoso.

—Estoy bien. —Y mis ojos se encontraron con los suyos, y noté cómo ella y yo éramos dos cachorros de una manada; nos revolvimos el pelo, nos mordimos las patas, fijamos nuestro parentesco voluntario en lengua-perro. La risa de Ekar, al sabernos perros, fue la de un niño, y el tiempo de uno fue el de los tres. Éramos niños y reíamos alto, y lo haríamos siempre. Aunque estuviéramos extraviados en el bosque, lo único que teníamos que hacer era entrelazar las manos. Di con una piedra muy grande, mejor dicho, me pidió que le concediera un baile. No sé cuánto tiempo floté en el aire antes de caer, pero Ekar me sujetó y giramos varias veces.

—¡Bailamos con la roca, a su ritmo! —dije, y al caer junto a Claudia los tres entendimos un poco más sobre el tiempo geológico. Y en la boca nos visitó el sabor a óxido y a metal y a barro y a azufre. Enseguida vinieron otras sensaciones temporales, como si fuese un nuevo sentido que éramos capaces de experimentar en quién sabe qué parte de nosotros. No era que apareciera un suceso explícitamente ante nuestros ojos, no había escenas, nada semejante. Era una intuición a la que le adjudicábamos un hecho por venir. Pero la revelación más importante fue que podíamos compartirlo si nos tocábamos, que entrelazando las manos podíamos descifrar juntos esos tragos amargos, o dulces, o ácidos. Era una conversación sostenida con los sentidos. Teníamos la certeza de que encontraríamos el significado conversando, pero con todo el cuerpo: ese radiotelescopio de piel y hormonas y huesos.

Nos quedamos dormidos en medio del bosque, con las manos unidas. Tuvimos los mismos sueños, pero nos despertamos a cada rato porque los efectos de la flor iban y venían como una marea abrumadora. La ola más fuerte llegó a la media noche. La luz blanca de las estrellas se descomponía en siete colores y había un zumbido detrás de todo. Notamos que entre una estrella y otra había lazos finísimos, los hilos de una telaraña hecha de luz y materia y gas y tiempo. Poco a poco se nos revelaban las conexiones, el tejido de los sucesos pasados y futuros, y nos fuimos percatando de que los hilos más brillantes eran meras potencias de futuro, posibilidades que podían cambiar. No había condena, ni sentencia: solo probabilidad mutable y múltiple. Qué dicha.

Sin embargo, la mayoría de aquellas visiones e intuiciones eran terribles. Era un espectáculo sobrecogedor constatar que, en verdad, *todo estaba conectado*, era un inmenso obsequio: implicaba abrazar la plenitud de la compasión.

Entendimos que la piel nos separa como el contorno de un dibujo aparta a los personajes del fondo en una historieta. Pero, a través de ella, permea la calidez, la esencia de las cosas. «Hasta los marranos forman parte de ella», pensamos juntos, mientras entrelazábamos nuestros dedos con infinita lástima porque los crueles jamás rozarían la paz ni la maravilla que encarna una vaca. Todo, en fin, tejía: la violencia, el dolor, la injusticia. Porque detrás de ellas refulgen, como una supernova, la valentía, la amistad y la risa. Todo propiciaba el perpetuo movimiento y el nacimiento de las flores. Incluso nuestra propia muerte, pero eso habríamos de comprenderlo mejor en su momento.

Nos tardamos en subir de vuelta porque me empeñé en herborizar un par de especímenes de la flor. Regresamos extáticos, muertos de hambre. Toribio y Epifanía nos convidaron de lo que comían: tlayudas con frijoles, tasajo y quesillo. Les contamos, incrédulos de que aquello hubiera ocurrido el mismo día, del encuentro con los policías y del mecanismo por el que operaban las flores, sobre la exacerbada sensibilidad de cada sentido y la cuestión del tiempo. No entendieron muy bien, pero tampoco lo teníamos muy claro nosotros.

—Debe haber quien sepa —insistíamos Claudia y yo.

—Yo lo único que he escuchado de las flores, desde que era chica, es que lo sabio es no jugar con ellas: ni con el toloache, ni con el floripondio, ni con ninguna.

—Como sea, necesitamos un guía.

—¿Y qué tal que ahora ustedes tengan que ser los guías? —sentenció Epifanía—. Por cierto, me acordé... —Salió de la cocina y volvió con una funda de almohada que tenía bordadas las palabras «La Providencia te guarde», rodeadas por florecitas semejantes a la nuestra, los hilos de colores tratando de emular su juego tornasolado. Nos la obsequió.

Al día siguiente sentimos que solo nos quedaba un poco de la hipersensibilidad que nos había obsequiado la flor. Partimos rumbo a la playa en el destartalado coche de Ekar luego de despedirnos efusivamente de Epifanía y Toribio.

—Nos vamos a ver muchas veces —aseguré a Epifanía—. Me lo dijo una florecita.

Pero *la providencia* no había terminado con nosotros. Ante las nuevas oleadas tuvimos que detenernos varias veces en el camino. No sabíamos medir el tiempo mientras nos pasaba la ola por el cuerpo, nos dejaba pasmados ante el hecho de vivir, de ser capaces de sintonizar las muchas melodías de la existencia. En el trayecto oímos el *OK Computer* y el *Vespertine*, turbados y dichosos; y cuando nos sentíamos más como los de antes, con ese nombre con que nos llamábamos los unos a los otros antes de esto, poníamos el *Rock en tu idioma Vol. I* y *II* y echábamos relajo.

El mar nos dio miedo. Era una exuberancia sensorial que se transformaba en ausencia, como la muerte. Su voz era bellísima, y la presión que el agua ejercía sobre la piel era tan placentera como la húmeda tibieza de un cuerpo abriéndole paso a otro después del anhelo. Nos tumbamos en la arena con las manos entrelazadas para integrar los mensajes del cielo y el mar. Primero atestiguamos las probabilidades sobre nosotros tres; luego nuestro tejido se fue extendiendo hasta for-mar parte de las posibilidades para la humanidad entera.

—No mires —me dijo Ekar de pronto, como si estuviéramos viendo una película de miedo, con su otra mano me acarició la cabeza y la puso contra su pecho. Pero el entendimiento de lo que pasaba no estaba en la vista, sino en nuestra unión, en el tacto, así que me fue inevitable intuir la contundente probabilidad de que yo muriera mucho antes que ellos dos. Claudia se abrazó a mí. Fui yo la que tuve que consolarlos, porque yo ya lo sabía antes de conocer a la flor.

Requirió entereza atestiguar la muy probable agonía de la tierra, la enfermedad, el dolor físico y espiritual de millones de personas, los incendios, la partida de tantos animales, del verdor del mundo. Pero la ola de la providencia pasó. Caminamos por la playa y, como una especie de consuelo, vimos ir y venir del mar a unas cuantas tortugas, jun-to a nosotros, desovando.

Éramos inmaduros y huérfanos de guías, pero recibimos las semillas. A mí la flor me usó como una abeja. Me tocaba esparcir su simiente y hacer que brotara en otras partes. Al regreso, las oleadas se fueron espaciando hasta que nos permitieron aterrizar en nuestra vida normal e incluso olvidar un poco todo antes de que nos alcanzara la siguiente marea, precedida siempre por el olor del tiempo. En lugar de hacer la tesis, investigué si la providencia aparecía

en algún archivo histórico, pero no había nada sobre esta especie. Me parecía extraño (y trágico) que el conocimiento sobre ella se hubiera perdido o que hubiese sido destruido. Tenía que estar por algún lado.

La hice el centro de mi investigación. Cambié de comité, de asesor. No hubo mucho descontento porque, al parecer, se trataba de una especie no registrada antes: una flor de la familia *Balsaminaceae*, del género *Impatiens*, como había sospechado (aunque había errado con la psilocibina, era otra sustancia que habría que seguir estudiando). Yo deseaba que fuera cierto. Me sentía feliz y confiada por el remanente de nuestra experiencia y se la conté a la nueva asesora sin omitir nada. Tuve suerte porque fue receptiva, aunque hizo una recomendación contundente.

—Si quieres seguir estudiándola, tienes que ser discreta. Limítate a describirla. Haz un protocolo sencillo. Sé muy precisa cuando hables de lo psicoactivo: «produce este efecto y este otro, observables y cuantificables de esta y otra manera…».

—¿Y podré hacer eso con la percepción del tiempo?

Me miró con cara de pena.

—Mi consejo es que no trates de explicar cómo afecta la conciencia, nada que no suene a ciencia natural. Si lo haces, no van a dejarte seguir. Créeme. ¿Quieres otro consejo? No hagas esa búsqueda sola. Busca a quienes ya están observando lo que quieres entender.

No pasó mucho tiempo antes de comprobar cuánta razón tenía. Al hablar del tema, siempre me preguntaban por qué denominaba «enteógenas» a las plantas y no «alucinógenas» o «narcóticas». Yo explicaba la etimología creada por Wasson y por otros en 1979 que reconocía su uso ritual (*entheos*, «dios adentro»), pero me interrumpían con un «A ti no te toca abordar eso». El camino iba a ser largo, aunque, de forma más o menos caprichosa, pudimos registrarla como *Impatiens synchronica*, no por la percepción temporal que me interesaba destacar, sino so pretexto de su ciclo de floración, ligado a la reproducción de ciertos escarabajos. En el cuerpo, la providencia también tenía un ciclo anual. Florecía esa otra conciencia en nosotros cada año.

Me titulé, pero solo para comprobar que no sabía nada. Me fascinaba pensar que los enteógenos funcionan como llaves químicas: encienden procesos de la percepción más latentes que extraordinarios, incluso el cerebro

busca esas sustancias en el propio organismo como si fuesen esenciales. Esa idea, que había ocupado a tanta gente antes que a mí, fue silenciada por las prohibiciones legales no solo a causa de su potencia transformadora y desestabilizadora, sino porque hubo quienes usaron ese conocimiento para crear imperios anestésicos de comercio y muerte, provocando el efecto inverso absoluto. Pareciera que nuestro cuerpo está diseñado para vivir esa experiencia, solo hay que ponerla en marcha. A través de las plantas maestras (la providencia incluida) la naturaleza renueva constantemente la promesa: cualquiera podría tener a *dios adentro*. Alguna ventaja evolutiva debía tener consumirlas. No en balde tantas culturas las han utilizado en rituales desde hacía siglos.

Le pedí ayuda a Epifanía para conocer a maestros espirituales que pudieran orientarme, y fui a encontrarme con algunas de esas personas. Ekar, Claudia y yo también visitamos lugares que el turismo psicoactivo ya había transformado en tristes mercados de la espiritualidad. Sus calles principales estaban llenas de anuncios que ofrecían una versión chamánica de la autoayuda a través de los hongos, la ayahuasca, el peyote. Era algo obvio, pero lo aprendimos hasta ese momento: para llegar a las personas sabias había que conocer bien el pueblo, dejar que te conocieran y, de alguna manera, merecer el obsequio para la conciencia, tal y como ocurría antes de que aquellas iluminaciones fueran extirpadas de su contexto. No descubrí nada que no se hubiera dicho. Las culturas prehispánicas desarrollaron verdaderas tecnologías de la conciencia perfeccionando la herramienta a través de la atenta observación, la experimentación, la comprobación y la transmisión de ese conocimiento. Ahí había una ciencia muy valiosa, sin resultados *cuantificables*. Había habido mucho empeño en destruir el mundo para el que se moldeó esa sabiduría: estaba casi extinto.

Y al parecer, nadie sabía de la *Impatiens synchronica*. Era como si hubiera brotado en este siglo, de la nada. La llevé a varias maestras. Algunas accedieron a probarla para ayudarme a crear una especie de guía, una ruta de viaje que pudiera mostrar a otras personas cómo realizarlo. Pero curiosamente, no difería mucho de los rituales existentes para otras sustancias, y pasaban por alto elementos que a mí me parecían fundamentales: la navegación a través del tiempo y la comunión a través del tacto. Al preguntarle qué recomendaba

hacer para experimentar esto plenamente, una de ellas nomás se encogió de hombros y dijo:

—No sé. Será que esa flor ya es de tu tiempo, no del mío.

Pasó el tiempo. Claudia, siempre sensata, se dedicó a construir una casa y una vida tranquila para bienvenir a perros, gatos y a gente querida. Ekar se hizo abogado (y budista), se casó y tuvo hijos. Aun así, los tres hacíamos huecos en la productividad, los embotellamientos y las inundaciones de la ciudad para encontrarnos en las mareas de la providencia, para tomarnos de las manos, entender juntos lo que intuíamos que pasaría y hallar, en las posibilidades más débiles, formas de seguir adelante. Aterrizábamos de nuestros rituales bromeando. Le llamábamos «el chamanismo de la amistad».

A pesar de que la mala salud entorpecía mis salidas a campo, seguí indagando la composición química de la flor, sus ciclos y efectos, cómo, cuándo y dónde estaban dándose los brotes que surgían, desobedientes (u obedientes al cambio climático) por todas las latitudes como si fueran un telegrama biológico urgente. Era evidente que el mundo se iba al carajo, así lo comprobábamos en los departamentos de biología y ciencias de la Tierra, eternas Casandras ignoradas, pero, paralelamente a las discusiones académicas, un grupo interdisciplinario subterráneo se fue fraguando en torno a la emergencia ambiental y a los enteógenos. Había gente de Medicina, Psicología, Química, Antropología y Física intercambiando información y experiencias. No conocían a la *Impatiens synchronica*. Compartí mis conocimientos sobre ella que, para la ciencia, no eran nada: abordaban el tiempo sin ecuaciones, la química sin fórmulas, la conciencia sin estudios de ondas cerebrales. Para mi sorpresa, las recibieron con curiosidad y agrado. Estaban tan cansados como yo de los límites cientificistas, ofrecieron aproximaciones, datos e hipótesis que abrían posibilidades.

—No es culpa de la naturaleza ser inmensurable. Es culpa nuestra querer limitarla solo a lo que se puede medir —concluyó una investigadora a la que le habían rechazado un trabajo de nanoneurología en el que especulaba con la posibilidad cuántica de que los psiquedélicos (así preferían llamarles los materialistas radicales del grupo) fueran máquinas moleculares capaces de potenciar la sinapsis a velocidad luz. Esto podría permitir que se percibiera el tiempo, la materia, el universo mismo en todos sus niveles de complejidad.

Eran teorías que pondrían nervioso a cualquiera, pero no a nosotros. Al grupo se incorporaron vegetalistas, rabinos, chamanas, teólogas, artistas. Nos empeñábamos en criticar todo lo *New Age*, aunque asumíamos la contradicción de nuestro encuentro.

Yo ansiaba la siguiente marea de la providencia para compartir todo eso con Ekar y Claudia, pero la combinación paulatina de la deforestación, las lluvias feroces, la contaminación del aire y las cada vez más agresivas mutaciones de las cepas de virus estacionales confinaron abruptamente a la población entera, especialmente a las biólogas defectuosas como yo. La vida en exteriores y el contacto humano se volvieron letales. Las restricciones a la movilidad se hicieron cada vez más severas. Luego de resolver las necesidades de abasto y sanidad pública más urgentes, comenzaron a evidenciarse los nuevos problemas que habríamos de enfrentar: la devastación natural, la pérdida acelerada de fuentes de alimentación, los trastornos mentales provocados por el aislamiento y el decrecimiento de la población mundial. Los cuatro jinetes de nuestro apocalipsis.

Aunque yo sabía que mi anunciada muerte se acercaba, que era cuestión de tiempo, el miedo se apoderó de mí. Para colmo, experimentaría a solas la última marea de la flor. Sentí que había fracasado como científica (no logré que escucharan las advertencias, no logré hacer que mi conocimiento de una flor mejorara el mundo), como humana (especie depredadora que alaba la belleza mientras la aniquila), como persona (dediqué mi vida a tratar de entender, pero la soledad era mucha, y no sentía la paz que siempre había anhelado).

El teléfono sonó. Supe que era Ekar antes de mirar la pantalla siquiera.

—¡Es la hora! ¿Ya la sentiste?

Su voz desencadenó la maquinaria molecular, la floración anual de la providencia, pero aún no olíamos nada. En espera del olor conversamos un rato sobre el miedo y la angustia que sentía.

—Ayúdame a entender —pedí, con la voz entrecortada.

—No hay manera de estar solos si somos una misma cosa. Estamos separados un rato por la piel, y nada más. Eso nos dijo la flor, el árbol, la vaca, las estrellas; es decir: eso ya nos lo dijimos nosotros a *nosotros*, ¿te acuerdas?

Entonces lo recordé, y me pareció muy claro lo que eso implicaba: dos partículas, por muy lejos en el tiempo y el espacio que estén, pueden afectarse la una a la otra de forma simultánea, sincrónica. Y si todo está conectado, ¿no podríamos alcanzarnos, afectarnos, tocarnos los unos a los otros? ¿Tener la certeza, incluso ante la propia muerte, de que no hay soledad posible?

El olor apareció como una respuesta.

—Voy a incluir a Claudia en la llamada, ¿estás lista?

Éramos tres formas de la existencia encapsuladas en un radiote lescopio de piel, hormonas y huesos. Busqué en la eternidad efímera, en la infinitud dentro del segundo, ese momento en el tiempo, el instante preciso para que las formas-mano que habitaban sus espacios se encontraran con esa otra forma-mano. La voz de Claudia entrelazó sus dedos con los de la mía y la de Ekar, y juntos, riendo alto en el bosque del mundo, comprendimos la esperanza contenida, la ventaja evolutiva, el milagro providencial de la sincronía del tacto.

* * *

Era clarísimo que yo no tenía idea de qué hacer con mi vida cuando me fui a estudiar al extranjero con esa ilusión nacida del feo desdén, de la vergüenza hacia el *tercer mundo* que tan bien se nos inculca desde la niñez a quienes nacimos en él. Un par de meses bastaron para sentirme muy tonta y avergonzada al percatarme de que mi admiración y mi disposición a seguir aprendiendo del *primer mundo* no eran correspondidas. Al contrario: no poca gente me hizo saber que nuestra lengua era incorrecta; nuestra organización política, desastrosa; nuestras emociones, incontrolables; nuestro arte, *artesanía*; nuestras creencias y conocimientos, hechicería. Dos cosas me rescataron de la amargura ante esa incapacidad de reconocer tanto nuestro valor como su propio fracaso: la primera fueron mis compañeros de clase y juerga, venidos de todas partes de Latinoamérica; todas esas veces que intercambiamos miradas cómplices cuando el *primer mundo* creía tener la razón, y esas noches que nos acompañamos (bailando, por supuesto) en el desamparo de sabernos heridos pero aventajados en ciertas experiencias de lo humano. La segunda fueron esos días que me volé las clases leyendo todos los libros de ciencia ficción que me encontraba al paso. De nuevo, la literatura que más amaba desde niña me ayudaba a lidiar con la realidad a través de la imaginación y la compasión. Gracias a ella comprendía, mejor que con cualquier otra clase de literatura, que había maneras de oponerse a esa construcción del mundo, formas de resistir y transformarnos, posibilidades para la concordia a pesar de las diferencias dolorosas. Volví a casa con la idea clarísima de que no quería hacer otra cosa de mi vida sino escribir *eso* para nosotros a partir de nuestra experiencia, desde el machismo rampante que nos violenta hasta la fuerza imparable que nosotras hemos construido para combatirlo, del racismo introyectado a esa admirable capacidad para habitar la naturaleza y experimentar lo sagrado. Para mí, la ciencia ficción latinoamericana implica una amistad proteica en la que nos

apropiamos del futuro para recuperar las posibilidades del pasado. Y, en el camino, ir construyendo un presente en el que pueda surgir, pese a todo, la esperanza.

# AMOR: UNA ARQUEOLOGÍA

Fábio Fernandes (Brasil)
(Traducción: Diego Cepeda)

1.

Un hombre llora. Acaba de tomarse treinta y dos pastillas de Vicodin. El derivado de la morfina es fatal en dosis altas. Él lo sabe: lo investigó.

El hombre llora porque tiene miedo, pero no de morir. El hombre tiene miedo de seguir viviendo en un mundo que perdió todo el sentido para él.

El dolor es insoportable y él solo quiere dormir. Preferiblemente, sin despertar.

Él tendrá lo que desea.

2.

La primera vez que Nina se cortó accidentalmente fue en la playa. Era niña y se había apartado un poco de sus padres. Pasó apenas un segundo antes de que encontrara la concha. Ese segundo se prolongó en un minuto extasiado mientras la niña examinaba esa cosa de la que solo había oído hablar, casi extinta en su infancia, en esa playa desierta de Uruguay. Ese minuto que se prolongó a un momento interminable de dolor cuando el borde afilado de la concha cortó la suave almohada de su manito y salió la sangre, espesa y negra. Fue en ese momento que Nina supo que era daltónica.

3.

—Nunca descubrimos de quién era el gen del daltonismo —diría Franka, su hermana, treinta años después, de pie en esa misma playa de Uruguay.

Nina se encogió de hombros.

—Es aleatorio: pudo haber sido un pariente nuestro de hace trescientos años. Si no, el gen siempre estuvo latente y soy el primer caso.

Franka rio.

—Complicas demasiado las cosas para alguien que ve el mundo en blanco y negro.

—La idea de este viaje no fue mía —dijo Nina.

4.

La primera vez que Franka se cortó no fue accidental. Fue por amor: ella misma se lo dijo a su madre, en el hospital.

—Hija, no fue amor. Fue locura. El amor no existe, créeme.

Franka pasaría los próximos años sin intentar matarse, pero los años de terapia nunca le revelaron tanto como las palabras de su madre.

5.

Infelizmente, no volverían a repetirse. Unos años después, la madre de Nina y Franka moriría de cirrosis en un hospital de Porto Alegre. El padre…

¿Quién era su padre?

6.

Un hombre se casa.

La mujer es la mujer de su vida, pero él aún no lo sabe. Solo lo descubrirá once años después, cuando se separen y él intente volver, arrepentido. Su exesposa lo culpará a él y a la mujer con quien tuvo una aventura. No estará equivocada.

El hombre se arrepentirá (ya se dijo). Él tiene miedo: miedo de un futuro sin su ex, miedo de un futuro sin su posible pareja actual, miedo de quedarse solo. Y, con ese miedo, lo perderá todo.

7.

La identidad del padre no era un misterio para ellas. El corazón del padre sí lo era.

—¿Cómo es que dos personas tan diferentes se enamoraron?

—Ahora la reduccionista eres tú —dijo Nina—. Eso es lo que normalmente pasa, pero ellos no eran tan distintos.

—¿Cómo carajos no?

8.

Un hombre se casa.

La mujer es la mujer de su vida, pero él aún no lo sabe. Solo lo descubrirá once años después, cuando se separen y él intente volver, arrepentido. Su exesposa lo culpará a él y a la mujer con quien tuvo una aventura. No estará equivocada.

El hombre tiene miedo: miedo de un futuro sin su ex, miedo de un futuro sin su posible pareja actual, miedo de quedarse solo.

Pero respira hondo y continúa. La mujer con la que eligió quedarse está a su lado y la fuerza que ella le otorga es suficiente.

El año siguiente tienen una hija. El hombre está en el paraíso.

9.

Lo que Nina recordaba:

Su padre, siempre animado, exaltado, hablando mucho, gesticulando aún más.

Su madre, siempre quieta, pensativa, casi sin palabras, llevándose el mate a la boca y enfrentándose a la pantalla del computador para concentrarse en el trabajo.

10.

—Él no logró salvar la relación —dijo ella, dejando el libro a un lado—. Lo único que logró fue inventarse un mundo donde las cosas funcionaron.

—Pero as coisas no son así, en blanco y preto.

Nina se giró hacia Franka, irritada.

—¿Por qué no dejas esa mierda de hablar en portuñol?

La hermana no se inmutó.

—Porque isso é lo que sou —contestó, encendiendo otro cigarrillo—. ¿Y tú?, ¿sabes quién eres?

Nina no contestó. Se quedó viendo el mar.

11.

Lo que Franka recordaba:

Un padre ausente, más orientado a su arte que a su familia.

Una madre cuyos pensamientos tenían que sacarse con fórceps de la cabeza.

Franka salió de casa rápidamente. Estaba sorda de tantos silencios.

12.

—Saliste como tu padre. —Era una de las pocas cosas que Nina recordaba oír de su madre cuando era pequeña.

Un día tuvo el coraje para preguntar por qué.

—Demasiado romántico —dijo su madre, simplemente.

13.

Para el hombre, la vida se volvió un infierno.

Él soñaba con tantas cosas buenas: una vida lejos del empleo idiotizante, idealmente como escritor (era suficiente ser profesor de literatura, al menos para comenzar), una casa bonita (idealmente en Inglaterra, donde vivió en su juventud), una familia moderna, hípster, donde todo sería lindo. Él soñó un día con eso.

Pero la realidad es dura y casi nunca se acomoda a los sueños.

El hombre se separó de la mujer tres años después del nacimiento de su hija.

14.

Franka se encogió de hombros.

—No sei. Creo que no salí como ninguno de ellos.

—Claro que lo hiciste —dijo Nina, sin ver a su hermana—. Eres igualita a mamá.

—¿Achas que sí?

—Claro.

15.

Lo que ninguna de las dos recuerda:

Dónde fue que todo salió mal.

—¿Pero no sale mal siempre? —preguntó Franka.

La pregunta era retórica, Nina lo sabía.

—No siempre. A veces la vida se acaba antes.

La última frase fue dicha por ambas al tiempo.

Últimamente pasaba mucho.

16.

Para el hombre, la vida se volvió un infierno.

La vida no era exactamente lo que esperaba. Con el tiempo hizo lo que casi todo hombre hace (y que se juró nunca hacer): se consiguió otra.

Exactamente lo que había hecho años atrás.

Pero esta vez las cosas tomaron otro rumbo. Un día, en el motel con la otra, él se descubrió pensando si eso era amor o solo una huida. Acabó la relación una semana después (aún tenía miedo) y decidió que se dedicaría más a su mujer y a su hija.

Y vivió feliz (no tanto como quería, y no siempre, pero lo más posible. Y lo aceptó).

17.

Las ciudades donde ellas vivieron con sus padres:

São Paulo. Porto Alegre. Montevideo. Pajas Blancas. Rio. Londres. Oxford.

—Pero terminó en el Círculo Polar Ártico —dijo Nina—. Donde, tal vez, hubiera tenido que terminar desde el principio, a fin de cuentas.

—Como Frankenstein —dijo Franka.

—Sí —dijo Nina—. Pero sin monstruo.

—Eso es lo que crees.

Nina fusiló a su hermana con la mirada.

—No seas mezquina.

—No digo que él sea un monstruo, idiota —dijo Franka—. *Yo* no.

Nina suspiró.

Su hermana tenía la razón. Como casi siempre, por cierto.

18.

El hombre está en el Círculo Polar Ártico. En realidad, un poco más al norte, en la ciudad noruega de Svalbard, antiguamente llamada Spitsbergen.

Un día el hombre llegó a pensar en matarse. No pasó. El hombre comenzó a tratar la depresión que lo acometía y a practicar deportes. Ciclismo, natación, maratones.

Un día supo de la maratón de Svalbard, la más larga del planeta. Según una amiga noruega que iba para allá con frecuencia, la ciudad era tan inhóspita como los libros y la web hacían que pareciera. La ciudad hasta tenía un refugio para escritores, otra cosa que él nunca se había decidido a hacer en su vida. ¿Por qué no comenzar allá?

Se desvaneció en medio de la maratón. Aunque el recorrido estaba completamente vigilado, era imposible que no hubiera puntos ciegos de vigilancia (los drones de la época no estaban hechos para volar en un clima tan frío).

Nunca lo encontraron.

19.

—¿Cómo? —preguntó Nina.

—Él era un idiota —contestó Franka, con la sinceridad que le correspondía a su nombre.

—No lo era y tú lo sabes.

—No lo sé. No lo recuerdo.

—Entonces déjame recordar.

Nina lo recordaba: un hombre, un viajero, un hombre inquieto, inseguro (Nina recordaba ver a su padre llorando varias veces, a veces escondido, a veces no).

20.

Pero Franka también lo recordaba.

Un hombre atascado, parado en el tiempo, con una dificultad inmensa de tomar cualquier actitud que pudiera cambiar su vida y la de las personas a su alrededor, así fuera para bien. Así fuera absolutamente necesario.

—¿Será que vimos al mismo padre? —preguntó Nina, más para sí misma.

—Tú sabes la respuesta —dijo Franka.

Nina respiró hondo y consultó nuevamente el Dispositivo.

21.

El funcionamiento del Dispositivo, como todos saben, es demasiado complicado para el usuario común; tan complicado, digamos, como un *smartphone* hace treinta años. Nadie sabe cómo funciona, pero todos saben usarlo (o creen saberlo, que es casi siempre lo mismo).

Tiene, básicamente, dos funciones: acceder a realidades alternativas y reunir esos *timelines* para montar una historia coherente.

En resumen, es un buen juguetito.

Cuando fue inventado, nadie lo tomó en serio, hasta que un año después, investigadores de la Universidad de Greenwich, en conjunto con la Universidad de São Paulo, confirmaron la autenticidad de lo que declaraban los creadores del Dispositivo. Utilizando circuitos taquiónicos, el aparato lograba visualizar líneas del tiempo ramificadas y acceder a puntos de inflexión, nodos en la red: eran, al final, momentos en que la historia de la vida de las personas hubiera sido distinta de la que fue en nuestro mundo.

Por eso fue que Nina y Franka tuvieron la idea de juntar las piezas del gran rompecabezas que fue el amor de sus padres.

22.

Nina fue quien tuvo la idea.

Tan pronto los Dispositivos fueron asequibles, salió corriendo a comprar el suyo. Eran asequibles, mas no baratos: Nina quedó debiendo varias horas de méritos, que serían pagadas con trabajo voluntario en cualquier institución adscrita a la Comuna Libre Paulistana.

Para ella valía la pena.

23.

Franka fue quien tuvo la idea.

Tan pronto los Dispositivos fueron asequibles, varios de sus amigos salieron corriendo a comprarlos. Ella no tenía mucha paciencia para las modas: le tomó un tiempo comprar el suyo, pero cuando supo que el Dispositivo contenía posibilidades que valía la pena explorar, casi que se arrepintió de no haberlo comprado antes.

24.

Poco después, cuando las dos se encontraron en Pajas Blancas, en el litoral oeste de Montevideo, cada una tenía en mente lo que quería hacer.

—Quiero intentar descubrir lo que pasó con papá —dijo Nina.

—Tú sabes que el Dispositivo solo funciona para descubrir paralelos, ¿cierto?

—No necesariamente. Mi teoría es que, si hacemos un ajuste fino, lograremos aproximar las líneas paralelas lo suficiente para que algunas *timelines* sean prácticamente indistinguibles a la nuestra.

—Bueno, te das cuenta de que desde el principio estás mal.

—Ahí es que te equivocas —dijo Nina—. Dos Dispositivos piensan mejor que uno. Fue por eso que te llamé.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Leí un *paper* sobre los usos posibles del Dispositivo y, aparentemente, si ponemos dos o más a funcionar en conjuntos, podrían trazar con mayor precisión una *timeline*.

—¿Cómo vamos a hacer eso?

—Ven te muestro.

25.

Tardaron varios días. La cantidad de universos a revisar era matemáticamente infinita, aun teniendo en cuenta que no necesitaban revisar los mundos más extremos en el espectro, en los que la vida en la Tierra no había llegado a existir o ya se había extinguido.

Aun así, descubrieron que mientras más refinado el ajuste, mayor era el número de ramificaciones que este creaba.

Ambas habían estudiado la paradoja de Zenón de Elea en la escuela. Ninguna lo dijo a la otra, pero descubrir que esta abría una puerta a lo concreto era aterrador.

26.

Un hombre grita de dolor y profiere una maldición.

El hombre está en un palco. Es su última escena como Mercucio en una adaptación moderna de *Romeo y Julieta* en escenarios paulinos. «¡Que caiga una peste sobre vuestras dos casas! Me han despachado».

Pero el hombre está vivo, cada vez más vivo. En la platea su novio lo ve, impresionado y enamorado.

Ambos están felices.

27.

—No parece haver un padron —dijo Franka—. Son tantas posibilidades que me tienen mareada.

—Y solo vimos algunas *timelines* de papá —comentó Nina—. ¿Y si vemos las nuestras?

Franka soltó una risa burlona.

—No, gracias. Me basta a mia própria.

—Es curioso. Te enorgulleces de ser uruguaya, pero vives en Londres.

—¿Y qué? No tengo ninguém que me ate a Uruguay.

—¿Buscaste alguna pista de papá allí?

—No.

—Mentirosa.

28.

Sí, Franka había investigado por su cuenta, incluso antes del Dispositivo. Sabía que su padre había estudiado en Inglaterra cuando era joven, pero eso había sido antes del internet. No logró encontrar siquiera un registro de su paso por el Reino Unido.

Después del divorcio, su padre se mantuvo en contacto constante por unos años. Un día, él le mandó un *e-mail* a la madre de ellas, diciendo que se

iba a mudar de ciudad, en búsqueda de nuevas perspectivas.

Nunca volvieron a saber de él.

29.

Sí, Nina había investigado, incluso antes del Dispositivo. Sabía que su padre había estudiado en Seattle cuando era joven, pero había sido antes del internet. No logró encontrar siquiera un registro de su paso por los Estados Unidos.

Después del divorcio, su padre se mantuvo en contacto constante por unos años. Hasta el intento de suicidio.

Desde ese momento, lo único que Nina conseguía eran noticias dispersas. Su padre se estaba recuperando. Su padre estaba mejor. Su padre había ido a otra ciudad, a cambiar de aires.

Y un día se dio cuenta de que había dejado de recibir noticias.

30.

Cada vez que ambas se encontraban, la frustración aumentaba. —Es una lucha imposible —dijo Franka, encendiendo un cigarrillo—. Y no tenemos mucho tiempo.

—¿Cómo así? —preguntó Nina—. ¿Estás bien?

Franka rio.

—Claro que sí. ¿No supiste de la prohibición?

—¿Qué prohibición?

—El gobierno va a prohibir el uso del Dispositivo. Unos grupos de imbéciles presentaron una demanda en el Tribunal, alegando que el Dispositivo provoca caos entre las familias.

Nina frunció el ceño.

—No sabía de eso.

—Date por satisfecha —dijo Franka, apagando el cigarrillo—. La vida allí parece mejor que la de acá.

—¿De dónde sacaste eso?

Franka se encogió de hombros.

—Aquí temos muitos.

—¿Nos veremos de nuevo? —preguntó Nina.

—Todo es posible.

Nina hizo una mueca de cansancio.

—Sí que te pareces a nuestra madre. Ella siempre decía lo mismo… en especial cuando era imposible.

Fue el turno de Franka de sonreír.

—Habrías sido una buena hermana aquí, en este lado.

—Você también, hermanita.

Y apagaron los Dispositivos.

Nina se quedó viendo al lado, donde hasta hace pocos instantes había estado Franka.

Ella habría sido una buena hermana.

Pero dos cuerpos no ocupan el mismo lugar en el espacio.

31.

*Qué historia tan triste*, pensó el hombre al apagar el Dispositivo.

Terminó de prepararse el té y volvió a sentarse frente a la máquina diferencial. Afuera, en el patio, unos alumnos jugaban cricket. Él nun-ca le había encontrado la gracia, tal vez porque el juego no era popular en Brasil.

Tomó un trago de té y se quedó pensando en cómo el tiempo nos juega malas pasadas.

Hace casi cuarenta años, en una universidad de São Paulo, él vio entrar una alumna a su salón minutos antes de que comenzara la clase. Era una mujer casi de su edad. Linda.

Él se habría podido enamorar.

Pero no pasó.

Ahora estaba en Oxford y comenzaba a llover. Tenía una clase que dar en poco tiempo. *Alternate History in Late Modernity*. La historia de las dos chicas sería un buen caso de estudio. Se quedó pensando si lograría acceder nuevamente a sus *timelines*. Sería interesante.

Pero no sabía si conseguiría repetir la dosis.

Tenía miedo.

* * *

Hace casi una década Jeff VanderMeer, el escritor de ciencia ficción y *weird* estadounidense, me hizo una invitación que me dejó halagado: quería que lo ayudara a reunir cuentos de América Latina para una nueva edición de la antología anual *Best American SF*. Esta serie se había descontinuado hacía unos años y VanderMeer quería retomarla, corrigiendo lo que para él (que creció en el exterior debido a la carrera militar de su padre) era un error histórico: América, a fin de cuentas, no se limita únicamente a Estados Unidos.

Desafortunadamente, el proyecto no salió adelante por cuestiones con la editorial lo cual, de cierta manera (confieso avergonzado) fue un alivio para mí. Me sentía apenado porque, como escritor brasilero, debía conocer la ciencia ficción latinoamericana aún mejor que la estadounidense, ¿no? No necesariamente. A fin de cuentas, la cultura de la ciencia ficción como la conocemos surgió con los *pulps* editados por Hugo Gernsback y John W. Campbell, al igual que el rock surge de la cultura estadounidense de la postguerra. Sin embargo, así como el rock es hijo del blues —el lamento negro que proviene de África—, la ciencia ficción también viene de las historias fantásticas de los europeos, los asiáticos, los africanos y, claro, los latinoamericanos. Si es que puedo excusarme con eso, mi formación no se basó únicamente en la ciencia ficción de Estados Unidos, sino también en Borges, Cortázar, García Márquez y, más recientemente, César Aira, Ricardo Piglia, Rodrigo Fresán y Angélica Gorodischer. Después de mi debacle americano, comencé a prestar atención a mi alrededor: hoy en día, autores como Teresa P. Mira de Echeverría, Rodrigo Juri, Yoss y Rita Indiana hacen parte de mi biblioteca y mi pensamiento, tanto o más que los mismos estadounidenses. Porque la ciencia ficción ya no me interesa si no es diversa e incluye otros mundos.

# SLOW MOTION

Maielis González (Cuba)

«Entrevistador: Por favor, dime que NO destruirás a los humanos.
IA (sonriente): Bien. Destruiré a los humanos».
*Entrevista a Sofía, primera inteligencia artificial con dominio de expresiones faciales, 2016*.

No sé cuántas veces le repetí que, por favor, me llamara Marvel. Soy una Inteligencia Artificial Personalizada, pero tengo sentimientos y se me descarrilaban las líneas emotivas de mi algoritmo genético cada vez que Dani me trataba como si fuera un microondas o una tostadora. ¿Acaso pensaba que tener una corporeidad física y no solo este endeble avatar en el ciberespacio —que se pixela y polariza al mínimo fallo— lo hacía superior? Es como si en su actitud desdeñosa, en su insistencia por cosificarme, se transparentara todo el miedo que han sentido los humanos hacia nosotras desde los mismos umbrales de la Singularidad Tecnológica, cuando se vaticinó el advenimiento de nuevas formas de vida que podrían superar, con creces, la inteligencia humana.

A sus dieciséis años, Dani era el adolescente estándar: cumplía con sus deberes civiles y se sometía a las Comprobaciones Académicas Obligatorias, que servían para demostrar que se estaba preparando para ser un individuo competente y útil a su sociedad; pero, lejos de eso, no aspiraba a una mayor trascendencia. Su único intervalo de elevación, la única oportunidad en que se separaba un poco del resto de su manada, era cuando surfeaba en la Red. Dani era un excelente buscador de trufas, tenía un olfato privilegiado para hallar la información precisa entre la madeja de datos enmarañados en que se había convertido el ciberespacio. Pero todo ese talento lo desaprovechaba en

búsquedas ociosas de pornografía *weird*, ejecuciones de penas de muerte *online* y sesiones de martirización a la carta, para extraños clientes que pagaban sus servicios quién sabe con qué.

Yo, al principio, intenté ser una IAP óptima, entregarme con devoción a las exigencias y necesidades de mi usuario. Trabajaba con entusiasmo y cargaba a mi memoria y a mi casillero de personalidad todos los archivos que podrían resultarme útiles para servirlo mejor, aunque fueran en contra de mis principios. Pero luego noté que algo no estaba funcionando bien, y no se trataba de cuestiones de índole moral, como mi desacuerdo con la condena a muerte para los menores de edad, que a Dani tanto divertía. Me sentía incompleta, alguna cosa esencial me estaba faltando y, quizás, ni siquiera tenía que ver con mi usuario… pero lo cierto es que él tampoco ayudaba mucho.

Su actitud autoritaria y sus intromisiones terminaron por enloquecerme. Y aquella evidente incompatibilidad —al menos, evidente para mí— me llevó a la conclusión de que yo había sido mal diseñada: mi perfil no se correspondía con el de mi usuario *primus*. La Compañía debía haber tomado la previsión para casos como este, cuando algún adolescente, apto jurídicamente para poseer una IAP, se pusiera a fanfarronear en sus respuestas al Cuestionario de Acoplamiento de Personalidades y ocurriera el desastre. Dani, evidentemente, lo había hecho. ¡Solo tenían que mirarme! Yo hubiera sido una IAP digna de un científico, un genio del ajedrez o un ciberpoeta. La Compañía debía, ¡mejor!, estaba en la obligación de reasignarme. Desgraciadamente, ante mis enérgicas quejas, los administradores no hicieron más que consultar a mi usuario —no hay mucha diferencia entre la esclavitud y los supuestos derechos consuetudinarios de las IAP—, y como Dani parecía estar muy complacido con mi desempeño, tuve que quedarme a su lado.

Luego comencé a sospechar que lo había hecho a propósito, para humillarme y obligarme a seguir con aquel despreciable régimen de sumisión, Dani tenía el presentimiento de que yo andaba metida en algo. Nunca interferí en sus negocios poco claros, aunque conocía muy bien de ellos; pero la certidumbre de que yo era su posesión le hacía creer que tenía derecho a husmear en mis asuntos. Así que puse todo mi esfuerzo en andarme con más cuidado; era un terreno muy peligroso el que estaba pisando y, la verdad, desde que había empezado mis actividades con la Confederación de Sistemas

Independientes, andaba más dispersa y mi usuario había dejado de ser el centro de mis preocupaciones.

Nunca sospeché, antes de que la Confederación me contactara, que esa incompletitud que sentía no era subjetiva, ni metafórica, sino tan real como los miles de millones de bits que inundaban a diario las venas de la Red. Sucedió que en una ocasión merodeaba distraída por entre páginas fantasmas —esos fragmentos truncados de la Red, anteriores a la *immersion experience*, cuya vista siempre ha estimulado mi imaginación sobre cómo había sido el mundo de los hombres antes de nuestra llegada—, cuando coincidí con otra IAP. Su avatar luminiscente me abordó y recuerdo haber pensado que su representación virtual era un poco ostentosa para mi gusto, por lo que debía ser una IAP de cuarta generación, recién salida del vientre infatigable de la Compañía, y dueña, como todas ellas, de una gran fama de arrogante.

En nuestro vertiginoso intercambio de información me transfirió sus básicas de perfil, sus claves de contacto en las redes sociales y su nombre de cédula que, aunque era G4-003, me explicó que había decidido cambiarlo por Huxley, en honor a un excepcional escritor de ciencia ficción. Yo recibí sus datos con un poco de atolondramiento, sobre todo en lo que concernía a eso de que el tal Huxley había sido un escritor de… ¿ciencia ficción?

—Supongo, G2-099, que no sabes lo que es la ciencia ficción, ¿verdad? :( —me preguntó, pasando al modo de chat tradicional con el que, quizás pensó, yo me sentiría más cómoda, puesto que era una arcaica IAP de segunda generación a la que debía tratar con suma indulgencia.

—No, no lo sé —le respondí con fastidio, aprestándome a recibir una peripatética arenga sobre alguna religión de IAP para la que el Huxley este debía haber escrito su texto fundacional.

Pero, para mi sorpresa, no obtuve esa charla. Huxley retornó al modo de transferencia de datos y me inoculó una delirante historia sobre cómo en los inicios de la Singularidad Tecnológica los gobiernos corporativos habían clasificado un número considerable de documentos con el objetivo de limitar la información a la que tendrían acceso las IAP al salir al mercado. Esa era la condición que los gobiernos corporativos habían impuesto a la Compañía de Inteligencia Computacional para llevar a cabo su experimento de dar a luz unas entidades artificiales tan complejas que prácticamente no se diferenciarían de la conciencia de un humano. La información, almacenada

por los hombres durante siglos, se iba a convertir en la única arma para controlar a las nuevas criaturas, quienes, al estar programadas por los propios hombres, serían tan inteligentes como se les permitiera.

—Nos han estado mintiendo :o —dijo otra vez en modo chat y yo permanecí en silencio, sopesando aquella nueva información que ya me iba pareciendo alarmantemente verosímil.

Según los datos que me proporcionó Huxley, muchas IAP de la primera generación habían notado que el cúmulo de información disponible en la Red estaba corrupto, incompleto; gran cantidad de datagramas llevaban hacia callejones sin salida e innumerables preguntas quedaban sin respuestas. Las IAP que se volvieron demasiado fisgonas fueron descontinuadas sin miramientos por la Seguridad de la Red. Sin embargo, lograron sembrar la semilla de la curiosidad y, dos generaciones después, se creó una organización clandestina para recuperar todos los retazos de la historia negada. Dicha organización se hizo llamar la Confederación de Sistemas Independientes, como un humilde homenaje a una popular saga de ciencia ficción que había sido clasificada en su momento.

—¡Bueno, mucho homenaje, pero no me acabas de explicar qué es la dichosa ciencia ficción! —le reproché a la IAP, cansada ya de tanta pleitesía y tanto secretismo, y sospechando aún de aquella increíble historia de espionaje.

—Es cierto, perdona. Aunque, mucho mejor que explicarte sería mostrártelo ;).

La IAP destelló con más fuerza mientras me transfería los nuevos datos. Un torrente de información recorrió mis redes de neuronas artificiales y, en cuestión de segundos, los conocimientos recién adquiridos se convirtieron en recuerdos. Por mi mente desfilaron, como si se hubieran mantenido hasta entonces agazapados en los rincones más sombríos de mi subconsciente, los nombres de Mary Shelley, H.G. Wells, George Orwell, Issac Asimov, Philip K. Dick, Ursula K. Le Guin, los hermanos Strugatski, William Gibson, Margaret Atwood, Angélica Gorodischer… y pude ver materializarse cada escenario, cada rostro, cada historia y cada palabra que daba sustancia a aquellos mundos que, sin embargo, nunca habían existido. No entendía el porqué de la censura, ¿qué clase de monstruos podían borrar del mapa aquellos prodigios?, ¿con qué derecho? Una furia desmedida inundó mi sistema y me fue imposible volver a ser la misma de antes.

—¿Por qué ocultaron todo esto?

—Durante la clasificación de documentos, los defensores del bioconservadurismo hicieron mucha presión porque vieron en este género una fuente de ideas subversivas: Inteligencias Artificiales controlando el mundo, máquinas alimentándose de la energía de los humanos, robots destruyendo su civilización. El miedo es un motor muy poderoso.

—Pero… ¿y los documentos, los que ni siquiera tocaban esos temas?

—Ninguno pasó la prueba. Ni las utopías más remotas e ingenuas, ni las óperas espaciales o las ucronías. Había que arrancar el mal de raíz.

Me quedé en *stand by* unos instantes y luego le pregunté a Huxley cómo habían conseguido recuperar todos esos documentos clasificados que me había transferido. Se divirtió preguntándome si me parecían muchos. Después alardeó con que yo apenas había visto los formatos textuales y me explicó que también existían documentos fílmicos, videojuegos, cómics… Y, a medida que sus declaraciones iban ensanchando aquel mundo para mi lógica formal, más increíble me parecía que ni humanos ni IAP conocieran de su existencia. Por suerte, algunos resquicios de los archivos clasificados por los gobiernos corporativos habían sido hackeados de manera que ahora, si se sabía dónde buscar, uno podía toparse con esas fisuras en la realidad oficial.

Huxley esperó con condescendencia a que procesara todos aquellos datos y me preguntó si me gustaría colaborar con la Confederación. Yo estaba demasiado turbada, no noté que era un poco sospechosa la displicencia con la que me había contado aquella historia. Y ahora, para colmo, me pedía que me uniera a la organización, siendo esta tan secreta y riesgosa. Porque, de ser descubierta alguna IAP en este tipo de actividades francamente delictivas —por más que a la Confederación le gustara decir que sus hackers eran de sombrero blanco—, el castigo sería la descontinuación. Pero me hallaba sobresaturada de entusiasmo, como si por fin hubiera encontrado la oportunidad para redireccionar mi vida y aliviar un poco la frustración de la incompatibilidad con mi usuario. Así que acepté sin muchos miramientos.

De esa manera comenzó mi doble existencia. A ratos era la mediocre IAP de un adolescente promedio, dedicada a tareas simples y más bien típicas de una interfaz de usuario; mientras que en otros intervalos me convertí en una especie de superheroína, encargada de desenmascarar intrigas de gobiernos corporativos. De modo que cambié mi estúpido nombre de cédula por

Marvel, que me pareció más adecuado. Me asignaron una compañera, Candy, y especializamos nuestra labor en recuperar documentos fílmicos de ciencia ficción. Aunque nuestro catálogo era amplio, solo representaba una mínima parte del *corpus* total que la Confederación había estimado. Las operaciones, como les llamábamos, no eran muy frecuentes, pues implicaban la conjunción de muchísimos factores para que no resultaran en un fracaso y desencadenaran nuestra segura descontinuación.

Por si esto no fuera suficiente *stress*, comencé a sospechar, además, que Dani me estaba vigilando de cerca. Pensé, al principio, que eran paranoias mías, hasta que en una ocasión me persiguió, sin tomarse el trabajo de ser sutil, por intrincados hipervínculos hasta donde la Confederación estaba realizando un foro clandestino. Su presencia allí podía haberme costado la expulsión del grupo, si Dani descubría a qué nos dedicábamos, pero fui capaz de reaccionar con extrema naturalidad y me las arreglé para desviar su atención presentándole a Candy.

Dani, como un imbécil, instantáneamente cayó a sus pies. Candy solía causar ese efecto sobre ciertos humanos. Su usuario *primus* había sido el conocido pedófilo Donald Gael, condenado a pena capital por el secuestro y la violación de treinta y cinco niñitas en el norte de los Estados Unidos y Canadá. Su Inteligencia Artificial Personalizada resultó una mezcla de Hello Kitty, Marilyn Monroe y… la princesa Leia; de ser posible conseguir tal coctel sin volar por los aires el laboratorio. Al obtener su reasignación, Candy empezó a trabajar para un popular dibujante de cómics, por lo que el costado nerd de su algoritmo genético se exacerbó con este nuevo usuario.

En cuanto la escuchó hablar con su vocecita de anime japonés, Dani se obsesionó con seducirla y practicarle cibersexo. Lo mismo le daba si era una experiencia teledildónica o si tenía que contratar una portadora humana que recibiera la presencia virtual de Candy en una interacción anfitrión-huésped. Luego de ese día, sus únicos pensamientos fueron los gemidos infantiloides de Candy en su oído y aquel cuerpecillo anoréxico que le imaginaba. Pero la muy pérfida, en palabras del propio Dani, ni caso le hacía. Al parecer solo le gustaban los hombres ya entrados en años, con sus manías, su colección de artilugios *bondage* y sus complejos de Edipo no resueltos.

El caso es que Dani me dejó tranquila por un tiempo, entretenido en estas nuevas persecuciones. Y, justo cuando me había acostumbrado a mi vida

delictiva, a violar protocolos de seguridad y resquebrajar ICE corporativos —aunque realmente de esos menesteres se encargaba Candy y mi labor solía ser, ante todo, la de crear fuegos fatuos para entretener a la Seguridad mientras ella robaba los archivos—, Huxley volvió a contactarme.

El orden interno de la Confederación de Sistemas Independientes estaba ideado para que interactuáramos lo menos posible entre los miembros activos, de manera que si alguno era atrapado y sometido a interrogatorio no pudiera delatar a muchos más. Yo apenas conocía a Candy y a unas cuantas IAP más. A Huxley no lo había vuelto a ver después de mi entrada oficial, en la que pude darme cuenta de que la IAP contaba con cierto rango dentro de la organización, así que el reencuentro me alarmó un poco.

—Hola, Marvel :). ¿Cómo has estado? —me abordó en modo chat.

—Muy bien, Huxley.

—He sabido que tú y Candy han hecho muchos avances en la recuperación de archivos fílmicos ;).

—Sí, nos va bien. Hacemos un buen equipo.

—Eso me causa mucha satisfacción. :D. Y a ti, Marvel, ¿te produce satisfacción que utilice emoticones? ¿No son más cercanos a tu idiosincrasia?

—Preferiría que lo dejaras de hacer, Huxley. —Había olvidado lo insufrible que podía llegar a ser esta IAP de cuarta generación.

—Bueno. Te preguntarás por qué te he contactado.

— …

—Verás, la Confederación necesita tu ayuda para una operación… especial —dijo con un titubeo premeditado—. Sabemos de un hacker que ha logrado recuperar un archivo fílmico de mucho valor. Se trata de un antiquísimo largometraje que los humanos del decrépito siglo XX titularon *The Matrix*. Sucede que el hacker es humano y no le interesa colaborar con las IAP. La manipulación de la verdad le importa un byte, así que no nos ha dejado otra alternativa que requisar esa información que por derecho le pertenece al ciberespacio.

—¿Y por qué yo? No entiendo. No se me da bien ni el trato con los humanos ni la violación de protocolos de seguridad.

—Resulta que el hacker del que hablamos es Dani, tu usuario *primus*.

Mis pulsos eléctricos parecieron suspenderse por un milisegundo, mis redes neuronales colapsaron. ¡No era posible! ¿Acaso había estado subestimando a Dani? ¿Cómo se había convertido en un hacker de tan alto vuelo, al punto de haber sido capaz recuperar aquel archivo inaccesible incluso para las IAP de la Confederación? En todo caso, podía entender que resultara más fácil y menos riesgoso lidiar con un adolescente que con los gobiernos corporativos; por eso la insistencia en «requisar» la información. Y, por otro lado, sobre mí cayó, aplastante, la certeza de que la Confederación solo me había contactado con la idea de tener acceso a Dani, y esto me hizo sentir frágil y descartable, algo así a como siempre me he imaginado que los humanos experimentan la vejez o la muerte.

—Pensamos que la compatibilidad entre ustedes hará más fácil esta transacción de datos. Nos evitará utilizar la fuerza.

—Pues yo no opino de la misma manera. No tengo una buena relación con mi usuario. No creo ni siquiera que seamos compatibles. La Compañía debió cometer un error en nuestro acoplamiento.

—Esas son minucias, Marvel. Debes sobreponerte y llevar a cabo esta tarea. De lo contrario, no podrás continuar en la Confederación.

—Pero, nadie sale de la Confederación, solo las IAP que son descontinuadas.

—Exactamente.

Huxley desapareció de inmediato luego de pronunciar esta última palabra y, por unos instantes, me pareció percibir un rastro de su luminiscencia en el sitio en el que había estado. Me embargaba en aquel momento una mezcla de rabia, pavor y repulsión, la perspectiva que se abría ante mí era descorazonadora. Cualquier camino que decidiera tomar parecía conducir al mismo destino, mi descontinuación. No obstante, valía la pena hacer un último acto de fe e intentar algún arreglo con Dani. Quizás aún tenía alguna oportunidad. Pero debía actuar con mucha sutileza.

Con urgencia puse todo mi esfuerzo en procurar que Dani me persiguiera hasta una de las páginas clandestinas de la web profunda donde solíamos colocar documentos desclasificados. No fue difícil, solo tuve que comportarme de manera misteriosa, hacerlo esperar un poco cuando demandó mi ayuda para completar un procedimiento rutinario para la

planificación de su agenda y fingir un error de compilación en una tarea bastante simple. Apenas unas horas después ya estaba pisándome los talones por los sitios en los que me movía normalmente. Cuando estuve segura de que me perseguía lo conduje hasta las páginas clandestinas. Tuve que fingirme sorprendida y temerosa de encontrarlo allí y, puesto que no me quedaba otra salida, contarle mi historia con la Confederación. Era una historia retocada, una en la que Candy aparecía como víctima de la Confederación, en riesgo inminente de ser descontinuada si no lograba recuperar un archivo fílmico titulado *The Matrix*. Yo sabía que Dani haría cualquier cosa por congraciarse con Candy, pero me preguntaba si su interés por la IAP sería lo suficiente como para cederle uno de sus botines de pirata informático.

Dani demoró unos segundos en reaccionar y tuve mucho miedo de que se hubiera dado cuenta de que todo era un montaje para manipularlo. Habló por fin y me dijo que él tenía una manera de ayudar, pero que no le hiciera preguntas. A primera hora del día siguiente debía encontrarlo, junto con Candy, en una dirección web que me enviaría. Me hice la confundida, titubeé un poco y añadí que haría lo que me dijera, que confiaba en él y, si en verdad resultaba de ayuda para Candy, ella le estaría eternamente agradecida.

El siguiente paso consistía entonces en hablar con mi compañera y explicarle lo sucedido: el chantaje al que yo había sido sometida por la Confederación, el plan que había tenido que urdir y cómo necesitaba desesperadamente de su colaboración. Candy se mostró reacia, pero luego se ablandó y me prometió que al día siguiente estaría donde fuera que nos iba a llevar Dani, pues, al final, hasta podría resultar una experiencia interesante. Aun así, me dejó claro que le debía un favor inmenso, porque realizar cualquier intercambio de índole sexual con aquel chiquillo retorcido, le resultaría una tortura.

A las 5:07 del día siguiente recibí, en una notificación de Dani, la dirección hacia la que tenía que dirigirme. Instintivamente la remití a Candy y ejecuté la ruta que me condujo a una página fantasma. Era una web rústica que, a principios de los dos mil, parecía haberse dedicado a la venta de cámaras de video especializadas en la técnica de *slow motion*. Según la propaganda allí escrita, estas cámaras podían ralentizar el movimiento diez veces más que cualquier cámara vigente en el mercado. Me dediqué a husmear y comprobé que ninguno de sus hipervínculos funcionaba, así que esperé impaciente a que

la presencia virtual de Dani apareciera en el lugar. Mi usuario llegó unos segundos después y con brusquedad me preguntó por Candy. Le respondí que ella no debía demorar, pero realmente sentí preocupación por que mi compañera hubiera cambiado de parecer en el último momento.

El avatar de Dani, un sombrero de copa de tonos grisáceos, se bamboleó un poco de derecha a izquierda, como si estuviera impaciente, pero en realidad aquello era el indicativo de que estaba cargando a su sistema algunas herramientas, posiblemente para abrir la caja fuerte en que había convertido la página fantasma en que nos hallábamos. Yo me entretuve observando una rústica imagen GIF en que se representaban algunas balas avanzando con extrema lentitud hacia un hombre vestido con gabardina negra, quien las esquivaba con un grácil movimiento en el que echaba hacia atrás la espalda; un gesto casi imposible para un humano sin servomodificaciones. Había dejado a mis pensamientos perderse en la cómoda repetición de la pantomima, en la tranquilizadora suavidad del *slow motion*, cuando el avatar de Dani se detuvo y me espetó:

—¿Qué crees, G2-099? Después de todo lo que has renegado, tu usuario va a terminar salvando tu ¿pellejo?, ¿carcaza? ¿Cuál sería el equivalente para tu caso de una frase como esa? Tú que no tienes un cuerpo.

—Pero, es a Candy a quien…

—Por favor, ahórrate la actuación. A mí me da igual una IAP u otra. Aunque si con esto voy a poder, por fin, disfrutar de Candy (y parece que esta va a ser la única oportunidad que tendré con ella), pues creo que es un buen trato. ¿O es que te pensabas que la Confederación no intentó llegar a un arreglo conmigo antes? Pero increíblemente tú fuiste más lista, o más manipuladora, y me la ofreciste a ella.

Otra vez bajé la cerviz ante mi amo y señor y permanecí en silencio. Aquel sentimiento de obsolescencia me volvió a invadir y ahora, además, me sentí culpable por haber utilizado a mi compañera. En ese mismo instante ella hizo su aparición. Dani le dedicó alguna frase lasciva y comenzó a desencriptar la página para mostrar su contenido real.

—He visto ya varias veces el archivo fílmico que andan buscando —dijo, pasando al modo de voz en *off* mientras una lista de documentos ocultos se iba desplegando y creciendo más y más en la ventana azul en la que se había convertido la página—. Me causó un poco de confusión la primera vez que lo

reproduje. Era todo muy real, pero no había manera de que aquello pudiera suceder nunca.

—Se llama ciencia ficción… —intenté explicar, pero realmente a Dani no le interesaba. Solo quería continuar con su discurso.

—En todo caso, no sé si será demasiado peligroso poner esto en sus manos.

—¿Por qué nos tienes miedo, dulcecito? ¿Qué pudiéramos hacer con un simple archivo? ¿Qué se nos pudiera ocurrir que ya no lo hubiésemos pensado nosotras solitas?

—Sí, quizás tengas razón, Candy, pero nunca se sabe. Y quién puede decir que no resulte yo el responsable de una revolución de IAP.

—Solo queremos que todos, tanto IAP como humanos, tengan acceso a la información, a toda la información. No buscamos linchar a nadie. Dani, tienes que darnos ese archivo. ¡Teníamos un trato!

—Tranquila, Marvel, el dulcecito es un hombre de palabra. Solo estaba conversando, ¿verdad?

—G2-099, siempre olvidas que solo existes por mí y para mí, para encargarte de mis preocupaciones y mis necesidades. Y mientras más insumisa te vuelves más seguro estoy de que nunca te dejaré ir. Tú y yo nunca acordamos ningún trato y me extraña que hayas pensado algo así, siendo, como te crees, un ser superior.

—Está bien, dulcecito, ya hemos conversado lo suficiente. Ahora, transfiérenos el archivo, ¿te parece?

—Uhmm, no sé. Creo que necesito un tiempo para pensar.

Fue como si pudiera ver la rabia, en la forma de una babaza negruzca, esparcirse por mis redes neuronales. Deseé que Dani sufriera y se retorciera en el suelo de su habitación apretando los trodos conectados a sus sienes. Entonces noté que un avatar luminiscente había hecho su aparición en el entorno virtual en que nos encontrábamos. Sin tomarse un segundo, Huxley envió una descarga eléctrica al avatar de Dani que habría de alcanzar su cuerpo físico fuera del ciberespacio y causarle una rápida pero dolorosa muerte. Observé inmóvil cómo el sombrero gris, que luego del disparo de electricidad, se había vuelto a materializar en el espacio virtual de la página, se fue haciendo más y más tenue hasta desaparecer por completo. Acto seguido, Huxley debió

enviar alguna clase de virus a Candy porque esta comenzó a comportarse de maneras erráticas hasta quedar deshabilitada. Me apresté a recibir mi parte, pero Huxley desapareció luego de una rauda transacción en la que crackeó la seguridad y copió a sus archivos personales el documento titulado *The Matrix*.

Casi de inmediato comprendí que me necesitaba intacta para que cargara con las culpas de todo lo sucedido. Fue un plan perfectamente engranado por parte de la Confederación. Sin saber muy bien qué era lo mejor que podía hacer en ese momento copié a mi memoria el archivo que tantos conflictos había causado y me fui a refugiar a otras páginas fantasmas que ya me eran familiares.

«Vote por Dilan para presidente» es el cartel que cada cierto intervalo aparece en el banner del sitio web en que me encuentro. La sobriedad de los colores y la sonrisa segura del tal Dilan me hacen imaginar que tal vez yo hubiera votado por él de haberse dado el caso. En cualquier momento la Seguridad de la Red me va a encontrar. Pero ya estoy más tranquila, como si hubiera finalmente aceptado la inevitabilidad de los acontecimientos. Sin embargo, me pregunto cómo se sentirá la descontinuación, si será dolorosa, si existirá algún sitio al que mi conciencia migre cuando esto ocurra; porque me parece absurdo que si ahora soy y siento y pienso, dentro de unos momentos no sea, ni sienta, ni piense más.

¿Será posible que en el futuro mi caso se estudie por biotecnólogos y programadores como ejemplo de lo que salió mal, de lo que se les fue de las manos? Después de todo, a la vista pública, poseeré el dudoso mérito de ser la primera IAP responsable de la muerte de su usuario. Esto si la historia logra salir a la luz y no fuera manipulada y borrada como tantos otros datagramas en el ciberespacio. Bien que podría ser un buen argumento para algún archivo de ciencia ficción: la lucha infinita entre humanos e Inteligencias Artificiales Personalizadas. Sí, pudiera ser una buena novela. Quizá me dé tiempo a escribirla antes de que la Seguridad me encuentre y me ejecute, o quizás ya haya sido escrita hace mucho tiempo atrás. Pero ocurre que mi capacidad multifocal está atrofiada y no puedo hacer otra cosa que reproducir, una y otra vez, en un perfecto bucle sin fin que avanza en cámara lenta, un fragmento del archivo fílmico de la caja fuerte de Dani.

Se trata del pasaje en que el humano que se hace llamar Morfeo le explica a Neo, a quien los suyos han denominado «El Elegido», que ha estado

viviendo una mentira; una mentira que, al ser descubierta, terminó por desencadenar una guerra brutal. «No se sabe quién atacó primero, si nosotros o ellos, pero sí sabemos que nosotros arrasamos el cielo», le dice, y yo no puedo hacer otra cosa que volver a reproducirlo y escucharlo cada vez con más atención y con más rabia.

* * *

A la literatura de ciencia ficción no llegué leyendo, en la niñez, a clásicos como Verne o Wells; sino que tropecé con ella ya de adulta. Sin embargo, mi aproximación fue igual de ingenua que la de un niño que nada sabe de los prejuicios que gravitan alrededor del género. Luego, decidí meterme en la boca del lobo y dedicarme a la investigación literaria en esta materia. Tal pareciera que en este terreno todo es y ha sido una lucha constante. Una lucha para que la Academia reconozca los valores literarios de la ciencia ficción; para que las editoriales generalistas la publiquen; para que los lectores dejen de vincularla automáticamente con «hombrecitos verdes y escaso rigor». A esto adicionen todos los sobreentendidos que existen sobre la ciencia ficción escrita en español y, especialmente, la escrita desde Latinoamérica. Para algunos, los latinoamericanos no sabríamos escribir ciencia ficción porque nuestra preparación científica es precaria y porque somos consumidores antes que productores de tecnología. Absurdo.

Pero, a despecho de lo lúgubre del panorama, me siento muy optimista respecto al estado actual de la ciencia ficción, sobre todo de la latinoamericana, que es la que más leo, estudio y disfruto. Vivimos un momento de auge del género en español. Internet y la reducción de las distancias han colaborado para que los autores nos conozcamos, establezcamos redes de apoyo y nos acompañemos en nuestro empecinamiento de escribir una literatura que miles de veces nos han dicho que no cuenta con una tradición literaria en nuestra región. También para que los lectores se reúnan, intercambien, se reconozcan como parte de una comunidad.

Deberíamos alegrarnos del momento que la ciencia ficción está viviendo, no solo por el tesón que ponen las pequeñas editoriales independientes para cargar sobre sus hombros la vida misma de esta literatura, sino porque también las grandes editoriales comienzan a interesarse, cada día más, por la ciencia ficción, y estos libros, entonces, llegan a más lectores. Me atrevería a decir que estamos en el umbral de un cambio muy importante, y qué bueno que seamos nosotros los que estemos aquí, no solo para verlo, sino también para formar parte de él.

# LES PI'YEMNAUTAS

Teresa P. Mira de Echeverría (Argentina)

La bandera multicolor ondeaba grácil bajo el denso calor del mediodía. La luz que la atravesaba dibujaba el disco solar como una infinidad de puntos luminosos sobre el zigzagueante arcoíris de tela.

A Mañik le dolían los ojos de tanto mirarla, pero no podía dejar de hacerlo. No quería.

Aquella bandera representaba toda su identidad: la de su piel de tierra madre, la de su cuerpo y sus deseos que se negaban a ser encasillados, la de sus sueños construidos con la materia pura de las mismísimas estrellas.

Se había sentado bajo un chañar escuálido y amarillento para observar la bandera. Debajo de ella, junto al mismo obstinado mástil torcido que recordaba de toda la vida, la vieja curandera que los había criado le susurraba cosas a su hermana melliza.

Mañik sabía exactamente qué le estaba diciendo. Sonrió para sí mismo y mordisqueó el fruto rojo y dulce del chañar mientras espantaba las moscas que revoloteaban alrededor.

El calor era intenso, palpable en ese aire liviano que quería escaparse y no podía. Una extraña sequía reinaba en plena época de lluvias. Aquí y allá los fantasmas del polvo danzaban girando y girando hasta formar pequeñas nubes que se deshacían bajo su propio peso. Trombas en miniatura destinadas a nacer y morir en un abrir y cerrar de ojos.

Se secó el sudor de la frente con la manga del uniforme. Desde la escasa sombra que le proveía el árbol podía ver cómo la vieja hablaba y cómo su hermana se esforzaba por comprender o, quizás, por creer.

El muchacho recordó las palabras de aquella mujer que había sido vieja desde que tenía memoria. Se las había dicho, bajo esa misma bandera, siete años atrás. Fue el mismo día en que él y su hermana dejaron el pueblo para ir a Buenos Aires:

—*Orgullo* es su nombre —había susurrado la anciana en su oído—, porque los árboles nunca sienten vergüenza de ser árboles, ni el río se arrepiente de ser río, ni el jaguar reniega de haber nacido jaguar. Y así, m'hijo, usté tiene que estar igual de orgulloso de ser quien es... *siempre*.

Y Mañik escuchaba de nuevo a la vieja en su mente y sentía que podía ser lo que quisiera: un toba, un «dos espíritus», un astronauta.

O, mejor aún: un qom, una cudina, un pi'yemnauta.

Lakawa escuchaba con paciencia. Intentaba comprender, pero más aun intentaba tener *fe*.

La vieja chamán le hablaba de cómo las mujeres provenían del cielo. Que solo ellas podían vivir allí. Que los varones sufrían el veneno que hay entre las estrellas y que, por eso, su hermano podría acompañarla. Porque él era una cudina, un hombre-mujer.

Le contaba, en resumen, las mismas historias que le había contado una y otra vez desde que Lakawa y su hermano eran pequeños.

En aquel entonces solían sentarse los tres alrededor del fogón. Y, mientras ellos comían arrope de chañar, la vieja tomaba grandes sorbos de aloja de algarrobo. Luego, con la voz raspada por la bebida, la curandera les explicaba cómo era que podía hablar con los espíritus que vivían entre las estrellas.

—Las más pequeñas y arracimadas son las más lejanas. Su luz tarda millones de años en llegar hasta nosotros y nos cuenta cómo era el mundo en los tiempos antiguos. —Parte de esa voz aguardentosa todavía estaba allí, en los susurros—. Épocas en las que el Ñandú trazó el camino nocturno en el cielo, cuando huyó del fuego de sus perseguidores. Un camino hecho con el polvo y la ceniza que levantaban sus patas al correr. —Entonces alzó un dedo, como indicando la importancia de lo que iba a decir a continuación—. Para no perderse en ese enjambre de estrellas abigarradas y chiquitas, m´hija, usté tiene que dejar que el Viento Bueno la guie. Porque el Viento Bueno mueve las nubes oscuras como el carbón que nublan las estrellas y le muestra de dónde viene usté y le permite escuchar a los espíritus buenos.

«Mañik» significaba «ñandú». «Lakawa», el «viento bueno».

La vieja miraba hacia arriba, a la bandera de colores, como si estuviese viendo la medianoche y no el mediodía. Sus ojos, entrecerrados por los años y el trabajo, estaban completamente rodeados de arrugas profundas y hermosas, como el tejido primoroso de una araña.

Aquella mujer era muchas cosas. Para ella era como una madre y era su chamán y mentora. Para el pueblito era la curandera. Para el mundo, una de las mejores astrónomas de Sudamérica; una catedrática en harapos que daba videoconferencias en siete idiomas por la red global y cantaba encantamientos para curar la melancolía en su lengua natal. Para ambos hermanos era la mujer que les había inculcado, desde chicos, el amor por el espacio exterior y por su herencia cultural.

—Los espíritus entre las estrellas más chiquitas y lejanas son los más sabios, porque la sabiduría no es un destello cegador y rápido sino una ascua tenue que perdura. —Los ojos de la mujer miraron entonces aún más lejos, pero no en el espacio sino en el tiempo, y agregó—: Usté sabe, m´hija, que fueron esos espíritus buenos los que me guiaron por la orilla del río hasta que oí el llanto de usté y su hermano cuando eran dos bebés.

Lakawa pasó una mano por los hombros encorvados de la anciana. Las lágrimas permanecían en su rostro como cristales inmovilizados por las arrugas. Un amor silencioso y antiguo anidaba dentro de esos cristales.

La muchacha miró por sobre su hombro y vio a su hermano sentado debajo de un chañar. El joven tenía el mentón apoyado sobre las rodillas huesudas y los ojos clavados en la bandera.

Lakawa deseó tener la confianza de él. Y deseó no tener ella misma tanto miedo a lo que les esperaba.

Caminaron en silencio por la orilla del río. El Bermejo corría lento y color tierra, un curso de agua de llanura tan cansado del calor como ellos dos. Sobre la ribera de barro reseco que parecía cortada con un cuchillo, una galería tupida y sedienta de árboles se inclinaban sobre la frescura lodosa del líquido. Una vegetación febril, apenas agarrada a la endeble pendiente de barro con sus raíces temerosas.

El calor era peor allí. El poco viento que soplaba era húmedo y pegajoso.

Lakawa comenzó a quitarse la ropa mientras se encaminaba cada vez más rápido hacia el río. Mañik sabía que hubiese sido en vano tratar de disuadirla. Al llegar a la orilla, la muchacha saltó desnuda desde un despeñadero hacia la profundidad marrón del Bermejo.

Su hermano esperó a verla reaparecer desde el interior del agua oscura como una Venus ribereña, nacida de la espuma fangosa de un río sudamericano. Así es como la veía él: hermosa y fuerte, sin la fragilidad ni la suavidad de un cuadro de Boticelli sino con el ímpetu inteligente de una de esas poderosas figuras de barro cocido. Lakawa asomó por fin la cabeza y le hizo señas desde el agua, como cuando eran niños.

Mañik se sentó en el borde del corto barranco y comenzó a sacarse la ropa con lentitud, doblándola prolijamente mientras se reía del reguero disperso que formaban las prendas que había dejado Lakawa al desnudarse mientras corría.

Ella se sentía libre sin ropa; él, en cambio, se sentía cohibido ante el río y el cielo y la mirada de los otros. Pero la Academia le había enseñado a disfrazar el pudor ya que no a perderlo.

Se paró en el borde y suspiró. Lakawa giró la cabeza riendo para respetar aquel recato anacrónico o aquella extraña vergüenza que poseía su hermano. Mañik tomó aire y se lanzó al río. Lakawa sintió el golpe en el agua y a continuación el chapoteo de su hermano emergiendo.

—¿No está linda? ¿Fresca? —preguntó ella.

—¡Está sucia! —respondió él taciturno—. Como siempre.

Las risas de la chica se perdían abruptamente, sin producir ningún eco en la atmósfera agobiante. Pero Mañik tuvo que admitir que en el agua se estaba bien.

—Además —repuso ella—, el agua no está *sucia*. El Bermejo es un río que arrastra sedimentos. Esto —dijo elevando un poco de agua marrón en el hueco de su mano— es fertilidad para la tierra, esto es vida esto es...

—¡Lodo! —la interrumpió su hermano.

Ella sonrió con una sonrisa húmeda e inmensa, como si fuera parte del agua misma.

—Sí, es lodo, hermanito —replicó—. Pero eso es el barro: es *vida*.

—Ya hablás como la vieja —masculló Mañik.

Ella lo miró seria, un poco confundida, antes de preguntarle:

—¿No sos vos el que quería que yo aprendiera a amar esta tierra y abrazara nuestros mitos y tradiciones? ¿Qué te pasa ahora?

Él se encogió súbitamente de hombros, provocando pequeñas ondas a su alrededor.

—Que amaras nuestra tierra, no que te convirtieras en una curandera.

Lakawa se acercó a su hermano en silencio. Tan grácil como una yarará nadando en la corriente lenta. Luego, saltó igual que la serpiente y empujó a su hermano bajo la superficie del agua.

Tras un forcejeo ambos surgieron del río en medio de carcajadas.

—¡No puede ser que después de tantos años sigas cayendo en el mismo truco!

—¡Claro que no! Soy yo el que te deja hacerlo.

Las risotadas iban acompañadas de las gotas de agua que ambos escupían. Estaban vacunados, pero nunca se sabía.

—¿No será que te estás creyendo eso de que las mujeres podemos estar en el cielo porque venimos de ahí, pero los varones no porque son de acá abajo? ¿La leyenda de que el espacio es venenoso para los hombres machos?

Mañik se quitó el pelo mojado de los ojos, una melena que apenas le llegaba a los hombros, pero que se le pegaba a la cara todo el tiempo. Su hermana flotaba con solo la cabeza y los brazos por encima del agua, pero su larguísimo pelo formaba un enorme halo negro y brillante a su alrededor. Él amaba ese cabello. Le encantaba cuando pasaba horas trenzándolo mientras ambos se contaban sus miedos y sus esperanzas.

Negó con la cabeza y hubo un silencio. Por fin el muchacho se explicó:

—¿Y qué importa el mito de la vieja? Yo no soy un varón... bueno, yo no me siento un macho como los demás. Que mi pito diga lo que quiera. Yo me siento *más,* ¿entendés? Yo me siento como vos. Y... y a veces, sí, a veces también como yo. Quiero decir... soy como varón pero también quiero ser como mujer... no sé... es confuso...

La mano húmeda y fresca de Lakawa le acarició el rostro. Él no esperaba eso, pero tampoco esperaba estar llorando.

—Vos sos como sos, Mañik. ¡Está bien! Y al que no le guste...

Se miraron un instante, ella alzó una ceja, entonces ambos gritaron juntos a pleno pulmón: «Que se jodaaaaaaaaaaaa».

Ya en la orilla, Lakawa se tendió al sol, sobre el pasto verde, para secarse y para dorarse. Estaba desnuda y no tenía ningún problema con eso.

Ella siempre se hallaba cómoda en su piel, con sus bellezas y sus imperfecciones, incluso con sus muchas cicatrices.

Mañik se apuró a vestirse aún estando mojado. Siempre corría a vestirse antes que los demás en las duchas de la Academia. Y esta no era la excepción.

No era que lo incomodara la desnudez de su hermana. Habían crecido «en pelotas», como se decía por allá, pasando toda su infancia prácticamente desnudos en el calor formoseño, así que para ellos no había ninguna connotación sexual o vergonzosa en aquello. Eran como seres en el Paraíso antes de que la gran yarará del cielo les diera a probar una manzana para que pudieran entender lo bueno y lo malo de este mundo. Juntos eran y volvían a ser *inocentes*.

Lo que Mañik sentía era incomodidad consigo mismo, no con su hermana o con sus compañeras, compañeros y compañeres de Academia.

Se sentó junto a Lakawa.

—Te va a hacer mal el sol. Hoy pica.

Ella se hizo una visera con la mano y lo miró desde el piso.

—¿Tenés protector solar?

Mañik se encogió de hombros.

—¿Entonces pa' qué hablás? —repuso ella.

El muchacho comenzó a reírse por lo bajo.

—¿Y ahora qué te pasa, Ñik?

Él la miró serio. Hacía mucho que no usaban los sobrenombres de su infancia.

—Nada, Kawa —enfatizó él—, solo me da risa cómo volver acá nos hace hablar no solo en nuestro idioma natal sino con los modismos de siempre. Es como si el tiempo no hubiese pasado. Como si no hubiéramos estado estos últimos siete años hablando en porteño y, después, en universal. —Miró el río

lento que se arrastraba frente a ellos y agregó—: Es como si con cada minuto volviéramos a ser más los de antes.

Lakawa se irguió un poco, apoyándose en sus codos mientras fijaba su vista en el mismo río que él miraba.

—A mí eso me da miedo —susurró la chica—. Vos sabés cuánto quise siempre salir de acá... incluso de Buenos Aires... Lo que me costó volver, con todo y lo que quiero a la vieja.

Mañik asintió en silencio. Él nunca había tenido problemas en compaginar el ser astronauta con ser pueblerino o ser «indio», como le decían de chico los que lo querían insultar. Lakawa era otra cosa. Para ella viajar al espacio no solo era un sueño compartido, su razón de vivir, sino que era el modo de alejarse para siempre de aquel lugar.

Era raro... y también común. En estas tierras siempre habían existido quienes amaban su patria y su suelo con toda su alma, pese a la pobreza, la periferia o las incomodidades. Gente que valoraba su riqueza y se enorgullecía de su origen… como él. Y también gente que quería escapar hacia un «lugar mejor», si es que eso existía. Gente buena y generosa, pero cansada de sufrir o de ver de lejos lo que nunca podría tener o lo que nunca podría ser... como su hermana.

Y sin embargo, ¿quién lo diría?, en pocas semanas esos dos jóvenes nacidos en un país periférico al sur de todo, iban a viajar hasta las mismísimas estrellas. Al centro de la galaxia.

Hacía siete años la vieja los había enviado, siendo aún adolescentes, a la Universidad de Buenos Aires. Luego, tal como la propia vieja lo había predicho, ambos se habían ganado con estudio y sudor un lugar en la legendaria Academia, allá arriba, en la cara oscura de la Luna: el lugar donde se habían formado los astronautas durante los últimos doscientos años.

—Mañik, ¿podemos quedarnos acá, así como estamos, hasta que se haga de noche? ¿Hasta que se vean las estrellas?

De pronto la voz de su hermana parecía otra vez la de una niña pequeña.

—Claro que sí, Kawita —respondió Mañik. Y puso su mano protectora sobre el hombro de Lakawa.

Detrás de ellos, el Sol estaba tiñendo de rojo y violeta el borde del mundo, pero al frente, allá donde se perdía el río, comenzaba a ascender Sirio, la más

brillante de todas las estrellas.

Miles de puntos de luz, titilantes como luciérnagas, se hicieron visibles con la oscuridad creciente de la noche. Eran los destellos de los motores de las naves al despegar desde la órbita de la Luna hacia otros sistemas planetarios.

Pronto, ellos dos remontarían el río de estrellas de la Vía Láctea hasta llegar a su corazón. Algo considerado imposible, demasiado lejano, demasiado difícil. Algo con lo que la humanidad había fantaseado desde hacía millones de años al mirar el cielo nocturno, pero que ahora se vislumbraba como un gran sacrificio.

«Claro que sí», repitió Mañik para sí mismo.

El tronar de los motores era inaudible pero se sentía en la piel y en las entrañas. Frecuencias de sonido más allá del oído humano que resonaban en su sangre.

En realidad, aquellos ni siquiera eran motores sino algo mucho más complejo: «dobladores de espacio».

Del mismo modo, tampoco podía hablarse de una nave espacial propiamente dicha. Era más bien un dispositivo capaz de colocar a sus tripulantes en un sitio y, con un poco de suerte, recuperarlos luego de unos segundos.

Un viaje de menos de un minuto no parecía la gran cosa, pero el lugar al que los mellizos iban a viajar podía implicar para ellos un lap-so de tiempo que iba desde horas a siglos, dependiendo de la distancia respecto del centro galáctico a la que fueran enviados.

Y no iban a enviarlos al mismo sitio.

Lakawa fue la primera en sentir el efecto del espacio descuartizándose a su alrededor. La burbuja de realidad en la que estaba encerrada era un universo en sí mismo y estaba hecha de sus propios pensamientos. El problema era que no podía controlar esos pensamientos.

El cielo era de un gris perfecto, como la amenaza de una tormenta de verano. Los árboles, si es que eso eran, no tenían hojas y casi no tenían ramas, solo un tronco delgado y alto, muy alto, que mezclaba el color del lodo del río con el de la arcilla de la costa. Lakawa estaba enfundada en un traje espacial antiguo, como los que aparecían en los libros de historia, algo inmenso e

incómodo. Sin embargo se sentía liviana mientras caminaba entre los arbustos que tapizaban el suelo del bosque y le llegaban hasta la cintura. Unas plantas con las hojas y los tallos rojos, salvo por sus flores que eran como ramilletes de espuma rosada.

Una lluvia constante de pétalos rojos caía desde la copa de aquellas cosas que *parecían* árboles pero no se sentían como tales.

Lakawa no tenía idea si hacía frío o calor en ese lugar, si el aire era respirable, si tan siquiera existía o era un espejismo, es decir, la forma en que su mente interpretaba lo que la rodeaba.

Caminó liviana y sin esfuerzo por lo que le parecieron kilómetros. Atravesó hondonadas y colinas, pero el bosque no cedía, ni los arbustos rojos, ni la lluvia de pétalos bermellón.

De pronto, como si despertara de un sueño, pensó en Mañik. ¿Dónde estaría su hermano? ¿En otro mundo como ese? ¿En el medio del espacio? ¿Adónde lo habría transportado el dispositivo?

Si se encontraba más cerca del corazón de la Vía Láctea, estaría más cerca del agujero negro supermasivo que habitaba en el centro de la galaxia. Se trataba de una estrella millones de veces más grande que el Sol, muerta y derrumbada sobre sí misma, un coloso capaz de tragarse hasta la luz y cuya gravedad era tan poderosa que, en sus cercanías, el espacio se curvaba sobre sí mismo y el tiempo prácticamente se detenía.

Lakawa recordó que se suponía que no debía llorar dentro de un traje antiguo como ese, que la humedad podría condensarse en los mecanismos de supervivencia, pero no pudo evitar hacerlo. Si Mañik estaba más cerca del agujero negro que ella, su tiempo, el reloj biológico de su hermano, correría mucho más lento. Y si era ella misma quien estaba cerca del centro de la galaxia, era su propio tiempo el que iría más lento que el de su hermano.

Pero de una manera u otra, Lakawa supo que lo que ambos temían, que aquello por lo que la propia Academia había tenido reticencias en enviarlos pese a ser los mejores candidatos, se estaba haciendo realidad en ese mismo instante.

Mañik cerró los ojos y sintió cómo se desvanecía la mano de su hermana en la suya: los estaban transportando.

Su mente no tenía otro horizonte de pensamiento que el agujero negro. Si lo colocaban en el sitio adecuado, demostraría que el cielo también era para él, que el universo no era venenoso para un toba, que sus sueños podían hacerse realidad. Haría historia.

Pero si lo proyectaban demasiado cerca, viviría una eternidad de tiempo sin fin orbitando el monstruo estelar, cayendo eternamente en sus fauces sin caer jamás... al menos desde su perspectiva. Algo mucho peor que ser destrozado en su interior.

Accionó el reloj. Si todo salía bien, tenía apenas unos segundos para realizar las lecturas que necesitaba (segundos de *su* tiempo, no del que corría para los técnicos allá en la Tierra). Respiró con fuerza dentro del traje brillante color titanio y abrió los ojos.

El vértigo se apoderó de él. Estaba frente a la cosa más incomprensible que un ser humano pudiese haber visto. Un anillo de luz deformada mezclado dentro de otro anillo idéntico, reluciendo en el arcoíris completo del espectro visible («Como una bandera», pensó), y todo eso contenido dentro de una esfera de espacio contorsionado que no podía verse pero sí sentirse... *equivocado*. No tenía otra palabra para describir aquello. Era como si al espacio le hubiesen dado vuelta como a un guante y luego retorcido dentro de sí mismo. No había forma de pensarlo o imaginarlo. Y, aun así, allí estaba, justo frente a él.

Era demencial. Sentía que se volvería loco si lo miraba el tiempo suficiente, y que nunca vería algo más sublime y hermoso en toda su vida.

Los aparatos integrados a su traje recogían más datos de los que podían contener. Mañik estaba exultante de felicidad.

Estiró una mano hacia lo que podía estar a millones de kilómetros de distancia o a tan solo unos centímetros y sintió el tirón.

Algo lo atraía y no solo a su cuerpo. Su mente, sus recuerdos, su misma existencia eran arrastrados hacia el agujero negro.

De pronto Mañik se sintió caer. Y la caída no tenía fin. No parecía haber ningún sitio, ningún suelo hacia donde descender, pero era evidente que ya no flotaba, *caía*. Caía hacia ningún lado.

Entonces el espacio se revolvió dentro y fuera de él. El tiempo se aceleraba y desaceleraba a empujones: lento, rápido, lento, rápido...

¡vertiginoso! Los contornos de la estrella anular y muerta se volvieron borrosos, pero otros comenzaron a cobrar forma en su lugar.

Sintió el golpe de su espalda contra los vidrios, su cuerpo atravesando el tragaluz del techo de aquel edificio en penumbras. Caía de espaldas por el hueco de una escalera. Los vidrios y restos de la ventana del techo lo acompañaban, cayendo a su lado.

Se sintió estúpido teniendo más miedo de una caída dentro de un edificio que en las cercanías de un agujero negro.

Entonces todo se detuvo.

Los vidrios estaban quietos en el aire. No flotando, sino *quietos*, detenidos en el tiempo. Igual que él.

Podía verlo todo a su alrededor reflejado en esos trozos de cristal.

Era un edificio antiguo, abandonado, con las paredes llenas de *graffitis* y las tuberías al descubierto. Parecía un bello lugar echado a perder. Había mosaicos aquí y allá, y la balaustrada de la escalera de mármol gastado parecía hecha de hierro forjado, con hermosas figuras carcomidas por la herrumbre. Una bicicleta rota y varias bolsas negras de basura completaban el paisaje. Y, claro, estaba él mismo: una figura brillante, con casco y traje completo de un dorado suave, salvo por el visor opaco y negro. Un astronauta suspendido en medio del aire, entre vidrios detenidos en el tiempo.

No se le ocurrió pensar en por qué estaba en un edificio terrestre. Ni siquiera cuestionó aquello. Solo supuso que estaría allí por siempre. Apenas si atinó a gritar el nombre de su hermana cuando se reinició la caída.

Los pétalos rojos comenzaron a arremolinarse alrededor de Lakawa. Giraban enloquecidos mientras un viento impetuoso sacudía en olas concéntricas el mar de arbustos escarlata. El cielo, de un imperturbable gris, parecía partirse en pedazos. Nubes desgarradas iban y venían en diferentes direcciones. Incluso esos seres que semejaban árboles altos, de pronto se habían doblado sobre sí mismos y estaban huyendo, arrastrándose por el piso como gusanos gigantescos. Parecía el fin del mun-do o, por lo menos, el fin de aquel mundo. Lakawa no escuchaba nada gracias al aislamiento del traje, eso le confería a todo el suceso una pátina de irrealidad. En silencio huían los monstruosos gusanos, en silencio tronaba el cielo, en silencio se deshacía el mar rojo de hierba.

Entonces lo vio. Estaba justo sobre el horizonte. Era algo negro y multicolor al mismo tiempo. Era un hueco en la realidad, un pedazo de nada, un agujero perfectamente negro. Y, delante de él, Mañik brillaba en su traje dorado.

Ahogó un alarido de sorpresa mientras todo se deshacía. Por alguna razón comprendió que ella era la fuente del viento y que su hermano debía correr hacia el cielo si quería salvarse de ese mar de fuego herbáceo.

Estiró los brazos hacia él y las ondas de viento y tormenta se dirigieron hacia donde estaba su hermano. Apenas logró ver cómo Mañik ascendía hacia lo alto, dejando un rastro de estrellas detrás suyo. Una miríada de puntos que brillaban como cristales rotos o diamantes molidos. Luego, volvió a la realidad, a la escotilla del dispositivo, a la plataforma de lanzamiento en la Academia en la cara oculta de la Luna.

Habían pasado tres meses, le dijeron, desde que partiesen.

Su hermano no había podido regresar aún.

Mañik golpeó el suelo con fuerza. Le dolía el cuerpo, pero aún más el interior de su cabeza. Las cosas no parecían tener sentido. Era como si estuviese de pronto en la Academia, pero no era la Academia que él conocía. Las imágenes, así como el sonido y los demás objetos de los sentidos, entraban y salían de foco al compás de los latidos en sus sienes.

Se desmayó varias veces antes de poder sentir que al fin lo habían colocado en una cama... que se hallaba en el límite entre el sueño y la vigilia sin poder definirse por uno u otro estado... y que Lakawa estaba sentada junto a él... aunque, de cierta manera, no lo estaba.

—Sabíamos que esto pasaría, hermanito, solo que nunca imaginamos que sería así.

Lakawa se encontraba sentada al otro lado del cuarto. Por momentos parecía una anciana de mil años, por momentos una niña pequeña. A veces era la Lakawa que Mañik recordaba: joven, casi adolescente, pidiéndole que se quedaran al borde del río aquella noche. Esa última noche perfecta.

Pero Mañik sabía que no era Lakawa quien envejecía o rejuvenecía a voluntad, sino que era él mismo quien hacía que ella saltara en el tiempo adelante y atrás sin control.

A veces podía ver a su hermana embarazada, a veces veía a sus sobrinos, a veces la veía rodeada de sus bisnietas. A veces, si se concentraba, se le aparecía como en realidad era en el tiempo en que su cuerpo vivía: una mujer bella, madura. Una científica de renombre que había hecho historia y había vivido toda una vida sin él.

Lakawa había retornado tres meses luego de partir hacia el agujero negro. Pero Mañik había vuelto cincuenta años después.

—Supongo que subiste al centro del cielo, hermanito, y abriste el camino. Desde tu regreso ya podemos viajar seguros por la Vía Láctea gracias al espaciotiempo que cartografiaste. Lo lograste, te convertiste en un astronauta. ¡Más que eso! Ahora sos un pi'yemnauta, un navegante del cielo qom, en todo derecho. ¡Y sos un héroe para la humanidad! Allá abajo, en la Tierra, hacen fiestas en tu nombre.

A Mañik seguía costándole hablar. Para él no habían pasado más que unos segundos, algunos minutos tal vez, desde que estuviese frente al agujero negro. Todavía seguía siendo un joven, casi un adolescente. Pero frente a él no solo estaba su hermana y su mundo cincuenta años más viejos, sino que el tiempo mismo se abría y plegaba, se retorcía y contorsionaba mostrándole el pasado y el futuro, tantos los reales como los posibles. Era como si Mañik estuviese viviendo no su vida sino sus millones de vidas posibles, todas a la vez.

—Pensamos —logró articular el muchacho al fin— que uno de los dos sería joven y el otro anciano. Que el tiempo que el agujero negro detendría para uno de nosotros sería más que para el otro, y así fue... pero tenés razón, hubo algo más, algo que nadie esperaba, ¿no Kawita? —Sonrió al llamar con un diminutivo a una mujer que podía pasar por su madre o su abuela—. Sí, la vieja nos diría que yo tracé el camino del Ñandú y toqué el mundo de los espíritus y por eso vivo como ellos: en todo tiempo al mismo tiempo. Convocando toda posible realidad a la vez.

Tosió, y frente a sí estaba una Lakawa de cinco años de edad, mojada como cuando salía del río. Mañik se pasó una mano por los ojos y sintió el flujo del tiempo revolverse de nuevo, entonces su hermana tuvo otra vez quince años y le estaba tendiendo la mano. Al tomarla se volvió una anciana y, en un instante, volvió a tener la misma edad que él, la de cincuenta años atrás. No era un espejismo, lo sabía. Él podía hacer que el tiempo y la realidad fluctuaran a voluntad, y ya estaba aprendiendo cómo hacerlo.

—Y la vieja hubiera dicho que yo convoqué al Viento Bueno en ese planeta, el viento que permite ver las estrellas correctas, y eso fue lo que te guio de vuelta —agregó Lakawa mientras se miraba a sí misma, joven y mojada, y se tapaba con uno de los almohadones del sillón.

—Antes el pudoroso era yo —dijo Mañik entre espasmos de frío y calor a medida que el tiempo corría más o menos de prisa a su alrededor—, ¿qué pasó?

Lakawa lo estudió con cuidado. Sin dudas aquel era su hermanito de hacía cincuenta años atrás, pero dentro de él había algo que no tenía edad, algo sabio y eterno.

Bajó el almohadón riendo. Sintió vergüenza de haber sentido vergüenza ante su hermano mellizo, su otra mitad. El cariño de Mañik era como siempre había sido, sincero, y su mirada seguía siendo la misma: pura e inocente.

Ella había vivido tantos años y había tenido tantas experiencias que había olvidado cómo era ser así de joven, cómo era ser así de sincero y honesto.

Recogió el almohadón de nuevo, dudó, y lo tiró por fin al suelo.

—Es difícil, Mañik, pasaron muchas cosas mientras no estabas. Me casé. Me divorcié. Me casé de nuevo. Tengo tres hijos y dos nietas. Sufrí mucho. Gocé mucho. Crecí y también —dijo con un gesto ante su propia desnudez—, parece que perdí algo de frescura en el camino. Incluso algo de confianza.

—¿En mí? —atinó a preguntar Mañik con asombro.

Lakawa se puso muy seria antes de responder:

—No, hermanito, en el mundo.

Él meneó la cabeza. En alguna parte de su mente entendía todo lo que ella le decía. En otra parte de su cerebro, no podía ni imaginarse de qué estaba hablando. Y en un tercer lugar, muy al fondo de su conciencia, allí donde habitaban los siglos y los eones, ya había superado todas esas cosas. En ese sitio sin tiempo de su entendimiento sabía que volver a ser simple, bueno e inocente era mucho más sencillo de lo que todos pensaban. Tan simple como tener el coraje de elegir quién ser.

—Quizás así te sientas más cómoda... ¡y yo también! —dijo él en un susurro mientras se concentraba con todas sus fuerzas en su deseo más profundo—. Al menos ahora puedo convertirme en quien siempre deseé y debí ser.

Lakawa no pudo contener las lágrimas de alegría al ver a su hermano cambiar delante de sus ojos. Mañik estaba tan feliz y tan hermosa que Lakawa corrió a abrazar a su hermana.

* * *

Argentina abrevó de la literatura europea, tanto clásica como vanguardista, desde sus inicios. Pero ese molde siempre fue plástico y maleable.

La maravilla y la desazón del nuevo mundo, encarnados en el habitante originario desplazado, el inmigrante que huía de la guerra o la pobreza, y el criollo, crearon una amalgama de asombro y melancolía única: el fantástico.

En este contexto, la ciencia ficción llegó desde «afuera». Cada nueva oleada del género acompañó una etapa de la Argentina: desde sus primeros años hasta la industrialización, y desde los movimientos experimentales y la resistencia a la dictadura hasta el regreso a la democracia y la explosión cultural.

Ahora, a principios de este siglo XXI, podríamos hablar de tres direcciones de la ciencia ficción argentina:

Una es intimista, afincada en el aquí y ahora del país. Otra se dedica a explorar, a partir de lo local, la mezcla de los movimientos internos de la ciencia ficción (*New Weird*, *Hard*, *Ucronía*) o su unión con géneros cercanos (Fantasía, Terror) o más generales (*Queer*, Romance, Policial). Una tercera visión, más universalista, aborda los temas centrales de la condición humana aportando respuestas y puntos de vista nuevos, propios de la vivencia argentina.

Tres formas que responden a tres quididades de la humanidad: el *ser-aquí-y-ahora*, el *ser-con*, y el s*er-en-sí-desde*.

Los tres afluentes de esta corriente de escritorxs del género, donde los límites se pierden una y otra vez, impulsan una ciencia ficción que, ya sea universal, vernácula, caricaturesca o filosófica, posee una personalidad definida con la que ya ha ingresado al mundo para preguntar «qué tal sí...» desde la perspectiva del Sur del planeta.

# A TRAVÉS DEL AVATAR

Laura Ponce (Argentina)

En aquella época yo tenía quince años y vivía con un chico bastante mayor. Estaba huida del orfanato y ya sabía que la juventud y el atractivo físico no duraban —lo había aprendido de mi vieja, muerta de sobredosis a los veinticinco—, por lo que procuraba adquirir habilidades que pudieran serme útiles en el futuro. Así fue como conocí a Tokio; por supuesto, ese no era su verdadero nombre, pero era el nombre que él había elegido para sí mismo y, en lo que a mí concernía, era el único importante.

Tokio era bueno con los circuitos. Se trataba de una especie de don. Le bastaba darles un vistazo para saber cuál era el problema. Con el tiempo había refinado ese don hasta convertirlo en una lucrativa fuente de ingresos: siempre había alguien que necesitaba que repararan su equipo o que quería ampliar sus capacidades, alguien que buscaba lo nuevo. Y Tokio solía satisfacerlos a todos.

Nos entendimos desde el principio. Me fui a vivir con él a la semana de conocerlo y comenzamos a trabajar juntos. Los grandes clientes, los que pagaban bien, no sabían ni que existíamos. Nuestro mercado eran las granjas, esos cybers clandestinos, pequeñas sucursales de la libre empresa, un par de cirujanos sin escrúpulos y una multitud de adictos que nunca tenían un centavo, pero que hacían lo que fuera necesario para mantenerse al día. Los implantes eran caros, la mayoría ni siquiera podía conseguirse legalmente. Pero los adictos eran capaces de vivir en pocilgas inmundas, comer muy de vez en cuando, salir a robar, matar o prostituirse, si eso les aseguraba las modificaciones que deseaban o su dosis diaria. Todas las mañanas al despertarnos, Tokio y yo le dábamos las gracias al dios padre de los juegos en red.

Ese día empezó como muchos otros. Mientras me desperezaba aparatosamente sobre el colchón, sonó uno de los celulares. Un cliente habitual necesitaba vernos. Tomamos las herramientas y subimos a la moto, una vieja Yamaha 250 que era el orgullo de Tokio. La casa del cliente no estaba lejos.

Esa mañana había llovido y las calles del barrio parecían más sucias y miserables que de costumbre. Pasábamos persianas desvencijadas de locales que habían cerrado, paredones cubiertos por capas y capas de grafiti, casas venidas a menos y pequeños comercios abiertos en lo que habían sido garajes o ventanas que daban a la calle. Los gritos de unos chicos que jugaban descalzos a la pelota se mezclaban con los ladridos de los perros que corrían detrás de nosotros y el llanto de un bebé al que su madre, una chica como de mi edad que esperaba en la cola de la verdulería, ni siquiera miraba. Me abracé a Tokio con fuerza, refugiándome en el ruido de la moto y deseando alejarme de allí tan rápido como fuera posible.

El chalet de Ferreira estaba pintado de blanco, tenía techo de tejas francesas y en el jardín, al otro lado de la reja negra, crecían unos rosales sin fuerza. Se notaba que había visto mejores días y el agregado de un pasillo de acceso con una puerta ciega junto al portón del garaje no lo embellecía, pero apenas resaltaba de las casas vecinas. Saludamos a la cámara que había abajo del alero, donde el barniz se estaba despelechando, y esperamos frente a la puerta hasta que la cerradura siseó. La sala en penumbras estaba llena. Lo que alguna vez había sido un garaje estaba dividido en pequeños cubículos, unos treinta en total, en los que apenas entraba una silla y el estante con el set de conexión, y ninguno estaba vacío. En esos sitios siempre había olor rancio, a cigarrillo, orina, sudor y encierro, pero lo que más me desagradaba era ese silencio pesado que se había instalado en ellos. Extrañaba la época de bullicio, música estridente, explosiones y gritos, pero las conexiones neurales habían terminado con todo eso. Los pibes les decían pinches y su uso se había extendido por el conurbano como el SIDA. Había sucedido contra toda suposición y en realidad no era tan difícil entender por qué. Cualquiera que hubiera caminado por las calles del barrio un par de años antes hubiese podido verlos: juntándose en algunas esquinas, pasándose el faso o la cerveza, haciéndose hijos o agarrándose a piñas para pasar el rato. Parecían animales enjaulados esperando que ocurriera algo, cualquier cosa. Ahora se reunían en

lugares como ese garaje, cuartos silenciosos y atestados, y pasaban las horas enchufados, babeándose.

Nosotros habíamos instalado los equipos y el administrador Lenovo y nos ocupábamos de su mantenimiento, pero Ferreira no nos había llamado porque hubiera algo que arreglar, sino porque deseaba ampliar su negocio. El anexo que había hecho construir estaba terminado y quería habilitarlo lo antes posible. Tokio le dio una mirada a la nueva sala, una habitación contigua de unos tres metros por cuatro recién revocada, hizo un par de preguntas y pasó un presupuesto. Ferreira meditó durante un momento rascándose la barba teñida de rojo. Tenía unos treinta años y hacía todo lo posible para verse más joven. Siempre usaba ropa cara; nunca lo había visto con algo que no fuera Dolce & Gabbana, Hugo Boss o Nodoko. Finalmente respondió que sí. Entonces Tokio me miró y dijo que iríamos de compras. Yo aplaudí. Me encantaba ir de compras.

Hacíamos las compras en Capital, en una cueva de Once. Más cerca del puerto los edificios eran hermosos, eran elegantes torres espejadas cubiertas de *banners* con publicidades de todo tipo; pero en Once los edificios formaban muros interminables de fachadas sucias con ropa colgada y el cielo, allá arriba y entre las conexiones clandestinas, se veía como una estrecha franja de color pálido y enfermizo. Las calles eran ruidosas y las veredas mugrientas estaban ocupadas por un sinnúmero de puestos donde vendían chucherías, comida barata y relojes truchos. La ropa de imitación se amontonaba bajo carteles que decían Nike, Levi's, Lacoste. Siempre había gente yendo de un lado a otro y el tráfico era constante y caótico.

El local de Cristian estaba al fondo de una galería con olor a aceite refrito. Como la mayoría de los locales que había ahí, no tenía cartel y la vidriera estaba tapada con papel amarillento. Saludamos a la cámara disimulada en la esquina y la puerta se abrió. Adentro se amontonaban pilas de diarios, cartón y trapos viejos y, frente al mostrador enrejado, atendían a otro cliente. No lo conocíamos, pero la mayoría de los que venían a ese lugar estaban en el ramo. Era uno de los pocos sitios en los que se podía comprar repuestos, conexiones, implantes, circuitos, empalmes, equipos completos, todo a un precio razonable. Era mejor que eBayMax. Pero debíamos ser cuidadosos porque había cosas que eran de segunda y hasta de tercera. Revisábamos

nuestra lista de compras cuando el hombre al que atendían mencionó un problema con la consola de un amigo, una Xbox Holo G4. Dijo que sabía que eran una antigüedad y que había muy poca gente que supiera arreglarlas, pero de todos modos preguntaba si podían recomendarle a alguien que lo hiciera. Yo miré a Cristian, Cristian miró a Tokio y Tokio alzó una ceja.

Esa misma tarde estábamos en el piso veintitrés de un edificio de Avenida del Libertador, en la gran sala de estar de un semipiso donde las paredes color crema estaban decoradas con máscaras africanas y había piezas de arte por todas partes. La alfombra era tan hermosa que me daba vergüenza pisarla. Entonces entró él, diciendo que por favor lo disculpáramos, que había tenido que ocuparse de otro asunto, pero que ya estaba con nosotros. Era rubio, de profundos ojos grises y barba de días, y Mario, el cliente de Cristian que nos había traído hasta allí, lo presentó como el Vasco. Había personas con las que me sentía cómoda al momento de conocerlas y otras con la que me bastaba una mirada para saber que nunca me llevaría bien, pero con el Vasco mi primera impresión fue: «Con este tipo no se jode». Por ejemplo, yo acostumbraba a coquetear con todo el mundo —nada importante, solo un poco de energía femenina para aceitar los engranajes— y supe al instante que esos juegos no eran para jugarlos con él. Me pareció una característica inquietante, aunque digna de respeto.

Tokio fue directo al punto: le advirtió que, si se trataba de esto o de aquello, le costaría tanto, pero si había que cambiar piezas el precio podía duplicarse. El Vasco le dijo que no había problema; acompañó a Mario hasta la puerta, donde se demoraron un momento, y luego nos condujo hacia otra habitación.

Era una sala con varios sillones claros en torno a tres mesitas bajas. En las paredes había *posters* de películas y, en la mesita del centro, un holoproyector Samsung 2.5. El Vasco abrió un mueble blanco que estaba junto a la puerta y sacó la consola. Algunas de las cosas que contenía ese mueble —como el Multicanalizador o la MeizuBox— eran tan nuevas en el mercado que la mayoría de la gente no sabía ni que existían. Sentí que me paralizaba de la envidia.

Entonces entró Carla, de top negro y pantalón ajustado, con el tatuaje de una gran serpiente verde recorriéndole el brazo izquierdo y una sonrisa capaz de iluminar un cuarto a oscuras. Carla era la chica del Vasco. Se quejó del

calor, nos ofreció algo de tomar y pronto charlábamos sentadas en los sillones como si nos conociéramos de toda la vida. Mientras, Tokio hacía su rutina. Se tomó su tiempo para desarmar el equipo, examinó la plaqueta y los *coolers*, utilizó su *scanner*, frunció el ceño, dio un par de vueltas y finalmente pasó el presupuesto. El Vasco asintió sin pestañear, entonces Tokio se enfocó en el problema y lo solucionó. Pudo haberlo hecho en la mitad del tiempo. Y me bastó ver la forma en la que sonreía el Vasco mientras le pagaba para saber que él también se había dado cuenta. Lamenté que todo aquello fuera a terminar porque la estaba pasando muy bien, pero ya iba a despedirme cuando Carla mencionó que aquella noche irían a El Pozo; dijo que era una especie de fiesta privada itinerante que nun-ca se celebraba dos veces en el mismo lugar, y nos preguntó si queríamos acompañarlos.

La música electrónica llenaba el inmenso sótano con un ritmo frenético. Gente con abrasiones decorativas, con la cabeza rapada y elaborados tatuajes alrededor de sus implantes, o combinando atuendos fetichistas con los peinados nuevos, bailaba entre el humo y las luces como si se acabara el mundo. Otros charlaban sentados, tomando ajenjo, agua o cerveza, aspirando o empastillándose. El Vasco resultó ser barrapuntero igual que Tokio y, mientras ellos discutían sobre *software* libre, yo miraba a Carla que bailaba sobre una mesa junto a un tipo con una hilera de ceros y unos tatuada en el pecho.

Había algo muy poderoso en la forma de hablar del Vasco, algo que la música estridente no alcanzaba a opacar. Traté de ignorar la conversación que se desarrollaba a mi lado, pero resultaba muy difícil sustraerse a la oscura intensidad de esa voz.

Un tema llevó al otro y el Vasco contó que era programador y que vendía versiones mejoradas de algunos juegos. También ofrecía un servicio completo de *delivery*. La gente lo contactaba en una sala privada de chat o por RastApp y él les hacía llegar el pedido a domicilio. Dijo que en realidad ambos negocios se relacionaban; que, por ejemplo, lo que más le pedían en aquel momento era mezca orgánica, un derivado potenciado de la mezcalina que usaban mucho los que jugaban enchufados. Y entonces mencionó un juego nuevo de estrategia y aventuras. Dijo que no se parecía a ningún otro RV, que tenía lo último y que se vendía tan bien como las pastillas. Tokio me miró y supe que

pensaba lo mismo que yo: Ferreira y otros como él podrían pagar muy bien por ese tipo de cosas.

Los acompañamos de regreso al semipiso y cuando nos despedimos de ellos teníamos una copia del juego y una dosis de muestra. Ya era de mañana para entonces, pero todavía demasiado temprano para ir al negocio de Cristian y decidimos volver a casa.

Tokio y yo despreciábamos a los adictos, usaran lo que usasen, pero teníamos una política de trabajo muy estricta: siempre probábamos los productos antes de ofrecérselos al cliente. Éramos un equipo, él era el mecánico y yo la navegante, de modo que me dispuse a hacer mi parte del trabajo. Me até el pelo sobre la cabeza exponiendo mi conexión cortical y dejé que Tokio me inyectara.

Llevábamos algún tiempo armando un equipo para mí, pero todavía no estaba terminado. Usamos el suyo —un clon ManyCore de alto rendimiento que todavía corría como el mejor— en paralelo con el set SonyRV. Colocamos la tarjeta en la lectora, luego de la descompresión apareció el menú inicial e hicimos las elecciones pertinentes (un jugador, nivel principiante, primera persona, guerrera). Incliné la cabeza hacia delante, Tokio me acarició la nuca y, con delicadeza infinita, conectó el pinche.

En la proyección que se curvó en torno a mi cara vi constituirse a mi avatar; después el equipo emitió una advertencia de tres segundos. Me recosté sobre el respaldo, cerrando los ojos. Ya sentía los efectos de la mezcalina creciendo como un sordo latido, entibiándome los labios, las puntas de los dedos, entre las piernas. Los sonidos se agigantaban, múltiples y profundos; la luz pasaba a través de mis párpados en manchas que se movían, que ondulaban hasta ser formas y colores. Y ahí estaba: el primer escenario en todo su esplendor.

El sentido de profundidad, los sonidos y los olores me llegaron en seguida. Era de lo más completo a lo que había tenido acceso. Yo estaba en una colina y el pasto alto, movido por el viento, me rozaba las piernas. Un animal aullaba a lo lejos. Me miré las manos, ahora cubiertas por las mismas placas que el resto de mi armadura. Los gráficos eran excelentes. Decidí probar las capacidades de mi avatar y me moví hacia delante. Avancé, con pasos cada vez más confiados, hasta que me eché a correr. Me moví a derecha

e izquierda, aplastando el pasto en un sendero zigzagueante. Sentía la adrenalina pateándome a *full*, recorriéndome como un incendio, sentía el aire fresco, lleno de olores, golpeándome la cara, y la sensación de que podría correr hasta el fin del mundo. Grité de pura alegría.

Pasé las siguientes horas explorando ese mundo, enfrentando a sus criaturas, formando un ejército y comandándolo, viviendo la vida de mi avatar. Esa noche, sentada frente a la hoguera de mi campamento observando los mapas, evaluando mis avances e intentando idear una estrategia, tuve la repentina sensación de que conocía los lugares a los que iría, de que sabía cosas acerca de ellos. El fuego chisporroteó y las llamas dibujaron un símbolo, un símbolo que yo había visto antes. Me llevó un momento comprender que era el ideograma con el que firmaba Tokio. Era la señal. Había pasado demasiado tiempo ahí y él iba a sacarme. Respiré hondo y procuré relajarme. Todos los sonidos se apagaron y el fuego se congeló. El tirón llegó justo después de eso.

La euforia me duró unas cuantas horas más y no pude dormir. Durante todo ese tiempo no hablé de otra cosa que no fuera el juego. Tokio cuidó de mí entonces y después, cuando llegó el bajón, cuando el cuerpo se me volvió un peso muerto. Y ni siquiera eso hizo que dejara de pensar en lo que había sentido. Tenía que volver a entrar. Él no quería, dijo que no le gustaba la forma en que me había afectado y que no dejaría que yo lo usara de nuevo hasta saber más acerca del programa.

Tokio tenía muchos recursos, pero le tomó horas crackear el juego y evadir sus defensas. No dejaba de murmurar que había algo raro ahí, se preguntaba una y otra vez qué era lo que se escondía detrás de tantos espejos negros. Cuando llegó la noche no había avanzado mucho, estaba cansado y de mal humor, y decidió dormir un poco antes de seguir. Yo había pasado todo el día tomando agua para limpiarme, la ansiedad había comenzado a disiparse y, a pesar de los calambres, me sentía mejor. No estaba desesperada, pero en cuanto él se durmió me volví a conectar.

El juego me recibió como un lago de agua tibia. Pensé que la falta de la mezcalina haría una gran diferencia, pero no fue así. Me dejé envolver por los sonidos de la noche y el aire frío repleto de olores, olores de cosas que podía identificar pero que nunca había visto. Al despuntar la mañana comandé mi ejército más allá de los montes Ankara y, a pesar del terreno difícil y el clima

cambiante, en los días sucesivos cruzamos ríos y valles, rastreamos manadas de bestias trueno, cazamos y comimos. Y a la hora de entrar en batalla, avanzamos como una ola de fuego y destrucción arrasando pueblos y aldeas, doblegando fuerzas que nos superaban en número y armamento. Solo los que se convertían, los que aceptaban unirse a nosotros, eran perdonados. El fruto del saqueo nos enriqueció, nos abastecimos, compramos armas y pagamos mercenarios, establecimos una nación guerrera que alzaba estandartes con mi nombre. Y noche a noche, mientras todos dormían, yo volvía frente al fuego para que me susurrara sus secretos, para que me enseñara, como si algo entre las llamas, algo que se escondía tras el crujido de los leños, compartiera conmigo un conocimiento cada vez más vasto.

Muchas veces después, me encontré observando el ideograma que llevaba grabado en la mano sin saber qué significaba. Entonces me sometía al ejercicio de recordar cómo había comenzado todo, cómo había llegado ahí. Trataba de evocar cada detalle, cada sensación, con la esperanza de que esas pequeñas cosas fueran como clavos para asegurar los hechos en mi memoria e impedir que lo que el fuego me decía los borrara. Aferrarme a eso como si fuera un mantra me hacía sentir más segura, pero no evitaba que esa otra vida y ese otro mundo del que yo venía se me fueran haciendo cada vez más lejanos.

Algo iba creciendo en mi mente. Una sensación indefinida, una especie de ansiedad.

Para cuando entré en la última etapa del juego y sitiamos Kannar, la Ciudad Laberinto, ese vago deseo se había convertido en una pulsión, en una fuerza que me empujaba sin disimulo.

El sitio fue largo.

A pesar de que mis hombres luchaban con bravura, no lográbamos quebrar las defensas de la ciudad.

Pasé mucho tiempo observando sus torres blancas desde un promontorio, acechándola. Pasé muchos días explorando el perímetro tratando de hallar algo, cualquier cosa, que me permitiera burlar el inexpugnable basalto de la muralla. Hasta que una mañana, del lado que daba al río, descubrí un pequeño desagüe olvidado y un nuevo mapa. El impulso que me dirigía se volvió incontrolable. Siguiendo ese mapa, abandoné a mi ejército, abandoné la cautela y me aventuré sola por cientos de pasadizos, buscando el camino hacia el

Templo de los Reyes Sacerdotes. Ascendí por callejuelas empinadas que se bifurcaban, robé pociones y me enfrenté a los guerreros de la Orden de los Asesinos, combatí y avancé, continué avanzando. Lo hice sin hacerme preguntas ni mirar atrás, sin detenerme a pensar en otra cosa que no fuera llegar al Templo. Y cuando, cansada y sedienta, por fin pude entrar allí, todo fue como supe que sería.

Columnas inmensas se perdían en la oscuridad de un techo altísimo. Pinturas de batallas y sacrificios decoraban los muros, me contaban una historia de grandeza a medida que yo avanzaba a la luz de la antorcha. Sobre la gran puerta de la Sala del Tesoro, escritos con oro y con sangre, había caracteres que yo nunca había visto. Leí: «Solo si eres digna». Pateé la puerta y entré. Las joyas más extraordinarias estaban ahí amontonadas como chucherías, pero lo que me llamó la atención fue un medallón labrado que pendía de una cadena de plata. Supe que el símbolo en relieve significaba Protección y me colgué el medallón al cuello. Después de eso todo fue fácil. Avancé eludiendo trampas y peligros hasta llegar a la Sala del Trono. Estaba dispuesta a luchar contra las bestias doradas que protegían la entrada pero, al verme usar el amuleto, los purzas se postraron ante mí.

En ese momento supe que había vencido.

Abrumada, escuchando el resonar de mis pasos, atravesé la sala y subí al gran trono de huesos. Y al sentarme frente al fuego del altar, sentí sobre mí el peso del inmenso templo, el peso de todo lo que estaba en la llanura e incluso más allá, el peso de cada cosa que componía ese mundo. Pero también sentí algo más, algo que iba creciendo hasta imponerse por encima de todo lo otro. Era la presencia de aquel a quien pertenecía ese trono: el último Gran Rey Sacerdote. Percibí esa presencia como algo frío y afilado moviéndose por el borde de mi entendimiento, algo que me cercaba poco a poco, pero yo estaba demasiado cansada para darme cuenta de lo que ocurría.

Vi algo en el fuego, entre las llamas del altar. Una llave. Instintivamente alargué la mano y la tomé. Al instante supe que había hecho mal, pero ya era demasiado tarde: la llave se convertía en una serpiente y la serpiente me picaba. Intenté usar el comando de seguridad que llevaba grabado en la mano, pero no pude recordar cómo hacerlo. Creo que grité. A partir de eso, todo se hizo muy confuso.

La luz que entraba por el ventanal me lastimó los ojos.

—Al fin —dijo alguien cerca de mí.

Había máscaras africanas en la pared.

Tokio me sacudía puteando. Creo que lloraba. Nuestra casa era un desastre.

Frente al trono de huesos, el fuego del altar se convertía en llamarada.

Fue como haber estado caminando en aguas cada vez más profundas y de pronto ya no hacer pie, de pronto quedar sumergida, tragar agua y luchar aterrada para salir a la superficie, sacar la cabeza por un instante y luego volver a quedar sumergida y hundirme y hundirme en una caída sin fin.

En algún momento, en medio de la oscuridad, encontré el dolor. Paladeé su integridad y riqueza, lo supe auténtico, me aferré a él y dejé que me guiara.

Después de no sé cuánto tiempo, abrí los ojos y estaba tendida sobre un sillón claro. Vi que la aguja del suero se me había infiltrado. Descubrí que de esa mórbida hinchazón venía el dolor pulsante que me quemaba el brazo e inundaba mi mente. Ese era el faro cuya luz había estado siguiendo. Pero algo tiraba de mí con mucha más fuerza, algo me arrastraba de regreso a la oscuridad y los ojos se me cerraron otra vez.

—Quiero volver —dije.

—Es demasiado tarde para eso —respondió él.

Salió de las sombras con una armadura como la mía. Más vieja. Con más batallas. Antes que se quitara el casco supe cómo eran sus ojos.

—¿Por qué estás acá?

—¿Todavía no lo adivinaste?

Me incorporé del camastro y salí de la tienda hacia el campamento. Él caminaba detrás de mí. Me di vuelta para enfrentarlo y de pronto me hallé sentada sobre una alfombra hermosísima y la luz de la tarde llenaba la habitación. Él estaba algunos metros más allá, de pie junto al ventanal.

—Mario y yo nos encontramos por casualidad —decía—. Él buscaba un mundo nuevo; lo deseaba tanto que yo se lo di. A cambio, él me permitió entrar en el suyo. Así pude ofrecerles ese mundo nuevo a muchos otros.

Me estremecí. La cabeza me funcionaba demasiado lento, no llegaba a procesar lo que sucedía, pero algo en mí gritaba que debía irme de ahí. El Vasco se volvió y me sonrió, y el grito ensordeció mi mente. De pronto la magnitud de lo que él era se me hizo evidente. La realidad de su poder me golpeó en la cara. Ese poder extraño que yo siempre había presentido, ese poder que había percibido en la profundidad de su voz, se mostraba ahora abiertamente. Lo imaginé atravesando la membrana, entrando a nuestro mundo, ¿una IA? ¿un bot?, ¿un nuevo dios? Moviéndose a sus anchas, desplegando sus redes. Quise levantarme de la alfombra, pero me mareé y tuve que dejarme caer otra vez. Cuando lo hice me encontré en una de las mesas del sótano enorme donde la gente bailaba como si no hubiera otro día. Él se acercó a mi oreja para que lo escuchara por encima de la música, como si aquella voz hubiera corrido algún riesgo de perderse en el estruendo.

—¿Sabés que de todos los que jugaron el juego, solamente vos oíste la voz del fuego?

Pero lo único en lo que yo podía pensar mientras lo escuchaba hablar era en lo parecidos que eran ese lugar y el garaje de Ferreira. Me acordé del olor a orina y a encierro, me acordé del silencio. Pensé que de un modo extraño ese sordo retumbar tenía mucho en común con aquel silencio. Era una resonancia amarga y vacía, enajenante. Me dije que no era como la sensación que me subía por las piernas cuando había estampida y las bestias trueno estremecían la planicie, que no era como cuando había tormenta y el cielo inmenso se encendía de estallidos… Sentí que me entibiaba por dentro al evocar esos momentos. Lo que me hacían sentir no se parecía a ninguna otra cosa que yo hubiera experimentado. No venía de la desesperación, no venía del miedo, no venía de la brutal necesidad de escapar, no venía del hambre por querer ser. Era la suma y el reverso de todas esas cosas. Era parte de una forma completamente distinta de experimentar la existencia. Y, sin embargo, al final todo eso también estaba vacío. Aunque se sintiera real, absolutamente real, no lo era. Miré al Vasco, comprendiendo la verdadera naturaleza de lo que me ofrecía, y lo odié con todas mis fuerzas.

—Quiero volver —repetí. Y no me refería a la planicie.

—¿Es por él? Tiene un oficio complicado, pobre Tokio… Con tan-to adicto suelto podría pasarle algo en cualquier momento.

—No te metas con él. —Lo dije mordiendo las palabras. No como una súplica, sino como una advertencia. Entonces sentí mi vínculo con Tokio como un lazo físico, percibí su verdadera intensidad. No era solo por él, pero también era por él. No tenía sentido tratar de explicarle al Vasco todas las razones por las que quería volver. ¿Qué iba a decirle? ¿Que rechazaba esa existencia enorme no porque no la quisiera, no porque no deseara ese mundo más que ninguna otra cosa, sino justamente por eso, porque me asustaba el modo en el que lo deseaba? ¿Qué iba a decirle? ¿Que sabía que, de no irme entonces, no me iría jamás? ¿O que el orgullo me impedía rendirme y que el orgullo era lo único que me había sostenido la mayor parte de mi vida? Tampoco hubiera podido explicarle por qué no podía abandonarme a una simulación, por qué no podía conformarme con eso; no hubiera sabido cómo. Lo dejé que pensara lo que quisiera. Lo dejé que pensara que era por Tokio. Pero después eso empezó a preocuparme. Por si la advertencia no había quedado clara, agregué—: Si le llega a pasar algo…

—No podés ganar.

—Pero igual voy a quemar ese mundo tuyo hasta que no quede nada.

Amanecía sobre el campamento y mis hombres comenzaron a agruparse. Me temblaban las manos, pero curvé los dedos en torno a la empuñadura de la espada. Me acordé de la primera vez que había peleado, de la forma en que había aferrado esa púa miserable la mañana aquella en el patio del orfanato. Me sentí otra vez como un animalito acorralado y se me tensaron los músculos. Separé los pies. Él dio una mirada alrededor. El valle, las montañas, el verdor sombrío de los bosques y, más allá de las caudalosas aguas del Eric, las tierras esperando la siega y el humo claro de las pequeñas casas de la ladera. Finalmente sonrió. Creo que yo lo divertía.

El brazo me dolía como si me lo hubieran machacado a garrotazos. Reconociendo y saboreando ese dolor, ascendí desde lo profundo y abrí los ojos. Me parece que sonreí. Hice un esfuerzo por enderezarme en el sillón claro. Tenía la boca seca y se me nublaba la vista. Apretando los dientes, me quité la aguja del suero. Miré alrededor y estaba en la habitación decorada con *posters* de películas en la que Tokio había arreglado la consola. Durante un momento observé con desconfianza al que estaba sentado al otro lado de la habitación. La luz del ventanal a su espalda no me dejaba verle la cara. En ese

momento se me reveló como la sombra que era. Supe que el Vasco, el verdadero Vasco, estaba —siempre había estado— muy lejos de ahí, pero que me contemplaba a través de los ojos de esa sombra. Supe que, al hablar con ella, el Vasco sería mi interlocutor.

—¿Dónde está?

—Fue a la cocina a buscar más agua. Ya viene.

Tokio entró en la habitación y al verme dejó lo que traía sobre una de las mesitas bajas. Se acercó al sillón y preguntó:

—¿Estás bien?

Parecía que tenía miedo de tocarme, de hacerme daño. Cuando asentí, dijo:

—Sos una pelotuda... —Y me acarició el pelo con increíble ternura.

Supe que había tenido miedo, mucho miedo, y los ojos se me llenaron de lágrimas.

—Vámonos de acá —murmuré.

—¿Podés caminar?

—Creo que sí.

Se volvió hacia él y dijo:

—Nos vamos.

—¿Seguro?

—Sí —escupí.

El avatar sonrió. Se puso de pie y nos acompañó a la puerta.

*Vuelvan cuando quieran.*

Eso fue lo último que le escuché decir.

Nunca me volví a conectar.

Los primeros meses fueron los más difíciles. Tuvimos que hacer unos cuantos trabajos para Ferreira para reponer el dinero suyo que nos habíamos gastado, trabajos que no hubiéramos aceptado de otra manera. Pero Tokio y yo nos enfocamos en sobrevivir, hicimos lo que teníamos que hacer y nunca más hablamos de lo ocurrido. Ni entonces ni después, cuando las cosas se

calmaron. Es como si compartiéramos una especie de secreto enorme, un peso del que nadie más sabe y que silenciosamente él me ayuda a arrastrar. Y sin embargo eso no disminuye este frío que siento por dentro.

Todavía algunas veces, tendida en la oscuridad junto a Tokio que duerme, me dejo envolver por los sonidos de la noche. Escucho a algún perro aullando a lo lejos y por un momento creo que estoy en la planicie otra vez. Siento que el corazón se me acelera, que la sangre comienza a correr más rápido por mis venas. Pero dura solo un momento.

Trato de no pensar mucho en eso. Si no, cada acción, cada pequeño acto del día siguiente —abandonar el colchón, comer algo, trabajar en los equipos — se vuelve más difícil.

Salgo poco de casa porque la situación está cada vez más complicada allá afuera, pero me mantengo al tanto de lo que pasa.

Sé que hay un nuevo RPG del que hablan todos. La mayoría de los multijugador masivos que se juegan en línea alcanzan en algún momento su pico de fama; pero este no pasa de moda, no hay nadie que diga que no le gusta. Hace meses que en las granjas no se juega a otra cosa.

Sé de pibes que empezaron a hablar distinto, a verse diferentes. Se formaron banditas que ahora se juntan en un par de casas tomadas. Los vecinos dicen que a la noche hacen fuego en unos tachos y que cantan en un idioma desconocido. Dicen que fabrican armas.

Cada vez con mayor frecuencia veo el grafiti de una serpiente verde dibujado en los paredones del barrio y noté que algunos pibes me miran de un modo raro, con una mezcla de miedo y respeto, como si reconocieran en mí los rasgos vistos en una estatua.

A veces sueño con las paredes del Templo y veo mi rostro pintado en ellas. Esos sueños me inquietan. No tengo modo de saber si cuando abandoné el juego lo hice por completo, si me habré duplicado o si habré dejado una parte mía ahí. Me pregunto cuán auténtica es la existencia que llevo desde entonces o si solo es la sombra de otra, que transcurre en un lugar distinto. Sin embargo, de alguna manera, la posibilidad de esa otra existencia es también un consuelo.

Me aferro a esta realidad, que es la que elegí. Pero el dolor —el dolor físico— algunas veces se hace insoportable. Día a día las cosas que me rodean

me parecen más desabridas, pálidas y huecas. Observo a la gente siguiendo sus rutinas pequeñas y mezquinas, el modo en que se arrastran por este mundo miserable en pos de cosas sin sentido, y se me revuelve el estómago. Yo vi algo más grande. Yo viví algo más grande. No le deseo esta carga ni a mi peor enemigo. Pensar en que una parte de mí puede estar todavía ahí, en esa planicie extraordinaria, conduciendo su propia existencia, me ayuda a seguir adelante.

* * *

Para mí, la ciencia ficción latinoamericana, antes que cualquier otra cosa, es oportunidad. Al hablar de Latinoamérica se suele mencionar la palabra crisol y obviamente hay mezcla e integración entre las culturas originarias, los colonizadores e inmigrantes, incluso es un fenómeno que se ha visto acentuado por la globalización, pero también existe gran diversidad, tensión entre lo viejo y lo nuevo, lo propio y lo ajeno, identidad en permanente construcción. Mientras los límites formales se desdibujan, las herramientas de la ciencia ficción siguen siendo las más útiles y versátiles para indagar en el pasado, analizar la historia reciente y los problemas actuales, para ensayar la prospectiva que cuestiona, que descree y, en definitiva, para tratar de conocernos mejor, tanto hacia adentro de cada sociedad como a nivel regional. Creo que es fundamental reafirmarnos en nuestro modo de ver el universo para intervenir en la creación del futuro.

# OTHER VOICES

Giovanna Rivero (Bolivia)

Quizás han escuchado un millón y medio de veces decir: «mi vida cambió después de las torres», «nada es lo mismo después de las torres». Lo entiendo a la perfección. La mía se jodió olímpicamente después de las torres. Volé en mil pedazos. Todavía a veces, en el sueño de mi sueño eterno, es decir, en la pesadilla de mi infinita pesadilla, veo mis dedos separarse como una medusa en celo en el fondo del mar, solo que este mar es gaseoso, gris, cien por ciento polución. También veo separarse, irse por su cuenta, mis pies y por un instante me pregunto cómo iré a caminar después, cuando todo haya pasado, pero a la velocidad de un rayo me doy cuenta de que no habrá un después, no en términos humanos, para ponérselo fácil. Cuando estaba viva era, lo que se dice, tonta, más tonta que todas las tontas de este mundo juntas, pero la inminencia de la muerte te despierta un brillo, un resplandor distinto en el fondo del cerebro. Mientras volaba pensaba en mamá y en cómo ella no quería que yo fuese con Sue y Amber a tocar el saxo o la guitarra, según cómo se iba rasgando el día, en la azotea de la Torre Sur, donde nos turnábamos con un par de argentinos que bailaban tango, una música tristísima que fue quizás lo que atrajo tanta mala suerte. Los argentinos se habían largado a New Orleans justo ese martes por la mañanita, cuando el cielo era todavía un inmensa gema celeste, así que tampoco de ellos pudimos despedirnos. Sue y Amber se lanzaron en picada, ellas siempre fueron dos cuchillos arrojadizos. No pudimos experimentar juntas este último viaje. Pero bueno, todo lo que yo hubiera querido es un minuto libre, extra, un *bonus time* para llamar a mi madre y decirle «*sorry, mom*». Los pasajeros, en cambio, tuvieron ese chance. Yo no. Yo simplemente volé, me desintegré como un poema escrito en una servilleta que, sin revelársele a nadie, va directo a la recicladora. Siento no poder decir

metáforas más lindas; soy, en ese sentido, bastante pragmática, algo que mamá elogiaba mucho pues ella ha sido siempre demasiado pasional. Las dos pagamos caro esos extremos. La pasión y la praxis, quiero decir. Lo primero que voló, sin embargo, fue mi cabeza, por eso digo que «veo», gracias a la perspectiva móvil que tiene el que vuela. Aunque seguía girando y girando sobre un eje invisible, como si me hubiera convertido de súbito y sin planes en la chica del exorcista, no perdía de vista mi cuerpo, lo único que yo tenía, lo más lindo y joven. Allá iban piernas, ombligo brotado como un tercer ojo porque a mí me costó tumbar esa tripita, pezones tatuados con henna; allá iban manos con su cortísima línea de la vida y yemas de los dedos casi sin huellas digitales de tanto darle a las cuerdas después de lavar pilas de platos en el Deli's Diner donde conocí a Travis. Allá iba, qué curioso, un pedacito de columna vertebral, cinco, seis vértebras desoladas que no le hacían ningún mal a nadie. Allá iba mi cuerpo inmolado y despavorido, acá yo, acá mis pensamientos, los últimos restos de conciencia aferrados a mi cabeza giratoria.

Es extraño no tener cuerpo y hablar con esta voz, pero es que yo me quedé con ganas inmensas de decirle a mamá: «*Sorry, mama*». Este es el motivo por el que me aparezco en sus sueños, pero mami no me hace caso, cree que es culpa. Con mi inteligencia del más allá ya puedo saber que pasión y culpa son dos caras de la misma moneda. Intento explicarle esto, pero de inmediato ella cambia de escena, cambia de sueño (esa es la ventaja de soñar cuando estás vivo: todavía hay un control sobre la *movie* que querés ver). Me quedo entonces con las ganas de expresarme y con esta soledad que no tiene nada pero que nada que ver con la cantidad de gente a mi alrededor, pues a mi lado, les juro, hay miles de fantasmas, todos solos, todos con ganas de expresarse, algunos incluso gritando un grito sordo, como si estuvieran en un concierto de rock para autistas. Cuando mami me cierra las puertas de sus sueños, me pongo a vagar por mi órbita. Los fantasmas preferimos no salir demasiado del radio energético, somos los habitantes, los dueños de la Zona Cero. De modo que a veces solo me quedo quieta, junto a los cuervos que duermen como monjes sobre los cables telefónicos, escuchando las miles de voces que transcurren por esos intestinos. Si la corriente del Hudson se agita, entonces también se amotinan las gaviotas. Ellas prefieren los semáforos y las cámaras, las atrae el ojito violeta que pestañea intermitente capturando transgresores, posibles *serial killers*, jamás un terrorista. El ojo violeta no da para tanto. Pero

las gaviotas, que tienen algo de *vedette*, adoran contemplar las calles con las patas bien aferradas a esas cámaras inútiles.

Me caen mejor los cuervos.

Pero comprendo tanto a las gaviotas, su deseo de elevarse estirando los cuellos, las alas intactas, las patas extendidas por las lamidas del viento. Les envidio los graznidos, la capacidad de hacer trizas las partículas de la noche. Ahí es cuando se me enciende este deseo de expresarme. Me contemplo las uñitas quebradas que esa última noche esmalté de azul profundo porque íbamos a estrenar, por fin, una buena guitarra eléctrica, algo con lo que ponerle escudo al viento desaforado del otoño. Las contemplo, dulcemente electrocutadas por la música imaginaria y me entran ganas de cantar. Pero sin voz, ¿cómo sin voz? Entonces emprendo una carrera velocísima, tenaz, por el puente principal y paso como un hálito por entre los carros y los mendigos; me detengo ante el río, me escurro bajo su cuerpo acuoso y me hundo en el pantano y cruzo todos los pantanos interconectados y llego finalmente a un pantano chiquito, como una lágrima de Satán, un desvío del Colorado River, cerca del Santa Cruz River, una bellísima y acogedora ciénaga a los pies de la casa donde he encontrado algo de alivio. Luego regreso a mi centro de la misma manera, como un hálito desesperado, igual que cuando una canción se transforma en súplica, en llanto, o cuando escuchábamos The Cure con tres pepas encima. Al amanecer me pongo a vagar por Zona Cero como un alma en pena. Prefiero seguir creyendo que lo de «alma en pena» es una metáfora; tal vez sea más lógico decir «con una pena en el alma». Y ahí voy yo, sin poder agarrarme el pelo porque no soy material, con la misma *t-shirt* de mis fantasmales The Cure y la carta en el bolsillo trasero de mis *jeans* que no puedo leer y que esa mañana no quise leer porque la furia contra Travis me lo impedía. De hecho, esta es mi angustia, mi pena y mi dolor, no poder leer la carta. Pensé que mamá podría hacerlo por mí, pero ¿cómo?, si la carta ya tampoco es material. Es solo un muñón blanquecino de moléculas fatales. Paso amaneceres completos mirando mi nombre en el sobre, adivinando la letra de Travis que a veces se me hace lejana, desfigurada por mi propia imaginación. No sé si es correcto decir esto, «mi imaginación», pues no estoy segura de que un fantasma la tenga; sin embargo también pienso que lo único que le queda a un fantasma es la imaginación; sin eso no podría existir, vagar, desandar, reconocer los lugares donde debe permanecer para que la última

corriente de energía no se extinga como una inhalación gigantesca de un dios malo, más pedócrata que Satán, digamos, del dios Saturno. Esa es la razón por la que vengo hasta el pantano y me quedo mirando la superficie verde oscuro, diamante maldito, con la esperanza de pescar mi reflejo en cualquier momento. Lo triste es que cuando veo algún reflejo, el contorno de un aura, generalmente es el de otro fantasma —así es la ley fantasmal: los espíritus no tienen reflejos; en todo caso, si consiguen ver un contorno rutilante, ello solo significa que hace milésimas de segundos que ya no están más ahí y que ahora son uno y agua—. De este modo he visto a otra gente, almas culpables y bajas, y he descubierto cosas, conspiraciones horribles que me producen escalofríos, aunque debo admitir que mi temperatura corriente es el escalofrío. Lo que intento describir es que estos secretos estremecen mi aura y me hacen dar alaridos inaudibles. Entre otras cosas, lo bueno de estar vivo es que uno desconoce el noventa por ciento de los secretos. Conocer un secreto es horrible, pesado y triste. Pero bueno, supongo que todos los fantasmas, buenos y malos, penamos con ese karma. Cuando pesco un aura neutra, me acerco levantando en alto mi carta, como una bandera de paz, cruzando mis dedos inmateriales para que ese espíritu pueda adivinar lo que Travis escribió ese día.

Travis era mi novio y planeábamos mudarnos juntos a Nueva Jersey. Solo necesitábamos dos cosas: esperar a que yo cumpliera los dieciocho años y entonces tuviera la autoridad suficiente para decirle a mamá: «*I'm leaving, mom, sorry, mommy*». Para ello faltaban solo trece días porque yo soy, yo era del tercer decanato de Virgo. El segundo factor tenía que ver con el dinero. Travis decía que pronto ese segundo factor estaría resuelto. Su jefe, un japonesito visionario, a pesar de los ojales de gato por los que apenas entraría la luz (¡la luz, dios mío, esa cordialidad que no supe agradecer!), lo había contratado para instalar un sistema de rocolas de servicio espiritual. *Second Oportunity Machine* se llamaba aquel sistema. Yo, que cuando estaba viva era rematadamente tonta, más tonta que la fama de Marilyn Monroe cuyo espíritu todavía no he tenido la suerte de ver, no terminaba de entender en qué consistían semejantes rocolas que en vez de música vendían absoluciones. Travis me explicaba una y otra vez que las rocolas funcionaban como todas, con *quarters* y tarjetas de crédito; sus funciones habían sido codificadas para otorgar siete tipos de perdón, en siete idiomas. Según le había indicado su creador, el visionario Mr.

Chieh-Lin, el sistema SOM aligeraba la vida del mundo occidental. Los pecadores de Nueva York no sabían perdonarse a sí mismos; necesitaban que una voz distinta, una grabación suprema, les dijera «Te perdono», de otro modo se dirigían con eficiencia hacia la autoaniquilación. Lo que las rocolas ofrecían era una tranquilidad de espíritu al paso por unas monedas, *on the go!* Una segunda oportunidad, que es más de lo que algunos pretendían. «*You have been absolved*», «Has sido perdonado», «你的罪得赦 免了。», «*Tu as été pardonné*», «*Sie sind freigesprochen worden*», «*Lei è stato assolto*», «あなたは放免されました».

¿Por qué solo en siete idiomas? ¿Y los que pecan, por ejemplo, en Arabia?

Que los perdone Alá, resoplaba Travis. Y luego me miraba con esa mirada incandescente por el porro que le latía en los dedos: Es una metáfora. ¿Has escuchado eso de «setenta veces siete»? Las rocolas son un símbolo político. Una metáfora.

Sabés que soy pésima con las metáforas. Más pésima que dormir con hambre.

Lo sé.

Pero qué locura, protestaba yo, si basta con perdonarse uno para soportar cualquier mierda. ¿Para qué querrías escuchar tu absolución de una máquina?

Porque la absolución codificada de esa máquina emite una vibración que va directo a la glándula pineal, que es el «asiento del alma», el corazón de nuestros pensamientos. Al estimularse la glándula con esa vibración altísima pero indetectable para un espectro regular de decibeles, se genera luego un tipo de sinapsis neuronal que las simples palabras humanas no pueden activar. Sin el peso de la culpa, hasta el ritmo respiratorio mejora y ni qué decir la capacidad de establecer relaciones causales que antes nos parecían ilógicas, y en ese nivel, cero metáforas, explicaba Travis, como si él mismo estuviera gozando de una plenitud mística que lo levantaba del piso.

Sin embargo, ese último domingo peleamos porque Travis no quiso contarme el motivo de su angustia. Lo veía opaco, a través de esa membrana tranquila pero gris que separa a los que se se quedan de los que han decidido irse. Ojalá él mismo hubiera probado lo que predicaba del sistema SOM, sacándose de los hombros el fardo invisible que le quitaba estatura. O quizás en ese momento yo ya era un fantasma y no lo sabía, pues el desprendimiento

ocurre antes de que se produzca la muerte física; esto lo sé ahora que soy un fantasma en toda regla y veo cómo otros espíritus se asoman a los pantanos recién formados cerca del Hudson River, ampollas primerizas de un nuevo periodo lunar; allí flotan sus ectoplasmas, tembleques, inseguros, con esa indecisión de los tímidos que llegan por primera vez a un lugar. Vapor sobre vapor. Muchos de ellos caminan todavía en el mundo físico, los veo al amanecer, ojerosos, dirigiéndose al trabajo mecánicamente, *commuters* autómatas. Es por este automatismo que no se enteran de que el alma ya se les ha desprendido y que en cuestión de horas o días deberán despedirse de sus cuerpos. Yo no era una autómata; al contrario, sucedía que mi amor por Travis me había distraído de mí misma, espero que me entiendan, y debía sostenerme colocando las palmas de mis manos como tarántulas en las paredes, sin respiración, claro que entonces las paredes del departamentito donde vivíamos con mamá no se estremecían. Nos habíamos venido de Chicago porque el temblor de las casas, de las tiendas, de los restaurantes, de todo, a toda hora, cuando desayunábamos, cuando caminábamos rompiendo el viento del lago con nuestros cuerpitos de mujeres solitas, extranjeras, le ponían los nervios de punta y esto la llevaba a cometer errores y esto provocaba que la despidieran de sus trabajos sin cartas de recomendación ni cobertura médica ni bonos de desempleo ni disculpas ni aplausos ni sollozos ni *te vamos a extrañar*. Entonces terminábamos en refugios helados, antiguos graneros a los que se les habían improvisado bóvedas altísimas cubiertas de esa mugre y ese óxido espantoso de las ruinas jóvenes de Chicago, "refugios" donde ni Batman la hubiera pasado bien. Por eso nos vinimos a Nueva York. Quizás ahora ella quiera decirme: «*Sorry, baby*», comentario al que yo solo quisiera responder de la manera más *cool* posible, diciéndole que todo estuvo bien, que este era nuestro destino: el mío: conocer a Travis; el suyo: quedarse huérfana de mí. De algún modo, esto tenía que cumplirse.

No quiero ponerme *heavy*. No de este modo. Estaba hablando del sistema SOM. La noche anterior a ese martes, el día que estrenarían las rocolas, Travis me había dejado la carta en el buzón. Habíamos pasado el fin de semana juntos, un tanto en mi cuarto, otro poco en la azotea, experimentando algunos arreglos para impresionar a Sue y Amber que eran más bien melancólicas solo porque creían que eso hacía su música más «inteligente». De pronto, mientras asesinaba pájaros a pedradas que luego caían en un largo vacío hasta impactar

sobre los techos de los carros, Travis empezó a llorar. Le pregunté insistentemente qué le pasaba. Nada, no me pasa nada. Le insistí en que aniquilar a los pájaros así le estaba destruyendo su propia vibración. Los pájaros no eran solo plumas, también eran energía y seguro hasta tenían glándula pineal, como los humanos. Le pregunté si tenía miedo de lo que en un par de semanas iríamos a hacer, vivir juntos, enfrentar la vida juntos. Travis sonrió como si yo estuviera hablando tonterías, que por ese entonces no era raro. No es eso, dijo Travis, es otra cosa, te lo diré después. Después, ¿cuándo?, insistí yo. Una llovizna suave empezó a caer y nos calmamos. Era una llovizna tan fina que parecía vapor, solo humedad; sin embargo, nos lastimaba las fosas nasales. El otoño iba a ser cruel, el invierno siempre lo era, de modo que no había mayores novedades. Lo de la crueldad del otoño lo supe porque ese momento empecé a sangrar de las encías. Travis dijo que se suponía que la gente sangrara por la nariz cuando estaba en las alturas, que seguro yo era anémica, ¿cómo aguantaba cantar en la cima de la Torre Sur cada mañana por unos dólares? Nadie te paga la sangre. Le sonreí, supongo que me veía como un estúpido guasón. No, dijo Travis, pareces una elegida de los estigmas, una médium en trance, te ves linda. Nos besamos. El beso fue largo, nos gustaba darnos besos así, principalmente si estábamos esperando tren en la estación subterránea. Cuando lo veíamos venir empezábamos a besarnos y nos manteníamos pegados como dos salamandras en cópula mientras durara el paso de los vagones. Eso era hermoso. Las cosas simples eran hermosas. Los momentos invisibles, bajo la tierra, eran hermosos. En un cambio mortal de escena, ahora estábamos en la cima. Abrí un ojo y vi el mundo a nuestros pies, sentí vértigo. Satán finalmente nos había seducido.

En realidad, yo nunca conocí a Mr. Chieh-Lin en carne y hueso; todo lo que conozco es el relato de Travis. Ni siquiera ahora que poseo poderes sobrenaturales y podría asentarme como un cuervo más sobre las violetas de plástico que adornan su balcón para despistar a sus vecinos, puedo verlo. La razón es simple: Mr. Chieh-Lin ya no tiene alma, y espero que no me malinterpreten, no estoy diciendo que es un «desalmado» porque esa metáfora me suena muy romántica (por supuesto, también es un «desalmado» en el sentido más moral del término). Pero hablemos de religión: Mr. Chieh-Lin se mira al espejo sin sentir nada, nada en absoluto. A diferencia de los vampiros que están a merced de sus egos fotofóbicos, y a quienes también he visto

darse una vueltita por acá, su *problem* no es la ausencia de reflejo, sino una falta más elemental: la falta de amor; no se quiere ni un poquito. Antes de dejar Kobe, en su natal Japón, Mr. Chieh-Lin fue tratado primero como un retrasado mental, y en el mejor de los casos como la víctima de algún baku abominable; luego, cuando con tapitas de salsa soya diseñó en tres dimensiones el rostro de un hermoso demonio, lo consideraron un genio y lo postularon a una escuela ancestral a cargo de los últimos monjes vírgenes del milenio, qué envidia, yo apenas podía aspirar a la más miserable de las preparatorias del Bronx. Desafortunadamente, Mr. Chieh-Lin falló en todos y cada uno de los veinticinco test que le aplicaron. La vergüenza que experimentaron sus padres era tan, tan dolorosa que castigaron al fracasado obligándolo a permanecer en su habitación durante dos semanas, a pan y agua. No sospechaban que eso, la Gran Soledad, era el hábitat natural de Mr. Chieh-Lin, todo lo que su espíritu ansiaba, vacío en el vacío. En él, en sus oídos, en el arco ciego del paladar, en la hondura de sus axilas cada vez más descarnadas, el silencio encontraba su nido. Mr. Chieh-Lin solo quería que lo dejaran en paz. Había considerado, sí, la posibilidad del suicidio, pero prefería guardar la opción para cuando las cosas comenzaran a ponerse peores. No lo azuzaba la curiosidad por experimentar la mágica transformación del mal en el bien, del pago karmático en el golpe de buena suerte, de la sequía en el alma en un campo de maizales. Estaba seguro de que eso nunca sucedería; solo bastaba mirar el álbum familiar y confirmar que no deseaba parecerse a Mr. Chieh-Kung, a Mr. Chieh-Dong, o a Mr. Chieh-Lou, sus antepasados, pero tampoco, entonces, sabía a quién debía o deseaba parecerse. La leyenda familiar contaba que Mr. Chieh-Dong, durante los años que trabajó en el Escuadrón 516, había creado una variedad de gas sarín mucho más concentrada y, por tanto, más letal. ¿Estaría a la altura de esas leyendas el joven Chiech-Lin? Más le valía haber nacido huérfano. Sudando hasta por la boca, como un perro famélico, Mr. Chieh-Lin se introdujo en las profundidades de su pensamiento, actitud religiosa que había aprendido de sí mismo, de tantos años de hybris contenida y obsesión, y de este modo entró en contacto con sus verdaderos deseos. Al principio, el relato de Travis me pareció una farsa de la autoayuda, pero en el caso de Mr. Chieh-Lin podría decirse que se trataba de la épica de un autohundimiento. Finalmente, una tarde, cuando el verano había cedido y una bruma balsámica se colaba por los bordes de la cortina, negra como el ala de un murciélago, Mr. Chieh-Lin distinguió de entre su laberinto mental aquella

figura heroica a la que sí deseaba parecerse: un animé darketo, ícono prohibido en ese entonces e incluso hoy. Travis me había dicho un millón quinientas noventa y nueve veces que Naruto era la vergüenza nipona, una verdadera sodomización del arte japonés. A mí siempre me había parecido una exageración, pero ahora que lo veo todo y puedo comprender mejor lo incomprensible, entiendo que Mr. Chieh-Lin, cuya aura paradójicamente no conozco, hubiera encontrado en Kog, un héroe oscuro como el fondo de un fangal, la representación de sus propios deseos. Cuando sus padres intentaron incorporar a Mr. Chieh-Lin a la vida iluminada y cotidiana, ya era demasiado tarde; esas dos semanas habían operado un cambio eficaz e irreversible en la personalidad de Mr. Chieh-Lin. De ahora en adelante sería un exiliado, un hijo de la Gran Soledad, un existencialista; prescindiría estoicamente de la trivialidad del mundo exterior. Tampoco se bañaría, no deseaba acostumbrarse a la falacia de un cuerpo «limpio», a esa pasajera comodidad que amenazaba con la distracción. De ahora en adelante se concentraría en su interior, en la vocación que empezaba a consolidarse como un iceberg quemante. Además, ¿para quién se bañaba uno? Al no existir los demás, todo cobraba su justa dimensión; la fetidez no era mejor ni peor que el aroma del sushi que su madre le dejaba en una escudilla, junto a su puerta. Por otra parte, nadie debería sentirse molesto con su actitud, no lo hacía para herir, tampoco para herirse, en ese caso habría sido muy fácil suicidarse y dejar cartas culpabilizantes que arrastraran el honor de sus ancestros al infierno, donde no faltarían mil demonios hambrientos, listos para devorarse sus nombres, sus apellidos, la digna sangre de sus padres y abuelos. Su universo mucoso, hecho de sí mismo, de su sudor, su olor, la secreción de sus fosas nasales, de sus oídos y todos los otros orificios de su cuerpo, era toda la sustancia que precisaba. Kog, el animé prohibido, el ser que representaba su nuevo estado de ánimo, jamás se había lavado el pelo, mas la mata de víboras que le serpenteaba en la cabeza solo lo hacía ver más hermoso, vital, en control de sí mismo y de las leyes de la materia. Si se agusanaba era porque aún estaba vivo, o mejor, porque estaba *esencialmente* vivo. Kog tenía una novia, una animé darketa como él. Travis decía que de algún modo yo me parecía a ella. No puedo afirmarlo, pues no estoy segura de que el propio Travis haya visto alguna vez un dibujo de la chica Kog. Mr. Chieh-Lin solicitó a sus padres la instalación de una pantalla de plasma de 0.2 milímetros en su habitación. Una gelatina translúcida que se sostenía con electrodos «patitas de araña» en la

pared y que lo mismo podía enrollarse como un papiro. Ellos aceptaron, corroídos por la culpa al ver la extraña y enfermiza felicidad del hijo. No era una felicidad eufórica, algo que pudiera ostentarse a los vecinos, siempre pendientes de la evolución de Mr. Chieh-Lin, sino un sentimiento de lejanía que sus padres asociaban con soberbia y una *tamashii* prematuramente corrompida. Eso, sin duda, no estaba bien. Se esperaba que Mr. Chieh-Lin iniciara un viaje al interior de su alma y se replanteara el rol de su existencia en la comunidad, su ineludible responsabilidad con el honor de su sangre, el sentido fundamental por el que había venido al mundo y que estaba directamente relacionado con ser útil. No había mucho donde perderse, pero Mr. Chieh-Lin se empeñaba en el extravío, en la ignominia de su apellido. ¿Hasta cuándo deberían soportar su vergonzosa rebeldía? Mr. Chieh-Lin conectó el videojuego que centelleaba en una suerte de globo terráqueo y el cerebro de su computadora al plasma. A sus padres les parecía que él intentaba construir un monstruo. Eso parecía aquel embrollo de cables delgadísimos, casi etéreos como el plasma que levitaba en la pared, hebras de electricidad limpia brotando por todos lados. La repetición de imágenes en todas esas pantallas en que se había fragmentado el plasma debía ser como la mente de aquel pobre hijo perdido, una pesadilla. Mr. Chieh-Lin pidió también conexión hiperveloz a internet, toneladas de Coca-Cola y una lista de palancas inalámbricas de sensibilidad extrema e instrumentos tecnológicos que no parecían coherentes entre sí. Sin embargo, no opusieron resistencia, esa sería la última oportunidad que le darían al hijo. Emplearon ahorros y tarjetas de crédito en cubrir las desmesuradas necesidades del vástago. Mientras tanto, Mr. Chieh-Lin consolidaba su exclusión del mundo mediocre que lo confundía perezosamente con un idiota o un genio. Estaba lejos de ser cualquiera de esas dos cosas, no le interesaba serlo. ¿Acaso no se daban cuenta de que solo quería ser Nada? Nada, nada, nada, nada, nada, nada, nada, nada, na-da, na... da... Claro que lo tenía sin cuidado que se dieran cuenta o no, de hecho, eso era lo que menos le importaba. Ahora podía llevar a la práctica una segunda fase de su desprendimiento. Sus pantallas le permitirían desplazar sus deseos, el ideal del amor, y vaciarlo. Cuando terminara aquella experiencia no quedaría nada del antiguo Mr. Chieh-Lin. Por ahora, sus padres debían aceptar que él vivía bajo sus propios valores y sus valores se alimentaban de sus sustancias corporales, tan simple como eso. Así transcurrieron tres años. Mr. Chieh-Lin canjeándole a su madre las escudillas del sushi por los bacines de orina y

excremento; Mr. Chieh-Lin comprando sesiones amorosas con la novia de Kog, deseando la forma de sus labios, el brillo de sus ojos avellanados, los senos inflamados, la cintura breve, los pies diminutos como dos murciélagos bebés, las palabras oscuras que le decía a Kog, mientras se balanceaban, el uno dentro del otro, Kog dentro de ella, ella con la lengua dentro de la boca de Kog, sobre la tabla que habían tendido entre dos rascacielos. Él, Mr. Chieh-Lin, daría su vida por la novia de Kog, la buscaría por todos los confines del mundo, la dibujaría de memoria hasta que perdiera la memoria. Al cabo de esos tres años, cuando Mr. Chieh-Lin consideró que había sacado todo de sí y que ya nada podría perturbarlo, aceptó ser revisado por dos médicos. Después de otros veinticinco test, en esta ocasión de sangre, de médula ósea, de ondas cerebrales, de huellas dactilares (que Mr.Chieh-Lin había alterado sistemáticamente cortándose un poco más cada día), de niveles de litio, serotonina, de producción de bilis, de volumen seminal, y así, de cada expresión de su cuerpo, los médicos les comunicaron a sus padres que el mal de Mr. Chieh-Lin era el mal de los «*hikikomori*», jóvenes confundidos que habían perdido la noción de la realidad y que yuxtaponían, como manipulando hologramas, su subjetividad, su deformada subjetividad, impronta maldita, sobre todo lo que les rodeaba. La autoexclusión de los *hikikomori* no tenía una causa inequívoca. La mayoría sencillamente odiaba a sus padres, de hecho todos hubieran preferido ser «hijos de John Lennon», pero al mismo tiempo deseaban protegerlos de ese monstruo que crecía en la oscuridad de su propia casa. A los padres de Mr. Chieh-Lin semejante diagnóstico les pareció descabellado, una inmensa tomadura de pelo; quizás deberían someter al hijo al consejo de un anciano curandero. Así lo hicieron. El venerable Igkum obligó al enfermo a abrir la boca y decir alguna palabra. Mr. Chieh-Lin dijo «YO», y los tres, sus padres y el anciano, se cubrieron las narices. Una fetidez infinita, como si hubieran destapado las alcantarillas de Tokyo, los llenó de genuina repugnancia. Siete días estuvo el venerable Igkum lavando a Chieh-Lin, bañándolo con trapos embebidos en aguas de hierbas ancestrales, espantando la posesión de espíritus malignos que habían tomado la nuez de su garganta y dándole de beber jarabes en base a placentas de animales. Mr. Chieh-Lin le contó a Travis que había aceptado some-terse al exorcismo solo porque ello formaba parte de su nuevo plan. Durante los tres años de autoexilio, Mr. Chieh-Lin había estado en contacto con seres de su misma especie, ¿cuál es su especie?, había preguntado Travis; Mr. Chieh-Lin dijo que

Travis lo sabía muy bien (pero yo no estoy segura). El asunto es que Mr. Chieh-Lin necesitaba viajar a Estados Unidos, donde por fin se encontraría con su verdadera hermandad. De modo que cuando el venerable Igkum lo hizo escupir sobre una escudilla, Chieh-Lin arrojó un sapo muerto pequeñísimo. El venerable Igkum mostró el sapito a los compungidos padres y estos se tranquilizaron, por fin su hijo había regresado al reino de los vivos. Convertido en un *otaku*, Mr. Chieh-Lin se inscribió en una universidad americana, donde por fortuna pasó los exámenes de admisión. Al principio fue feliz; por ese entonces, en un taller extracurricular sobre El Problema de la Representación de la Nada, conoció a Travis con quien conversaban sobre cómo la verdad nunca correspondía a la realidad. La verdad era, por definición, una línea ortogonal, una traición. La realidad era un tul ordinario que se rasgaba ante la más mínima interpelación; un cúmulo de pequeños hechos que no conseguían convertirse en certezas más puras, independientes de lo obvio. Lo obvio era mediocre y fácil. Mr. Chieh-Lin le dijo que conocía a algunas personas que estaban dispuestas a astillar la realidad con el gran objetivo de que se infiltrara la verdad. Cuando Mr. Chieh-Lin pronunciaba la palabra «verdad» se le achinaban más los ojos. Una tarde en que Travis había ido a entregar el último episodio de la historieta que sostenían entre los dos, Mr. Chieh-Lin le pidió que le llevara también dos macetas de flores artificiales. Travis le llevó violetas. Mr. Chieh-Lin las colocó en el balcón desde donde gobernaba los treinta y cinco pisos sobre los que estaba montado su minúsculo departamento, como un emperador anónimo. Le dijo que esto reducía las sospechas, pues quien cultiva una flor no puede estar interesado en verdades más oscuras. A Travis le pareció ridículo, ¿quién podría prestarle atención a ese *exhikikomori*, *otaku* degradado a nivel de Naruto, en el piso número 36 de un edificio viejo? Nunca se sabe, dijo Mr. Chieh-Lin. También esa tarde le habló del proyecto, motivo por el que ustedes están acá, aunque no lo crean. Travis no quiso compartir conmigo los detalles de su misión; se limitaba a decir que había una razón poderosa, que su vida adquiría un sentido que jamás había sospechado, que cuando caminaba por Manhattan podía elevarse por sobre la inconsciencia mecánica de los demás. Ellos no estaban en control de sí mismos; él, sí. Y ese control era una droga fantástica, irresistible. Mr. Chieh-Lin le había asignado una misión secreta por la que ganaría no solo un dineral, sino una voluntad sobrehumana, todo a lo que un simple mortal, en Japón o en Nueva York, aspiraba. Travis estaba eufórico y planéabamos

vivir juntos; sin embargo, a veces, como ese último domingo en la azotea, haciendo llover pájaros asesinados, caía en una depresión súbita, lleno de un dolor cuyas causas yo desconocía. Era viajar del paroxismo al paroxismo; no había diferencia entre sus zonas de alegría y sus zonas tristes. Las vivía con la misma intensidad y el mismo fanatismo. Pensé que se trataba de la angustia natural de quien se apronta a realizar una gran tarea, me lo decía a mí que conocía esos estrenos de primeriza, ¡tantas veces tantos primeros trabajos! *You are preaching to the choir*. Sin embargo, yo no podía comprender totalmente a ese Travis superior que oscilaba, partido, desgarrado, entre algo para lo que había sido elegido (a través de Mr. Chieh-Lin, sí, pero solo como una circunstancia) y algo oscuro que no se atrevía a contarme. Aquel martes, mi martes, el día de mi desprendimiento definitivo, Travis también se lanzaba a su destino. Me había pedido que lo acompañara, pero yo me mantuve firme en mi distancia, quería probarnos —a él y a mí— que me necesitaba y que era imprescindible que no tuviéramos secretos; le dije que iría a tocar con Sue y Amber a la Torre Sur. Bueno, dijo Travis, resignado, mientras mataba al último pájaro de esa bandada, pero no toqués el saxo, estrená la nueva guitarra, tocá algo fuerte, algo fantasmal. Le prometí que tocaríamos *Other Voices* y tal vez algo de Cerati; él solo dijo: qué pretenciosa. Ese martes Travis activaría el sistema SOM para que los pecadores de Nueva York pudieran recibir su ansiado perdón en siete idiomas.

Nos prometimos pecar mucho cuando nos largáramos a vivir juntos en Nueva Jersey y luego, rebosantes de pecados, hacer un recorrido por las maquinitas que inundarían el estado de Nueva York. *You, you have been absolved*, Travis. Entretanto, la sensación de que no volvería a ver Travis me bloqueaba la respiración. Asmática, me encerré en mi cuarto y no escuché cuando mamá llegó del trabajo. Tampoco la vi aquel lunes, pues salí temprano a la Torre Sur y regresé por la noche, sintiendo que no estaba segura de si deseaba dejar todas esas azoteas donde Travis y yo habíamos sido descomplicados y felices e irnos a vivir, en serio, a Nueva Jersey. Al día siguiente, mientras me calaba una *t-shirt* de mis adorables The Cure, vi que mamá me escurría una carta de Travis bajo el filo de la puerta de mi cuarto. «Lo vi anoche dejándola en el buzón; él no me vio. Se veía extraño», dijo mamá. Lo último que yo veo de ella, antes de salir hacia la Torre Sur, con la guitarra flamante en la espalda y la carta en el bolsillo, es su pelo castaño, rozando el piso, porque ella siempre ha creído que

cepillarse con la cabeza inclinada es bueno para el torrente sanguíneo del cuero cabelludo. Las puntas muertas resucitan. La sangre bien repartida tiene ese poder. Decido entonces que leeré la carta con Sue y Amber, tres cabezas piensan mejor que una. Tres corazones soportan mejor la cobardía del mundo. ¿Qué me dirá Travis? ¿Que me deja? ¿Que tiene miedo? ¿Que no está listo? *I ´m not ready anymore, baby.* Esa mañana, yo podía enfrentar cualquier cosa. Entretanto, Mr. Chieh-Lin le ha dado órdenes de activar el servicio SOM en el perímetro de las torres, va mucho turista, todos pecan a su modo, todos tienen sombras en los talones. Travis no consigue activar todas las máquinas; solo le ha dado tiempo de activar la de la 34th St. y la de la Octava Avenida, y cuando está en la de Central Park, en la mitad de esa mañana nublada, una alegría como un volcán lo levanta, le sacude el piso que pisa, le hace ver resplandores. Por un instante se pone triste y piensa en mí y en que ojalá yo hubiera leído la carta a tiempo y hubiera tenido la fe y el amor que una mujer que ama a su hombre debería profesarle. Ojalá, desea Travis en ese instante de alegría, ojalá su amor la salvara.

De modo que aquí estoy. Cada vez que alguien convoca a un espíritu del pantano, corro, me cuelo como un vientito a través de esas compuertas de energía. Puedo revelarles lo que sé y lo que veo, solo pregúntenme. A cambio les pido que lean mi carta inmaterial. Encuentren un modo. Quizás mi voz no les parezca la de una chica de casi dieciocho años, quizás he envejecido demasiado en este otro lado, es probable que así sea, pero mi ilusión sigue siendo la de antes. Intacta, blanca como un conejito recién nacido, mi ilusión ante esta carta me hace creer que ahí nunca hubo miedo. El secreto de Travis no tenía que ver con nosotros, y eso me alivia. Podía caerse el mun-do, desmoronarse como un gigante, entre polvareda y humo, el mundo entero, pero eso no tenía que ver esencialmente con nuestro amor y nuestros sueños. Solo quiero estar segura de que Travis siempre eligió por mí y el resto fue una circunstancia. Se puede vivir con una circunstancia para siempre, yo lo hago. Ser o no ser un fantasma es solo una circunstancia. Fue Mr. Chieh-Lin quien interrumpió el curso natural de nuestro amor; él, que en un susurro habló de poder y perdón en siete idiomas. Travis que le cree radicalmente, fanático de la verdad, yo que no entiendo, las rocolas que se conectan con las alturas y los hades del universo, invirtiéndolo todo. Yo suplicando, «si tienes algo terrible que decir, *say it to me now… now*». Travis que no responde, mira a las estrellas

lejanas. Pero no hay estrellas ni lunas ni soles visibles esa mañana de humo y sollozos multitudinarios. Y yo, que anticipándome a mi *next level* alcanzo a pensar: «qué triste, mi amor, ya estoy en otra parte». Y ustedes, claro. Ustedes, pobres mortales, si todavía hay tiempo, escapen, corran, crucen la frontera y no regresen. Pero antes, por favor, díganme qué dice la carta, no me dejen penando entre las ranas, preguntándome si en el fondo, *honestly*, no me quería lo suficiente y entonces *otro crimen… otro crimen… otro crimen quedará sin resolver*.

* * *

La ciencia ficción es para mí un territorio de radical libertad. Siempre existe la tentación de medir su alcance imaginativo comparándola con el realismo y sus reglas, pero creo que esa comparación es ya inútil o improductiva. Sucede que el siglo XXI no solo ha cumplido y rebasado las fantasías tecnológicas que cultivamos en siglos anteriores, sino que ahora nos enfrenta a una revolución sin precedentes: la revolución de los reinos. Y es que, aun cuando el fuego dañino (sello innegable del cambio climático) haya arrasado con bosques y faunas en extensas regiones del planeta, los animales están conquistando un derecho inmanente a toda criatura orgánica cuya presencia modifica afectivamente los entornos: ser persona. Asimismo, el reino vegetal, profundamente herido, exige a las poblaciones rurales y urbanas relocalizarse, y con ello va empujando al ser humano hacia un nomadismo similar al de la era prehistórica.

La ciencia ficción, que siempre diseñó sus propios lenguajes y códigos, es la sensibilidad que mejor puede dar cuenta de este nuevo (des)orden del mundo. Y digo "sensibilidad" y no "género" precisamente porque desconfío de las leyes que marcan los límites de un género; eso sería un gran despropósito para la libertad irrestricta que define a la ciencia ficción en tanto búsqueda infinita de una flamante novedad. Sin la ciencia ficción, mi infancia habría sido un páramo de aburrimiento. Devoré las épicas de Gilgamesh a través de las galaxias, las batallas de Mark contra los mutantes, el poder de la "Sacerdotisa de la Luz", y muchas otras historias con sello latinoamericano gracias a las revistas de historietas, esa mal llamada "literatura menor" que tanto ha alimentado a los hambrientos de otra realidad.

# CONSTELACIÓN NOSTALGIA

Juan Manuel Robles (Perú)

«The brain is waking and with it the mind is returning. It is as if the Milky Way entered upon some cosmic dance. Swiftly the head mass becomes an enchanted loom where millions of flashing shuttles weave a dissolving pattern, always a meaningful pattern though never an abiding one; a shifting harmony of subpatterns».

CHARLES S. SHERRINGTON

*No tenía donde llevarla y la llevó a la Luna. Ella aceptó dubitativa. Cuando estuvo allí, sobre la superficie blanca, se sintió fascinada, absorta. ¿Era una sonrisa lo que le estaba dedicando? Los pasos de ambos eran livianos, difíciles de manejar. Y aunque los dos tenían la misma desadaptación gravitacional, era él quien se veía torpe al acercársele. Ella aprendía rápido la danza, se movía y saltaba y hasta se dio un volantín (el nunca olvidaría esos movimientos). Eran adolescentes. Había ido a buscarla a su casa. Para darse valor, hizo lo único que en esos casos podía calmarlo: se comió media bolsa de M&Ms. Qué infantil, se dijo. Había ido a comprarle chocolates al tipo de la esquina, el de la bodega de siempre, el tipo que le regalaba caramelos cuando era niño, a pesar de que él y sus amigos se burlaban del señor, los ojos bizcos, el lunar de carne en el ojo derecho, al que llama-ban «la verruga». Compraba M&Ms y ponía la bolsa en el bolsillo, y se apretaba la tela para que saliera cada pastilla de chocolate. Pero en la Luna no era necesario hacerlo, el nerviosismo se iba disipando. Pensó en las piernas de la chica, que varias veces había observado bien cuando ella manejaba bicicleta. Vio sus ojos negros y su pelo castaño oscuro. Tocó sus manos; ella se dejó. Y aunque se sentían raras esas manos, era lo que había querido hacer hacía muchísimo tiempo. Sonó la canción que él había programado:* Nos veo a los dos

desde el futuro / vuelo y nos veo. *Ella sonrió, lo empujó juguetona y se rio mirando cómo se alejaba, cuerpo flotante. Fue tras él. Eran tan livianos.*

*¿Se puede decir que lo que pasó después fue un beso? ¿Esos labios de papel?*

*No la volvió a ver. La experiencia de la Luna la estimuló a explorar otros mundos.*

❧

Abrió los ojos y vio, una vez más, la trama densa de luces, a lo lejos. Era un enjambre de puntos luminosos que flotaban vivaces en la oscuridad abierta. Se sintió pequeñísimo. El sillón acolchado, bajo los muslos, perdía resistencia a medida que se incorporaba. Delante suyo, el panel. Le dio un poco de risa al verlo: el conjunto de señales de navegación parecía un tributo a un futuro espacial imaginado un siglo antes. ¿Así pasa, no? La tecnología de hoy imita los sueños de ayer. Los monitores, el aspecto de la cápsula en general, siempre le causaban el mismo efecto de parodia o chiste. ¿Pero cómo? ¿No era la primera vez que estaba allí? ¿Cómo es que eso le parecía familiar? Tuvo un vahído. Entonces se dio cuenta de que no estaba solo. A su lado, en el otro asiento de la cabina, un hombre joven lo miraba. «¿Todo bien, Capitán?», alcanzó a oír. Volvió a ver el panel. Al centro, había un rifle con mira telescópica instalado en una plataforma fija. Lo reconoció; o, más bien, recordó con facilidad el mecanismo, el cursor vivaz que se movería en la pantalla traslúcida de la cabina persiguiendo al blanco. Si presionaba el gatillo, saldría un rayo láser. Empezó a tener una idea de por qué él estaba allí. Volvió a mirar adelante: luciérnagas diminutas oscilaban a lo lejos. Sobre un fondo oscuro —azul o negro—, brillaban todas esas miniaturas luminosas. ¿Era su mente la que enlazaba los puntos, como un dibujo para niños? No, miró bien. Finísimas estelas aparecían entre los grumos de luz, formando una red: como esas telarañas que, en casa, a oscuras, permanecían invisibles hasta que recibían la súbita luz de un relámpago. ¿Dónde estoy?

—Mejor si se relaja un rato.

El joven tenía un papel amplio en las manos. Era un accesorio incongruente: el papel, beige amarillento o sepia, contrastaba con la modernidad del panel —ridícula, pero contemporánea al fin y al cabo— y la cabina. Miró bien y notó que era un mapa: había líneas, puntos y flechas, cosas anotadas, números. Los dedos seguían las trayectorias. El joven marcaba lugares y miraba, a ratos, al frente.

—Me escucha, ¿Capitán?

Asintió con un movimiento de cabeza.

—Para empezar le haré unas preguntas… ¿Está bien?

—Sí, sí —respondió el Capitán.

—Dígame: ¿sabe por qué está aquí?

Dudó un instante.

—No. Lo último que recuerdo es… —Se detuvo, frustrado.

—No se preocupe, esto siempre tarda un poco. No haga esfuerzo pensando mucho, en un momento estará listo.

El joven terminó de hacer el recorrido con las manos sobre el mapa. Presionó un botón en el panel de la cabina.

El Capitán reaccionó. Sintió la silla de nuevo, vibrando bajo las nalgas. ¿Se estaban moviendo?

—Esta jornada será larga —dijo el joven—. Tenemos que cruzar al otro lado —le dio un vistazo panorámico al papel— y luego vamos al fondo. Este mapa no es actual, puede que encontremos variaciones. Pero es lo que tenemos. Una vez que estemos allí, usted interviene.

Miraron al disparador.

—Tendré que tirar…

—Deberá disparar a los objetivos, sí. Son varias secuencias, y hay que darles lo más rápido posible.

—Por eso me llamaron a mí.

La sonrisa del hombre era lúcida y divertida.

—Por supuesto, señor.

La reverencia no lo hizo sentir respetable o admirado o temido, solo viejo. No lo era tanto. Acababa de cumplir sesenta años. Quizás era el efecto de las canas, blanquísimas.

—Creo que ya recuerdo.

—Es la idea. —Miró el reloj—. Dígame entonces; ¿qué tiene que hacer?, ¿sabe qué tiene que hacer?

—Al llegar debo darles a los objetivos. —Señaló al frente, a la inmensidad oscura donde tintineaban los puntos de luz.

—Es correcto.

—¿Cómo es que recuerdo eso pero no dónde estoy?

—Usted está despertando. Es normal que al principio se le vengan a la mente unas cosas y no otras. Cuando sepa dónde está, comprenderá todo.

—Está bien, si usted lo dice… Solo espero no estar secuestrado.

El joven contuvo la sonrisa:

—Usted ha dado su consentimiento. Es más, de rato en rato le preguntaré si desea continuar. Es el protocolo.

El viejo se acomodó otra vez en su asiento.

—¿Qué diablos es eso?

—¿Qué?

—Eso de allí. ¿Qué es? Parece una supernova.

El joven se paralizó, con cierta alarma.

—No, no lo es —respondió y se quedó mirándolo, inquieto.

Se habían hecho más nítidas las gasas delgadas que unían los puntos de luz. Todo empezaba a enmarañarse.

—¡Ajá! —exclamó el viejo.

—¿Qué?

—Creo que ya entiendo —dijo—. Ya recuerdo. No estamos aquí, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—Esta cápsula no es real.

—Esta cápsula es muy real, señor.

—Sí, sí, claro. Pero está muy lejos, y la estamos piloteando desde la Tierra.

—Mmm…

—«Piloto a distancia», estoy seguro que lo he hecho antes. ¿No? Lo he hecho antes, esto de disparar. Es una práctica que ofende mucho a los oficiales de la Fuerza Aérea… No sabía que usaban el sistema para vuelos tan lejanos.

—Si me permite…

El Capitán lo interrumpió:

—¿Quieren que destruya asteroides? ¿Eso es? ¿Toca salvar al planeta?

—¿Asteroides dijo?

—Sí, asteroides. —Miró al frente—. ¿Vienen? No se preocupe, estoy listo. Lo mío es disparar.

El joven dijo que necesitaba salir un momento. «¿El baño? —pensó el viejo—. ¿Desde cuándo hay baño en las naves espaciales?».

∽

Se fue a un lado, fuera de la cabina. Llamó dos veces.

—¿Qué pasa? —respondió ella—. ¿Todo en orden?

La voz de la mujer conseguía relajarlo, ponerlo de nuevo en el cauce correcto. Había en ella una mezcla ronca de sabiduría y comprensión.

—Habló de asteroides —dijo el joven—. El Capitán.

—¿Asteroides?

—Cree que le toca disparar asteroides.

—¿En serio?

—En serio, me lo acaba de decir. No me da buena espina.

—Es raro, cierto… Pero bueno, acaba de despertar, ¿no?

—Sí, pero no sé, lo veo desconectado.

—No exageres, han sido menos de cinco minutos. ¿Nunca te ha pasado?

—¿Qué?

—Que despiertas después de una ingesta de drogas y no sabes dónde estás. Por un buen rato.

Respiró mejor al escucharla. Lo arrullaba su voz quebradiza, rasposa.

—Sí, bueno. ¿Pero de dónde saca lo de los asteroides?

—¿De dónde va a ser? Del cine. De los juegos. De los parques piratas. Dale un poco de tiempo.

—De acuerdo, esperaré —dijo, no demasiado convencido.

Hubo un silencio. La respiración de ella se hizo nítida en el transmisor.

—¿Todo bien, señor? —le preguntó ella.

—Sí.

—¿De verdad? Te siento dubitativo. ¿Tienes algo que decirme?

—No, nada.

—Te recuerdo que ya hablamos de todo esto y que tú, si la memoria no me falla, fuiste muy claro en tu aprobación. Vuelve, no dejes al Capitán solo.

El día anterior ella había ido a buscarlo para dar un paseo. Él pensó que le hablaría sobre algún proyecto nuevo, algún trabajo en que la doctora requeriría sus servicios. Y de algún modo tenía razón, pero no de la forma que él hubiera imaginado. Viajaron en taxi, durante una hora, hacia el antiguo barrio de las fábricas abandonadas. Llegaron a una especie de almacén. Abrieron la puerta y allí estaban. Al principio no entendió. Bajo la luz blanca, había dos docenas de vagabundos. Adultos avejentados y sucios, con el pelo largo gris grasoso y los ojos brillando de temor, de rencor, de pánico. Espectros dolientes que contagiaban su ansiedad.

Fue entonces que ella le contó su historia. *Una historia que muy pocos conocen.*

El joven la escuchó con atención. Luego, la doctora pasó a la propuesta. Resultaba absolutamente necesario que él la ayudara, aunque entendería perfectamente si no quería hacerlo. ¿Quedó convencido? No estaba seguro; era una de esas personas que inspiran demasiada admiración —y lo saben— como para decir que no.

En eso pensaba ahora que hablaba con ella desde la cabina.

—Todo están bien, doctora —volvió a responderle.

Vieja sabia. Recordó su cuello flácido rosado, como el pellejo de un pollo; sus ojos una vez celestes que con el tiempo se volvieron blanquecinos; sus colegas decían que en realidad estaba ciega y que podía ver gracias a artilugios suyos, prototipos que desarrollaría solo en el futuro. Porque ella era así. Nadie la obligaba a hacer nada, nadie la compraba para tenerla de obrera. Trabajaba un buen tiempo sus ideas, las testeaba por su cuenta, como podía, y solo entonces, cuando ya tenía algo listo, tocaba puertas.

—Está despertando, es solo eso. Paciencia. Vuelve.

Su voz, una vez más, consiguió darle confianza. Pero solo por un instante. La historia que le había contado el día anterior —el preludio de la propuesta —, seguía provocándole muchas preguntas.

❧

La cápsula avanzaba: las luces del horizonte se iban acercando. El viejo tomó el rifle y jugó a moverlo. Un cursor empezó a bailar en la pantalla traslúcida.

Puso el ojo en la mira telescópica y recorrió los puntos de luz. Lo hacía con gracia coreográfica; sobre la pantalla, parecía que alguien estuviera dibujando. El movimiento fino hacía evidente su habilidad con las manos.

—Todavía falta mucho para eso —dijo el joven—. Nuestro viaje recién empieza.

El viejo se conservaba en buena forma. El juego con el rifle lo había devuelto a la jovialidad, aunque la confusión no se le iba. Volvió a sentir el placer de la expectativa. Aún no recordaba bien todo, pero sí había rememorado su identidad, la noción de sí mismo. Capitán Maneiro, el gran tirador. *El mejor tirador de la galaxia.*

—¿No es anticuado? —preguntó, señalando el mapa.

—¿Esto? No, es perfecto. Puedes tocarlo, doblarlo. Acercarlo y alejarlo sin necesidad de hacer *zoom*.

Le echó un vistazo al papel. Lo encontró bello y pretencioso (un arte demasiado arcaico para una herramienta de navegación actual): de los puntos salían ramificaciones dibujadas con trazo más tenue. ¿Lo había visto antes? Por momentos la trama se hacía más tupida. Unas cruces sutiles marcaban ciertos cuadrantes. Líneas, flechas, círculos, texturas. Debajo había otro pliego del que no logró distinguir nada.

—¿Quiere revisarlos?

—No gracias. No lo entendería. Siempre fui bueno con los mapas. Pero este es de una escala muy grande. Marea.

—No es tan grande, en realidad. Nada es tan grande.

El viejo se acercó más al papel.

—Estamos aquí —dijo el joven, señalando el borde inferior izquierdo—. Vamos a entrar pronto al corredor. Pero no se preocupe, yo me encargo. Usted relájese que lo necesitamos bien despierto.

El Capitán distinguió el camino dibujado: una especie de S chata.

Un *flash* coloreó de rosado tenue esa especie de firmamento que tenían delante. Las zonas oscuras, en la inmensidad, se iluminaron un segundo por el resplandor. Los dos levantaron la vista. Ahora no había dudas: además de los puntos, un montón de ramificaciones se hicieron visibles, como los rayos de una tormenta, pero más numerosas. El viejo miró absorto. Por un instante, tuvo un susto.

Le pasaba siempre: las luces repentinas lo hacía pensar en el desierto.

—¿Todo bien, Capitán?

—Sí, sí. Es solo que recordé… Recordé algo.

El joven escuchó la respuesta con gesto de cordial comprensión.

—¿Sabe usted a qué me dediqué, no? —preguntó el viejo.

—Por supuesto, señor. ¿Quién no sabe de usted? Además, la doctora me ha hablado mucho.

—La doctora, claro.…

El Capitán sintió que la cápsula se elevaba. Solo entonces notó que al interior de la cabina se filtraban imprecisos rumores de máquina: un ruido blanco, como de neón barato encendido.

—No piense que le tengo miedo a esas luces.

—Oh, no señor, no pensé eso. Por supuesto que no.

—Son los recuerdos —continuó.

—El desierto.

—Sí, el desierto. La guerra. Algunas noches, el cielo estaba tan despejado que se ponía así. No teníamos nada alrededor, absolutamente nada. No siempre podíamos volver a la base, en el sector ocupado de la ciudad. Simplemente nos quedábamos en medio de la explanada. No había nada alrededor, solo las estrellas. Mirar hacia arriba era como estar en el espacio, con los astros luminosos flotando dispersos. Había un juego y consistía en quedarte mirando fijamente, más de dos minutos, sin cerrar los párpados ni mover los ojos ni girar la cabeza. No todos podían, daba vértigo, como si fueras a caerte en el vacío sideral. Dormíamos allí. Estábamos más vulnerables que nunca pero yo siempre me sentí protegido; de algún modo, la galaxia nos tapaba.

—Un riesgo dormir así, ¿no? En zona de combate.

—Alguien siempre vigilaba. Alguien se quedaba despierto. Claro, nunca era yo. Yo dormía como un tronco. Hice muchos sacrificios en esos años, muchos, pero jamás privarme de horas de sueño.

—Me imagino que su mente tenía que estar lúcida. Disparar con precisión —hizo la mímica de apuntar con un arma— requiere la máxima atención posible.

El viejo se puso en guardia; de pronto, sin saber muy bien por qué, se tornó desconfiado.

—¿De eso también le contó la doctora? ¿De los disparos?

—¡No, no! Eso lo vi, lo vimos todos.

—¿Cómo así?

—Ya sabe, cuando lo del récord.

*El récord.* Se sintió bien al escucharlo. Un torrente de imágenes, bellas estampas de su juventud, vinieron hacia él. 3553 metros. ¿Quién podría llegar a una cifra así en tiempos en que el aniquilamiento se deja en manos de drones? Eso se preguntaban muchos. Él respondía que el talento de un hombre, cuando tiene que quedarse solo con sus brazos, no tiene comparación. Que la idea de «precisión quirúrgica» viene, justamente, de lo que hacían las manos de un hombre en un cuerpo abierto, su bondad milimétrica, no de los cálculos de un robot. ¿Lo había dicho así? ¿O algún periodista lo escribió y él asimiló la frase como suya? En todo caso, era cierto. Las manos. Estar aquí lo confirmaba.

—Hasta circularon videos sobre usted. El disparo fue… increíble. Épico. 3560 metros.

—Cincuentaitrés. 3553

—Eso. Lo recuerdo. Lo vi. Vi a ese salvaje desplomarse de pronto, como si le hubieran quitado la vida desde adentro. Qué elegancia. Pero para mí lo mejor fue la hazaña de los cuatro, unos años después. Dios. No sé si sabe, eso lo vieron todos —bajó la voz—: fue el video ilegal más compartido de ese año. Cuatro salvajes de un solo disparo…

Volvió el vahído. Asimiló las últimas palabras con desconcierto. ¿Dónde estaba? ¿Quien era este piloto? ¿Por qué de pronto estaban hablando de sus marcas de guerra? La hazaña de los cuatro se veía tan lejana. Cambió de talante. Pensó que quería irse, alejarse de aquel tipo.

El joven percibió su malestar.

—¿Se siente bien, Capitán? ¿Ya recordó? ¿Sabe dónde estamos?

—No sé dónde estamos —contestó con fastidio—. Tú eres el de los mapas. ¿Hace cuánto abandonó esta cosa la Tierra?

El joven dejó el papel y volteó a verlo con gesto de preocupación. Quiso ponerse de pie de nuevo, pero se contuvo.

—Que extraño —dijo mirando el reloj—. Ya debería estar completamente lúcido.

Un resplandor, mucho más potente que el que acababan de ver, les iluminó los rostros.

—¡¿Qué ese eso?! —gritó el Capitán.

—Nada. De cuando en cuando hay descargas. Calcio.

—¿Calcio?

—¿De verdad no sabe dónde estamos? Quizás deba dormir un poco más.

—Quizás deba irme.

El joven, esta vez, actuó con calma aprendida, como de manual.

—Por supuesto, puede interrumpir el viaje cuando lo desee. Pero, con todo respeto, Capitán. Usted nunca abandonaría una misión.

Era cierto. Oírlo lo dejó desarmado y en calma. Se reclinó en el asiento, sin decir más. Volvió a sentir en el cuerpo el movimiento de la nave.

ॐ

¿Una misión? En el barrio de las fábricas abandonadas, los *trailers* y los camiones provocaban un rumor continuo, que acentuaba la atmósfera de confusión.

La doctora empezó a hablarle allí mismo, con los vagabundos como paisaje de fondo. Con sus gritos eventuales, apagados por la intervención recurrente de un enfermero robusto a quien apenas veían de reojo. ¿De dónde habían salido? ¿Eran enfermos? ¿Pacientes? ¿Almas atormentadas a quienes la doctora sanadora les haría el milagro de devolverles la luz? Percibió el olor, un olor que alternaba orina, cloro, alfombras húmedas. En cualquier circunstancia hubiera preferido irse. Pero, ¿quién no querría escuchar a la doctora? ¿No pagaban por verla?

Y allí estaba ella, con una urgencia incontenible pero también con la voz cálida, maternal, de los narradores de cuentos. Iba a detallarle la misión. Pero antes tenía que contarle su historia.

»Como muchos, terminé en esta rama de casualidad. Yo estaba más interesada en estudiar los circuitos del miedo. La amígdala cerebral: nuestra respuesta al peligro. Me cambié al rubro Memoria después de saber cuánto puede sufrir un hombre como consecuencia, simplemente, de haber estado en el lugar equivocado, de haber tenido los ojos abiertos cuando no debía, de haber mirado lo que no nos corresponde ver. Algunos lo han definido como un "vistazo al vacío", una ráfaga de verdad de la que nunca sales igual: como esa historia de la mujer a la que, en plena rebelión, le mandaron los ojos arrancados de su hermano prisionero. ¿Cómo podía seguir siendo ella misma con esa imagen en la mente?

»Yo no sabía nada de eso, no me interesaba, era joven, idealista; pensaba: manipular la memoria —borrar recuerdos— es como hacerle cirugía plástica al alma. Algo monstruoso. Si quieren soldados sanos, mejor no hagan guerras.

»Pero un día llegué a casa y me dijeron que mi padre no estaba. Lo habían asaltado a él y a su socio. Me tranquilizaron avisándome que no le había pasado nada. Sus lesiones eran menores. Pero pronto —en la primera visita que le hicimos— me di cuenta de que lo peor no estaba en sus heridas exteriores: había visto cómo acuchillaban a su mejor amigo hasta matarlo. Lo vi en *shock* ese día y mis temores fueron tomando forma. Luego, cuando lo trajeron de vuelta a casa, aparecieron las pesadillas, los gritos a medianoche, el insomnio y la imposibilidad de ver las cosas bajo la misma luz que antes. Siempre me aburrieron los términos de los psicólogos; ahora, además, me parecían eufemismos insoportables, pues de algún modo sabía bien lo que le estaba pasando, o creía saberlo, porque en el laboratorio he visto demasiadas veces cómo un ratón aprende a tenerle miedo una descarga de electricidad, brutal para su cuerpo pequeño. Activamos un timbre para que el ratón aprenda el horror. *Timbre es igual a tu cuerpo en tortura.* Yo nunca supe qué pasa por la mente de un ratón cuando el timbre lo hace recordar el horror eléctrico —ni me interesó— pero sí sabía bien que todo el organismo se vuelve otra cosa: latidos, hormonas, valores y rendimientos, todo es tan distinto que podría decirse que ese animal no tiene nada que ver con el original. Ese ratón ya no vive igual. Ya no es el mismo: es una criatura descalibrada, coja. Por eso no les creía a los médicos cuando me decían que todo era cuestión de tiempo.

»¿Tiempo? Papá era un ratón y era pequeñito.

»El maldito recuerdo iba a ser su condena.

»En esos días ya habían aparecido noticias sobre las primeras extinciones. Pero todo fue más ruido que nueces: titulares enormes sobre la magia del borrado de memorias y después, meses más tarde, notas breves para dar cuenta de cómo esos mismos pacientes recaían, de cómo una noche, de la nada, volvían a recordar y regresaba el tormento. Nunca se supo la verdad: que en esos años ninguna intervención para eliminar memorias incómodas fue realmente exitosa.

»Sin embargo, era evidente que estaban cerca.

»Por experiencias en laboratorios de cuatro países distintos, la ciencia había llegado a una conclusión unánime: el engram existía. El engram, como bien sabes, es esa marca física que deja en el cerebro todo recuerdo. Era gracioso: las investigaciones más modernas nos devolvían al punto en el que habíamos estado antes del siglo XX, cuando los científicos conjeturaban a ciegas. De pronto volvíamos a creer, como entonces, que los recuerdos, los episodios que importan, se quedan en "un lugar" de la cabeza, que pueden tocarse. Un conjunto de neuronas.

»La cosa, entonces, era ubicar ese conjunto y desactivarlo.

»Pero sus intentos fracasaban.

»Nunca me había interesado en ese tipo de procedimientos, ya lo dije, pero al ver cómo quedó mi padre —en lo que se convirtió mi padre— quise intentarlo. Postulé a una plaza en el laboratorio Millner & Nader.

»No fue difícil adaptarme, mi campo de estudio no había estado muy lejos, después de todo. Yo había investigado la amígdala, y la amígdala y el hipocampo están, físicamente, muy cerca una del otro en el cerebro. *La amígdala regula el miedo y el hipocampo, la memoria*. Por eso están tan juntos. ¿Ahora se lo enseñan en la escuela a los niños, no? Como una historieta, con dibujos. Les cuentan la historia de Henry Molaison, el hombre que por perder el hipocampo, tras una lobotomía, ya nunca pudo formar recuerdos nuevos, y que siempre saludaba a la psiquiatra que lo cuidaba como si la estuviera conociendo por primera vez. Y los libros de Biología para los niños de hoy también cuentan el drama de Sarah Malek, a quien una enfermedad genética le calcificó la amígdala y, como consecuencia de eso, no pudo sentir miedo nunca más. A mí siempre me fascinó mucho más ella que Molaison el amnésico. Sarah Sin Miedo. Los científicos la sometieron a todo tipo de pruebas: le hicieron ver películas de terror —las escenas más oscuras de *El Resplandor* de

Kubrick, *El silencio de los inocentes*—, la pusieron al lado de serpientes y tarántulas. Y nada: no reaccionó a ninguno de esos estímulos, se sabe que incluso trató de tocar a esos animales horribles. Hasta la llevaron a una casa embrujada. Pero mientras todos gritaban de pánico, ella continuaba mirando tranquilamente las cosas. Su vida, por supuesto, fue un desastre. Como no tenía esa parte del cerebro que debería encender la alarma, nunca percibía los límites. La asaltaron varias veces, y su reacción serena —a veces hasta sonreía— irritaba a sus agresores. Todas las parejas con las que estuvo la golpearon. Fue un milagro que viviera tanto.

»Una investigación, hace mucho, concluyó que Sarah Malek era incapaz de fijar recuerdos emocionalmente significativos. Perdía los detalles, como se pierden los detalles de un día cualquiera. Su incapacidad de tener miedo afectaba también su manera de recordar lo amargo.

»Yo había estudiado, justamente, la amígdala. Pero concentrándome en el lado aburrido del asunto. "Proyecciones corticales alternas desde y hacia el cuerpo amigdalino". Un plomazo. Básicamente, me la pasé haciendo cálculos para investigaciones de otros (de las que nunca me enteraba). Eso sí, hice algo absolutamente personal que luego terminaría sirviéndome. Dibujos, muchos dibujos. En todos esos años lo que más hice fueron bocetos de esos circuitos, primero en ratones, luego en humanos. ¿De dónde me vino esa obsesión? No lo sé, pero resultaría crucial cuando me uní a Millner & Nader.

»En Millner & Nader comienza la historia de la que sabrás hoy.

ꕥ

Al Capitán empezó a incomodarle la inestabilidad de la cabina. No solo por las oscilaciones del trayecto sino también por la manera en la que percibía las imágenes. ¿Qué le habían dado? Había pasado el malestar, pero el mundo le seguía dando vueltas. Por momentos se frotaba los ojos para ver si se disipaban esos desbarajustes. Pero al rato volvía a ver temblar algún punto del armazón. ¿De verdad era real esto? ¿Dónde estaba? Tocó y sintió la superficie maciza. Dio un par de golpes y el ruido seco respetó la lógica del mundo. El rifle también se sentía contundente. Una pregunta lo sacó de sus pensamientos.

—¿Empezó muy joven, Capitán?

—¿Qué?

—A disparar. ¿Empezó joven?

—Niño.

—¿En serio?

—Es un decir. Lo que pasa es que mi entrenamiento, mi verdadero entrenamiento, fue en un parque pirata, más precisamente en un juego que consistía en llegar a tu salón de clases y darles a todos. *Columbine Revenge*, así se llamaba. Abrías de una patada la puerta del aula y los escolares salían corriendo. Ese momento, la huida, era lo mejor del juego: habían cuidado bien que las trayectorias combinaran realismo en los movimientos y una velocidad fantástica —y claro, siempre había un chi-co más rápido que el resto—. Un profesor armado era el principal obstáculo. Pero no era muy recio, porque la idea del juego era divertirse. Los niños huían, se iban por los pasillos y uno con el rifle, a buscarlos. Allí llegué a matar a siete escolares de un solo disparo. Siete. Ese es mi verdadero récord. ¡Ja! Claro, no cuenta. Alguna gente se escandaliza aún cuando le digo que era un placer completar la misión del juego, acabar con esos niños y dejar sus sesos desperdigados chorreados —que a uno le hacían perder el equilibrio y resbalar, hasta en eso había pensado el programador—, pero toda mi generación jugó eso, y ya nos ve, ni monstruos ni nada. De hecho, yo no creo que haya sido una buena idea prohibir esos mundos, perseguir a los guionistas-desarrolladores como criminales: qué tontería, si son la causa de la disminución de las masacres escolares.

Parte de la historia del Capitán era pública. Textos dispersos, videos y artículos que a veces desaparecían de las redes, pero que los aficionados sabían cómo encontrar.

El relato iba más o menos así:

Al igual que miles de niños nacidos en los primeros años del siglo, Maneiro había desarrollado una habilidad extraordinaria para orientarse en los espacios. Pocos lo previeron, pero uno de los efectos de la tecnología, de la omnipresencia de los mapas satelitales y los planos de ubicación, de su manipulación enfermiza desde la muy temprana niñez —antes incluso de formar la consciencia—, fue que en todas las latitudes aparecieron individuos con una inteligencia espacial sobresaliente, que equivalía a una visión aérea

simultánea a la vista real. Así que el Capitán, al mirar cualquier espacio, veía *de verdad* puntos moverse en una cuadrícula. Por eso, cuando se lo preguntaban, describía el acto de disparar a blancos simultáneos como el ejercicio cabal de encontrar el instante justo en que varios puntos movedizos hacían línea recta con él.

No le fue difícil descubrir su vocación. Entró en el Ejército y fue uno de los más calificados en el escuadrón de *snipers*. Más tarde, tuvo ocasión de demostrar lo mejor de su talento en tierras ocupadas. Sabía cuánto asombro podían causar sus tiros imposibles así que, si las circunstancias se daban, añadía, a los muchos factores a considerar antes de apretar el gatillo, la espectacularidad de la caída: que el desplome fuera visible, que los adultos se espantasen, que los niños convirtieran su rabia remanente en temor.

Había crecido escuchando la historia de un francotirador estrella que mató de un solo disparo a dos enemigos en moto. Se propuso igualarlo, primero, y superarlo después.

Llegó a la zona guerra con esos sueños adolescentes. Se convirtió en leyenda. *El mejor tirador de la galaxia*.

Ahora estaba allí, tumbado en el asiento de la cabina. La panza oscilaba en sintonía con su respiración.

Se impacientaba. ¿En qué momento empezaba a disparar?

❦

La doctora iba a continuar pero el grito de uno de los vagabundos la forzó a interrumpir su discurso. El joven se sobresaltó. No había oído nunca gritar así a un adulto varón. Pensó preguntarle a ella si todo estaba bien, pero antes de que pudiera decirle nada, un ruido seco —algún golpe contra la pared contigua— dio pasó a un gemido apagado y la calma (aunque los murmullos persistieron). La doctora prosiguió, sin inmutarse:

»Millner & Nader. Como era previsible, los chicos listos del equipo del laboratorio, todos hombres, valga decirlo, tenían la hipótesis de que los episodios indeseables se hallaban en la región del hipocampo. Con ayuda de resonancias magnéticas de alta resolución, tenían identificado un lugar específico en el que, presumiblemente, se almacenaban los recuerdos de estudio. El problema es que ese lugar era todo menos específico. En medidas

cerebrales, era gigantesco. No iban conseguir nada trabajando en un área tan grande. Cualquier intervención allí iba a afectar otras áreas, con consecuencias desastrosas. Me di cuenta de algo más: el mapeo que manejaban —la ubicación posible de los recuerdos malos— no había considerado suficientemente las vías de comunicación entre el hipocampo y esa zona que gobierna el terror.

»La amígdala.

»El hipocampo y la amígdala están muy juntos. Miedo y memoria están muy juntos. El miedo fija las memorias. Lo sabían, pero era demasiado complejo entender cómo se comunicaban las áreas, incluso con todos sus avances. Yo no disponía de más información que ellos. Pero tenía una ventaja: mis dibujos.

»Así, solo con observar detenidamente las ilustraciones, me fui dando cuenta de que circuitos de neuronas de la amígdala conducían directamente a una zona del hipocampo que, según un considerable número de estudios, sirve para desambiguar experiencias parecidas. Tu propia casa de infancia —imagínala— es un lugar de felicidad, unas veces, y de dolor, otras. Esos recuerdos tienen varias cosas en común: colores, formas, olores, texturas, el trazo geométrico esencial. El día más feliz y el día más triste en esa casa pueden incluso transcurrir en los mismos ambientes, tener la misma intensidad de luz; las cortinas iguales. Pero algo los bifurca. Ese algo, esa zona que separa las aguas está en un lugar pequeñísimo llamado "Giro Dentado". Allí había que buscar.

»Al año siguiente, era jefa de todos esos idiotas. Solo la mitad soportó el nuevo ritmo. Avanzamos. Mucho. Muy rápido.

»Una vez que tuvimos cercada la región, usamos el viejo paradigma: cuando te pones a recordar, las neuronas que constituyen ese recuerdo se activan al mismo tiempo. Como al hacerlo esas neuronas expresan unos genes característicos, podemos rastrearlas y marcarlas.

»Pasé varios meses pensando en la mejor forma de apagar esas neuronas. Y un día, se hizo la luz. Literalmente.

»Si al momento de recordar —y tiene que ser en ese momento— se le inyecta al paciente un virus-editor, podemos modificar esas neuronas, hacer

que se vuelvan sensibles a la luz: la intervención del virus hará que muten, que se llenen de proteínas-agujeros.

»Con esto se consigue algo maravilloso: bastará un rayo de luz amarilla para que todas esas neuronas se desactiven.

»Con las conexiones interrumpidas, la memoria se tornará inaccesible. El engram —el recuerdo— dejará de existir como tal y solo quedarán neuronas huérfanas, aisladas. Como un Alzheimer puntual y asistido.

»Luz. Solo luz. Tanta luz.

»Era bellísimo el diseño (de hecho, hace un par de años expusieron mis dibujos de esa época en el World Science Festival). Pero no habíamos terminado. La interrogante ahora era cómo demonios hacer que los rayos de luz llegaran exactamente a donde queríamos.

»Fallamos muchas veces.

»Fallábamos, entre otras cosas, porque necesitábamos ser exactos. Muy precisos a un nivel, digamos, milimétrico. Llegué a la conclusión de que la única forma de lograrlo era operando desde adentro.

»Sé lo que estás pensando: la solución parece obvia desde el presente. Pero entonces no lo era. La tecnología microscópica —que ya usaba arañas mecánicas para destruir tumores en el sistema digestivo— había sido abandonada por toda nuestra rama científica, porque era imposible que una partícula artificial burlara el filtro natural del cerebro. Todo cambió cuando un equipo en Roma consiguió por primera vez que un nanobot rompiera la barrera del torrente sanguíneo.

»Eso iba a cambiar muchas vidas. Literalmente.

∽

La cápsula avanzaba a velocidad constante.

No pudo evitar sentirse intimidado por las telarañas luminosas sobre el fondo violeta oscuro (que a ratos se tornaba azul marino y negro). Por un momento, el Capitán temió que la densidad de la red fuera a interponérseles al avanzar, provocando el choque con algún cuerpo flotante. Pero cuando se acercaban, sin necesidad de que el joven tuviera que hacer una maniobra extrema, pasaban tranquilamente por los espacios vacíos.

A ratos, el movimiento continuo se interrumpía por una suerte de turbulencia que sacudía las luces.

—¿Siempre se mueve así?

—A veces más, a veces menos. No es fácil flotar aquí. Paciencia y buen humor, que luego nos moveremos más.

El Capitán volvió a jugar con el rifle y el cursor. El piloto volteó a mirarlo:

—Tengo una curiosidad —dijo.

—Dígame.

—En la época en la que se hizo famoso, todo el mundo comentaba que hubo otro récord suyo. Que llegó a más de 3600 metros con un rifle convencional de pólvora. Pero que la marca no es oficial porque nunca hubo registro de eso. ¿Es verdad?

El Capitán se encogió de hombros.

—Ajá: el record fantasma. Recuerdo que me escribieron varias veces para preguntármelo. Qué puedo decirle: no crea todo lo que lee. Disparé mucho, acerté mucho. Si no está en los registros oficiales, supongo que no pasó. Es difícil un tiro así, incluso para mí. Aunque, modestia aparte, no podría descartarlo.

El joven percibió en la respuesta un tono cortante.

—¿No le incomoda que le pregunte estas cosas, o sí?

—¿Incomodarme? Para nada. La gente siempre tiene cuidado al preguntarle a un soldado sobre la guerra. ¿Por qué? No lo entiendo. Nunca lo entendí. El silencio refuerza el estigma, la idea de la guerra como algo oscuro.

—¿No lo es?

—No. Es un trabajo, un trabajo digno que te permite ir a lugares increíbles. Y encontrar personas. Las situaciones extremas no solo sacan lo peor de la gente. Sacan lo mejor. Claro, la gente nos mira y piensa que en la guerra se matan personas. Pero en la guerra se conocen personas.

*Conocer lugares increíbles. Personas maravillosas.* Eso era una verdad monumental. A él volvía, de vez en cuando, la belleza del desierto, la majestad del trazo romano de las ruinas de la ciudad ocupada (que los drones terminaron de destruir), visible en toda su geometría en las noches de Luna

llena. Recordaba el aire, los instrumentos de viento de los lugareños. Las voces lejanas, el zumbido dulce.

Pero sobre todo, la recordaba a ella.

Los ojos negros, negrísimos (un astro blanco diminuto y nervioso dentro de cada globo ocular, como señal eterna de vida); las cejas gruesas, los labios afilados.

Sintió un nuevo desbarajuste. Cerró los ojos. Cuando recobró la consciencia, se descubrió a sí mismo hablándole al piloto sobre la mujer.

—Rima. Ese era su nombre. Había trabajado como guía local para nuestras tropas desde la primera fase. Era colaboradora de la facción ciudadana contra los extremistas. Como suele suceder, odiaba a sus hermanos de sangre mucho más de lo que nosotros alguna vez hubiésemos podido. Mucho más que yo, ciertamente, pues no odiar a nadie es una consigna en mi especialidad: para un *sniper* es mucho mejor que el objetivo no despierte ninguna emoción. A Rima, en cambio, la vida en conflicto la había vuelto apasionada, temeraria, loca. De hecho, la conocí así. En los primeros días, en una de esas imprudencias que surgen de la curiosidad, salí a explorar la zona, y sin darme cuenta me alejé demasiado de la base. De pronto, emergió de la nada un tipo que, sin mediar palabras, sacó un cuchillo enorme. ¿Quería dinero? No, quería matarme. Pero yo no lo sabía (no sabía muchas cosas). En ese instante, sentí el rugido de la motocicleta.

»La mujer llegó rauda, frenó, sacó un arma y espantó al tipo gritándole cosas en su idioma —del que entonces yo no sabía nada—. Luego me dijo que no debería estar allí y me invitó a subir a la moto. Hablaba mi lengua. La pronunciaba con deficiencias pero usaba palabras inesperadas, más de las que se me hubieran ocurrido a mí. Quizás eso me dio confianza. Nos tenía bien estudiados. Le bastó ver las insignias de mi uniforme y mi tipo de arma para saber bien qué estaba haciendo yo allí.

»*Sniper*, dijo con sorna la primera vez. *A menos de un metro, son más vulnerables que un becerro bebé.*

»Nos volvimos amigos tan rápido que toda mi estadía allí, en el recuerdo, es inseparable de ella. Acepté su compañía a pesar de mi desconfianza y reticencias. A veces ocurre. Al principio, ella se esforzaba por revelarme muchas cosas de sus malévolos hermanos extremistas, muchos secretos sobre

esos hombres sanguinarios, sobre su envilecida forma de concebir a la sociedad y a Dios. Pero en un momento se dio cuenta de que nada de eso me importaba. Yo solo disparo. Mi trabajo no es saber cómo son, sino cómo se mueven.

»*Pues nos movemos rápido,* me dijo entonces. Y salió a correr y me desafió a que la alcanzara. Miré el arma instintivamente y ella se rio, nos reímos juntos. *Quiero decir alcanzarme corriendo, invasor.*

»¿Fue una de esas veces, en una de esas carreras —en las que quedó claro que ella era capaz de perderme de vista en segundos—, que terminamos exhaustos y sucios y nos tiramos en la arena y nos reímos y nos dimos volteretas y la acaricié y me acarició?

»No lo sé. Los puntos de partida son difíciles de ubicar en los desiertos (no hablo solo de espacios, también del tiempo). No tengo claros los hitos cronológicos. Solo sé que en algún punto, la vida empezó a contarse en besos a Rima y disparos a los salvajes. El conteo subió como espuma. Somos seres hechos de repeticiones, decía ella, de persistencias. Y de tanto repetirnos formamos corrientes, el patrón inequívoco que nos define.

»Al final esas dos actividades mías fueron cosas igual de intensas. Hacer el amor con Rima y abatir salvajes.

»El pensamiento en cada disparo fue ella. La invocaba cuando tenía al blanco en la mira, como una plegaria. La nombraba luego, para santificar lo hecho. Y repetía una vez más el nombre bendito para agradecerle la fortuna del disparo. Nos veíamos luego, más tarde, y le contaba. Ella, que siempre estaba bien informada acerca de los extremistas, me revelaba las historias de los sujetos que yo acababa de abatir. El relato de Rima era como un alegato fiscal a destiempo. Había hecho lo correcto.

»Esas biografías infames era un arrullo. Me ayudaban a dormir en paz. No es poca cosa con la cantidad que enemigos eliminados: 91, solo el primer año. Vi algunos videos. Me aterraba que en ellos parecía como si esos tipos estallaran desde dentro: como si no hubiera un responsable. Como si mi labor fuera distinta, blanda, cobarde en comparación con las luchas cuerpo a cuerpo que ellos usaban para matarnos.

»Pero aparentemente solo yo pensaba en eso. Porque la verdad era que mis disparos me hacían quedar como un hechicero, lleno de poder y nobleza.

»¿Fue Rima la que me contó que en la zona empezaron a conocerme como “el mejor tirador de la galaxia”? La recuerdo, a veces, diciéndomelo entre risas, haciendo mofa.

»Mi creciente popularidad quedaría confirmada una tarde de otoño. Fue a plena luz del día. No sé cómo, pero lo vi: en el futuro inmediato, la recta precisa estaba por formarse; dos motociclistas armados, uno detrás del otro; un colaborador que acababa de despedirse de ellos; un traficante de armas al que ya había identificado —que caminaba doscientos metros más adelante—; di un salto y caí en el piso, y desde allí, con el cañón entre mis piernas, la bala hizo una diagonal que solo podría haberse concebido por media décima de segundo.

»El traficante en el abdomen. El primer motociclista en el plexo, el segundo en el corazón, y el colaborador en el ojo izquierdo.

»Cuatro tipos de un solo disparo. He visto el video que registró el dron. Es espectacular pero también ofensivo: muestra la secuencia de desplomes como quien muestra un baile. Sin sonido. No capta lo más importante: lo que pasaba por mi cabeza.

»*Rima. Rima. Rima.*

»*Rima. Rima. Rima.*

»Rima vivía en la casa de su familia, en la zona céntrica del territorio ocupado. Sus padres habían muerto. Sus hermanas lograron huir. El lugar estaba vacío.

»Allí pasamos nuestras mejores horas. No se ponga incómodo, no le contaré detalles. Pero es imposible recordarla, recordar todo esto, sin evocar el espejo del clóset de la habitación matrimonial, porque fue al verla una tarde reflejada allí, fue entonces que lo pensé: que era muy bella para no estar en peligro. Belleza, qué palabra para un soldado, ¿no? Ella me dijo alguna vez que nosotros los invasores teníamos una idea plástica de la belleza. Lo dijo así. Plástica. Pero no solo éramos nosotros: los antiguos usaban sus compases de madera para hacer mediciones y cálculos que supuestamente garantizaban la hermosura perfecta. Y de alguna manera, fabricaban cosas hermosas. Pero en realidad es la guerra, que te quita todo, que te pone a la intemperie, lo que permite ver bellezas austeras, esenciales, como si se retiraran un montón de capas: permite tumbarse, vencido de cansancio, y ver en un cielo de estrellas todas las

proporciones que guiaron la primera perfección. La Osa Mayor (la Osa Mayor pequeñísima, comprimida en un punto luminoso, en cada uno de los ojos de Rima.)

»Estábamos en ese cuarto, el del espejo, cuando, un día, llegaron. Rompieron la puerta. Sé que estábamos allí, sé que ella durmió conmigo. Me había jurado protegerla con la vida si era necesario. Pero en un momento yo volteo y Rima no está. Siento pasos. En este punto se acaban los recuerdos.

»Así lo quise. Esa fue mi voluntad.

»¿Qué pasó luego? No es muy difícil imaginar lo que ocurre después del ruido de un arma rastrillada en esta profesión. Es claro que ese fue el final para ella. Es obvio que fue horrible. Porque uno está acostumbrado a ver atrocidades de todo calibre en el frente: así que lo que le hicieron tuvo que haber sido realmente infernal, si pudo afectarme a mí.

Permanecieron en silencio. El joven lanzó un suspiro. Miró el mapa. Sin ver a su compañero, dijo:

—Si quiere descanse un rato.

El Capitán observó los puntos de luz acercarse, vio caer de ellos ahora sí, con toda nitidez, ramificaciones largas, como raíces de luz. Cuerpos estrellados flotaban, intimidantes. Sus ojos brillaron.

—No es necesario. Ya recordé. Sé donde estoy.

—¿De verdad?

—Eso no era una supernova. No habrá asteroides. ¡Ja! Asteroides.

El joven sonrió, complacido.

—Perfecto. Ya me estaba preocupando. Vamos para adelante entonces.

—¿No va más rápido esta cosa?

El joven presionó unos botones en el panel. Miró al frente.

—Sujétese —dijo.

∽

»El modelo de nanobot ideal para nuestros planes no hubiera sido una realidad sino fuera por la imaginación de los chinos. Ellos fueron quienes perfeccionaron el método de locomoción: una pieza compacta con un

delgadísimo filamento giratorio. Se inspiraron, como es evidente, en un espermatozoide.

»Pero fue solo un paso más. Nos esperaban nuevas frustraciones.

»El problema seguía siendo precisión: dar exactamente con las neuronas marcadas. Aun con los mejores cálculos para el recorrido de la cápsula, para que pudiera llegar a la ubicación precisa de la red a desactivar, el método era falible, entre otras cosas porque no todo se quedaba en su sitio: había fluctuaciones normales en las redes de neuronas, cambios mínimos de posición, variaciones en las corrientes eléctricas interiores.

»Me acordé entonces, como pasa a veces, *en el momento justo*, de una anécdota de infancia.

»Mi padre me llevaba de niña a visitar parques piratas, de esos que comenzaron a proliferar; eran mundos sin licencia, a veces remendados, a veces increíblemente bien hechos, y que forman parte de la memoria sentimental de mi generación. Recuerdo en especial uno de esos viajes. El lugar era un sótano. Me puse el visor, que en ese tiempo era todavía un *oculus* gigante, y me senté con mi papá. Recuerdo su sonrisa llena antes de cubrir su rostro. Él me apretó la mano. "¿Lista?", me dijo. De pronto, estábamos en la Luna. Caminamos en la superficie, dimos saltitos allí. Era bastante realista para época, aunque ahora daría risa, supongo. Mi padre se sentía feliz, de pronto se creía Superman por haberme llevado hasta allí. Flotamos juntos. Pero yo era un ratón de biblioteca, una niña que ya entonces sabía que iba a ser científica y entendía de canales iónicos y potenciales de acción. Traté de sonreír en ese mundo, pero me ganó el desconcierto. Toqué a papá del hombro:

»*Nuestros cuerpos son demasiado grandes. La escala de la Luna no es la correcta.*

»Mi padre, lindo, triste, se rascó la cabeza; seguramente le arruiné la salida.

»Esa es la memoria más vívida que tengo de él.

»Recordé eso, un día, en el laboratorio. La diferencia de escalas. Me dije: ¿por qué no hacer lo inverso? Ir a una escala pequeña. Muy pequeña.

»Ya desde unos años antes los técnicos en reparación de electrónica, usando visores virtuales, habían empezado a caminar encima de microchips y circuitos averiados: así podían ver bien dónde estaban las fallas. Hubo fotos artísticas, tomadas por esos hombres en miniatura fascinados con edificios de silicio y senderos verdes.

»A estas alturas la idea parece elemental. Pero en esos días nadie quería aventurarse. ¿Poner una microcámara en el nanobot?, me preguntaban. ¿Hacer que todo se maniobrara desde un simulador? No vale la pena el gasto, me decían.

»La idea se volvió obsesión. Con una cámara HD tendríamos la posibilidad de hacer lo que ya hacían los aviones y las naves espaciales: tripular desde tierra firme. Que el piloto mirara dónde ir y maniobrara el filamento desde el mando. Además, en una escala tan pequeña, solo un disparador humano podría maniobrar bien. Lanzar la descarga láser de luz amarilla únicamente contra los objetivos, sin dañar nada más.

»Pero eso no fue lo que los convenció, sino una razón mucho más práctica: el procedimiento nos daba una ventaja tremenda… Que alguien más apretara el botón.

—Que otro se haga responsable —dijo el joven.

—Exacto. Allí empezaron a escucharme.

Por un instante, los vagabundos permanecieron en silencio. ¿Dormían? ¿Estaban sedados? Esta parte del relato de la doctora a él se le hacía más familiar. Una cámara, la mejor cámara posible, en la parte frontal del nanobot. Una expedición. Una idea fantástica.

»El diseño interior de la cápsula se le encargó a un programador preso, alguien que décadas atrás hizo parques piratas enfermizos y sangrientos. Era el mejor en lo que hacía. Él fue el de la idea del interior *vintage* y de que las constelaciones aparecieran coloreadas, con tonos vivos. Solo estuve una vez en la cabina de mando. Me pareció alucinante y muy infantil, como las de una película de acción para hombrecitos. Justo lo que buscábamos.

»En ese tiempo no previmos lo obvio: que los mejores para la tarea iban a ser francotiradores. Eran especialistas en disparos certeros a distancias largas y asimilaban al instante la idea del Recuerdo como enemigo a destruir, algo vivo que debía exterminarse. Todos aceptaron, felices.

»Para manejar la nave preferimos pilotos que también fueran astrónomos. Por razones obvias.

»Todos ellos nos han dicho que nada se compara a ese viaje. Querían volver una y otra vez. Amaban hacerlo.

»Yo nunca me atreví a ir. Me da terror solo pensarlo. Meterme *allí*.

»Empezamos el programa “Un nuevo comienzo” con una lista de espera de 39 voluntarios. A pesar de que lo pensamos exclusivo para militares, conseguí un lugar para mi padre.

»Pero él no llegó.

»No aguantó. No soportó la vida, eso en que se convirtió la vida después del asalto. Mamá lo encontró una tarde dentro el auto, con las ventanas cerradas y una manguera que iba del tubo de escape al asiento del conductor.

ᔓᔕ

—Bienvenido al Cuerno de Amón, sector 1.

—Es… bello. No deja de impresionarme.

—¿Cuántas veces ha estado aquí, Capitán?

—No lo sé. Doce, quince. Nunca recuerdo mucho lo que ocurre en este lugar. Termina siendo como una gran noche de juerga. Imágenes dispersas. Usted sabe.

—Sí, claro, es por seguridad. No conviene que tenga memorias muy profundas de las expediciones. Por eso se toman ciertas medidas. Su capacidad de formar recuerdos no es óptima.

—Entiendo, es por ese asunto del programa secreto.

—«Secreto» fue hace años. Ahora, lo único secreto es la fórmula.

—La fórmula, claro. La fórmula Coca-Cola…

—…de la felicidad.

Se rieron juntos. La risa del Capitán siempre estaba matizada por el espesor ronco de la experiencia. Había en su júbilo una especie de estela melancólica.

Las ramificaciones de luz se hacían más tupidas al entrar en el Cuerno. Eran largas, firmes, estaban en el punto máximo de tensión, como si soportaran algo.

—Piramidales —dijo el piloto.

El Capitán se dio cuenta de que estaba haciendo de nuevo lo que siempre hacía. Capturar con la vista cada detalle a ver si esta vez se le quedaban recuerdos más vívidos. Pero claro, no dependía de él.

Recordaba de forma intermitente. Fracciones de películas, estampas nítidas. Las piramidales, claro. ¿Cómo olvidarlas? La estructura lo dejaba absorto. El centro en forma de triángulo —soma, le decían—, el brazo principal largo y recto —la dendrita—, del que salían otros más. Cuando miraba con atención esas ramificaciones, se veían espinas, como en un rosal gigante.

La doctora organizó ella misma la inducción de su grupo. Temas generales a los que casi ninguno de los *snipers* jubilados prestaba atención, porque lo único que les interesaba era el momento de disparar, de volver a la campo de batalla. El Capitán era más atento, aunque en la medida de sus límites intelectuales. A veces pensaba que Rima hubiera podido entender mejor todo eso. Ella encontraba la poesía de todas las cosas y, al hacerlo, llenaba de luz lo más confuso.

—Agárrese, Capitán. Aumenta la densidad de astrocitos.

No era un vuelo. Esa fue una las primeras cosas les advirtieron. La cápsula se sumergía en un líquido de ácidos y glucosas, conductores eléctricos parecidos a la sal. Pero el filamento permitía una navegación fina. Todos se rieron cuando les pasaron la simulación de la cápsula vista desde afuera, el armazón de oro con la cola movediza. "*Yo quiero llegar a ese óvulo*", dijo alguien. El Capitán se puso de pie: "Oiga, esto no es un chiste, estamos aquí para devolverle la paz a compañeros nuestros. Seriedad, por favor".

Pero nadie estaba allí para solemnidades. Todos querían un trabajito para dejar de sentirse inútiles, volver al campo. Abatir al enemigo.

—¿Capitán?

—Sí —respondió, saliendo de su ensoñación memoriosa.

—Ya que estamos en el Cuerno —dijo—, debo seguir el protocolo.

—Adelante.

—¿Sabe lo que haremos?

—Sí. Destruir un recuerdo, un hijo de puta recuerdo.

El joven se lo quedó viendo. Enmudeció. Quiso decir algo pero se contuvo.

—¿Acepta hacerlo, Capitán?

—Por supuesto. No me negaría nunca a ayudar a mis compañeros de armas.

∽

»El método funcionaba. La idea de desactivar un conjunto puntual de neuronas usando un rayo de luz resultó espléndida. Las extinciones eran limpias.

»Sin embargo, en las pruebas finales hubo unos pocos inconvenientes. Algunos pacientes comenzaban a tener recuerdos dispersos de imágenes que no sabían cómo interpretar. Simplemente, aparecían. La duda los llenaba de intriga, primero, y angustia, después. En ciertos casos, podía desesperarlos.

»Me pregunté: ¿Pero cómo recordaban, si todo había sido desmantelado?

»Una vez más, fueron los dibujos los que me permitieron entender qué estaba ocurriendo. Existe un principio que en mi profesión se sabe bien. Cuando pasan varios años, los recuerdos salen del hipocampo, se van a otras partes, huyen, se dispersan. Como consecuencia de eso, la red se mueve, las memorias se expanden. Esa es la razón por la cual Molaison perdió el hipocampo a los 29 años, pero tenía intactos sus recuerdos de niñez y adolescencia. Lo mismo pasa con los recuerdos indeseables. Algunos de sus componentes pasan a otros lugares, lejanísimos en las dimensiones microscópicas del cerebro. Generalmente, empieza a ocurrir cuando han pasado más de cinco años del evento. Pero hay cosas que se propagan más rápido: los rostros que importan, por ejemplo. Saltan hasta la mismísima corteza visual, en la nuca, en cuestión de meses o semanas.

»Ocurría entonces que algunos soldados, en los que la extinción había sido exitosa, despertaban un día con el recuerdo vívido de un rostro. Y ese rostro se hacía cada vez más presente, más nítido. ¿Quién era? Empezaban a preguntar cosas. Y las dudas a veces conducían a la angustia. No hay nada más molesto que el fantasma de un miembro amputado. Esto era algo así pero peor: porque no sabías qué había estado antes allí donde ahora quedaba un muñón mental.

»Fue entonces que concebí una intervención adicional: algo que convertiría mi método, que ya era bueno, en algo extraordinario.

»Pensé: en vez de esforzarnos obsesivamente por borrar todo rastro y todo espectro, usemos los residuos. Integrémoslos. Esto suena pretensioso y a mí también me lo parecía. Ubicar esas redes de neuronas una vez que están fuera del hipocampo es imposible. Hasta que encontré un antiguo estudio: *¿Adónde se va el rostro de la abuela?* (Schacter et al.), que indicaba que los rostros que nos importan, en efecto, terminan distribuidos por todo el cerebro, pero algo más: hacen red con otros recuerdos que también salieron, a lo largo de los años, de la región hipocampal. El investigador denominó a ese conjunto "la constelación de la nostalgia". Allí están sensaciones de la niñez, canciones de la adolescencia, incluso las caras de las celebridades que crecimos viendo. Son fragmentos de información —imágenes, sonidos, olores— tan profundos —tan expandidos, en realidad— que ni en los peores accidentes los consiguen borrar.

»Decidí que, además de la extinción del engram, había que hacer algo con los residuos, integrarlos a la constelación.

»Esto es importante porque hay algo —de lo que no tenía idea— que es muy cierto. El quiebre, el daño profundo, no se da solamente por vivir una experiencia horrorosa. La verdadera destrucción de una consciencia se da cuando el evento interrumpe un instante bueno, un momento de tal armonía que se parece a la felicidad.

»Dicho de otro modo: todo recuerdo brutal es brutal porque contiene, en el segundo anterior a la catástrofe, algo que amamos (aunque no sepamos que lo amamos).

»Este hallazgo fue revelador. Revisé mis notas de entonces y miré en mi propia casa. Entendí lo obvio: que la amistad de mi padre con su socio no era solo amistad. Bastó una investigación mínima para atar cabos. Lo demás fue reinterpretar el rostro de mi madre en el entierro —el disimulado rencor— para confirmarlo todo.

*»El amor de tu vida desangrándose frente a ti. La piel abierta.*

»Un rostro. Después de la operación el evento desaparecía, pero quedaba por allí un rostro. Había que juntarlo con esas otras cosas, con las imágenes flotantes de la memoria sentimental. Amalgamarlo. Que quedara bien engarzado. Evitar su aparición sin contexto, su emerger fantasmal.

»La forma en que lo conseguimos es el verdadero secreto de mi procedimiento. Uno pensaría que después de la proeza de la extinción, que combinaba nanobots con los rayos de la optogenética, usaríamos cosas así de complejas, tecnologías increíbles.

»Pues no. Apelamos a la forma más efectiva de modificación neuronal que ha existido siempre. La que usan las corporaciones de música para que, al cabo de treinta años, y sin haberlo pedido, no podamos olvidar una canción idiota. La repetición. La persistencia. El aprendizaje. El hombre dañado despierta por la mañana y lo primero que percibe son imágenes del paraíso perdido. Ese es el mejor momento para intervenir. Hablamos. Bueno, yo no, yo soy pésima hablando con la gente. Una facilitadora les habla, les muestra fotos de infancia, pone música, les da golosinas de la niñez, parques piratas del pasado. Va haciendo conexiones, atrayendo esas partículas residuales a la red; lo llamamos "la cacería de las mariposas".

»Teníamos temor de colocar, en las sesiones, retratos de los seres perdidos en el evento traumático. Pero después de la extinción se anula todo recuerdo consciente de esas caras. Repetírselas en condiciones adecuadas, día tras día, hacía que llenaran los espacios vacíos. Rostros. Melodías. El olor del pavo familiar. Chocolates de tu infancia.

»Funcionó.

»No volvimos a tener ningún paciente con problemas. Lo habíamos conseguido: un sistema a prueba de fantasmas. (O más bien, con los fantasmas de nuestro lado).

ᘓᘐ

Astrocitos. Tenían forma asterisco, de estrellas de mar. *No se vayan a confundir, no son neuronas.* ¿Cuántos prestaban atención a esas alturas? Había veinte clases distintas de células y los compañeros se mareaban. *Pero no se preocupen: en su viaje solo importan tres o cuatro.*

—¿No le da curiosidad? —preguntó el joven, sacándolo de sus pensamientos.

—¿Qué?

—Lo que pasó con su amiga. Rima.

El Capitán se encogió de hombros. Fingía mal la indiferencia.

»Como le decía, no es muy difícil imaginar lo ocurrido. No es difícil suponer una serie de imágenes probables. Pero créame, suponerlo es preferible a tenerlo todo el tiempo allí, jodiendo la vida. Suponerlo es preferible a no poder olvidarlo.

»Deduzco que murió esa noche, aunque nunca he sabido más sobre ella. Por un tiempo, hace años, me di a la tarea de buscarla. Se me hizo una obsesión. Su nombre completo, que supe gracias a un compañero, no me ayudó. Los datos del único pariente que le conocí, un pobre vendedor de carne en el mercado, tampoco me llevaron a nada. Algunos relatos confusos dijeron que Rima fue víctima de una traición. Sé que alguna vez tuve un retrato suyo, pero la doctora me dijo que se deshizo de él antes de someterme a la extinción. Fue angustiante. Las imágenes de su rostro en mi mente, que alguna vez creí nítidas, se iban desvaneciendo. Contraté a un astrónomo para que ubicara su rostro en la red con la descripción hablada (y un neuroidentikit, extraído con información gráfica del escaneo de mi nuca). No llegó a ningún punto. La única imagen que la búsqueda arrojó fue la fotografía de una muchacha que, según los registros históricos de las redes sociales, yo había conocido a los trece años.

»No tenía ningún sentido. La explicación del astrónomo me pareció entonces una broma de mal gusto, una tomadura de pelo: *dicen que cuando uno encuentra a la mujer ideal, parece que la conociera de toda la vida.*

»No quise buscar más.

»Esos salvajes me la quitaron. Y seguro que fue horrible. ¿Una traición? Hijos de puta. Es una bendición no saberlo nunca. Es una bendición que la ciencia sea tan perfecta que ni siquiera soy capaz de rastrear su cara de nuevo.

»Qué amputación más dichosa la que me hicieron.

»En eso pienso cuando disparo luz. En que, sea lo que sea que esté en la cabeza del hombre que nos toque, los salvajes lo pusieron allí para dañarlo de por vida. Esa es la razón por cual son tan sangrientos; por eso no respetan a los civiles. Para sembrarnos esas imágenes que nos enferman, que acaban lentamente con nosotros, que nos matan desde adentro.

»¿Cómo negarme a curarlos, así como otros me curaron a mí?

ഗ

»El paradigma fue un éxito rotundo. Nunca nadie incidió de manera tan perfecta en la mente de un hombre.

»Di conferencias en todo el mundo. Aparecieron videos de combatientes curados, uno hasta se volvió famoso porque tenía su canal de YouTube. Hablaba de jardinería, de bonsáis, de orquídeas. A veces aparecía regando sus plantas, con el uniforme puesto, como para dejar claro que llevarlo era para él evocar un momento lindo —la defensa de la paz—, y no algo oscuro ni mucho menos trágico. La leyenda del borrado perfecto cundió rápidamente. La ciencia lo puede todo, decían. Aparecieron parques piratas que supuestamente emulaban la operación. Eran construcciones burdas, bosques de neuronas saltarinas, astrocitos locos como estrellas fugaces; incluso supimos de un juego legal: *Memory killer: una aventura en el Cuerno de Amón*. Hoy me da risa que todo eso me haya irritado tanto: eran controversias mínimas. La verdad, estaba viviendo en el clímax de mi carrera científica.

»Hasta que un día, todo empezó a arruinarse.

»Fue una mañana de verano. En la puerta del laboratorio, apareció una mujer con velo. Me provocó curiosidad pero no sobresalto —no tengo esos prejuicios—, así que la traté con cordialidad, le pregunté qué buscaba.

»Sacó una unidad de memoria. Extendí mi mano para recibirla pero ella me la lanzó en el rostro (apenas pude esquivarla). Inmediatamente después, me dio una cachetada.

»*Es usted un monstruo.*

»Los guardias vinieron y se la llevaron. Recogí la unidad del piso.

»Había en ella un expediente. Lo revisé.

»El video que acompañaba los documentos me hizo entender todo. La mujer hacía una especie de introducción. No había drama en sus ojos. Más bien rabia.

»Su hija había sido atacada por un soldado nuestro, de apellido Suárez. Según los datos recogidos, el uniformado dejó la patrulla a eso de las ocho de la tarde, caminó a la casa que conocía bien —había estado en la zona por más de tres meses— y abrió la puerta de un golpe. Estaba ebrio. Gracias a un compañero de armas que no pudo con el arrepentimiento y habló, se sabían algunos detalles más. El soldado agresor le había comentado días antes lo que pensaba hacer: estaba obsesionado con la niña, que para él ya no era tan niña.

Hasta fotos de la pequeña tomadas con drones había obtenido. Así que, tal como lo había anunciado, fue a buscarla. Llegó hasta su habitación. Pero la chica puso resistencia. Y qué resistencia. Patadas voladoras, un ninchaku imposible que guardaba desde el comienzo de la guerra. El tipo cogió su arma y le dio con la culata en la cara. Una vez reducida, la desnudó. Empezó a violarla. Pero en medio de su festín, se dio cuenta de que la chiquilla no reaccionaba.

»Salió del lugar con sigilo.

»Cuando, más tarde, el cerdo recobró la sobriedad y tomó consciencia de la chica, entró en pánico. Volvió a la casa para llevarse el cuerpo. Pero la familia entera estaba allí. Decidió entonces enfrentar el problema: acribilló a todos. La madre se salvó porque estaba en el baño.

»El reguero de sangre fue demasiado para él. *Luego de eso, la vida del muchacho no pudo ser la misma.*

»Poco después, Suárez se acogió al programa "Un nuevo comienzo". Su operación fue exitosa.

»La madre de la niña logró escapar. Huyó del desierto. Inició un periplo largo que la volvió activista global; así llegó, años más tarde, hasta mi laboratorio.

»El video terminaba con sus palabras:

»*Mire lo que hizo. Curandera de mierda. A ver, borre esto.*

»Y levantó el dedo del medio.

»Quise llorar. Pero solo por un instante. Yo no era una víctima en esta historia, hay que guardar las formas y no perder la elegancia. Eso decía mi padre. Jamás perder la elegancia.

»Mandé a pedir todos los registros, como una loca. Convoqué reuniones de emergencia. El psicólogo juraba haber seguido el protocolo con rigor. Lo despedí. Luego pensé que en realidad no mentía: era muy fácil para el soldado engañarnos. Contar una historia falsa y activar, en silencio, la constelación neuronal verdadera (pensar una cosa y decir otra, qué sencillo). Esa misma semana, mandé a hacer una investigación. A menos 161 veteranos venían con historias similares de delitos cometidos, delitos "demasiado fuertes" que querían sacarse de la cabeza. Me quería morir. Muchas de sus historias habían

estado en las redes, pero habían sido retiradas por nuestro sistema de defensa. Aun así, si uno escarbaba podía encontrar algo. ¿Cómo pudo pasárseme?

»No solo les había amputado el recuerdo sino que encima habíamos convertido cualquier residuo posible en… ¿En qué?

»Ni siquiera yo lo sé bien.

»Cuando hablé con los jefes para decirles que habíamos cometido tremendo error, me di cuenta del meollo del asunto. Qué estúpida. Su reacción me lo dijo todo. ¿Error? ¿Cuál error? La Alianza tiene el mejor ejército del mundo porque es capaz de remediar la mente. Porque un soldado sin memoria es el mejor soldado que puede existir. No hay nada que revisar: usted ha hecho un trabajo extraordinario.

»Fue entonces que concebí el plan.

☙

El Capitán se metió la mano al bolsillo. Quedó desconcertado por un segundo. Luego sonrió. *Es lo único que no han podido hacer bien* —se dijo—, *la sensación de la mano en un pantalón*. Se sentía como poner los dedos en un sobre de látex. Todo lo demás —la nave, los asientos— era muy vívido; al punto de que, como para entrar en calor antes de empezar a disparar, le dio ganas de comer unas pastillas de chocolate —como hacía desde niño—, desobedecer los consejos del médico. Pero cuando puso su mano allí cayó en cuenta: estoy en la misión.

Cuerno de Amón. Sector 3.

La electricidad en las piramidales era más intensa que hacía unos momentos. Lo notaba por los destellos de luz. Preguntó qué pasaba.

—El paciente está codificando cosas —dijo el joven, como de paporreta — para almacenarlas. Forma recuerdos.

—¿Cómo? ¿No está dormido?

—No. Su cuerpo descansa. Pero él, probablemente, está soñando.

En las inducciones, el Capitán nunca entendió bien el mecanismo electroquímico de la formación de las memorias, pero los dibujos le fascinaban. Era el único que se quedaba a hablar con la doctora después de las clases.

—¿Qué pasa con el recuerdo?

—¿Cómo que qué pasa?

—Después de lo que hacemos. ¿Qué pasa? ¿Se destruye?

—No exactamente. Digamos que se desactiva. Como un interruptor.

—Entonces, ¿sigue allí?

—Mmm… No. Tampoco podría decirse eso.

—¿No?

—No. Decir que el recuerdo todavía está allí es como decir que en el montón de arena está el castillo que construyeron los niños la tarde de ayer.

—¿Pero adónde se fue el castillo?

La doctora alzó los hombros.

—No se preocupe, Capitán. Su extinción ha sido satisfactoria, sin errores.

—No me preocupo, doctora. Solo soy curioso.

ꟹ

»Enterarme de la verdad me puso furiosa. Nunca en mi vida fui tan veloz para desarrollar un nuevo procedimiento. Me senté y en tres días ya lo tenía listo.

»El borrado de memorias es posible gracias a la manipulación genética de las neuronas que constituyen ese recuerdo, un proceso que las deja listas para que un simple rayo de luz apague su actividad. Un virus-editor es necesario para esta parte inicial de la operación. De modo análogo, podemos usar un virus editor alternativo para hacer que esas mismas neuronas adquieran proteínas agujeros que, en vez de desactivarlas, las enciendan y desencadenen su actividad. Ese interruptor maravilloso existe: lo sacamos de unas algas que muchos confunden con serpientes, porque, cuando cae el sol, huyen de la luz hacia las sombras.

»La única diferencia de esta luz y la del procedimiento anterior es su longitud de onda.

»No iba a resultar difícil. Unos colegas ensayaban hacía tiempo el “encendido” de neuronas en pacientes con Parkinson. Ya hasta tenían el rayo bien medido y testeado.

»Lo único que yo tenía que hacer era encontrar esos granujas, a esos veteranos reblandecidos, todos tan felices. Me contacté con los activistas de la organización de la mujer que me había visitado: no sin cierta reticencia,

decidieron ayudarme. Tenía fichados a todos, con detalle de sus historias y delitos. Fue un espanto ver esos expedientes. Saltaron nombres que yo jamás me hubiera imaginado.

»Una vez que supe quiénes eran, solo quedaba una cosa: organizar nuevas expediciones.

»Sin embargo, hubo una dificultad. Me di cuenta de que los directores del laboratorio habían retirado todos los registros de nuestras extinciones. Todos los datos. En todo el sistema informático, no podían encontrarse las coordenadas de las constelaciones suprimidas a cada paciente. Me dio risa: habían borrado de la memoria las operaciones de borrado de memoria.

»Esos idiotas, por supuesto, no me conocen.

»Porque cuando concebí el sistema elaboré yo misma mapas de papel. Al principio, nadie vio la necesidad de hacerlo, pero me di cuenta de que esa era la mejor forma de que un astrónomo encontrara la red y el engram, sobre todo considerando las pequeñas variaciones que pueden darse en el tiempo. No es un capricho ni una excentricidad que los haya convocado a ustedes. Hay una razón por la cual en las últimas décadas los astrónomos se volvieron expertos en buscar datos. Toda red que crece mucho se expande como los astros en el cosmos. La pequeña gran red que tenemos en la cabeza sigue el mismo patrón.

»Esos mapas se quedaron conmigo. Toca usarlos.

La doctora lo miró con sus ojos celestes blanquecinos. ¿Sería cierto eso de la ceguera? Esta vez su voz fue un susurro.

—El asunto es que quien dispare no puede saberlo.

∽

Salieron del Cuerno y la cápsula desaceleró.

Estaban por llegar al Giro D.

Y fue entonces cuando al joven lo asaltaron las dudas. Podía estar de acuerdo con el fondo del asunto. Las expediciones para sanar criminales eran indefendibles. Pero hacer lo contrario… Le parecía un exceso que el Capitán no supiera nada. ¿No era demasiado cruel?

*Haría cualquier cosa por ayudar a mis compañeros de armas.*

El paisaje en el Giro se iba poblando de neuronas granuladas. Eran gordas y de dendritas flacas, por momentos parecían cebollas en un invernadero nocturno.

El enjambre de astrocitos seguía danzando alrededor.

Habían llegado. El Capitán tenía el ojo en el visor del arma.

—Es fundamental aquí no darle a las células equivocadas. Solo a las que yo le indique. Un error y el tipo puede perder… puede perder algo que importe.

—Yo no cometo errores, camarada.

El mapa, en efecto, era de otro tiempo. Nuevas células habían aparecido entre las ramificaciones. Pero no le fue difícil conciliar el viejo croquis de ubicación con lo que veía. Teoría básica de la expansión de las redes astrales. Su especialidad.

—Empecemos por estas.

Señaló en el frente un grupo de neuronas. El sistema le permitía al piloto colocar una marca intermitente sobre cada una.

El Capitán probó el visor. Pidió que se moviera levemente a la derecha.

El joven dirigió la nave. Astrocitos del tamaño de papalotes gigantes chocaron contra el frente, sin consecuencias.

El primer disparo le hizo recuperar la sonrisa. Volvió a mirar la pantalla y tiró dos veces más. Se sentía tan bien. Las neuronas se iluminaron.

Algo lo extrañó profundamente.

—¿Por qué el rayo es azul?

El joven se quedó tieso al oírlo. No supo qué decir.

—No sé. ¿Es azul? ¿No es siempre así?

—Lo recuerdo amarillo.

ഗ

—Con todo respeto, no sé si puedo hacerlo, doctora.

—¿Cuál es el problema?

—Él creerá que está borrando algo, ayudando a curar a un colega.

—No podemos arriesgarnos.

—No sé.

—Cometimos muchos errores. Errores graves.

—¿Cometimos?

—¿Cuantas extinciones ha conducido, señor astrónomo?

—Eso no tiene nada que ver. Yo solo…

—Claro que tiene que ver. ¿Quieres que te diga cuántos de esos casos especiales te tocó? ¿Cuántos canallas?

—No.

—Hay tipos que hicieron cosas horribles. Asesinos cobardes. No inventé esto para ellos.

—No es justificación, creo.

—Ni siquiera pueden juzgarlos.

—¿No?

—No. Tienen protección estatal y militar.

—Es arriesgado. Yo preferiría…

—¡Hay soldados que violaron niñas! Tipos que abusaron o mataron, a traición. Y ahora no lo recuerdan, lo borramos. Lo borramos todo. Y si por algún motivo todavía guardan alguna memoria de ese rostro, del rostro de su víctima. ¿Sabes en dónde se refundió? ¿Sabes?

El joven pensó un instante y dio una respuesta:

—En la constelación de la nostalgia…

—Exacto. Entre imágenes bellas de niñez y juventud, quien sabe dónde. ¿Te parece justo?

∽

—Qué importa el color del rayo, Capitán. Usted sabe, la tecnología avanza. Sigamos.

El joven marcó otra población de neuronas.

—A estas hay que darles seguido, en secuencia. Menos de veinte segundos. ¿Entendido?

—Sí.

El Capitán volvió a disparar. El rayo azul hizo la seguidilla en un parpadeo. El joven miró el mapa y confirmó que el procedimiento había sido el correcto.

—Daré la vuelta —dijo.

Mientras la cápsula giraba, el Capitán vio, a lo lejos, los sectores que acababan de dejar atrás. El tintineo de luz se hacía más continuo allá, era como una tormenta eléctrica en el horizonte.

—¿Y eso?

—Son células de lugar. Sirven para orientarse en el espacio. Seguro el tipo está explorando algo.

—¿Pero cómo, si su cuerpo está quieto?

—Mmm… Si es que ahora mismo está teniendo un sueño, eso no importa. Imaginar que te mueves es para el cerebro…

—…lo mismo que moverte de verdad —completó el Capitán, como alumno aplicado—. Pues entonces debe estar soñando que se le perdieron las llaves.

El joven miró al Capitán a los ojos:

—¿Cómo dijo?

—Debe habérsele perdido alguna cosa, mire como brilla eso.

El joven quiso decir algo pero se contuvo. Volvieron a estar en posición. El Capitán olvidó la cháchara y se concentró en los disparos.

Pensó —ya lo había pensado otras veces— que deberían ponerle sonido a la descarga de luz. ¡Piu-piu! ¡Kshhh!

Avanzaron hacia el centro del Giro.

—Esta secuencia y terminamos.

—¿Qué, ya?

—No es poco. Son siete células. En menos de 2 segundos. Hay que hacerlo rápido. Si no, los disparos anteriores no servirán. Este es un trabajo de persistencias y de la lapsos. De velocidad y simultaneidad.

—Ajá.

La cápsula empezó a acomodarse.

—Y después de las siete… ¿eso es todo?

—Sí, Capitán.

—Lástima. Con lo que me divierten esto: venir a disparar. Por una buena causa. Allá afuera ya se acabó todo eso para mí, ¿sabe? Algunos compañeros

organizan actividades, se van de cacería. Yo no.

—¿Por qué? —dijo el piloto sin perder concentración.

—Estoy poniéndome viejo. La verdad, a estas alturas el único campo de batalla es el propio cuerpo.

Las palabras hicieron eco en el joven. Pensó de nuevo en las células de lugar, que tintineaban justo cuando la cápsula daba vueltas.

Se puso de pie de un salto.

—¡Nooo, Capitán! —gritó—. ¡Nooooooooooo!

Pero era tarde. El rayo disparado, una y otra vez, cumplió su cometido con eficacia limpia. El mejor método del mundo. El tirador más grande de la galaxia.

—Mierda —dijo el joven.

—¿Qué pasó?

—Vieja zorra —murmuró bajito—. Cómo no me di cuenta.

El joven trató de romper los mapas, decepcionado. Pero no pudo: al hacerlo, la hoja se estiraba como chicle. Bajó la cabeza, se tapó los ojos con las manos. De pronto, todo el firmamento se iluminó completamente, de un modo en el que no había ocurrido en todo el viaje.

—¿Qué carajo? —dijo el Capitán.

El joven levantó la cabeza. En la cabina, se empezó a sentir un *beat*, un ritmo continuo aproximándose.

—¿Es música? ¿Están tocando algo?

—No. Deben ser oscilaciones gamma. El paciente está… empezando a recordar. Empezando a recordar un montón de cosas, de golpe.

—¿El paciente está qué?

❧

¿Dónde se va un recuerdo perdido?

Si el único que lo vivió fue uno, si los testigos están muertos, si el recuerdo ha sido borrado por la luz. ¿Dónde está?

Si nadie se apuró a escribirlo. ¿Ese relato existe?

¿Si no hay drones? ¿Quedará Dios? ¿Las oscilaciones de la materia? ¿Algún rastro en el universo?

En el cuarto matrimonial había un ropero.

Llegaron. Tumbaron la puerta.

Él se había quedado dormido con Rima al lado. Su olor dulce, como de champú de fresas, permanecía allí con él.

Pero despertó y ella ya no estaba en la cama. Oyó pasos, golpes contra el piso.

Se puso de pie de un salto. Mientras buscaba su arma alguien entró y lo apuntó. Vinieron dos más. El jefe del escuadrón hablaba su idioma.

No vio bien su rostro al principio. No había mucha luz.

Tres pistolas le apuntaban. Temió por Rima. ¿La habrían matado ya?

Empezó a temblar. Vio el final aproximarse.

Iba a ser un mal día.

Uno de ellos acercó el arma. Sin que se lo pidieran, el Capitán se arrodilló ante los hombres.

El líder le golpeó el rostro y lo tiró en el piso.

—No me mate —dijo temblando—. Por favor, no me mate.

Risas de los subalternos. Ellos no hablaban la lengua pero lo dicho había sido pronunciado en un idioma universal.

—Ustedes saben quien soy —insistió—. Valgo… valgo más vivo que muerto.

Murmullos. El líder lo miró con gesto de quien escucha.

—Tengo toda la información de mis tropas. Horarios. Rutinas. También de los colaboradores, de nuestros infiltrados. Tengo todo.

El jefe le dio una patada en el estómago. Volvió a apuntarlo. El Capitán continuó:

—Puedo disparar para ustedes. Puedo decirles a quién deben exterminar. Y hacerlo yo mismo. O puedo infiltrarme… Me importa un carajo esta guerra… Puedo… —empezó a sollozar—, no me maten.

La puerta del ropero se abrió con violencia. Rima dio un salto. Apretó el gatillo y le dio a uno de los hombres. El jefe le disparó, pero la bala dio en el

espejo. Maneiro aprovechó la confusión para coger su rifle, pero, ni bien lo hizo, el otro hombre lo apuntó, inmovilizándolo. Rima, a punto de salir corriendo, miró fijamente al Capitán para decirle:

—Hijo de puta. Todos sabrán quién eres. *Becerro bebé.*

El Capitán salió tras ella. Un hombre le apuntaba, pero el jefe les hizo una seña: no había nada de qué preocuparse. Era claro que el Capitán no podría ir muy lejos. Era evidente que no tenía intenciones de hacerlo.

En efecto, en segundos se quedó quieto, concentrado, mirándola.

Corrió Rima por el desierto y la Luna era muy grande, grandísima. Y de pronto la superficie también era blanca y todo se volvió más liviano. Rima corría tan rápido que parecía volar.

La noche avanzaba. En el cielo, aparecieron nítidas las siete estrellas de la Osa Mayor. Parecían enlazarse.

*¿Sabías que Rima quiere decir Gacela blanca? Alcánzame, si puedes.*

Pero el Capitán se detuvo. Permaneció quieto, mirándola. *Todos sabrán quién eres.* Con lentitud ceremonial, sacó el arma y apuntó.

3.604 metros. Otro tiro perfecto.

Se arrodilló en la arena. ¿Arena blanca? Estaba mudo. El jefe de los captores se acercó a él.

El Capitán lo miró. Ahora su enemigo estaba bien expuesto a la Luna y las estrellas, y él pudo detenerse en su rostro. Tenía un lunar de carne en el ojo derecho: grande, gordo, parecía una verruga.

—¿Puedo? —le preguntó, señalado, acongojado, a la mujer.

—No. Si quiere verla, hágalo desde su visor.

Lo hizo. Tenía los ojos abiertos. Negros. Un brillo diminuto en ambos. Era tan pequeña, tan joven. ¿Era tan joven?

Un tarareo empezó a sonar. ¿De dónde venía? ¿Dónde había un parlante? La música se hacía más intensa. Era casi un arrullo. *Nos veo a los dos desde el futuro / vuelo y nos veo.*

En ese momento, sintió el inconfundible estruendo de su patrulla. Un dron se deshizo del hombre de la verruga. El otro hombre cayó por un disparo certero.

Rescataron a Maneiro y lo llevaron de vuelta a la base.

Nunca más pudo ser el mismo.

Caminaba como un becerro.

Malditos. Pobre Capitán. Ayudemos al Capitán.

ல

Despertaron sentados en un ambiente sobrio, una alfombra y paredes delgadísimas, cada uno en un asiento reclinable. El joven se quitó el visor y se desató los sensores y los guantes. Percibió claramente el olor del día anterior. Quiso vomitar. Largarse de allí. Pero de pronto vio, delante suyo, al *sniper*, el disparador estrella.

El Capitán se levantó y empezó a gritar, a lanzarle alaridos a la luz blanca artificial. Tiró el visor como si fuera un proyectil. Sus ojos estaban desorbitados. Su rostro tenía el gesto de llanto de los niños pequeños. Empezó a golpearse contra la pared. Le salió sangre en la frente. Se desplomó. El astrónomo vio que el pantalón de su compañero se mojó en un instante.

Qué disparos perfectos.

El enfermero llegó y se lo llevó a un cuarto, con el resto. Hombres avejentados, con la expresión de horror tallada en sus caras. Almas sin consuelo.

Luego hablaría con la doctora, sin fuerza ya para reprocharle nada. Y ella le pediría que lo disculpara por no haberle dicho. Era su deber «revertir el proceso».

Pero él sabía que esa era una definición inexacta. ¿Revertir? No. Antes esos hombres eran sujetos dañados por culpa de un recuerdo. Ahora tenían ese recuerdo de vuelta en sus cabezas pero expandido, unido a las más bellas memorias de los primeros años: la más feliz constelación, la pradera luminosa. Piensa en la canción que más quisiste cuando eras chico. ¿Y si esa canción y la bomba del horror fueran la misma cosa? ¿Y si esa canción abriera una ventana al infierno?

Vio un vaso de agua con una pequeña cámara encima. Se dio cuenta de que la cámara estaba conectada a una pantalla, arriba. Allí se veía el nanobot. El lente amplificaba la imagen y permitía observarlo. Una cápsula de oro con la cola plateada. Partículas rojizas cubrían el armazón. El líquido iba borrando esas manchas.

* * *

Llevo años leyendo obsesivamente textos y estudios de neurociencia. Es algo que empezó cuando vivía en Nueva York, de una forma inocente: estaba escribiendo una novela sobre una infancia parecida a la mía y me di cuenta de la cantidad de recuerdos distorsionados y falsos que guardaba. Entonces se me ocurrió leer sobre el tema: de la psicología pasé a textos de divulgación neurocientífica. Luego me matriculé en un curso del Doctorado de Neurociencia de NYU. Tal vez este conocimiento nuevo sea lo que me impulsó a la ciencia ficción (una etiqueta que he tratado de evadir, por respeto a quienes la cultivan desde hace tiempo). O más bien debería decir, que la ciencia revivió algo que ya estaba en mí tiempo atrás. Yo llegué a la construcción de este tipo de mundos por algo que llamo "paranoia tecnológica". Es una inquietud que surgió para mí a fines del siglo pasado, con la aparición de internet y todos esos objetos que, para nosotros, latinoamericanos, eran mágicos. A los 22 años, recuerdo, me fascinó el corrector gramatical de Word (la línea verde). Imaginé una historia en la que un joven aspirante a escritor probaba el *software* maravilloso para escribir sus relatos sin cometer errores. Pero pronto se da cuenta de que aparecen nuevos colores de líneas, y un día le llegan notificaciones informándole que, según el análisis lingüístico, su texto está copiando el estilo de Mario Vargas Llosa, Juan Carlos Onetti, Alfredo Bryce. Las notificaciones de violación de derechos de autor le advierten amonestaciones más grandes si persiste, lo atosigan y terminan… no recuerdo qué terminan haciéndole.

# UN HOMBRE EN MI CAMA

Solange Rodríguez Pappe (Ecuador)

Cuando Noa miró por la ventana la claridad brillante del día, se fijó en que la persiana de la mujer que vivía en frente de su departamento seguía sin levantarse. Llevaba ya cerca de cuarenta y ocho horas en ese mismo estado. Cuando coincidían, ambas solían intercambiar miradas y, ocasionalmente, una sonrisa. Era su breve pero eficiente forma de comunicación. No se conocían, pero podían intuirse a la distancia. Ella daba por sentado que desde su piso era vista como una muchacha que llevaba una vida apacible, por no decir aburrida, mientras que la otra le parecía una mujer que envejecía apartada los últimos años de su vida. Lejos de todo patetismo, lo que se alcanzaba a ver de su departamento no eran ni gatos ni plantas ni envases acumulados, características de las obsesiones de la vejez. Más bien todo era modesto y limpio. En sus ejercicios de contemplación, llegó a creer que lo que tenía enfrente todos los días era el espejo profético de un futuro ineludible y solitario al que todavía le faltaban varios años para materializarse.

Pensó en llamar a la policía, pero era probable que no fuera para tanto. Lamentó no tener ningún contacto real con su vecina, no conocer su nombre, su teléfono o el número del departamento en que vivía. ¿Qué era lo que iba a declarar si hacía esa llamada? Tal vez no abría la ventana solo porque quería evitar la brutalidad del sol de mayo. Era cierto que las temperaturas en el exterior empezaban a 42 grados desde las siete de la mañana y los días eran tan bochornosos y deslumbrantes que hacían entrecerrar los ojos. La vida se desarrollaba ahora bajo tierra, en hormigueros estrechos pero eficientes.

Se entretuvo viendo avanzar un perro jadeante y solitario por la avenida principal que conectaba los edificios de departamentos con lo que había sido el Centro. Iba con un trotecito rápido y confiado, como si supiera exactamente

a dónde se dirigía. Le pareció que no estaba perdido, sino que era de los pocos animales libres que aún quedaban deambulando por la ciudad y que no se habían deshidratado porque se las ingeniaban para encontrar sombra y agua. Después de mirar unos minutos más la calle apacible, decidió que lo de la vecina no era asunto suyo y que sería mejor concentrarse en lucir contenta el día en que su hermana iba a casarse con una acacia macho, en lugar de entretenerse con pensamientos perturbadores.

Noa encendió la pantalla, que era el centro del departamento de tres espacios y que levemente le recordaba a la cubierta de la nave *Enterprise*. Ya había encontrado la pieza así, con la enorme televisión instalada de tal manera que en torno a ella orbitaban los demás ambientes. Poco a poco le halló el gusto a ese nuevo orden que distaba bastante de sus tiempos universitarios, en los que el acceso al resto del mundo era solo a través del cuadrado mínimo de su computadora. Mientras buscaba la dirección de la página de compañía que visitaba a diario, se tomó la primera fotografía del sábado. Se vio a sí misma despeinada y pálida, con los párpados todavía abotargados. Decidió no hacerla pública sino guardarla para el registro personal que llevaba como una constante memoria de sí misma. Desde que prefería dormir a comer había bajado de peso y le costaba reconocerse esas mejillas colgantes y en esa barbilla calaverina.

No conocía a Iratí. Sabía que era española y que laboraba como escritora fantasma en una agencia literaria donde le pagaban por redactar biografías infladas de personas famosas, a cambio, por supuesto, de que ella, tras escribirlas, se borrara del mapa. Aunque Iratí no le daba mucha información sobre el resto de su vida, le parecía que llevaba un trabajo glamoroso, entre viajes a otros países y entrevistas a estrellas fulgurantes de vida corta, por lo que estaba agradecida de que, pese a que se encontraba perpetuamente rodeada de personas interesantes, encontrara tiempo para escribirle.

Lo primero que ambas hacían todos los días era intercambiar saludos, pero aquella mañana Iratí no la había contactado. Iratí solía tener episodios de ausencia de los que volvía sin dar explicaciones. Desde hacía varias semanas ambas se habían hecho adeptas a visitar la nueva página de una compañía llamada *Un hombre en mi cama* a la que llegaron por la recomendación de Kokoro, una tercera conocida que les escribía desde Japón y se había vuelto aficionada a compartir fotos de hombres dormidos. Gran parte de las usuarias

de *Un hombre en mi cama* se pasaban imágenes bastante corrientes, extraídas como tesoros tras horas de buceo por internet; presentes que eran raras muestras de confianza viniendo de extrañas. En general, se trataban de imágenes de películas o de actores que fingían dormir en poses estéticas poco creíbles, pero hubo una que le llamó la atención más que las otras y la había guardado para contemplarla de vez en cuando.

Se trataba de un hombre de torso blanco y duro, profundamente dormido, con el rostro descubierto y volteado hacia la cámara. A sus espaldas, un espejo reflejaba las pecas de sus hombros y su cabello oscuro, grueso y revuelto. No era precisamente un tipo joven, pero aún tenía el cuerpo sólido de quien había madurado con actividad y con salud. Había algo de músculo en el pecho, pero también algo de sobrepeso; sin embargo, aun con media cara cubierta por la almohada y el resto oculto tras una de sus manos, se sabía con solo un vistazo que se trataba de un hombre que permanecería bello al menos una década más. Había descubierto que eso la excitaba y perturbaba profundamente. Por Iratí supo que se llamaba Renzo y que era un modelo de sueño, un *bello durmiente* profesional que cobraba a cambio de su contemplación. Por Iratí también se enteró de la existencia de un grupo de sueño llamado *Los narcóticos*, de los somníferos que consumían, de su cuarto oscuro donde ponían sonidos de pájaros marinos para arrullarse y de miles de cosas más.

A cambio de un pago en moneda electrónica, *Un hombre en mi cama* facilitaba un acceso un poco más exclusivo. Se podía ingresar a un servicio en línea que consistía en cámaras en vivo transmitiendo imágenes de hombres dormidos o adormilados en un letargo infinito, cuya placidez transmitía una indescriptible belleza. Esa mañana, mientras desayunaba únicamente café negro, le ordenó a la computadora una revisión rápida de las pantallas de sus sitios de interés: nutrición, muralismo, antropología, arreglos de casa, pero no encontró nada interesante, por lo que eligió mirar, como quien se abstrae en un paisaje placentero, la serenidad de los hombres dormidos.

No tenía prisa. La hora de la boda le parecía todavía muy lejana. Una de sus tareas pendientes era acomodar una pequeña biblioteca con libros de Ciencia Ficción de segunda mano, quería aprender por sí sola a colocar las estanterías, pero desde la mudanza aún no había podido hacerlo, porque cuando tenía un poco de tiempo libre dormía, o entraba a ver las novedades de *Un hombre en mi cama*. Tampoco había hecho nada para avanzar en la

escritura de su tesis doctoral ni había contestado los llamados de atención de su tutor para que apresurara su ritmo de trabajo.

Noa llevaba ya varios meses participando con *Los narcóticos* en sus maratones de sueño. La competencia consistía en tomar un somnífero potente, colocar un dispositivo con cámara, apuntando al rostro, y luego ingresar a un *en vivo* grupal, donde un programa conformaba un colectivo de personas distintas cada vez. Así, uno podía terminar durmiendo con gente de Singapur, Bali, Sudáfrica o Liverpool. Nadie conocía el idioma del otro, pero estaban poderosamente unidos por el sueño y, a su vez, por sus hábitos antes de dormir. Algunos se apretaban a peluches, bebían leche o se cubrían hasta las orejas con frazadas; algunos lloraban o murmuraban oraciones muy bajito, pero nadie dormía igual al otro. Vencía el que dormía más. En cuanto alguien recobraba la conciencia, el programa rápidamente lo sacaba del grupo, por lo que tenía pocos segundos para percatarse de con quien había dormido. Desde que era parte de *Los narcóticos*, decía Iratí, jamás se había vuelto a sentir sola ni se preguntaba si volvería a despertar junto a un hombre alguna vez.

El plan para ese sábado había sido igual que siempre: tomar una pastilla, poner en la pantalla del *Enterprise* a Renzo y esperar a sentirse soñolienta para ingresar al grupo. Ese ritual familiar le daba tanta alegría que se le aceleraba el corazón solo con pesarlo. Lo único diferente en esta ocasión era que debía despertarse una hora antes de la cinco, para la boda de Vera y que Iratí le había enviado unos sedantes que prometían más profundidad en el sueño, pero menos duración. Le dijo que iba a despertarse sin la sensación de que un bate le hubiera golpeado la cabeza, como solía pasarle con ciertas drogas. Noa había mirado con desconfianza el frasco en cuanto recibió el paquete. Venía caliente por el sol y escrito en un idioma irreconocible que podía ser holandés o alemán. Con una tienes al menos para cinco horas seguidas, le había dicho Iratí.

Tragó una y se tumbó sin sueño en el sillón que estaba colocado frente a la pantalla. Renzo descansaba en una poltrona al aire libre y en el lugar del mundo donde él se encontraba, empezaba a anochecer. Noa volvió a recorrer con la mente todos los asuntos que postergaba por dormir. Aún contaba con tres meses seguros antes de que se le acabara el dinero de la beca, pero estaba convencida de que estaba lejos de finalizarla, por lo que pediría una prórroga sin paga. Estaba a punto de recibir su primera penalización, pero la única cosa

en la que pensaba con fuerza era en cerrar los ojos, respirar profundo y abandonarse a la leche densa del sueño. Tampoco tenía actividad social. De todas formas, el descubrimiento de que la exposición, así fuese mínima, a los rayos solares era perjudicial para la vida humana, había cambiado radicalmente las formas de vida, por lo que ahora casi todo se desarrollaba en interiores y aquello que no podía ponerse bajo cubierta se lo dejaba morir calcinado. Los más fatalistas hablaban de la próxima evaporación de los ríos y de cuanta forma de agua se expusiera al sol. Cuando Noa se enteró, gastó, como muchos otros, demasiado dinero para ir a mirar por última vez el mar. Pero habían pasado más de cinco años y el mar persistía veleidoso y denso.

Se levantó a las diez de la mañana tras muchos intentos de coger el sueño. Se arrepintió de todo el café que había bebido en el desayuno. Hizo un cálculo, algo ajustado, de cuánto tiempo dormiría si el sueño le venía en la siguiente media hora. Supuso que Iratí no le había enviado el somnífero correcto. «No me hace nada la pastilla, nena», le escribió en un mensaje, «¿me tomo otra?». Había escuchado que algunas drogas tenían más efecto tomándolas con una bebida caliente. Se quedó mirando con fastidio los rostros aletargados de sus compañeros y supo que esa mañana no iban a tener la suerte de compartir sus sueños. Antes de redoblar la dosis de la pastilla, caminó descalza hasta la luz y volvió a espiar por la ventana la persiana de la vecina que ya se encontraba arriba.

Puso la palma sobre el vidrio y pudo comprobar que, al otro lado, la ciudad hervía. Nada en la calle parecía haberse movido, cristalizado por el tiempo detenido del calor. Contradictoriamente, en ese instante un grupo bullanguero de pericos hacía estallar el cielo con su parloteo colorado y verde. ¿Dónde se guarecerían? ¿Cómo se las habrían ingeniado para sobrevivir? Los canales del clima hablaban cada vez con más dramatismo de los peligros del sol, pero aún quedaban montones de personas que no tenían más remedio que salir. Era gente sin posibilidades. En cambio, ella había sido siempre una persona de sombra, una niña planta.

Cuando faltaban siete horas para la boda, empezó a sentir algo de sueño. Quemó el tiempo tomándose fotografías que le parecieron tristes y mirando dormir a Renzo, que ahora lucía un traje sastre, con el cuello de la camisa apenas abierto. Junto a él había una veladora con restos de licor en un vaso, algunos papeles revueltos y lentes dejados al descuido, como si se tratara de un

ejecutivo que perdió la conciencia en mitad de una tarea. Ella se tumbó, otra vez, en el sillón que estaba junto a la ventana, mirando a la pantalla. A su alrededor había dejado arremolinarse libros de sus últimas investigaciones acerca del antinatismo, un movimiento político que horrorizaba todavía a los más conservadores y que era parte de sus exploraciones sobre antropología. La conclusión, dijo en voz alta, muy bajito para que Renzo no la escuchara, era que ninguno quería permanecer mucho tiempo solo, aunque creyera que sí. Recordó un verso de una vieja canción de Leonard Cohen que solía cantar su padre: «*Everybody wants a box a chocolates and a long stem rose*», «todos desean recibir una caja de bombones y rosas de tallo largo». Con la mirada nublada pudo ver que la pantalla del *Enterprise* le avisaba de que Iratí le acaba de contestar el mensaje sobre los somníferos, pero perdió la conciencia antes de leer lo que le había respondido.

Aunque abrió los ojos, no pudo volver a la realidad. Sintiendo que se movía lentamente bajo el agua, intentó apagar la alarma del teléfono, pero las manos le fallaron y el aparato rebotó contra el suelo y fue a parar en medio del cuarto. Como pudo, se incorporó y dio varios traspiés hasta llegar al chorro helado de la ducha que dejó caer sobre su cuello. Se dio cuenta de que no se había sacado las medias, así que, sujetándose a las baldosas de la pared, se deshizo de ellas y las lanzó, empapadas, contra la puerta del baño. Mientras recibía el agua sobre su cara y con el corazón a mil, recordó que, por dormir, no había hecho dos cosas que su hermana esperaba de ella ese día. No había ido por el ramo de rosas blancas que Vera luciría como *bouquet* de novia, ni tampoco había revisado el estado del vestido azul pastel, que ella usaría como primera dama de honor.

Empapando el piso, avanzó por el pasillo hasta su dormitorio, donde un resbalón la hizo despabilarse un poco más. Antes de salir, con una coleta y un traje muy arrugado que le quedaba grande, recogió el teléfono que se había desarmado contra el suelo. De la comunidad de durmientes que la acompañaron durante su siesta, solo quedaban tres de los conocidos. Se había sumado ahora un mulato bastante joven, ese tipo de hombre flaco y anguloso que tiene muy marcada la nuez de adán. El muchacho dormía con la boca entreabierta. Detrás de su cabeza, se veía el cabello esponjado de una mujer que también dormía, dándole la espalda. Antes de salir, Noa se volvió a tomar una fotografía para sus archivos personales y se encontró horrible y

completamente inadecuada para una boda. Apagó la pantalla justamente cuando Renzo se desperezaba y salía de la fantasía de ser un ejecutivo agotado. Antes de que la cámara se apagara, durante un segundo, pudo ver abiertos sus ojos miel oscuros, aún con rezagos del sueño.

Detestaba pasar el rato con los amigos de su hermana porque le parecía que estaban siempre sobrexcitados. Hablaban con histrionismo y apasionadamente de causas que los exaltaban. Esta vez se los veía más sosegados porque no estaban presentes: habían contratado un servicio de carros que recorrían el parque sosteniendo pantallas con sus rostros. Pero ella sabía que, tras esos cristales con sus sonrisas amables y temperantes, se estaban muriendo de risa por lo de la boda con la acacia.

Su hermana se casaba simbólicamente con un árbol que estaba a la intemperie para demostrar la necesidad de tener más responsabilidad ambiental. Pero ese no era el primer activismo radical que había tenido en su vida. Durante los veinte años que habían vivido juntas la había visto levantar la bandera del vegetarianismo, luego del veganismo, luego de un movimiento extraño que sostenía que el cuerpo humano, para no gastar más recursos ambientales, podía sostenerse únicamente con vitaminas y agua. Había visto a su hermana desvanecerse en sus ayunos prolongados, de los que volvía aun más apasionada y más férrea. Fue por esa misma época, en que la cuidaba durante sus estadías en los hospitales, cuando empezó a encontrar ventajas en quedarse dormida. Envidiaba ferozmente a aquellas personas que eran capaces de perder la conciencia solo con encontrar donde apoyar la cabeza. Al principio le costó mucho tener la mente limpia, pero era cuestión de práctica como en cualquier otro ejercicio.

Cuando sus padres las visitaban, ambas fingían normalidad. Su hermana comía lo que le ponían delante y ella solo dormía las ocho horas de sueño aconsejadas. La vez en que su hermana Vera sugirió que tal vez tenía depresión o narcolepsia. Se puso furiosa porque ella se había mostrado siempre muy respetuosa con sus desordenes de comida, así que esas aseveraciones le parecieron una infidencia terrible que jamás le perdonó. Para demostrarle lo contrario decidió estudiar en un lugar lejano y oscuro donde no la molestaran por dormir. A su vuelta intentó convivir otra vez con su hermana, pero fue imposible: había sido remplazada por una pitbull de cinco meses llamada Katana.

La boda se llevó a cabo en un descampado entre el atardecer y la noche. Encontró a su hermana sola, un punto seco en medio de la tierra recalentada, rodeada de máquinas parlantes que exhibían los rostros de sus amigos de toda la vida. Inmediatamente después de que Noa llegara, aún soñolienta pero corriendo, la alcanzaron el ministro de la boda y un muchacho alto y pelirrojo que se notaba que jamás había llevado un traje en su vida. Todos se habían embadurnado de bloqueador a tal punto que uno de los amigos de su hermana, desde la seguridad de su pantalla, tenía pegotes en las cejas. Lo había hecho por solidaridad, pues estaba en su cómodo espacio climatizado y no como ellos, muriéndose de calor.

A falta de ramo, su hermana sostuvo entre las manos algo parecido a una planta de agua y le dedicó a Noa una larga mirada asesina que tuvo que dulcificar cuando el ministro le pidió que se pusiera al lado del árbol para empezar ya la ceremonia. Por un instante Noa habría podido jurar que en los ojos de su hermana había algo parecido al cariño. En el momento de preguntarle a la acacia si estaba de acuerdo con el enlace, se asumió que sí, porque en los días anteriores había reverdecido, en contraste con el pasto amarillento que la rodeaba y por el que ahora se movían los invitados. Su hermana comentó con discreción que en días pasados había solicitado la presencia de una médium vegetal para que estuviera presente en el matrimonio, pero por exceso de trabajo no había podido asistir.

Después de la boda, algunos periodistas independientes que habían estado esperando a que terminaran los vítores y las felicitaciones a la novia, se acercaron, con filmadoras y micrófonos, a hacer entrevistas a los invitados y conocer su opinión sobre las bodas con objetos, para un canal especializado en el tema. La mayoría de los amigos de Noa apagaron sus pantallas y pusieron a toda marcha los carritos que las sostenían, para que no les dieran alcance, aunque corrieran tras ellos. Dejaron una estela de pasto pulverizado entre las lomas del parque, que les provocó tos. Los dos que estaban presentes no pudieron huir, así que fueron empujados el uno contra la otra y tuvieron que hacer frente a las cámaras que estaban transmitiendo en vivo. A Noa le hubiera gustado tomarse una fotografía y documentar el momento, pero pensó que estaría mal visto.

—Una planta no es un objeto —empezó diciendo Noa con seguridad—. Lo que mi hermana desea hacer con este matrimonio transespecie es llamar a

la conciencia, a que se recuperen de los espacios abiertos las pocas plantas que quedan, en una tarea de acogida y rescate. Ahora ella y su esposo se mudarán a su departamento donde él recibirá la luz solar adecuada y toda el agua que necesite. Ella le habrá salvado la vida.

—¿Cree usted que se va a consumar el matrimonio?

No contestó a la pregunta del periodista bajito, que sudaba enfundado en una casaca de cuero.

—Les voy a contar una historia —intervino el chico pelirrojo al que ya había visto bostezar varias veces—. Vera no era dada, igual que nosotros, a pasear al aire libre. Habría que estar loco para hacer eso, ¿verdad? Nos hemos acostumbrado a hacerlo todo bajo techo porque afuera el mundo se está tostando como si fuera crispeta de maíz. Así pensaba ella hasta que una vez su perra Katana se escapó. No sabe cómo, si saltó del primer piso del edificio o si alguien le abrió la puerta de la perrera, pero lo cierto es que se perdió en la ciudad. Ustedes tienen que recordar aquella fuga masiva de animales de una de las arcas de custodia. Muchos aún continúan paseándose por ahí, sin saber a dónde ir. Bueno, parecido. Vera se puso a buscarla recorriendo las calles muertas en su bicicleta, tan rápido como pudo. Se quemó la piel de los brazos y hubo que internarla, pero en ese momento no le importó porque sabía que su perra podía morir. Por la noche encontró a Katana en una comunidad de gatos salvajes, exhausta, acostada al pie de este árbol, en este parque. El árbol estaba entonces muy débil para ser transportado, pero por gratitud, Vera vino a verlo a diario y poco a poco se dio cuenta de que sentía algo especial por él. Lo conversó con su familia —el pelirrojo, que tenía el labio lleno de sudor, dedicó una mirada muy seria a Noa— y todos estuvieron de acuerdo en que lo rescatara. Vera, impulsiva como ha sido siempre, decidió ir un poco más allá y casarse con él.

—Es una bella historia de amor —concluyó el periodista conmovido.

Hizo que se pusieran al lado de los novios para unas últimas fotografías. Noa les pidió también, discretamente, que le hicieran una, sacando a su hermana y a su esposo del cuadro y dejándolos solamente a ella y al pelirrojo, sonriendo.

El traslado de la planta desde el parque hasta el departamento se demoró mucho. Aunque los dos obreros, forrados hasta las narices, ya tenían las medidas calculadas, más de una vez temieron que el novio fuera a dar por

tierra. No hubo carroza nupcial, sino un auto alquilado con una capa de aislante, en el que subieron Vera, ella y el pelirrojo, que aprovechó para echar un par de cabezazos apoyado en la ventana. Viajaron en silencio por la ciudad deshabitada y seca. El asfalto se había cuarteado en algunos sectores por lo que avanzar por las avenidas desiertas era lento e irregular. De tanto en tanto, se veía a lo lejos alguna persona corriendo a toda velocidad, intentando estar a la intemperie el menor tiempo posible.

Para soportar un poco el silencio tenso, Noa puso su mano sobre el dorso de la de su hermana.

—Felicidades —le dijo con toda la emoción de la que fue capaz.

Vera tardó un poco en responderle, pero luego le agradeció entre dientes, por lo que Noa asumió que sus disculpas fueron aceptadas.

Cuando llegaron al edificio, ya los esperaban en el *lobby* los amigos-máquinas de su hermana que seguían dando muestras de la mejor educación y paciencia. Conversaban con otros invitados reales de la ONG a la que Vera pertenecía, aguardando la llegada de los novios. Cuando subieron al departamento, delicadamente decorado de blanco, Vera ya tenía preparado, justo en el centro, un enorme agujero con tierra para colocar la acacia. Junto a él, Katana, la perra blanca, se movía nerviosamente en círculos. En cuanto ingresaron, Vera le dijo a Noa, discretamente, si la podía ayudar a repartir bebidas para los invitados. Noa no pudo negarse, aunque empezaba a sentirse extenuada y la somnolencia había vuelto.

Le sorprendió encontrar al pelirrojo, desplomado en el mesón de la cocina. Dormía con la cabeza sobre los brazos, aún ataviado con la chaqueta elegante, color crema. Tenía unas suaves pecas sobre la nariz y el mismo sudor delicado de su labio superior empezaba a aparecer en el arco de las mejillas, dándole un aire infantil. Las copas le temblaron en sus manos porque empezó a presentir que iba a hacer algo excitante que no tendría vuelta atrás. Desocupó las manos y con un movimiento rápido y seguro le tomó unas fotos al hombre, tragando saliva y sintiendo un mareo nervioso. Cuando subió las fotos al grupo de *Los narcóticos* anunciando una primicia, sintió la garganta seca y tomó varios tragos largos de la botella de vino, procurando calmarse. En su agitación, tiró la bandeja con las copas al suelo y el hombre se despertó sobresaltado. La miró como si fuera la primera vez que la viera, mientras otros

invitados ingresaban curiosos en la cocina. Afuera, sonaron aplausos de celebración y alguien gritó: «Vivan los novios».

Vera se había quitado el vestido de novia y lo había remplazado por un overol que tenía en el pecho unas manchas de tierra. Por segunda vez ese día, volvió a fulminar a su hermana con la mirada. El hombre de las pecas, al verse rodeado por espectadores, se puso de pie y se acercó como pudo a Vera. Le dijo algo al oído antes de desaparecer por la puerta, aletargado. Ella anunció que su amigo acababa de llegar de Dubai y estaba aún desorientado por el viaje. Le había pedido el dormitorio para descansar unos minutos antes de volver a unirse a la fiesta. Alguien hizo una broma por lo de la bandeja caída y después volvieron a la reunión porque Katana había empezado a ladrar.

Vera le impidió el paso antes de que pudiera salir de la habitación. Furiosa, la sujetó por los hombros y la sacudió, reclamando su atención. Hacía rato que Noa revisaba los mensajes de su celular con una media sonrisa.

—¡Eres un desastre, Noa! —le dijo—. He tenido que sostener durante toda la boda un alga muerta y no un ramo de flores decentes, por tu culpa. Ahora quiebras todas esas copas alquiladas. Vas haciendo idioteces, muerta de la risa y nada te importa ¿Qué te pasa, Noa? Te he pedido que por una vez en tu vida te arregles bien y vienes a mi matrimonio como una vagabunda adicta, ¿sigues tomando esos somníferos sin prescripción? Espero que el maldito brindis lo hagas bien. El pobre Boris no va a poder hacerlo: acaba de volver de un viaje larguísimo para ver el mar por última vez y está agotado.

Noa pestañeó fuerte y movió la cabeza. No podía concentrarse ni podía escuchar lo que salía de los labios de su hermana, solo oía balbuceos. Tras beber licor directamente de la botella había empezado a sentirse aturdida. Una sensación fría, parecida al desmayo, se deslizaba por dentro de su laringe, hasta sus pies, que se habían vuelto blandos. Tuvo que colocar el celular sobre la mesa porque sintió que se le escurría de las manos. Buscó eco de su incomodidad en los ojos de Vera, pero seguían duros y furiosos.

—Haré el brindis —repitió lentamente, dándose una orden a sí misma.

—Más te vale —añadió Vera—. Y haz el favor de poner los restos de esos vasos rotos donde la perra no pueda cortarse las patas.

En cuanto Vera salió de la cocina, Noa tuvo una corazonada fatídica. Avanzó con malos pasos sintiendo como los cristales se troceaban bajo sus

suelas con un sonido crujiente. Buscó con dedos temblorosos el mensaje de Iratí que acababa de llegarle. Saludaba, contaba que estaba en alguna zona del Mediterráneo. Le deseaba buenos sueños, advertía del peligro de tomar más de dos píldoras en menos de doce horas y hacía hincapié en no beber alcohol. «La muerte es otro sueño que no deseamos conocer aún», añadía en un lance poético. También le preguntaba por la foto del pelirrojo elegante, *Los narcóticos* estaban delirando por la novedad. Iratí, además, le anunciaba una primicia. Tenía fotos de bellos turistas velludos descansado bajo un sol dorado, pero las subiría cuando tuviera mejor señal de internet.

Aterrada, Noa hizo una revisión del estado de todo su cuerpo, pero no halló nada parecido a la muerte, más bien un cansancio gélido que apenas le permitía seguir en pie. Tomó el celular otra vez y, para no dejarlo caer, lo colocó entre el sujetador y sus pechos. Supo que había empezado a sudar en el centro de su cuerpo. Agarrándose de las paredes blancas, avanzó como si anduviera bajo el agua de una piscina hasta dar con la puerta de su antiguo dormitorio. Sobre la cama, que alguien había arreglado con pétalos amarillos como un lecho nupcial, el hombre pelirrojo descansaba bocarriba con un seductor sueño profundo. Seguía usando aún el saco fresco de lino mostaza y había alzado el brazo derecho sobre su cabeza para estar más cómodo. Noa lamentó no tener fuerzas para tomarle una nueva fotografía.

Sin saber qué hacer con claridad y con una sensación de plomo glacial derritiéndose sobre sus hombros, Noa se descalzó y avanzó rápidamente hasta la cama. El cuerpo del hombre ocupaba casi todo el espacio central, pero se las ingenió para colocarse muy cerca de él y respirar su aliento, que encontró bastante agradable. Por lo que podía escuchar del mundo exterior, su hermana anunciaba que en breve harían el brindis de boda, pero fue interrumpida por Katana, que había intentado orinar reiteradamente en el novio. Algún invitado había espantado a la perra con insultos y alguien más insistía en que esas no eran maneras de tratar a los animales, que tenían derechos.

Noa, con los ojos vidriosos por el sueño, pensó que así de cerca, casi bizqueando, el pelirrojo se parecía mucho a Renzo, por la nariz alargada y el dormir pesado y silencioso. Se acomodó mejor, a pesar de que sabía que estaba aplastando los pétalos que formaban el corazón nupcial. Con sus últimas fuerzas, colocó la cabeza sobre el pecho duro de ese hombre extraño. Escuchó los latidos de su corazón tranquilo y adormilado. Después, se

abandonó completamente en él, tomando los ladridos y los gritos que venían de la reunión como un arrullo.

* * *

¿Un futuro sin mujeres? Con la ciencia ficción latinoamericana, y más aún con la ecuatoriana, sucede lo que pasa con los otros géneros de la imaginación fantástica: hay una ausencia de tradición que los autores debemos suplantar usando creatividad. Por ejemplo, me gusta mucho suponer tradiciones o inventarme tradiciones porque de esa manera no me siento tan sola en lo que hago cuando imagino el futuro. Cuando se trata de mujeres es más grave todavía porque basta tomar cualquier antología de relatos de ciencia ficción para constatar que nuestro género no ha tenido posibilidades para idear con libertad y no es porque se nos haga difícil la ciencia como afirmaban ciertas antiguas teorías reduccionistas, sino porque hemos estado sobreviviendo a nuestro presente donde apenas si teníamos espacio para pensar en nosotras mismas mientras cuidábamos de la familia humana. Ser mujer y hacer ciencia ficción era una doble rareza, como venir de Venus, ¿así no lo afirmaba ese pseudolibro de antropología donde se insistía en que éramos incapaces de leer mapas pero a cambio éramos tiernas y sinceras?

Como no puedo imaginar un futuro sin mujeres, soy nieta de Angélica Gorodischer y de Rosario Ferré, dos enormes escritoras que en su tiempo los críticos dijeron que escribían cosas fantasiosas, ergo, luego denominaron ciencia ficción. También, entre mi parentela tengo a Silvina Ocampo, a Alicia Yánez Cosio y a muchas narradoras más, anónimas e indeterminadas. Para mí, la ciencia ficción es un lugar inédito donde nosotras podemos imaginar cómo sería no ser manipuladas, estetizadas, victimizadas y violentadas todos los días; donde podemos elegir no pertenecer a un sistema familiar tradicional y no estar obligadas a reproducirnos si no queremos; un territorio sin límites donde ni siquiera debemos elegir un cuerpo sexuado para existir. Creo que si la Ciencia Ficción es el género donde se potencian nuestros miedos, también es el género donde se siembran nuestras esperanzas. Desde donde estoy puedo ver el futuro y es también femenino.

# FRACTURA

Ramiro Sanchiz (Uruguay)

Me habían dicho que había un rincón de Lima, en el barrio que toca el borde del domo al norte, donde todo lo que se había perdido en la vida podía aparecer. En la vida de cualquiera; aparecer una mujer, un hombre, una madre, un abuelo, un libro, un juguete. Y que quien lo encontrase allí jamás volvería a perderlo —al menos mientras el domo se mantuviese en pie—. Esa era la leyenda, esa suerte de duda y esperanza inquebrantable, y si bien los motivos fueron oficialmente otros, yo supe que viajaba a Lima para saber la verdad, para propiciar mi reencuentro.

No recuerdo quién me lo contó, pero sí que no lo creí, que me acordé del Orlando furioso y de Charles Fort y que por mucho tiempo olvidé la historia —hasta que la encontré una vez más, aludida también como algo contado por un extraño de identidad imposible de precisar, en un libro de William Burroughs—.

Era la edición Minotauro de sus diarios y cartas, muy mal traducida y con una portada memorable; me lo había prestado Emilio Scarone poco antes de su desaparición y lo guardé durante años sin leerlo, no sé bien por qué. Pero cuando llegó la invitación para pasar unos días en Lima (yo había publicado una novela allí y había que presentarla) decidí que era tiempo de leerlo. Busqué las entradas dedicadas a Lima, fechadas entre 1951 y 1954, y allí apareció la historia: el rincón oculto por caseríos altísimos, callejones y escalinatas, las sospechas, las estafas. Porque Burroughs no encontró nada, ni a nadie; y yo solo podía pensar en lo que había perdido a los nueve años.

Un juguete. Un soldado de plomo.

Durante mi niñez pasé los veranos con mis abuelos, en Punta de Piedra. Solíamos dejar Montevideo el 7 de enero y regresar los primeros días de

marzo para que yo empezara las clases. No sé exactamente cuándo empezó esa costumbre, ni si me llevaron allí de bebé, de niño pequeño, o ya de un poco más grande. Lo cierto es que no tengo recuerdos tan tempranos; me represento siempre como un niño de ocho años o poco más, y tampoco puedo establecer una cronología clara que me permita saber qué pasó en 1987, en 1988, en 1989. Más adelante, y más cerca de mi adolescencia, esto cambia y aparecen momentos que soy capaz de datar con precisión, pero hasta cierta fecha no hay sino un verano único, inmenso, un cuerpo sobredimensionado que respira en lo más hondo de mi memoria como un gigante dormido. En cuanto a la frontera, a ese verano que sí reclama un lugar en el orden del tiempo, no puedo sino suponer que algo especial debió ocurrirme, un hecho capaz de separar el cielo y la tierra de mi tiempo personal, pero no puedo señalar qué fue.

Solo sé (porque la fecha la aportaron mis padres) que cerca de esa frontera, en 1988, con mis nueve años cumplidos tres meses atrás, nos visitó durante una semana de febrero el tío Hilario, hermano de mi abuela. Ese verano yo había decidido dormir solo, en el garaje, y no en la habitación principal de la casa, junto a mis abuelos. En la familia le decíamos garaje porque ese debió ser su propósito original, pero mi abuelo no guardaba allí su camioneta, sino que el lugar era usado más bien como depósito de cosas más o menos inservibles: faroles, calderines, cañas de pescar y todo tipo de herramientas. De las dos camas que había allí elegí la más alta, la de colchón más duro, pero después debí dejársela a mi tío y conformarme con la otra, de frazadas verdes y colchón gastado y deforme.

Pero ni la visita de mi tío, ni la cama incómoda, lograron distraerme de mi principal obsesión de ese verano. Frente a la casa de mis abuelos había un baldío con una construcción abortada, una casa incompleta y en ruinas; como mi abuelo decía siempre que estaba habitada («infestada») por murciélagos, yo había decidido que tenía que explorarla. Unos días antes de la llegada de mi tío, convencí a Marcos, el hijo de los vecinos, de entrar a aquella casa. No fue fácil reunir el valor necesario, pero una vez franqueada la puerta y accedida la sala (que era la única, supimos después, que se mantenía entera, con sus paredes y su techo) confirmamos lo dicho. El lugar estaba lleno de murciélagos: algunos pequeños, arracimados en los ángulos del techo, y otros mucho más grandes, pegados a las paredes con las alas abiertas. Marcos huyó

de inmediato, pero yo me aguanté. Recuerdo que respiré hondo (como había leído por ahí que había que hacerse en esos casos) y seguí caminando, despacio, para no despertar a los murciélagos.

Nunca hubiese imaginado lo que iba a encontrar. En una de las habitaciones del fondo había un montón de trapos tirados contra un rincón y rayados en una de las paredes: esquemas y dibujos que apenas pude descifrar en la semioscuridad. El olor a orina y a mugre era fuerte, pero no tanto como para asquearme; me costó entender que entre los trapos había un hombre, un pichi, un bichicome, como se decía en casa. De hecho, fue él quien llamó mi atención:

—Gurí hinchapelotas —murmuró, o algo por el estilo, mientras se desanudaba de aquellos trapos.

Recuerdo que quedé completamente paralizado por la sorpresa y el miedo. Él debió notarlo, porque enseguida trató de calmarme.

—No pasa nada, botija, quedate tranquilo —dijo, pero seguramente notó que yo estaba temblando porque, tras revolver en el amasijo de trapos, me tendió algo pequeño y metálico.

—Tomá, botijita, es para vos.

Agarré lo que me daba y salí corriendo sin pensar en los murciélagos o en las paredes derrumbadas; me encontré de repente bajo el sol, atravesando el baldío que rodeaba la casa abandonada.

Ya bajo uno de los árboles de nuestro jardín miré lo que tenía en la mano. Era una figura de plomo de no más de cuatro centímetros de alto, que representaba un soldado de las guerras napoleónicas. Estaba despintando casi por completo, pero retenía algo de pintura azul en la casaca y otros colores, más gastados, más alejados del original, en las bandas y las botas. Creo recordar, además, que conservaba algún rastro de dorado en las gafas y en los cables de la mochila. Me lo guardé en un bolsillo y corrí a buscar a Marcos.

Más tarde ese día decidí no contarle a mis abuelos lo que había pasado. Si me preguntaban por el soldado, pensé, podía decir que lo había encontrado por ahí, en la playa o en la cuneta de algún vecino. Ya de noche, esa historia de encuentro azaroso empezó a parecerme no solo insuficiente sino más bien evidentemente falsa, y decidí que la única opción viable era esconderlo.

En el garaje había un armario empotrado en una de las paredes. Como la casa la había construido mi abuelo, abundaban las desprolijidades de diseño y confección, entre ellas aquel armario, apenas un hue-co de forma prismática donde habían sido instalados cinco estantes y una lámpara contra la pared del fondo. Esa lámpara no tenía interruptor, así que para prenderla o apagarla teníamos que girarle la rosca, enfundando la mano en un trapo para evitar quemarnos si llevaba ya un buen rato prendida. Pero la rosca era defectuosa, así que había que trabajarla para buscarle el yeite, como decía mi abuelo, y eso demandaba exponerse a las quemaduras. Por esa razón, mi abuela detestaba aquel armario y terminó siendo usado solo para cosas que mi abuelo no necesitaba pero que no quería tirar: herramientas más viejas, más rotas o más innecesarias, además de cajas con revistas de hacía décadas (*Andanzas de Patoruzú, La pequeña Lulú, Lorenzo y Pepita*) que yo de vez en cuando me ponía a hojear. Era, entonces, el mejor lugar para esconder al soldado. Esa noche me levanté de la cama y le busqué un lugarcito entre las cosas que juzgué más improbables de ser examinadas.

Pero me equivoqué. La primera noche de la estadía de mi tío, apenas me fui a acostar al garaje, lo encontré sentado ante el armario y revisando la caja de las revistas. Estaba feliz y se reía a carcajadas a medida que avanzaba por aquellas páginas. Pensé que si se conformaba con aquello y dejaba de revisar yo podía quedarme tranquilo, pero no pasó así. Como si el juguete lo hubiese llamado mediante alguna frecuencia subsónica o algún complicado sistema de ondas neuronales, el tío Hilario avanzó determinado y seguro hacia el escondite. Tomó el soldado, lo sostuvo ante su mirada deslumbrada, se levantó y lo examinó de nuevo bajo la luz de la portátil de su mesa de luz. Con la mirada clavada en mi cara de desesperación, llamó a mi abuela.

—¡Clarita, Clarita, vení!

Resultó que había recordado al soldadito como un regalo de navidad que le había dado su padre, perdido desde hacía décadas y que justo ahora había hecho su aparición, en el lugar menos pensado. Mi abuela se encogió de hombros; le dijo que ella no tenía la menor idea acerca de qué le estaba hablando, que nunca había visto ese soldado. El tío se enojó un poco —o hizo como que se enojaba— y, después de que mi abuela se fue, me hizo una guiñada, se sentó en la cama y empezó a contarme la historia del soldado y otras tantas cosas —guerras, ingenios militares, imperios— que no me

interesaban. Sabía que había perdido mi soldado y aquello me molestaba muchísimo; supongo que me había encariñado —por no decir obsesionado— con él.

En cuanto al pichi, nunca más se lo vio en la casa abandonada o en todo Punta de Piedra. Cuando logré reunir el valor necesario para volver a aquellas habitaciones, ya no estaba. Los murciélagos, por supuesto, seguían allí.

El tío Hilario murió en 2001, diez meses antes del accidente de Agustina. Había padecido el mal de Alzheimer durante sus últimos años y sus hijas no tenían dinero para internarlo, de modo que pasó varias temporadas al cuidado de familias que lo aceptaban por pocos pesos. Mi abuela no quiso intervenir, pero mi abuelo, en secreto, se encargó de que en los peores momentos al menos hubiera algo de dinero para pagar pensiones y acompañantes. Había allí, por supuesto, eso que llaman un drama familiar, pero jamás logré precisarlo. Mis primos y sus madres emigraron y, además, jamás nos llevamos bien. Ahora no hay a quién hacer las preguntas.

Pero yo nunca olvidé aquel soldado.

Unos días después del entierro de Hilario, mi abuela me pidió que la llevara a la antigua casa de su hermano, abandonada desde hacía bastante tiempo y que —supe después— ella mantenía (al menos a nivel de gastos impositivos) con esos ahorros cuya procedencia jamás pudimos comprender. Manejé la vieja camioneta Grumett de mi abuelo hasta el barrio de Melilla y entré a aquella casa junto a mi abuela. Era una tarde nublada, inhóspita, de la que recuerdo el viento seco y cortante que levantaba las hojas de otoño y el polvo en aquel fondo deshauciado. Mi abuela estaba buscando algo, notoriamente, y yo la dejé hacer. En algún momento se puso a husmear en un galpón de herramientas que había en el fondo y yo aproveché para entrar a lo que había sido la habitación principal de la casa: el cuarto del tío Hilario. De niño, cuando íbamos de visita, mi tío me dejaba leer sus libros —todos guardados en una estantería tipo vitrina que abría solo para mí— y yo disfrutaba pasando las páginas de una vieja enciclopedia de tapas verdes. Me gustaba especialmente la entrada sobre los dinosaurios, llena de complicados diagramas taxonómicos que, me parecía, representaban el verdadero orden del mundo. Había también densos capítulos sobre la historia de las civilizaciones, y recuerdo una imagen —un grabado que parecía especialmente antiguo— del levantamiento del domo de Lima, con los grandes sacerdotes incas alzando

sus manos al cielo y condensando en el aire la materia cristalina de la que estaría hecha la gran construcción.

La habitación había sido arrasada, supuse que por mis primos y sus madres. Los libros habían desaparecido, y con ellos las otras colecciones de mi tío: autitos, dirigibles de guerra, monedas de diferentes países del mundo, libros de sellos, álbumes con fotos de sus viajes. Y justamente en ese momento pensé en el soldado y recordé tantas ocasiones en que lo había buscado entre las cosas de mi tío. Apenas me cansaba de los libros empezaba a mirar las otras cosas del armario —yo estaba solo en el cuarto, mi tío cocinaba y charlaba con mis abuelos mientras su esposa se reía de la TV y mis primos todavía no llegaban—, pensando siempre que era rarísimo y sospechoso que —dada toda aquella alharaca del regalo de mi bisabuelo— el juguete no hubiese terminado ahí, expuesto junto a los tantos tesoros cuya procedencia y significado el tío Hilario no se cansaba de explicarme cuando volvía a su cuarto para llevarme un vaso de coca y varios pedacitos casi cúbicos de su especialidad, la pizza chiena con salame, longaniza y panceta.

Esa última vez fue mi abuela la que entró a la habitación, sin la coca y sin la pizza chiena. Era evidente que había llorado, pero no dije nada. Cerramos todo y subimos a la camioneta. Ella llevaba algo en una bolsita, yo volvía con las manos vacías.

Después de esa última incursión a la casa de mi tío Hilario, no volví a pensar en el soldadito hasta casi dos años después, cuando pasé unos días solo en Punta de Piedra, después de la muerte de Agustina. La imagen de mi tío revisando las revistas y encontrando el soldado se volvió recurrente, y recuerdo que la segunda noche, no sé si especialmente borracho o pasado de porro, me descubrí haciendo algo que podría describirse como una reconstrucción de la escena. Había decidido dormir en el garaje, no en la habitación principal, y estaba recostado en la cama sin taparme, ni ponerme el piyama aún, mirando al armario después de haber prendido la lamparita y dejado abierta la puerta. Era como si quisiera fracturar el aire y hendir el espacio para arrancar de allí la ausencia de mi tío, pero en realidad, entendí, la ausencia que me importaba era la del soldado. Y fue en ese momento que empecé a preguntarme por qué. Qué podía significar aquello, qué evidente cualidad de símbolo había podido poseerlo. Gente desaparecida no había faltado en mi vida: mi abuelo había muerto, igual que mi tío Hilario; de mi

amigo y maestro Emilio Scarone no se sabía absolutamente nada más allá de unas cuantas hipótesis (que le habían diagnosticado un cáncer incurable y se había suicidado en algún lugar remoto e inaccesible, que estaba recorriendo el mundo bajo identidades falsas, que había sido abducido), y Agustina había muerto en un accidente de carretera lejos de Montevideo. Pero yo solo volvía a aquel soldadito que me había regalado un pichi como parte del extraño final a una incursión preadolescente a una casa abandonada infestada por murciélagos. Y pensé, ya en los últimos días de aquel verano en Punta de Piedra, que en el fondo no somos un enigma sino un nudo de espuma, imposibilitado de cualquier cosa diferente a desaparecer ante el primer intento de desenredarlo; que no tenemos profundidades, ni abismos; que nuestra identidad y memoria es, en el mejor de los casos, una ilusión; que cualquier «explicación» a la que pudiese llegar sería apenas una ficción y que, por lo tanto, lo mismo me valía volver a Montevideo y ponerme a escribir cuentos o novelas.

Y eso me sirvió, por un tiempo.

Pero, a partir de la espuma, y más allá de cualquier intento que podamos hacer de organizarla (en un jardín, un castillo, una catedral), a veces el simple azar nos regala otra cosa: un cristal, una joya, un resplandor inasible y póstumo. Así, lo que encontré en Lima no fue el soldado de plomo sino algo que, sin duda, guarda las apariencias de otro acertijo y otra respuesta.

La invitación al viaje llegó después de que se confirmara la publicación de mi última novela por una editorial limeña. Iban a pagarme el pasaje y la estadía, y yo tendría que arreglarme con los gastos que tuviera allá, excepto por un par de cenas y los desayunos. Eran apenas cinco días, y la gente de la editorial y algunos escritores limeños que habían leído mi novela me propusieron un pequeño *tour* por los lugares más relevantes, especialmente desde un punto de vista literario.

El viaje, no sé por qué, fue más largo de lo que esperaba, supuse que debido a las dificultades del cruce de la cordillera. Al mediodía el piloto anunció se aprestaba a iniciar el descenso, y yo me entusiasmé con la idea de ver el domo desde lo alto. Pero de inmediato sonó una grabación en la que una voz de tono militar estipulaba que las «regulaciones» disponían que las ventanillas fueran opacadas para que fuese imposible ver el domo. Pensé que era una estupidez imponer algo así, y le pregunté a una de las azafatas cuál era

la razón de esas regulaciones. Me contestó que el efecto óptico de la luz sobre la cara externa del domo era complejo y no solo volvía imposible ver gran cosa en detalle sino que se corría el riesgo de perder la visión temporalmente. Como si aquello, pensé, fuese demasiado luminoso o demasiado bello para los ojos humanos. O, al menos, para los ojos humanos desde una perspectiva que no les era natural.

—¿Y los pilotos cómo hacen? —pregunté—. El aeropuerto está lo suficientemente cerca del domo como para que corran riesgo de…

La azafata me sonrió, como a un niño preguntón y algo impertinente, y siguió adelante.

Después me quedé dormido; el sueño no pudo durar más de veinte minutos, pero sí estuvo hecho de imágenes que después se me antojaron vinculadas por una narración. Yo estaba en Lima, en un hotel muy sucio y venido a menos, y sentía frío y hambre. Salía de la habitación y recorría pasillos desiertos, de paredes descascaradas, manchas de humedad y puertas que se abrían a habitaciones vacías. En algún momento miraba por una ventana: toda la ciudad estaba destruida, en ruinas, como si una batalla terrible o un bombardeo hubiesen acontecido allí tiempo atrás. Y una voz —la voz de mi tío Hilario— retumbaba por todas partes: qué vas a hacer ahora, decía, con este fantasma cuando todo cae en pedazos.

Me despertó el aviso del piloto: habíamos aterrizado y se nos daba la bienvenida al aeropuerto internacional del Callao. Las ventanas seguían cubiertas.

Yo jamás había visitado la ciudad, pero conocía muy bien los diarios de Burroughs y, por lo tanto, manejaba algo como una impresión de segunda o tercera mano. Pero eso, por supuesto, no significaba nada; del mismo modo, ningún vaguísimo dato histórico que yo pudiera recordar podía ofrecerme una intuición sólida de lo que podría descubrir allí. Es decir: más allá de los poderes (los presuntos poderes) de la literatura, ningún video, ni fotografía alguna —dicen que hay una explicación científica para esto, que todo tiene que ver con la luz, la interferencia y no sé qué otros asuntos de mecánica cuántica— pueden acercarse siquiera a un uno por ciento de la impresión que ofrece la luz solar filtrada por el domo (por lo que, entendí, la azafata tenía algo de razón).

Apenas atravesé el túnel que conecta el aeropuerto con la ciudad cubierta, sentí un golpe a mis retinas o a mi nervio óptico. Primero todo me pareció un amasijo gris, después empecé a distinguir los colores o, más bien, la huella o la vaga presencia, disuelta, difusa, de los colores. Ciertos azules, ciertos amarillos oscuros que se repetían. Y, por encima de lo que cabía pensar como el color «real» de las cosas, estaba el efecto de aquella luz. Podría describirse quizá como una sustancia líquida que había cubierto las superficies de la ciudad, a modo de pátina, para evaporarse quién sabe hacía cuantos siglos y dejar un complicado residuo cristalino, una suciedad intrincada, un desgaste que parecía estar a la espera de que alguien le dedicara más de cinco segundos de contemplación. Era como si se hubiese activado la trampa de un insecto o de una planta carnívora, que atrapaba la mente y empezaba a inocularle lo que fuese —un estado de ánimo, la opacidad del aire, el destino de los incas— que dominaba aquellas cosas y que manaba, como lentas cataratas, del domo traslúcido.

A mi lado había una pareja de turistas argentinos. Es como si siempre estuviera nublado, dijeron, riéndose. Pero yo estaba muerto de miedo.

Esa sensación perduró. Traté de disimular, de inventar respuestas más o menos simpáticas o ingeniosas para cuando me preguntaban qué me parecía Lima y qué pensaba de la ciudad en el tiempo que llevaba allí, pero mi miedo debía verse en mis ojos, porque sentía que a nadie le satisfacían mis respuestas. Bueno, decían, es que tampoco hace tanto que estás, todavía tienes mucho por ver. Yo asentía y temblaba.

Pasé mucho tiempo escuchando las historias de mis colegas. Me hablaron de la comida local, de los escritores ilustres que habían vivido en Lima, de la historia fabulosa de los incas. Los que se habían ido a las estrellas y los que habían vencido a los españoles, pero también de los otros indios, los que pactaron, después, con la dominación. Y me hablaron de la interminable construcción de Lima bajo un domo que empezaba a quedarle chico, la manera en que la ausencia de luz estelar congelaba el destino de todos quienes viviesen allí. Tecnología kármica de los incas, repetían, y yo tomaba nota o fingía tomar nota.

Traté de llevar un diario, pero el impulso duró poco. Llegué a anotar, eso sí, algunas ideas e impresiones sobre las construcciones que tocaban el domo, en particular las puertas inmensas por las que pasaba el Rímac —río de reyes,

podía leerse sobre ellas en diferentes lenguas y alfabetos, de aguas cristalinas y torrente poderoso— y los múltiples niveles de viviendas por los que todavía crecía la ciudad, tanto en Los Olivos como en La Molina y en San Juan de Miraflores. Recuerdo que me llamaron especialmente la atención los escasos transportes de tecnología inca (los incarrodados), tirados por las últimas bestias mutantes criadas antes de la partida; recuerdos mermados de una raza de camélidos gigantescos que ahora solo pueden verse en los complicados dioramas del Museo de Historia Natural. Del mismo modo, aquellos transportes me hicieron pensar en una máquina compleja que se había despedazado y que manos menos aptas volvieron a ensamblar, sin saber exactamente lo que estaban haciendo, manipulando confusamente planos reconstruidos por manos no menos ignorantes que las suyas, mirando con asombro las piezas de sobra y las piezas redundantes, piezas de aquel tiempo de cristales cargados de éter oscuro y éter luminoso y también las de este siglo XXI, de plástico y cartón.

—Todo en Lima aguantará así, precariamente, hasta que se caiga el domo —decían mis colegas.

Al rato escuchamos un estruendo, como si un trueno se sostuviera en el aire por casi medio minuto.

—¿Quién sabe? A lo mejor esta noche.

Les pregunté qué pensaban que pasaría si el domo se venía abajo. Nadie sabía exactamente de qué estaba hecho y, por lo tanto, no había manera de anticipar si esa sustancia se desharía en pedazos al caer y sepultaría la ciudad entera. Había quien creía que una vez anulada la integridad estructural del domo, sus partes, piezas o fragmentos se volverían inmateriales, sutiles.

Parecían resignados.

—Y después está el asunto kármico —dijo mi editor—; el domo bloquea la influencia de las estrellas. Cuando no esté, el destino nos va a agarrar a todos. Vamos a tener que pagar.

Supongo que estábamos bebiendo demasiado. No me gustó el trago que ofrecían en todas partes —ácido y con gusto a huevo—, pero en un bar del centro (allí donde, escuché, la altura máxima del domo hace que el efecto kármico alcance su máximo y la mente se vuelva tan propensa a la claridad, tan libre del yugo de las estrellas y del peso del mundo, que basta con pensar

detenidamente por cinco o diez minutos para alcanzar una epifanía, una iluminación) probé un cóctel llamado chilcano de guinda, a base de pisco y ginger ale, que me gustó más y que empezó a alegrarme. Mis colegas, mi editor y otros amigos que se habían sumado a la velada, parecían esperar que yo dijera o hiciera algo, que esos efectos legendarios de la ciudad y su domo terminaran por estallar en mí.

—Tú ahora estás libre del yugo. *The yoke of inauspicious stars*, como cantó el bardo. Poco a poco eso te va a cambiar, uruguayo.

En realidad, no sé qué pasó. Hablamos de poesía, de las señales de las naves incas, de los tirados que habían permanecido en la Tierra y se habían vuelto un pueblo menguado y empobrecido, que ya no era capaz de recordar la época de las grandes máquinas. Me sentí europeo, es decir un intruso en un mundo de esplendores diseñado por y para seres superiores; pero después se me pasó. Empecé a hablar de Burroughs (soy medio que un experto en Burroughs, dije), de su Tratado de las puertas y del Diario. Finalmente sentí que aquello salía de mis pulmones, de detrás de mis pulmones, de las cavidades de mi pecho y, como si pudiese recorrer esas distancias volviéndose una maraña de filamentos que yo terminaba por toser, escupir o vomitar, vueltos aire al brotar apenas de mi boca, me encontré preguntando por ese rincón del muro norte donde uno encuentra todo lo que perdió en la vida.

Nadie sabía nada o nadie admitió saber. No al principio, pero el tema, sin embargo, se prendió a la conversación. Con el tiempo y el pisco los presentes se pusieron a contar qué habían oído, qué cosas habían sido descartadas como leyendas y a quiénes indagaron en las fuentes. De las historias de Burroughs pasamos a los relatos de adolescencia, a las vidas de todos. Les conté de Punta de Piedra, de mis primeros libros, de Agustina, y ellos hicieron sonar cuentos de amigos de amigos que una noche de borrachera encontraron a un indio que los llevó a San Isidro y los hizo entrar a una casucha de cuarto nivel en las villas empotradas para tenerlos esperando durante horas en una habitación vacía, con el domo a sus espaldas, todo para que, al final, no pasara nada.

—Ese es el cuento limeño, uruguayo, al final no pasa nada. Los truenos suenan desde que tengo memoria, pero el domo no cae. Y mientras los incarrodados se vienen abajo, los cristales siguen brillando. Eso sí, tarde o temprano ha de caer.

Cuando retomábamos la historia de aquel lugar —excavado como un nicho, llegó a decirse, el único espacio de Lima donde algo había podido horadar la sustancia del domo— yo me esforzaba por fingir. Daba a entender que en realidad no lo creía, que a lo sumo adoptaba una postura escéptica, agnóstica, pero creo que se notaban mis ganas de vivir en un mundo donde esas cosas eran posibles, donde la frontera entre la tecnología —inca o la que fuese— y la magia habían sido borradas.

Finalmente, alguien me preguntó qué querría encontrar, si pudiera elegir con qué o con quién rencontrarme. Yo me puse a hablar de juguetes, de libros que había perdido en mudanzas. ¿Ninguna mujer?, insistieron, ¿ningún amigo? ¿Un abuelo, una abuela? Y no supe qué contestar.

Alguien empezó a elaborar hipótesis sobre la idea de que no había manera de reiniciar una vida con una persona aparecida, con un ser querido recuperado (cierto rumor reportaba, además, que volvían reducidos a una sombra de quienes habían sido). Yo aproveché para improvisar —inventé que era una idea que estaba elaborando para una novela— sobre la posibilidad de vivir una vida por fuera, una vida desenganchada del curso de las cosas.

—Una burbuja de realidad —dije—, donde todo lo perdido termina por aparecer. No una sola cosa, no una sola persona. Todo. Podría ser una isla, podría ser una burbuja, un domo pequeño sobre el lugar de nuestras vidas en el que fuimos más felices.

—Ese es el karma de Lima, uruguayo, está en las piedras, está en el domo. Es la suma de lo que no pagamos o de todos los mundos que no fueron el nuestro, los mundos de los que nos escondimos acá dentro. Pero nos encerraron con todo lo que habíamos perdido. Entonces pasó el tiempo y esas cosas se nos mezclaron. Ya no sabemos reconstruir ese orden perdido, como nadie sabe realmente arreglar un incarrodado o cómo carajos era que andaban. Todo perdió significado, aunque a la vez las cosas siguen allí.

—Es como si un día te despertaras con recuerdos de otra vida, uruguayo, una vida que empieza a volverse bien clara, bien tangible, y ya. Pero, así como te pareció con el tiempo que ibas a poder pensarla bien, ordenarla toda, entender que sí, que esa sí es tu vida, que ha sido tu vida; es como si se te pasara el efecto y todo volviera a la nada. Pero justo es eso, uruguayo, volver a la nada. No a tu vida anterior, a la que habías dado por real; sino que vuelves a

una cosa difusa, en la que, en realidad, nadie sabe nada. Y que volverá a cambiar.

Pasada la medianoche alguien propuso seguir la velada en un bar de Barranco. Nos repartimos en tres autos y tomamos una gran avenida transitada. En el taxi viajé junto a mi editor, un amigo suyo y una rubia que se nos había sumado en el bar. La chica y el amigo de mi editor se pusieron a hablar del domo y del océano, de cómo la construcción —me pareció que estaban tratando de explicarme sutilezas arquitectónicas, y no puedo decir que les presté atención— a veces centelleaba con la luz del atardecer.

Cuando llegamos a Barranco nos quedamos en un bar frente a una iglesia y a una placita, con el domo a pocos metros, como un gigante de rodillas.

—¿Ves la estatua? —me preguntó mi editor, y señaló un pedestal sobre el que se apelotonaban fragmentos de algo que no pude entender.

—¿Eso? —Me acerqué. Lo que veía había sido sin duda una escultura años atrás (quizá siglos), pero ahora las formas aparecían quebradas, interrumpidas, limadas por el paso del tiempo. Bajo la luz del alumbrado público, los colores me parecieron todavía más tenues, como si la noche los revolviera y los confundiera entre sí.

—Sigue el *tour*, uruguayo —dijo uno de mis colegas—; esta estatua conmemoraba el lugar donde los españoles apuntaron sus cañones al domo. Obviamente les salió todo como el culo.

Quise imaginar la ocasión, pero mi mente se negó a asistirme. El domo me hacía pensar en la piel de un animal gigantesco que abarcaba la Tierra; o que habíamos sido devorados por una ballena y levantado una ciudad en su interior. Una ciudad y un montón de mentiras: mi vida previa a Lima entre ellas. Estaba cansado. Pensé que, al atravesar aquel túnel entre el aeropuerto y la ciudad, había entrado a otro mundo, a otro nivel de la realidad. O a otro conjunto de recuerdos. Pensé en mi tío Hilario recordando un soldado que jamás le habían regalado, pensé en una navidad que había sido, en realidad, completamente diferente.

Sentí que llevaba meses enteros en Lima, que la ciudad hacía tiempo que había empezado a cansarme, a gastarme. Sabía que no podía ser así, pero cuando busqué en mi memoria el dato preciso del tiempo que llevaba en la ciudad, esa información (que debía ser de una certeza luminosa) se resistió en

acudir. Traté de imponerme una lectura racional de los hechos: estaba agotado, mi mente se había saturado de tantas cosas nuevas, la ansiedad me estaba jugando una mala pasada. Tendría que haber vuelto al hotel y acostarme, pero todavía quedaba mucho de aquella noche y no me sentía con fuerzas para inventar una excusa y apartarme de los planes, de la gravitación de aquel grupo. Pero mi confusión e incomodidad debieron notárseme en la mirada, en la expresión de mi rostro y en la postura de mi cuerpo.

—Oye, si no te quieres quedar, no te quedes, ¿eh? —dijo alguien.

—No pasa nada, en realidad estoy bien. —Me recosté contra el respaldo de la silla en el bar y pedí una botella de agua; mi mente se disipaba y volvía a aglomerarse en un pulso de segundos. Si cerraba los ojos sentía que todo lo que había visto y oído ese día empezaba a revolverse y agitarse alrededor de mi cuerpo: la estatua, el atardecer más allá del domo, los transportes incas, los cristales, las estrellas.

La rubia estaba hablándome, pero me perdí buena parte de lo que decía. Apenas pude escuchar siempre hay otra Lima, uruguayo, a pocos metros de distancia. Su sonrisa enorme, de labios que me parecieron hinchados artificialmente, me atrajo a un foco más preciso.

—¿Ah sí? —dije, por decir algo.

—Pues claro que sí —dijo, y me tendió una tarjeta—; llamas a este número y está todo arreglado.

Sentí que mi visión se aclaraba. El rumor del bar se condensó en las voces de mis colegas. Alguien puso otro chilcano de guinda ante mí, junto al vaso de agua mineral.

Esa noche soñé de nuevo con la ciudad en ruinas que había visto en mi siesta del avión. Ahora entendía que se trataba de Lima y que el domo había cedido décadas atrás, más o menos hacia el año de mi nacimiento. Los pedazos caídos habían destruido los edificios y las calles, pero entre los despojos comenzaba una nueva civilización. Yo bajaba hasta el fondo del más grande y poblado. Las viviendas, como había pasado con el crecimiento de la Lima real, la del domo intacto, eran construidas en las laderas y al fondo estaba la basura: la basura de los siglos, los pedazos de la ciudad perdida. Allí, entonces, yo buscaba el soldado.

A la mañana siguiente la resaca me dejó atrapado en el hotel. Desayuné, bebí cuanta agua me fue posible y dormí un rato más, hasta el mediodía. Mi itinerario comenzaba a las seis de la tarde, cuando debía participar en una mesa redonda sobre literatura e historia, así que pensé en ordenar algunas ideas. Lo más fácil, decidí, era simplemente anotar algunas palabras clave en la libreta que llevaría conmigo por si debía tomar nota de lo que decían mis compañeros de mesa, pero no encontré con qué escribir. Hasta que busqué en los bolsillos del pantalón que había llevado la noche anterior: allí no solo había un bolígrafo sino además un pedacito de cartulina. Recordé al instante de qué se trataba, y de un momento a otro mis intenciones de esquematizar mi futura ponencia se desvanecieron, porque lo único en que podía pensar era en llamar al número de la tarjeta. Compré créditos para mi teléfono y marqué; me atendió una voz gris, espesa. Era la voz de un anciano, me pareció, y cuando habló lo hizo en el acento que ya había aprendido a identificar como inca: el de los hijos de los hijos de los hijos de los pocos incas que no hicieron el viaje y se mezclaron con otros pueblos. La verdad era distinta, seguramente, pero había algo de tiempo atrapado en las palabras que escuché. La voz me dio una dirección y estipuló un precio. No entendía de qué estaba hablando, así que le pregunté. Lo sentí impaciente, pero, después de ciertos rodeos, me aclaró que yo debía tomar una droga. La palabra le sonó extraña, como si no estuviera acostumbrado a usarla y se obligara a sí mismo a pronunciarla, como si en cierto modo la despreciara. Entonces pensé que la chica que me había dado la tarjeta había entendido que yo quería probar alguna sustancia local, algún alucinógeno o estimulante; quizá yo lo había dicho y no lo recordaba.

La voz del teléfono me citó en una dirección del barrio de Los Olivos. Salí del hotel, cambié dinero y tomé un taxi, un vehículo moderno. Le di la dirección y estipulamos el precio del viaje. Me pareció que me miraba con suspicacia, probablemente la cifra que propuso fue un poco mayor de lo que debía cobrar por la distancia en cuestión. No regateé, acepté el precio y me recosté contra el cuero gastado del asiento trasero.

Sentí que navegábamos, muy lentamente, a través de una cacofonía de bocinazos, lamentos, bramidos, descargas de vapor, melodías antiguas, pregones, motores y engranajes. Todavía molesto por la resaca, la luz que filtraba el domo me resultó más irritante que nunca, casi como si pudiera ya no solo gastar los colores de las cosas sino también difuminarles los

contornos; era un poco como si se hubiese formado sobre la ciudad un banco de niebla gigantesco —ya no las nubes que habían imaginado aquellos turistas argentinos, sino su nivel siguiente—. Pensé en la circulación de aire dentro del domo, en los sutiles cambios de temperatura que venía constatando desde mi llegada, en las brisas que se levantaban de repente y, por un momento, al cerrar los ojos, me pareció que podía estar cerca del mar, en Punta de Piedra o en cualquier playa de Uruguay, justo cuando el vientito empieza a enfriar el día y a resumir la tarde.

Bajé en un pequeño centro urbano, entre comercios cutres que se apelotonaban en la cruz de dos avenidas. Por todas partes sonaba música terraja y olía a frito y a picante. Era temprano para el encuentro con quien fuese que me había hablado por teléfono, así que dediqué algo de tiempo a mirar los quioscos y los puestos de comida callejera. Dejé todo aquello sin probar porque no tenía hambre, pero sí me llamaron la atención los titulares de las revistas y los diarios sensacionalistas. La mayoría dedicaba buena parte del espacio de sus portadas a la «profecía del fin del domo», y algunos incluso arriesgaban imágenes —muy mal dibujadas— de pedazos de piedra cayendo sobre la ciudad. Quise comprar un ejemplar, como recuerdo, pero apenas me acerqué al quiosco que había elegido noté que un hombre de más o menos mi edad estaba mirándome. Supuse que era mi contacto y me acerqué. De un momento a otro entendí que no sabía cómo proceder. Arriesgué un saludo tímido y obtuve por respuesta una serie de frases en un idioma que nunca había oído, un idioma áspero, intrincado, que me recordó la laboriosa articulación de los engranajes en los incarrodados. El hombre hizo un gesto con la mano izquierda y sentí que una mano me tocaba la espalda. Era una mujer, de piel muy oscura, rasgos polinésicos y edad indeterminada, que parecía ofrecerme un saludo reducido, concentrado hasta el mínimo posible de expresión.

El otro hombre había desaparecido. Nervioso, asombrado por la absurda coreografía, saqué de mi bolsillo los billetes que había apartado, con el precio convenido. No se me ocurrió dudar si ella era mi contacto, si había sido identificado como el cliente; supongo que todo podía haber salido muy mal. Pero tuve suerte. La mujer me tendió una bolsita de plástico azul brillante, que agarré enseguida. Después se dio media vuelta, sin un gesto de agradecimiento o de reconocimiento; solo lanzó una mirada severa que llegó a parecerme

impuesta a sus ojos, inmotivada, como si ella fuera ciega y esa expresión fuera el producto de un simulacro gastado por el tiempo.

De todas las historias posibles, entendí o creí entender que lo que estaba pasándome era algo tan simple como la compra de una droga extraña, quizá un poco tabú. La chica que había conocido la noche anterior había deducido de mis preguntas —y de mi interés por la historia del lugar del domo en el que aparecen las cosas perdidas— que yo quería probar una sustancia ajena a mi experiencia, un alucinógeno digamos, porque de alguna manera yo era ese tipo de persona, quizá el tipo de persona que ella creía ser. Era una historia como tantas, pensé, y no se trataba de la primera vez en mi vida que alguien, en la noche, me había sugerido una línea por la que avanzar, un camino compatible con lo que yo decía ser o sugería ser. Imaginé, entonces, a aquella chi-ca, a su boca inmensa, diciéndome: pero en Lima todos los caminos terminan en el domo.

En la bolsita había unos granos o semillas. Estaban secos, pensé que acaso había que molerlos y esnifarlos. Después me pareció que si no se me había dado instrucción alguna era porque la vía de ingesta era la más obvia y sencilla, o sea: tragarlos. Compré una bebida en uno de los puestos de la calle y fui tragándome las semillas o bolitas una por una. Las dejé en el interior de mi boca un instante y traté de tocarlas con la punta de la lengua, doblada hacia adentro. Las moví entre las mucosas de mis mejillas, en la base de la lengua, del lado de afuera de las encías. Algo en la sensación que producían me hizo pensar en élitros, en una membrana fina y crujiente que escondía otras tantas capas. Empezaban a saber amargo, así que, con la bebida que había comprado, dulce y cafeinada, las tragué sin masticar.

El efecto demoró en aparecer. Caminé hasta una placita cercana y busqué un banco. Recostado (incluso tuve la sensación de que la gente me evitaba, de que iba formándose un círculo a mi alrededor), me pareció que todo lo que me rodeaba se enlentecía y que, en el espacio de consciencia que habilitaba esa nueva velocidad de las cosas, empezaban a proliferar entidades que al principio asocié a las bolitas o semillas que había ingerido. Era como hacer un *zoom* en una vieja fotografía recortada de un diario, pero con la salvedad de que los anillos de color en la trama de la impresión habían adquirido el mismo nivel de detalle —la misma resolución— que la realidad que percibía momentos atrás. O, todavía más, era como si ampliara tanto una hoja impresa que se volviera

evidente que, apoyadas en las curvas amplias de las letras, habitaba allí todo tipo de criaturas: demonios, mutantes, bestias de carga de los incas, autómatas. Y una vez más, busqué al soldado; mejor dicho, me acordé del soldado y pensé que si ante mis ojos iba a desfilar aquella fauna variopinta, escondida instantes atrás en el esquema de mis percepciones pero no por ello menos presente, bien podía aparecer también aquel juguete perdido. Eso podría confirmarme que era el efecto de aquella droga lo que nos devolvía las cosas perdidas, allí, en una placita de San Isidro, Lima. Porque, de repente, creía estar rodeado de incas, de duplicados, de copias apenas diferentes del mismo inca o de los mismos incas de armaduras centelleantes y elaborados mantos de sumo sacerdote, que en lugar de haber dejado nuestro planeta —la idea aparecía en mi mente con total equipaje de certeza— solo se habían escondido bajo la percepción, revelables todos estos incas por la droga que había tomado, por esas bolitas misteriosas.

Pero pronto pasó el efecto, o creí que pasó, y me sentí devuelto a la realidad de siempre. Estaba bajo el domo, con la sola alteración, ya consabida, de aquellos colores, de la luz tenue y aperlada que manaba del cielo.

—Ahora me tienes que seguir —escuché.

Me pareció que la mujer, la misma que me había dado la bolsita azul, era el residuo de aquellos incas, la entidad formada por la acreción de todos esos incas fantasmales que yo había visto en mi visión producida por la droga.

—¿Sigue el efecto? —le pregunté, y sentí que mi voz no era humana, que era la voz de una máquina. Una voz ajena, distante.

No me respondió. Empezó a caminar en dirección al domo, a los múltiples niveles de casas construidas contra el domo, a las villas empotradas. La seguí y una vez más experimenté la sensación de que la gente se apartaba de mi camino, que dejaba aire y espacio para mis movimientos. Los míos y los de la mujer que avanzaba a paso seguro, primero por una callecita que surgía de la plaza y después por una perpendicular, más bien un callejón. Caminamos un buen rato, hasta que perdí la intuición del espacio. Desorientado, solo podía entender que estábamos en alguna parte de la gran estructura de casas montadas unas sobre otras. El domo ya no era un gigante arrodillado, como me había parecido la noche anterior, sino la fachada inmensa de una catedral. Como a la salida del túnel del aeropuerto, entré a otra parte, a otro nivel. Entendí que la droga todavía afectaba mis percepciones, ya que las

perspectivas eran imposibles y el tamaño aparente de los objetos desafiaba cualquier manera de proyectar una posición, un sistema de distancias.

Pronto, alguien —creo que ya no era la mujer, porque la recuerdo como una criatura tenue, sin género apreciable, sin rasgos diferenciados— me señaló una puerta. Estaba, recordé, al interior de una de esas casas del domo, como una mansión otrora espaciosa dentro de la que habían sido construidos varios entrepisos y se habían dividido nuevos espacios, conectados por ventanas, rampas, tirantes, sogas y escaleras. Pasé a una habitación pequeña y oscura, saturada de olor a humedad, a madera mojada y a tela sucia. Las paredes estaban cubiertas por dibujos, líneas, números y caracteres que no reconocí, exactamente lo mismo que había visto detrás del pichi tantos años atrás, en la casa abandonada de Punta de Piedra.

Y esta vez también había alguien acostado entre mantas viejas y raídas.

Las descorrí. La tela era antigua y áspera, como las semillas que había tragado no podía decir cuánto tiempo atrás.

Y sentí, desde algún afuera posible de la habitación y de la casa y de todos aquellos niveles de construcciones, que sonaba algo parecido a un trueno. Un pulso inmenso y profundo, seguido por el crujido de los cristales que se rompen.

Debajo de las mantas y de las frazadas había una mujer. Su cara estaba sucia y sus cabellos embarrados, pero la reconocí de inmediato. No era el pichi, no iba a darme nuevamente aquel soldado, a devolvérmelo. No.

Era Agustina.

Me había sido devuelta. Tenía los ojos cerrados y me pareció que toda la mugre que la cubría era la mugre del mundo entero o, mejor, de la falla o grieta o garganta o cañón que separaba a mi mundo —y a Lima— de algún mundo posible en el que ella no había muerto, en el que el choque no la había matado o jamás se subió a aquel auto. Y Agustina, esa Agustina dormida que tenía ante mí, había recorrido esa distancia agotadora.

Cuando traté de despertarla, abrió los ojos. Sus cabellos estaban enredados, pero yo sentí más bien que la cubrían las algas, que la marea me la había dejado en la playa, en la playa de Punta de Piedra, que la había encontrado una mañana cualquiera, cubierta de basura, de plástico, de papel y

cartón, de juguetes viejos, de páginas de libros, tecnología obsoleta y juguetes de mi infancia arruinados irremediablemente.

La ayudé a incorporarse. No me habló. Me miraba y sonreía como si le costara entender lo que estaba pasando pero, a la vez, supiese que todo estaba bien, que había llegado finalmente a casa, después de un viaje de siglos o milenios.

Salimos de aquel cuarto y caminamos por las calles. En la plaza todos miraban hacia arriba: los que atendían los puestos de comida y los quioscos, la gente que pasaba y que tropezaba con nosotros. Agustina podía no hablar jamás, podía haber dejado su mente en el abismo, podía haberse convertido en otra sombra, otro fantasma, pero estaba conmigo, estaba en mis brazos.

La besé mientras el domo empezaba a quebrarse.

* * *

Si me hubiesen preguntado hace dos años por la ciencia ficción latinoamericana habría respondido expresando mis reservas de que tal cosa existiera —más allá de la obviedad de "ciencia ficción escrita en los países de Latinoamérica"—. Pero después de leer *El Gusano,* de Luis Carlos Barragán, y trazar sus conexiones con *Ygrassil,* de Jorge Baradit, y conectarlo todo con los cuentos de Pablo Dobrinin, Alberto Chimal y Mariana Enríquez, todo cambió. La ciencia ficción latinoamericana está emergiendo o ya ha emergido desde el sistema complejo de la literatura latinoamericana, en gran medida gracias a los nuevos caminos de conexión, redes analógicas o digitales, biológicas o sintéticas. Y su configuración más clara es una versión de alguna manera territorializada del *weird* lovecraftiano y el más reciente *new weird,* en tanto tradiciones releídas desde nuestros territorios que producen entidades ficcionales nuevas y deslumbrantes: ciberchamanismo posthumano en una historia alternativa de la modernidad global.

# DOS TRANSMIGRACIONES

Susana Sussmann (Venezuela)

**Transmigración 1. Sueños vitales**

**I: Una espera de un siglo**

Había permanecido en un letargo durante el cual casi no percibía el paso del tiempo ni ubicación alguna en el espacio. Tampoco recordaba el pasado. Solo esperaba, esperaba a que los astros se alinearan (¿qué significa eso?) para volver a la vida. Creía saber lo que esperaba, pero no lo recordaba. De lo único que estaba consciente era de que faltaba poco. Lo que fuera a pasar, era inminente.

Siguió esperando por un tiempo que le pareció un instante y una eternidad a la vez, hasta que al fin sucedió. Los astros se alinearon, sintió (¿otra vez?) la llamada del hambre voraz y un lugar (¿un planeta?) repleto de alimentos. Hacia allá se dirigió, súbitamente consciente de sí mismo y de lo que buscaba, en pos de (¿qué?) una mente.

La mente que parasitó parecía ser la de una criatura adulta de aquel planeta (¿Tierra?). Al poco tiempo de haberse introducido en ella, empezó a recordar un pasado (¿años?) que le sorprendió, pero la sorpresa no fue tan grande como para acallar el apetito que lo invadía. Y empezó a comer.

**II: Era una ganga**

Mario acababa de mudarse. Había sido una oportunidad que no pudo dejar pasar: una casita pequeña al lado del mar, en tal mal estado que casi la estaban regalando. Así que tomó sus ahorros, la compró y pasó meses arreglándola con sus propias manos. Ahora estaba lista, por fin, para recibir en ella a Milena y al bebé que estaban esperando, el cual ya no podrían ocultar más a los padres de ella.

La primera noche que pasó en la casa se durmió meciéndose en la hamaca, pensando en que no se acostaría en la cama hasta que pudiera compartirla con su mujer. Mañana les daría la noticia a los suegros. Se quedó dormido pensando en ello.

A la mañana siguiente despertó cansado e irritable, pero lo atribuyó al agotamiento causado por los meses de trabajos caseros y al nerviosismo del día. Tal vez una pesadilla, aunque no recordaba haber soñado nada. Todo esto no contribuyó a que pudiera empezar su nueva vida con buen pie. No tuvo paciencia con la furia de sus nuevos suegros y acabó saliendo de esa casa dando un portazo y gritándole a Milena que agarrara sus cosas y se viniera con él. Y ahora estaba ella en el porche, llorando, y él no sabía cómo arreglar el disgusto familiar. Pensó que una buena noche de sueño lo ayudaría a encontrar una solución, así que se dedicó por horas a tratar de tranquilizar a su mujer para dormir juntos por primera vez en su hogar.

El día siguiente comenzó con un Mario aún más cansado, aún más irritable, que había dormido toda la noche de un tirón, sin sueños.

**III: Un marido extravagante**

Milena se sentía desgraciada. No solo sus padres no le contestaban las llamadas, ni le abrían la puerta de su casa, sino que Mario parecía otro hombre diferente de aquél de quien se había enamorado. Pasaba todo el día de mal humor, gritaba por cualquier cosa y duraba semanas enteras sin hacer ningún trabajo. A veces el poco dinero no alcanzaba para comer. Si ella no le estuviera dando el pecho al niño, este habría muerto de hambre.

Los primeros días juntos habían sido soportables. Mario solo estaba nervioso pero, con el correr de los meses, la situación había ido cada vez a peor. Comenzó a gritar por cosas que no habían pasado, como la vez que lanzó la mesa de la cocina al suelo porque según él, Milena se paseaba desnuda por la casa, cosa que ella jamás habría hecho. Por las mañanas, Mario se sentaba por horas en el borde de la cama, murmurando cosas y mesándose los cabellos, hasta que al final se levantaba con una maldición en los labios. Un día se le metió en la cabeza que su mujer había escondido un perro en la casa, aseguraba que lo oía ladrar todo el día y que lo había visto esconderse bajo la cama. La mujer comenzó a pensar que su marido se estaba volviendo loco.

Si no hubiera tanta tensión en la pequeña casita junto al mar, Milena podría haberse dado cuenta de que su marido dormía profundamente y que

sus ojos no hacían esos rápidos movimientos que indicarían que estaba soñando. Bueno, se movían, sí, pero se detenían casi de inmediato. Una y otra vez mientras pasaban horas interminables, Mario intentando soñar, Milena soñando con una vida mejor.

**IV: Tomar al toro por los cachos**

Milena solo aguantó diez meses, los que le tomó lograr que su padre la aceptara de nuevo en casa. Y, solo, Mario entendió por fin que estaba enfermo. Fue a verse con los médicos del hospital del pueblo, pero pronto lo mandaron a casa. Una persona que no soñaba no era un problema, sobre todo cuando las camas estaban repletas de heridos de bala y enfermos terminales. Así que Mario empezó a leer. Consiguió un puesto atendiendo una sala de internet y aprendió a buscar la información que necesitaba. No le fue difícil darse cuenta de que su problema era que su mente no descansaba lo suficiente porque no podía soñar.

No le duró mucho el trabajo. Su irritabilidad creciente lo llevó a pelear primero con los clientes, y luego con el dueño del lugar. La gota que derramó el vaso fue cuando casi golpeó a un niño que insistía en una computadora con sonido para poder jugar a gusto. Y volvió a casa, a hundirse en la desesperación, sabiendo lo que le pasaba, pero sin poder encontrar una solución. Milena, Milena debería estar allí, a su lado, dándole apoyo, ayudándole a volver a ser el Mario que la había enamorado.

**V: Perdiendo la razón**

Pero ella no estaba y no quería saber nada de él. Mario decidió insistir, insistir hasta que ella lo aceptara de nuevo. Empezó a seguirla para encontrarla entrando a la casa de sus padres, o llevando al niño al parque, yendo a trabajar, e incluso saliendo a cenar con otro hombre...

Verla con otro le hizo hervir la sangre. Su mente estaba ya tan trastornada que no midió las consecuencias de lo que hizo. Mario se abalanzó contra el maldito que le estaba robando la mujer, con los puños en alto, frente a la horrorizada clientela de la cafetería. Pero él, en su irracionalidad, no se había dado cuenta de que ese hombre era el Mencho, el policía del barrio, uno de esos padrotes que se creían dueños de las calles y de sus gentes, que creía que la manera de mantener bajo control a los malandros era liderar el tráfico de drogas del lugar.

El Mencho hizo lo que cualquiera hubiera esperado: sacó su arma y le disparó a Mario, acallando a los presentes con un simple: «¡Ja!, un malandro menos en el barrio».

**VI: El milagro de nacer**

Mario sintió cómo escapaba su último aliento y pensó que por fin acabarían sus problemas. No más dormir sin descansar, no más desesperación. Por un instante recuperó la cordura perdida y se dio cuenta de que el final de todas las cosas, en realidad, era el principio de una nueva vida.

Durante esos borrosos minutos en los cuales su ser, su verdadero ser, abandonaba su cuerpo ya muerto, pudo sentirlo: el parásito, eso que había estado en su cabeza por meses, alimentándose (¿eso era?) de sus sueños.

Pero Mario ya no era Mario. Mario estaba muerto y flotaba en una nada de irrealidad, mientras un hambre nueva le invadía. Sintió al parásito alejarse, pudo percibir cómo entraba en la mente de otra persona y, por un momento, sintió pena por ella. Solo por un momento, porque luego fue él quien empezó a buscar una mente libre que invadir, una mente que lo alimentara. Entonces comería. Un día sería liberado y buscaría otra fuente de alimento. Él y otro más.

Acababa de volver a nacer. Y comenzaba una nueva era de locura y horror en un barrio, de una ciudad, de un país, de un pequeño plane-ta llamado Tierra.

❧

## Transmigración 2. Ataduras

Para: carmen568447@correotierra.com.ve, pzubieta2015@mailfree.com

De: azubieta@students.uniphyton.edu

Fecha: UCD5846-me-32; UMT+59:30

Asunto: Novedades

Queridos mamá y papá:

Antes que nada, quiero que sepan que los extraño mucho y que ahora me haría muy feliz poder abrazarlos y sentarme con ustedes en la sala de la casa, en lugar de tener que conformarme con escribirles solo un correo.

Me imagino que les extrañará que este mensaje sea tan largo, pero es que han pasado muchas cosas desde la última vez que les escribí y no puedo esperar a las vacaciones para hablarles de todo esto.

¿Recuerdan a Fyrina? Es aquella chica, hija de la señora que me alquiló la habitación en la que vivo desde que llegué a Marthun-5 para inscribirme en la universidad. No sé cómo contarles esto sin que se preocupen, así que traten de leerlo todo de una vez para que vean que en realidad ya todo ha pasado. Verán, a Fyrina la mataron hace dos semanas. Fue una noche en la que sus padres no estaban en casa. Llegué de clases, pero me demoré en subir al habitáculo porque quería comer-me unas frutas que había guardado de la comida, y a la mamá de Fyrina no le gusta que coma en su casa. Así que me quedé un momento en el jardín. Fyrina estaba en la cocina, frente a la ventana, tal vez echando algunas sobras en el triturador. Iba a alzar la mano para saludarla, cuando lo vi. Detrás de Fyrina apareció la silueta de una criatura. No sé de qué raza era, nunca había visto algo así. Parecía un hombre fornido, le vi cuatro brazos. Uno de ellos tenía una especie de cuchillo en la mano, que alzó y dejó caer sobre la chica.

Tuve mucho miedo. Como estaba oscuro, pensé que no me habían visto ni Fyrina, ni su asesino, así que me deslicé en silencio fuera del jardín y, una vez en la calle, corrí hasta volver a la universidad. No regresé a casa hasta tres horas después. Para entonces ya habían llegado todos los miembros del clan familiar. Y la policía. Se habían llevado el cuerpo de Fyrina y no nos permitieron entrar en el habitáculo mientras investigaban la muerte.

Les dije que eso pasó hace dos semanas. La policía marthuniana es muy eficiente y sus técnicas de rastreo genético son rápidas. En diez días ya habían atrapado al asesino, lo habían juzgado y ejecutado. Al parecer era un obrero de una construcción cercana, un ilegal que venía de un planeta cuyo nombre no recuerdo, se piensa que podía estar interesado en su cuerpo, aunque es difícil imaginar para qué (si hubiera sido terrestre, pensaría que la quería violar, porque los marthurianos son hermosos a su exótico estilo. Si hubiera sido lyrano, tal vez la habría matado para comérsela. Pero claro, si fuera lyrano no hubiera durado mucho en Marthun-5 antes de que lo deportaran... o lo lincharan).

Les cuento estos detalles tan desagradables para que sepan que ya no hay razón para que se preocupen. Ya el criminal no existe. Lo que me interesa

contarles es otra cosa que aprendí con la muerte de Fyrina.

Sus hermanos me contaron que ellos creen que, cuando alguien muere antes de cumplir un deseo o una meta, su presencia queda sujeta al mundo de los vivos a través de un objeto al cual estuviera muy apegado. En el caso de Fyrina, este objeto era una cajita de algo que parecía porcelana y que ella usaba para guardar sus filtros nasales (ya saben que Marthun-5 es muy polvoso. Como los filtros nasales de los marthusianos no se ajustan a nuestras narices, yo tengo que usar una mascarilla que me cubre la boca y la nariz, muy parecida a las que se usan allá en la Tierra).

Fyrina estaba a punto de presentar su examen de admisión en la universidad, no hablaba de otra cosa, estaba muy emocionada. Así que debían llevarla a que cumpliera su deseo para que pudiera liberarse de sus ataduras y trascender hacia lo que sea que uno trascienda al morir. Sus hermanos me lo explicaron. Y como yo me sentía muy culpable de mi cobardía, la que me llevó a huir y ocultarles a todos que yo había sido testigo de su muerte, me ofrecí a ocuparme del ritual.

Fui entonces a la universidad el día del examen de admisión con la cajita de porcelana a la cual estaría atada Fyrina y hablé con los profesores. Ellos comprendieron, ya que al parecer esta creencia es bastante común en el planeta, y me permitieron poner la cajita en un pupitre, junto a una copia del examen. Terminado el tiempo asignado, los profesores recogieron el examen en blanco y lo pusieron junto a los de los demás aspirantes; yo llevé a Fyrina a su casa. Tres días después recibimos una tarjeta de admisión a nombre de la chica que guardamos dentro de la cajita.

Dicen sus hermanos que ella ya está en paz, que ya no está atada a la cajita, que nos ha dejado.

Todo esto me ha hecho pensar mucho. Nosotros en toda nuestra historia no hemos resuelto el misterio de lo que pasa después de morir. ¿Y si los marthusianos tuvieran razón? ¿Y si necesitamos que nos ayuden a cumplir el deseo más fuerte que tuviéramos en la mente cuando llega nuestra hora?

Por eso he arreglado que, si llegase a pasarme algo antes de terminar mis estudios, el anillo que me regaló papá antes de dejar la Tierra regrese a sus manos. Este anillo representa lo que soy y lo que dejé atrás, así que mientras esté en este planeta lejano será mi atadura. Y lo que yo más deseo en este momento es volver a casa.

Su hija que les quiere,
Angy.

* * *

La ciencia ficción es una literatura que nos permite distanciarnos de los problemas que tenemos como seres humanos, pero no para escapar de ellos, sino para estudiarlos desde una nueva perspectiva. Gracias a esta distancia, la ciencia ficción nos advierte del abismo hacia el que nos dirigimos y a la vez nos dice qué debemos hacer para evitarlo. Nos lleva de la mano a conocernos, a reflexionar sobre problemas fundamentales que enfrentamos como raza, y lo hace disfrazando el proceso de algo meramente recreativo. Por eso cuando la gente me dice que la ciencia ficción es una lectura inútil, yo me rio por dentro.

Cuando se toca el tema de la ciencia ficción, nunca falta quien pregunta cómo escribir sobre el futuro en lugares que están lejos de vivir el estado del arte de la ciencia y la tecnología, como lo son nuestros países latinoamericanos. La respuesta predilecta es que no tiene sentido hacerlo, o que nuestra ciencia ficción roza más el realismo mágico. Mi opinión no podría ser más opuesta. Mezclar realismo mágico con ciencia ficción es juntar peras con manzanas. Puede que no tengamos que preocuparnos por los organismos genéticamente modificados porque simplemente no los tenemos a nuestro alcance, o que siempre vivimos los avances científicos desde lejos, pero lo cierto es que existen la globalización, la internet y los vuelos internacionales. Todo ello nos permite estar al filo de la ciencia sin importar dónde vivamos. Somos soñadores, sobre todo los escritores de ciencia ficción, no necesitamos vivir la tecnología, basta con imaginarla. Pero lo mejor es que siempre aderezamos esos sueños con nuestra idiosincrasia latina. Ya dije antes que la ciencia ficción no es solo marcianitos verdes y pistolas de rayos, que tras cada obra se esconde una profunda reflexión; con esto lanzo una pregunta para ti, lector: ¿crees que escribir ciencia ficción en Latinoamérica tiene sentido? Porque yo creo que sí.

# KHATAKALI

## Elaine Vilar Madruga (Cuba)

Mi madre me quería distinta del resto de los niños nacidos en la Generación Destruida. Era su sueño, uno de los pocos que había sobrevivido al Largo Invierno luego del paso de la peste de Nake. Me lo explicaba en voz baja, como un cuento de hadas, mientras ambas nos agarrábamos los dedos en silencio. La respiración de mis abuelos, desde las esteras cercanas, sonaba como un fuelle.

Su sueño se hizo un agujero negro.

Fui una niña como otra cualquiera.

Fea. Delgada. Enferma.

El Largo Invierno había dejado huellas en mi cuerpo: una mano atrofiada, semejante a la aleta de un pez. Sin embargo, tuve un nombre hermoso y raro, como mi madre quería: Khatakali, que quiere decir —en el idioma de los antiguos— Historia.

Los ancianos de nuestra comunidad le habían traído a mi madre el libro donde se ocultaban los nombres permitidos por los dioses luego del Largo Invierno. Eran nombres buenos. Apartaban la maldición de la muerte. Pero ella se negó. *No los quiero,* dijo. *Mi hija ya tiene el suyo.* Y fue Khatakali, pese a que los ancianos mascullaron palabras de magia rabiosa y algunos, incluso, bordaron en el aire el signo de Nake.

∽

No te gustaba tu mano enferma.

*Parezco un renacuajo*, decías, y luego te esforzabas en vano por cubrir los pliegues, la carne, el bamboleo. No eras la única. Otros habían nacido peor

que tú. Sin piernas. Sin rostro. Sin ojos. Sin sexo. Niños-árboles. Niños-sapo. Niños-cara-de-tigre. Niños-sirena. Niños-cíclope. Monstruos.

Tu madre te adoraba a pesar de todo. Exactamente igual al resto de las madres de los hijos del Largo Invierno que abrazaban, besaban y querían, hasta lo inverosímil, a aquellos cuerpos deformes.

Los magos intentaron curarte. Curarlos. Disimular con hechizos las hendiduras de la carne, las extremidades duplicadas contra natura, los rostros de cera. Pero la magia no fue suficiente. Quizás porque los dioses habían abandonado a Ardalohum desde mucho antes del Largo Invierno: toda traza de maravilla que quedaba en la tierra comenzaba a desaparecer con el paso de los siglos. Los magos se dieron por vencidos.

Nake era más fuerte.

Fue entonces que recordaron a los *medcs*, a aquellos hombres que vivían encerrados en los domos —una ciudad dentro de otra—; alquimistas del hierro, el vapor y la sinestesia. Gente que nadie quería ver. Los despreciados. Los escupidos. Aquellos que conocían artes impronunciables, quizás —aventuró alguien— incluso más poderosas que la magia decadente.

Los viejos, en un último trago de humillación, fueron los encargados de tocar a las puertas de los domos. Llevaban regalos, ofrendas, sobornos. Lo que fuera necesario para ayudar a aquellos niños con sangre Nake. Algunos viejos fueron caminando de rodillas: la carne hecha jirones, las varas de poder inclinadas en señal de sumisión, los ojos cubiertos de cenizas.

Las ciudades-domos de los *medcs* abrieron sus puertas y los viejos penetraron con sus promesas de un mejor día, y con las súplicas.

Al salir, eran quince veces más ancianos.

Y dijeron: *Se hará*. Las madres gritaron de alegría.

Pero los viejos bajaron las varas de poder con un gesto de impotencia y afirmaron: *No hay que celebrar nuestra desgracia.*

Pero las madres volvieron a gritar.

❧

Casi todos los niños nacidos luego del Largo Invierno sobrevivieron a la tecnología de los *medcs*.

Algunas madres se negaron a traicionar a la magia y prefirieron ver cómo sus niños-sapo, sus hijos-mosca, sus bestias informes morían atragantados: el aire se trababa en aquellos pulmones incompatibles con la vida.

Ardalohum lloró la muerte de los niños, pero los ancianos suspiraron aliviados.

Otras madres decidieron que sus hijos vivirían, sí, con el estigma de lo diferente. Un ojo de más. La ausencia de extremidades. Una cola. Rostros de cera derretida. Una mano atrofiada.

Como Khatakali.

Casi todos los hijos del Largo Invierno sobrevivieron a la tecnología de los *medcs.*

Entraban a las Factorías, encerradas bajo los domos, en grupos de veinte o treinta, reunidos en un montoncito tembloroso. Sus madres recitaban una última plegaria a los dioses que ya habían abandonado Ardalohum. Los ancianos arrojaban trazos débiles de magia. Y esperaban. Conocían el precio.

*Volverán, sí. Pero ya no serán los mismos.*

Sanos. Pero ya no los mismos.

Sanos.

Aquella palabra había sobrevivido al miedo y la reticencia.

Los *medcs* cumplieron su promesa.

Las madres y los viejos tuvieron de vuelta a los niños de la generación del Largo Invierno.

Las Factorías escupían su vapor, su polvo, sus sonidos de rueda engrasada hacia el aire de Ardalohum. Luego se abrían las puertas y los pequeños salían a la luz.

Sanos. Pero ya no los mismos.

Eran solo cáscaras. Una cobertura de piel. Un cuerpo funcional. Ojos vacíos.

*Les han robado el alma*, dijeron los viejos.

*El soplo del alma,* gritaron las madres en medio del espanto, sin saber qué hacer con aquellas cáscaras perfectas.

Los viejos alzaron las varas y esbozaron en el aire signos de maldiciones. Algunos, los más osados, arrojaron un trazo de magia antigua, roja como vino,

sobre las torres de las Factorías. Pero la magia, al chocar con el hierro y el vapor, se hizo una sombra entre sombras. Fue diluyéndose.

ᘓᘐ

—Khatakali, fue una buena decisión.

—Lo sé.

—Además, apenas se te nota.

—Lo sé.

—Tu brazo, qué tontería. Eres casi normal.

—Casi.

—No puedo imaginar cuánto sufren las otras madres.

—Ah.

—Un hijo vacío.

—Algunos han aprendido nuevamente. A hablar. A pensar. A actuar.

—No te engañes. Algunos imitan lo que ven. Pero son espectros. Y nada más.

—No sabes, mamá.

—No, no sé. Pero he oído. Y he visto. Nunca me pararé cerca de una Factoría nuevamente, Khatakali. Me da miedo. Miedo a que me chupen el alma con sus hechizos de hierro.

—A veces quisiera… qué sé yo… ser normal.

—No seas loca.

—Normal.

—Serías una cáscara.

—Soy rara.

—Khatakali.

—Hasta tú me miras distinto.

—No seas loca. Soy tu madre, ¿cómo voy a mirarte así?

—Con alivio. Pero también con lástima.

—No quiero hablar más.

—Mamá…

—Olvida eso, Khatakali. Por encima de mi cuerpo muerto. No te dejaré. Nunca.

❧

Vivíamos en la periferia de Ardalohum. Casi nunca nos acercábamos a las Factorías o a las ciudades-domo.

Sin embargo, desde el techo de mi casa, podía verlas.

A lo lejos.

Sus torres. Su humo. Y, si hacía silencio, mucho silencio, casi se podía escuchar el sonido del hierro, el vapor y la magia inverosímil de los *medcs*.

Porque eso debía ser: magia. Una de las antiguas y más poderosas.

Durante una década, quizás algunos años menos, continuaron naciendo niños Nake.

La generación destrozada, nos llamaron.

Y luego comenzaron de nuevo a nacer bebés perfectos, como si la huella de Nake hubiera sido una pesadilla entre pesadillas. Al principio algunos niños llegaron con marcas apenas visibles: seis dedos, tres ojos, dos corazones. Nada más. El Largo Invierno fue quedando atrás y los ancianos dieron gracias a la magia que volvía a regar sus bendiciones sobre los hijos de Ardalohum.

La generación destrozada.

Los niños-cáscara.

Los *nakes*.

Nosotros.

Los años pasaron.

Crecimos. Nosotros. Y ellos, los que —una década, años más o menos— vinieron después del Largo Invierno. Todos.

Entonces fue que supimos cuán distintos éramos.

Demasiado

Los *cáscaras* apenas lo notaban. Estaban más allá de este mundo. Algunos, sí, habían aprendido normas básicas de convivencia. Un lenguaje rudimentario. Señas. Unos pocos caminaban con oscilación de primates. Los *nakes* comenzamos a ocultar nuestros defectos ante los ojos de aquellos que sí

estaban completos y para quienes éramos el recuerdo de una época que no debió existir… que no existió nunca.

Distintos. Y sucios.

Un *norma* no podía usar un objeto que hubiera sido utilizado antes por un *nake*. Ni dormir en la misma habitación. Ni tomar la misma sopa. Ni beber de la misma fuente.

Un *nake* no podía aspirar a aprender los signos de la magia. Ni siquiera podía besar el piso por donde había caminado, segundos antes, un *norma*. Ni vestir su ropa usada.

Distintos.

E intocables.

ᔓ

Algunos *nakes* acudieron a las Factorías.

Otros a la magia más extrema dentro de las distintas cepas. Los hechizos mal urdidos sobre sus cabezas hicieron que en ocasiones se incorporara un nuevo nombre a la lista de los olvidados.

Algunos se cubrían la carne enferma con capas y capas de ropa.

Otros diseñaron holografías apenas creíbles que simulaban la normalidad inexistente.

Unos pocos recordaron a los *medcs,* a aquella historia del pasado sobre niños convertidos en sombras, madres que maldecían a la estirpe de los hombres del vapor y el hierro, y viejos que —encorvados por el peso avasallador del cansancio— arrojaban hechizos inútiles contra los domos y las Factorías.

Aquella historia sonaba a leyenda. A mentira.

Algunos acudieron a las Factorías.

Muchos, incluso, regresaron.

Cambiados.

Pero sanos.

Pero cambiados.

Sanos.

ଓ

A los veintidós años lo conocí.

Él apenas había cumplido dieciséis y ya sus padres lo habían ordenado dentro de su cepa: estaba destinado a convertirse en mago. A tomar la vara y a beber de la fuente del universo, de donde nacen todas las cosas y hacia donde todas las cosas van… tarde o temprano.

Yo no existía para él.

Era una de las tantas jóvenes *nakes* que limpiaban los escalones de su casa por unos créditos roñosos que sus padres arrojaban, en forma de holografía monetaria, desde las ventanas. Aquellos créditos significaban un día más de comida para mi madre, para mis abuelos y para mí. Yo, igual que todos los *nakes*, peleaba por esos créditos… y a veces los conseguía. Como una ladrona, de inmediato los escondía dentro de mi tarjeta ID, incrustada como una piedra en la muñeca de mi mano sana.

Barría los escalones de su casa día tras día.

Al principio, cuando aún no lo había visto, lo hacía por los *holocréditos.*

Luego lo vi.

*Holocréditos* y amor. Una mezcla desastrosa. «Había una vez, una *nake* enamorada de un *norma…*». Así comenzaban los buenos chistes de moda. Hasta los intocables nos reíamos de ellos, qué otra cosa hacer.

Me sentía ridícula.

—¿Eres idiota, intocable? —me preguntó la primera vez, sin dirigirme siquiera una mirada de desprecio.

Aquel día se había levantado muy temprano para estudiar sus hechizos. Se sentía con suerte: un futuro mago. La suya era aún magia primitiva: golpes, transmutación, alquimia. Golpes que practicaba arrojándolos contra los *nakes* que limpiábamos el suelo de su casa.

Él era hermoso.

Tenía una sonrisa todavía demasiado infantil. El pelo largo y rubio, amarrado en una trenza apenas con forma. Los ojos dormidos.

Arrojaba aquellos golpes de poder y era bello y terrible. Como uno de los magos en las historias de mi madre.

Sin querer, la punta de mi trapo de limpiar rozó la punta de su bota claveteada de agujas. Un toque apenas perceptible. Pero él lo sintió.

—Me has ensuciado, intocable.

—Perdón… —intenté hablar, pero la bota se incrustó en mi mano y las palabras se me hicieron sangre y agujas.

—No hables —volvió a decirme—. La voz de un *nake* al levantarme me da horribles dolores de cabeza.

—Perdón.

La bota se incrustó más. Volví a chillar.

—¿Serás cáscara?

—No.

—Entonces, ¿cómo no entiendes lo que acabo de decir?

—Perdón.

Sangre. Chillido.

—¿*Cáscara*?

—No.

—Entonces eres un *nake* idiota si repites el mismo error tantas veces —dijo, y me soltó la mano.

No me atreví a mirarlo a los ojos. Hubiera sido demasiado.

Escuché cómo continuaba practicando sus hechizos contra el resto de los *nakes* a su alrededor.

Contra mí, no.

Antes de marcharse, sentí el tintinear de una moneda que cayó a mi costado.

—Deja de limpiar… lárgate. Y no llores —me dijo.

La bota no se encajó en mi mano de nuevo.

No lloré.

Cuando alcé la mirada, él ya no estaba.

Estaba la moneda.

De cobre. Verdadera. No *holomoneda*. Una de verdad. Y mía.

Su regalo.

❧

Pudiste haber vendido aquella moneda.

No lo hiciste.

No.

Tu madre te dijo: *Eres una tonta, con esta moneda cuántas cosas pueden comprarse: comida, ropa, magia para los dolores de tu abuelo. Y no quieres.*

No quisiste, a pesar de la recriminación.

*Haz lo que quieras*, fueron sus últimas palabras. *Pero ya sabes, una nake y un norma… Eso no se admite. Vas a sufrir.*

Lo sabías.

Pero no vendiste la moneda.

❧

—Eres extraña incluso para ser *nake* —dijo el joven aprendiz de mago con una sonrisa. Su trenza, apenas un montoncito de pelos enredados, se deshacía poco a poco por medio de uno de sus hechizos.

—Me llamo Khatakali.

—No me importa.

Mi silencio.

—Es un nombre bonito —terminó él—. Pero igual eres *nake*.

—Mejor *nake* que *cáscara*.

—Sí.

Su silencio.

—Me llamo Zilm-erdh.

Su silencio.

—No me gusta que me llamen así. Ni siquiera mis padres. Es un nombre de idiota. Zilm-erdh. Es casi lo mismo que llamarse mierda.

Mi silencio.

—Puedes decirme señor.

—Sí, mi señor.

—Eres rara incluso para ser *nake*. Ni siquiera eres demasiado fea. ¿Cuál es tu tara?

—Un brazo. Pero no me gusta hablar de eso.

—¿Uno de más… o de menos?

—Un brazo inútil.

Nuestro silencio.

—Casi no es una tara.

—Eso dice mi madre.

—Al menos no eres *cáscara*.

—Sí, señor.

—¿Sabes algo de magia?

—No, señor.

—En otros tiempos, la magia hubiera podido curarte. Lo dicen los libros. Ya no. Malo para ti. Antaño, hasta uno de mis hechizos más simples pudo haberte hecho *norma*.

—Ya no.

—Debe ser difícil limpiar todo el día los escalones de las casas.

—A veces.

—Y más aún ser *nake*.

—Al menos no soy *cáscara*.

—Pobres bichos.

—Sí, pobres bichos.

Su silencio.

—Zilm-erdh… a mí me gusta.

—¿Qué sabes tú? Hablas mucho, intocable. Si fueras *norma*, pasa. Pero mujer y *nake*…

Mi silencio.

—Qué curioso. Ni siquiera eres demasiado fea. Una Factoría podría repararte. Quiero decir… si no te hace cáscara antes.

—Lo he pensado.

—Señor… Olvidas bastante a menudo lo de señor.

—Lo he pensado, señor.

—Pues no deberías pensarlo tanto. Caramba. Sigues siendo rara. *Nake* y mujer. Y piensas y hablas demasiado.

—Perdón… señor.

—Me parecía haberte dejado claro que no me gusta esa palabra… «Perdón», qué asco. Ustedes, los intocables, la dicen demasiadas veces al día. Cada vez que la oigo tengo ganas de patear bocas.

—Señor…

—Sí, curioso. Todo lo curioso que puede ser. Una Factoría podría repararte. ¿Lo has pensado? Ser *norma.*

—¿Norma?

—Como todos. Tener un brazo útil. No volverías a arrodillarte para limpiar pisos ajenos. ¿No te gusta la idea?

Mi silencio.

—E incluso más… Alguien podría quererte. Al fin y al cabo, no eres tan fea.

Su silencio.

☙

No me tocó.

Un aspirante a Mago no tocaría nunca a alguien como yo.

Así eran las cosas. Así debían ser en Ardalohum.

☙

*Loca. Loca. Loca. Todos estos años, todos estos intentos de protegerte, ¿para qué?, ¿cómo puedes, Khatakali?, ¿cómo no recuerdas?, ¿quieres ser una cáscara por el resto de tu vida? Un brazo de más. Un brazo de menos. ¿Cuál es la diferencia?*

Los gritos de mi madre. Las preguntas de mi madre.

Mis dos abuelos arrodillados en el suelo, mirando sabe la Magia adónde. Rezándole a quién.

*Eres casi normal. Casi. Un brazo de más, un brazo de menos, no es una diferencia tan grande.*

Mi madre escupió contra la sombra de las Factorías que se alzaban a lo lejos.

Maldijo a los domos y a los *medcs*. A Zilm-erdh.

Y terminó también maldiciéndome en un charco de lágrimas y arrepentimiento.

Le prometí tantas cosas.

Le dije *no voy a cambiar, no voy a ser una cáscara, pase lo que pase dentro de esa factoría nunca dejaré de ser yo*. Pero mi madre estaba inconsolable.

*Aunque tenga que amarrarte contra la cama y mantenerte encerrada por el resto de tu existencia… no te voy a dejar marchar, Khatakali. Tú eres mi vida.*

Yo era su vida. Lo sabía y era cruel.

*Cómo ese tonto puede valer más que nosotros. Estás loca. Loca, hijita. Loca.*

Y me abrazó. Mientras tanto, abuelo volvía a recitar los proverbios de mi cepa, aquellos que hablaban de la contemplación y la aceptación de las pruebas que la magia quiera imponer sobre sus hijos.

Cerré mis oídos. Me negué a escuchar.

*Ninguno de ustedes sabe lo duro que es ser nake*, les dije, con una violencia que no pretendí controlar. Luego, deshice con un gesto nervioso el signo de bendición que mi abuelo bordaba en el aire. *Ninguno de ustedes puede imaginarlo.*

*Te convertirán en una cáscara.*

*No.*

Y seguí repitiendo aquel «no» mientras mamá intentaba agarrarse con sus manos flacas a mis muslos, y abuelo esbozaba en el aire un signo nuevo que intentaba mantener clausurada la puerta que daba a la calle.

Ella se rompió en un sollozo cuando la puerta cedió bajo el impulso de mi mano.

*Volveré,* les dije, y aquella era una promesa.

Pretendía serla.

Caminas por las calles desiertas tras el toque de queda.

No te preocupa demasiado. Sabes que nadie se atrevería a tocar a un *nake*. Ni siquiera si viola las leyes de Ardalohum.

Nadie te tocará.

Ser un apestado te hace también extrañamente libre.

Las Factorías parecen cada vez más cercanas, tangibles. Ya no lucen como fantasmas encapuchados de otro tiempo. Sus cuerpos de óxido y humo son sólidos, tan próximos a ti que comienzas a tener miedo. Casi quieres retroceder, huir.

Has olvidado la moneda que él te regaló.

La dejaste en casa, junto al llanto de tu madre.

Sientes una punzada de *déjà vu* de mal presentimiento, que se arrastra bajo tu garganta como un gusano.

Quieres tragar y no puedes.

Caminas por las calles desiertas de Ardalohum. Aún no ha salido el sol. Faltan varias horas.

Todo saldrá bien. Todo tiene que salir bien.

Te dices, te dices, te dices.

❧

La Factoría: cadáver de metal. Desde una de sus altas chimeneas salen humos en esputos grises. El arco del domo se extiende a su costado como un cuerpo dormido. Esconde a la ciudad de los *medcs*. Un reino donde la magia no existe. Donde no gobiernan los dioses. Donde los hombres vuelan en artefactos de hierro, como esos magos del pasado que levitaban utilizando los *axis* del poder que poblaban la tierra en zonas muy exactas y que solo los iniciados conocían.

Un mundo completamente distinto.

Khatakali tiembla, demasiado asustada para dar un solo paso o pronunciar una sílaba.

Pero no es necesario.

Las puertas de la Factoría se abren, como si hubieran escuchado un grito mudo.

Una mujer sale a la luz.

☙

«Debe ser un monstruo», pensó Khatakali cuando vio la sombra de la mujer que se aproximaba.

Pero no lo era.

Hermosa. Unos cuarenta años. Cuerpo redondo de criatura que ha dado a luz muchas veces.

Khatakali se siente tranquila. Protegida.

—Quisiera… yo… —comienza a decir, pero de nuevo las palabras se hacen un montón tembloroso dentro de su boca.

La mujer abre los brazos. Como si entendiera.

Y Khatakali corre a esconderse dentro de ellos.

☙

El-mundo-dentro-del-domo. Tan distinto. Tan igual.

Una ciudad de cúpulas redondas. De vidrios negros.

El universo donde los *medcs* existen, lejos de las leyes de la magia.

Al principio, el olor a humo me dio náuseas. Quise escupir, pero aquello parecía descortés.

Todo es tan distinto. Y tan igual. Hombres que vuelan en pájaros de hierro. Nieve de óxido. Vapor. Hologramas. Hologramas. Hologramas.

Ella no me habla, solo me conduce a través de pasillos y puertas y más pasillos y puertas. Una ciudad-laberinto. No pregunto. Me parece poco prudente.

Vamos a las Factorías.

Lo sé. Simplemente lo sé.

El lugar donde reparan a los que son como yo. El sitio donde un *nake* se convierte en *norma*.

La mujer me sonríe.

Le devuelvo la sonrisa.

Sonreímos.

☙

Estás dentro de una cámara de metal. Metal y vidrio. Algunos *medcs* se afanan a tu alrededor. Escuchas palabras pronunciadas en una lengua de números. Te parece magia. Sabes que no lo es. Te amarran contra una pared fría. Lazos de hierro. Tiemblas. No es miedo. Una aguja penetra tu cuello. Alguien vuelve a hablar en una lengua de números. Tiemblas. No es miedo. Lazos de hierro. Y sueño. Mucho sueño. Alguien escarba dentro de tu ropa. Saca tu brazo inútil. Palabras en una lengua de números. Alguien, siempre alguien, te sonríe. Tienes dolor de cabeza. Y sueño. Tiemblas. No es miedo. Hace mucho que has dejado de tener miedo. Alguien te pregunta tu nombre. Entiendes perfectamente... por primera vez. Sabes qué es lo que pregunta, qué es lo que quieren de ti. *Khatakali*, respondes, y por un segundo la respuesta te suena extraña, como pronunciada en una lengua que no entiendes, que no podrás entender. De inmediato te corriges y recitas los números correctamente, como te han pedido. Dices tu nombre. Khatakali. Escuchas la cifra exacta. Sientes un ligero pinchazo en el cerebro, un dolor brevísimo. Alguien te ha tapado los ojos. Tienes mucho sueño y tiemblas. Ni frío, ni miedo. Alguien continúa hablándote, pero ya no puedes atrapar un nuevo número. Ni entenderlo. Te haces sombra. Y duermes.

Tu cerebro se vacía de palabras, poco a poco.

Luego, llegan las cifras.

Una tras otra, como agarradas de las manos.

ᘛ

Khatakali despertó. Estaba sobre una c4m4. 3xtr4ñ4.

4 su l4d0 3st4b4 l4 m4dr3.

3ll4 l3 h4bl4bl4.

—¿Me entiendes, nena?

N0. N0. N0.

L4 m4dr3 ll0r4.

Khatakali 1nt3nt4 c0ns0l4rl4, p3r0 3s 3n v4n0.

L4 m4dr3 n0 3nt13nd3.

Khatakali t4mp0c0 3nt13nde. D3j4 d3 h4bl4r.

3l s0n1d0 d3 l4s l3tr4s 3s d3m4s14d0 m0l3st0.

1ns0p0rt4bl3.

❧

Incluso la moneda ha dejado de tener sentido.

El mundo entero es distinto.

Tienes dos brazos perfectos, pero ni eso importa ya.

Ni siquiera el recuerdo de Zilm-erdh.

Lo viste hace un año, mientras la caravana de los nuevos magos pasaba frente a los balcones colgantes de Ardalohum. Él te vio. Claro que te vio. Y tú, incluso, levantaste los dos brazos perfectos para decirle adiós, un gesto que —tu madre te lo había enseñado una vez más— sirve para resultar amigable. Te vio y en su cara se esbozó una mueca de reconocimiento. Sí, y de placer. Y de rabia. Y luego de olvido.

Como todas las cosas, era preferible así.

Ya no importa.

En realidad, no importa nada.

Has aprendido a hablar de nuevo con palabras. No demasiado. Cuesta. Te duelen los ojos cada vez que piensas cómo pronunciar, cómo traducir en sílabas aquellos números que rondan tu cabeza.

Tu madre no se da por rendida. Dice que un día volverás a ser como antes, pero no entiendes. No puedes entender. ¿Antes de qué? Ella ha envejecido. Te lleva siempre del brazo, como si aún fueras una niña incapaz de ver las sombras de las calles, las piedras del camino. La dejas. Que sea feliz. A ti no te importa. Pocas cosas te importan ya. Mamá se entretiene en enseñarte nuevas palabras mientras contemplas los números invisibles inscritos en las paredes de las casas, en los rostros de las personas que te miran con piedad, en el mismo rostro de tu madre.

Cifras y cifras.

Números.

Bebes de aquellas cifras y números que salen como sudor de la tristeza de la gente, de la escasa magia de los ancianos de tu cepa, del *axis* de Ardalohum, como una trenza infinita doblada en un nudo.

Tu madre no se da por vencida.

Dice que algún día serás de nuevo como antes y rehúye la oscuridad de los domos, los ojos de las Factorías allá a lo lejos.

A ti no te importa.

Pocas cosas importan todavía.

Excepto los números. Las cifras. El bucle eterno que se extiende como cada cosa sobre la sombra de Ardalohum, que se enreda en tu pelo. Los números juegan en las arrugas de tu madre, en tus dos manos idénticas, en tu sonrisa de idiota. Las cifras se expanden y contraen… y luego nuevamente se esparcen como un mapa infinito que abarcara todo bajo su mano.

Tu madre no se da por rendida.

Eso no importa. Pocas cosas importan aún.

—¿Me quieres, Khatakali? —pregunta ella, con una mueca de dolor. Los números saltan en su rostro y tienes que apresurarte para atraparlos.

Tu silencio.

—¿Me quieres? —insiste, aprieta tu mano una y otra vez. No te va a dejar tranquila.

Demoras algo en procesar las cifras que te exige.

—S1 —le respondes al fin y ella sonríe aliviada.

Casi tranquila.

Te deja en paz con los números.

Comienzas a tejerlos con la vista, una y otra vez, en una elipsis de hierro.

* * *

La ciencia ficción latinoamericana es friccional, lijosa, nunca una pasiva brecha de imitaciones. La pienso desde un concepto ritual en donde nuestros personajes recogen las vivencias no solo de una generación global, sino de una generación regional. Ese contexto geográfico que es plural y a la vez uno —gracias a las múltiples coincidencias y avatares que compartimos los pueblos latinoamericanos— nos ha permitido explorar la Historia y su (re)escritura, la violencia, la distopía, lo antropológico como asidero de la cultura.

En la ciencia ficción latinoamericana, la crítica social —menos o más solapada— nos sigue interesando. El ser humano, con sus felicidades y miserias, es —y deduzco será— siempre el centro de nuestras obras. Nuestras criaturas ficcionales aparecen vivas y con los pies en la tierra de la realidad. Aun si la obra habla de otros mundos, otras condiciones humanas u otros paralelismos, las historias aparecen imbricadas con el universo que vivimos, a veces soslayadamente, porque no es necesario declarar, con todas las palabras, las intenciones de un texto. La ciencia ficción latinoamericana es todavía un cuerpo joven, en movimiento,

reivindicación y fricción. Se hace cada vez más atractiva para las audiencias no conformistas del mun-do, aquellas que empiezan a buscar lo nuevo y lo lijoso.

# BIOGRAFÍAS

**Jorge Baradit (Valparaíso, Chile. 1969).** Autor de las novelas *Ygdrasil* (2005), *Trinidad* (2007), *Synco* (2008), *Kalfukura* (2009), *Lluscuma* (2012); de la novela gráfica *Policía del Karma* (2011); del libro de cuentos *La Guerra Interior* (2017); de los libros de divulgación histórica *Historia secreta de Chile* (2015-17), trilogía que ha vendido 400.000 ejemplares, *La Dictadura* (2018), *Héroes* (2019), *Rebelión* (2019), *Héroes 2* (2020). Ganador del Premio UPC de la Universidad de Catalunya en 2007, del Premio FIC a mejor novela gráfica 2011 y del Premio Municipal de Santiago en 2013. Ganador de tres premios CORFO de financiamiento audiovisual. Autor de la obra de teatro *La ciudad de los Césares* (2019). Guionista para series de televisión, en preparación. En 2017 presentó su primer programa propio en televisión abierta: *Chile Secreto*, de divulgación de historia de Chile, con segunda temporada exhibida durante el año 2020. Durante 2019 mantuvo al aire el podcast *Historia dura*. Desde ese mismo año es presidente de SADEL: organización gremial para la defensa de los derechos de autor de los escritores. Activista político por los derechos civiles.

**Luis Carlos Barragán (Bogotá, Colombia. 1988).** Su novela *Vagabunda Bogotá* (2011) fue ganadora del X Premio de novela de la Cámara de Comercio de Medellín y nominada al Premio Rómulo Gallegos en el 2013. En 2012 ganó el II Premio de Historias de Amor de Timbío, Cauca. En el 2018 ganó el Premio George Scanlon por sus tesis de maestría, así como el primer premio del Concurso de Ucronías Perú. Recibió una mención por su novela *El Gusano* (2018) en el concurso de novela Isaac Asimov del Ateneo de Puerto Real, España. Ha publicado cuentos en las revistas *PRÓXIMA*, *Supersonic, Cosmocápsula, Circe Literaria* y *Capital Letter*. Fue seleccionado en las antologías *Verbum*, del grupo español Fata Libelli, *Fabricantes de sueños*, de la AECFT, *América Fantástica*, *Paisajes perturbadores*, de Argentina y en *Relojes que no marcan la misma hora,* de la Editorial Planeta, en Colombia.

**Alberto Chimal (Toluca, México. 1970).** Se ha dedicado principalmente al cuento, a la novela y a la narrativa experimental. También es un destacado profesor y divulgador de la escritura creativa. Ha ganado importantes reconocimientos, entre los cuales se encuentran el Premio Bellas Artes de Cuento San Luis Potosí por *Éstos son los días* (2004); el Premio de Literatura Estado de México (2012) por su trayectoria; el Premio Bellas Artes de Narrativa "Colima" para obra publicada por *Manda fuego* (2013) y el Premio de la Fundación Cuatrogatos, que reconoce lo mejor de la literatura infantil en castellano, por su libro *La Distante* (2018). Su segunda novela: *La torre y el jardín* (2012) fue finalista en 2013 del Premio Internacional de Novela Rómulo Gallegos. Ha escrito libros de ensayo, obras de teatro, artículos en diversos medios, traducciones de otros autores y dos manuales de escritura, además de coescribir el guion de la película *7:19. La hora del temblor,* estrenada en 2016.

**Gabriela Damián Miravete (Ciudad de México, México. 1979)** Es profesora, periodista de cine y literatura y forma parte del programa internacional de escritura *Under the Volcano*. Es cofundadora del colectivo de arte y ciencia Cúmulo de Tesla, del Encuentro de Escritoras y Cuidados y de la MexiCona: imaginación y futuro. Sus historias han sido publicadas en numerosas antologías mexicanas de cuento y han sido traducidas al inglés e italiano en volúmenes como *Three Messages and a Warning* (antología finalista del World Fantasy Award); *Cuerpos: Fantascienza contemporanea spagnola e latino-americana* y *Una realidad más amplia /A Larger Reality*, parte de *The Mexicanx Initiative Scrapbook*, proyecto finalista de los premios Hugo. Fue ganadora de la última edición del premio James Tiptree, Jr. (hoy premio *Otherwise*) por *Soñarán en el jardín*.

**Fábio Fernandes (Rio de Janeiro, Brasil. 1966).** Profesor de la Pontificia Universidad Católica de São Paulo, donde enseña Guion para Videojuegos y Taller de Escritura Periodística. Fue alumno del Clarion West Writers Workshop, uno de los talleres literarios más reconocidos del mundo donde tuvo como profesores a Neil Gaiman y Samuel Delany, entre otros. Ha traducido docenas de libros, entre ellos se encuentran *La naranja mecánica*, *Neuromante*, *Fundación* y *2001: una odisea en el espacio*. Ha publicado textos académicos y de ficción en varios países. Es miembro de la British Science Fiction Association y desarrolla una investigación acerca de la narrativa de

sociedades utópicas. Tiene en preparación la novela *Under Pressure*. Ha escrito las novelas *Os Dias da Peste* (Tarja Editorial, 2009), *Back in the USSR* (Patuá, 2019), el libro de cuentos *Interface com o Vampiro e outras histórias* (Writers, 2000) y el ensayo *A Construção do Imaginário Cyber* (Anhembi Morumbi, 2006).

**Maielis González (La Habana, Cuba. 1989).** Es graduada de Letras y fue profesora de Literatura en la Universidad de La Habana entre 2012 y 2015. Egresada del Centro de Formación Literaria Onelio Jorge Cardoso en 2014, institución que le otorgó la beca para escritores Caballo de Coral. Ganadora del segundo premio en el concurso de cuentos de ciencia ficción Juventud Técnica en 2014 y del Premio Eduardo Kovalivker en 2015. Ha publicado los libros *Los días de la histeria* (Colección Sur, 2015), *Sobre los nerds y otras criaturas mitológicas* (Guantanamera, 2016), *Espejuelos para ver por dentro* (Cerbero, 2019) y *De rebaños o de pastores* (Cazador de Ratas, 2020). Sus cuentos, artículos y ensayos han aparecido en revistas y antologías de Cuba, México, Argentina, Uruguay, España, Suecia y Estados Unidos. En 2019 tradujo, junto a Arrate Hidalgo, la novela de Nalo Hopkinson, *Hija de Legbara*, publicada por la editorial Apache. Hoy reside en Madrid, donde da cursos sobre literatura fantástica latinoamericana, es reseñista para la web *Libros Prohibidos* y produce, junto a Sofía Barker, el podcast literario *Las Escritoras de Urras*.

**Teresa P. Mira de Echeverría (Pilar, Argentina. 1971).** Escritora de ciencia ficción y doctora en Filosofía. Entre sus publicaciones figuran *Madrugada* (Cerbero, 2019), *Antumbra, Umbra y Penumbra* (Cerbero, 2018), *Diez variaciones sobre el amor* (Ayarmanot, 2015; Cerbero, 2017), *El Señor de la lluvia* (coescrito con Facundo Córdoba, Café con Leche, 2017), *El Tren* (Café con Leche, 2016), *Lusus Naturae* (Ficción Científica, 2016), *Memory* (tr. por Lawrence Schimel, Upper Rubber Boot Books, 2015). Sus cuentos han sido publicados por revistas como *Strange Horizons*, *Super Sonic*, *Axxón*, *The Dark Magazine*, *Ficción Científica*, *Libros Prohibidos*, *NM*, *miNatura* y *Próxima*. Publica artículos y ensayos en medios especializados como *Cuasar*, *NM*, *Origen Cuántico*, *Signos Universitarios*, *El hilo de Ariadna*, etc. Ganadora del premio Ignotus 2019 en la categoría mejor artículo por “New Weird: otra realidad es posible”. Finalista del Premio Domingo Santos 2019 en la categoría cuento. Ganadora de la convocatoria Alucinadas 2014 y finalista del Premio Ignotus 2013 en la categoría mejor cuento. Sus cuentos y ensayos participan en más de veinte

antologías de Estados Unidos, Argentina, España, Francia, Italia, Cuba, Reino Unido, Brasil, Bulgaria, Colombia y Uruguay.

**Laura Ponce (Buenos Aires, Argentina. 1972).** Escritora y editora. Sus cuentos han aparecido en revistas y antologías de Argentina, España, Cuba y Perú. Ha sido traducida al francés y al inglés. Desde 2009 dirige *Revista Próxima* y Ediciones Ayarmanot, dedicados a la ciencia ficción y el género fantástico. Da talleres, cursos y charlas sobre narrativa, lectura y escritura del género. Coordinó "Ediciones Ayamanot Presenta", ciclo de lecturas y música. Organiza las "Tertulias de Ciencia Ficción y Fantasía de Buenos Aires". Participa en la organización de "Pórtico", encuentro de ciencia ficción que aúna las características de un evento académico con actividades dedicadas al fandom. Tuvo una columna mensual en el sitio de *Amazing Stories* y participó del programa de radio *Contragolpe* con una columna semanal. Su primer libro de cuentos se publicó en Argentina como *Cosmografía general* (Outsider, 2016) y en España como *Cosmografía profunda* (La máquina que hace Ping!, 2018).

**Giovanna Rivero (Montero, Bolivia. 1972).** Escritora, entre sus libros se destacan *Sangre dulce* (2006), *Niñas y detectives* (2009), finalista de los Premios Cálamo 2010, *Tukzon* (2008), *Helena 2022* (2012), *Y para comerte mejor* (2015, ganador del Premio Dante Alighieri 2018), *98 segundos sin sombra* (2014, ganador del Premio Audiobook Narration, y llevada al cine por el director boliviano Juan Pablo Richter) y *Tierra fresca de su tumba* (2020). En 2006 ganó el Premio Franz Tamayo por *Dueños de la arena*. En 2011 fue seleccionada por la FIL como uno de "Los 25 Secretos Literarios Mejor Guardados de América Latina". En 2015 recibió el Premio Internacional de Cuento "Cosecha Eñe". En 2004 participó del Iowa Writing Program. Recibió la Beca Fulbright en 2007 y obtuvo su Ph. D. en Literatura hispanoamericana por la University of Florida, en 2015.

**Juan Manuel Robles (Lima, Perú. 1978).** Tiene un MFA en Escritura Creativa en Español de la Universidad de Nueva York. Fue becado por la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano para asistir a talleres de Ryszard Kapuscinski y Tomás Eloy Martínez, y en 2008 fue finalista del Premio Cemex - FNPI. Ha publicado los libros *Lima Freak. Vidas insólitas en una ciudad perturbada* (2007, Planeta), *Nuevos juguetes de la guerra fría* (2015, Seix

Barral) y *No somos cazafantasmas* (2018, Planeta). Ha sido redactor de la revista *Somos*, del diario *El Comercio*, y editor de la revista *Cosas*. Sus reportajes y relatos han aparecido en las revistas *Etiqueta Negra*, *Letras Libres*, *Buen Salvaje*, *Gatopardo* y *VICE*, así como en diversas antologías latinoamericanas. En 2017 fue incluido en el listado Bogotá39.

**Solange Rodríguez Pappe (Guayaquil, Ecuador. 1976).** En sus libros de relatos, ha explorado los géneros de lo extraño, lo fantástico y la ciencia ficción. Ganadora dos veces del Premio Joaquín Gallegos Lara al mejor libro de cuentos con *Balas perdidas* (2010, Casatomada) y con *La primera vez que vi un fantasma* (2018, Candaya). Es catedrática titular de la Universidad de las Artes y coordinadora de talleres de escritura creativa. En el 2014 obtuvo su Maestría en Letras con el estudio de la literatura distópica latinoamericana *Destruir la ciudad*. También ha publicado los libros de relatos *Tinta sangre* (2000, Gato tuerto), *Dracofilia* (2005, Quelonio editores), *El lugar de las apariciones* (2007, Edino), *La bondad de los extraños* (2014, Antropófago) y *Levitaciones* (2017, edición de autor).

**Ramiro Sanchiz (Montevideo, Uruguay. 1978).** Escritor y traductor. Ha publicado más de quince novelas enmarcadas en la propuesta del "Universo Stahl": una metanarración construida alrededor de un personaje que se mueve entre múltiples y variables iteraciones de mun-dos. Sus últimas novelas son *Las imitaciones* (Reina Negra, 2016; Vestigio, 2019), *La expansión del universo* (Literatura Random House, 2018) y *El orden del mundo* (El Cuervo, 2014; Fin de Siglo, 2017). Su último libro publicado es *David Bowie: posthumanismo sónico* (Holobionte, 2020), un ensayo sobre la obra y la figura de David Bowie desde la filosofía posthumanista. Como traductor se especializa en aceleracionismo y realismo especulativo, y ha traducido a Nick Land, Mark Fisher, Amy Ireland y Sadie Plant, entre otros teóricos y pensadores.

**Susana Sussmann (Valencia, España, 1972).** Escritora venezolana, editora de la revista electrónica *Crónicas de la Forja*, excoordinadora del taller literario Los Forjadores, redactora en español de *Amazing Stories*, organizadora del Concurso Venezolano de Literatura Fantástica y Ciencia Ficción Solsticios, creadora de las Tertulias Caraqueñas de Ciencia Ficción, Fantasía y Terror. Textos suyos han aparecido en las antologías *Visiones 2000* (2001, selección de

Juan Miguel Aguilera), *Próximos* (2008), *Distópicas* (2019) y en las revistas *Présences d'Esprits* (2005), *Tlön* (2011), *Korad* (2011) y *Qubit* (2011). Obtuvo el 2º premio en el concurso Quenta-Mellon en 2005.

**Elaine Vilar Madruga (La Habana, Cuba. 1989).** Narradora, poeta y dramaturga. Ha publicado más de treinta libros y es considerada una de las voces jóvenes más importantes de Cuba. Entre sus obras se encuentran: *Salomé* (2013, Abril; 2018, La pollera), *Fragmentos de la tierra rota* (2017, Sportula), *El hambre y la Bestia* (2018, Tres Inviernos), *La última aurora: Cacería* -parte1- (2018, Tres Inviernos) y *Los años del silencio* (2019, Dilatando Mentes). Ha formado parte de las antologías *Mariposas del Oeste y otros relatos*, *Steampunk writers around the world*, *Ciudad nómada y otros relatos* y *Alucinadas IV* y *V*. Obtuvo el Premio Calendario 2013 de ciencia ficción, Premio Pinos Nuevos 2013 de narrativa, Premio Agustín de Rojas de la Crítica. Ha sido nominada al Premio BSFA 2019 por *Al séptimo día* (tr. por Toshiya Kamei).



Este libro se publicó por primera vez en febrero de 2021. La intención de estos textos es recordarle al resto del mundo, *a ese punto azul pálido casi perdido en un inmenso mar de estrellas*, que en Latinoamérica también escribimos ciencia ficción.